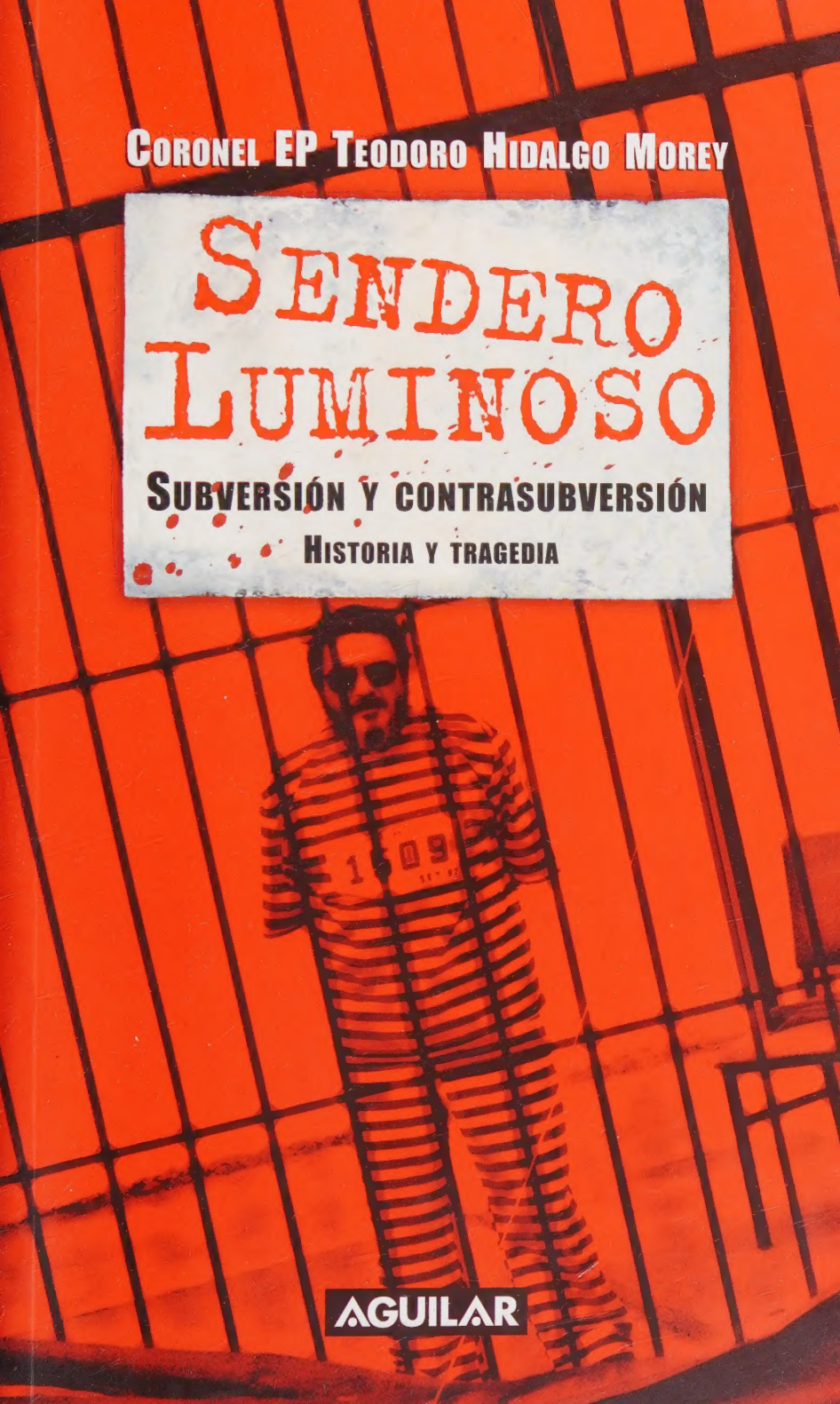
Coronel EP Teodoro Hidalgo Morey

Sendero Luminoso

Subversión y contrasubversión

Historia y tragedia



AGUILAR

© Sandro Guerrero

Teodoro Hidalgo Morey

nacido en Iquitos, en el corazón de la amazonía peruana, es coronel de Infantería del Ejército del Perú, en situación de retiro. Pasó a dicha situación, a su solicitud, en 1991, cuando tenía el cargo de jefe de la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. Intervino en el conflicto de la Cordillera del Cóndor de 1981, como miembro del Estado Mayor del Teatro de Operaciones del Nororiente, que condujo esa victoriosa acción contra Ecuador. También intervino en la guerra contrasubversiva contra Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, en 1988, como inspector de la 31.ª División de Infantería, a cargo de las operaciones en los departamentos de Junín, Pasco, Huánuco, San Martín y Ucayali. Ha participado en el XXXVII Curso de Defensa Nacional del CAEN (Centro de Altos Estudios Nacionales). El coronel Hidalgo es relacionista público, egresado de la Escuela de Periodismo de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es autor de los libros: *El conflicto en la Cordillera del Cóndor*, *Sendero Luminoso. La guerra equivocada*, y *Las ganancias del Ecuador, ¿hasta cuándo?* Es, además, coautor del *Compendio de la Historia General del Ejército del Perú*.

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/senderoluminosos0000hida

SENDERO LUMINOSO

SUBVERSIÓN Y CONTRASUBVERSIÓN

HISTORIA Y TRAGEDIA

Coronel EP Teodoro Hidalgo Morey

Sendero Luminoso

Subversión y contrasubversión

Historia y tragedia

AGUILAR

AGUILAR

© Teodoro Hidalgo Morey, 2004
© De esta edición:
2004, Santillana S.A.
Av. San Felipe 731, Jesús María
Lima, Perú
Tel. 218-1014

- Santillana Ediciones Generales S.L.
  Torrelaguna 60, 28043, Madrid, España
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
  Avda. Universidad 767, Col. del Valle, 03100, México
- Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
  Calle 80 N° 10-23, Bogotá, Colombia
- Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.
  Doctor Aníbal Ariztía 1444, Providencia, Santiago de Chile, Chile
- Ediciones Santillana S.A.
  Constitución 1889. 11800, Montevideo, Uruguay
- Santillana de Ediciones S.A.
  Avenida Arce 2333, Barrio de Salinas, La Paz, Bolivia
- Santillana S.A.
  Avda. Venezuela 276, Asunción, Paraguay
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
  Beazley 3860 (1437), Buenos Aires, Argentina

Diseño de cubierta: Sandro Guerrero

ISBN 9972-848-05-1
Hecho el depósito legal N° 1501032004-6566
Primera edición: setiembre 2004
Tiraje: 3000 ejemplares
Registro de Proyecto Editorial N° 11501130400806

Impreso en el Perú - Printed in Peru
Quebecor World Perú S.A.
Av. Los Frutales 344, Lima 3 - Perú

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida, en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida por
un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

Prólogo del editor

Hace más de veinte años estalló la guerra interna en el Perú. La sucesión de golpes, el miedo, la sensación de abandono, el dolor y la muerte nos hicieron trizas y paralizaron al país. La violencia parió violencia. Por un lado, el terrorismo, y por el otro la indolencia, la ceguera, los abusos y los excesos. Fue un tiempo de vergüenza. Luego, con la captura de Abimael Guzmán y la derrota de Sendero Luminoso llegó la paz.

El año pasado, la publicación del Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación contó la tragedia, estableció responsabilidades, dio espacio a quienes no eran escuchados y evidenció el precio que pagamos por recuperar la tranquilidad.

Todos fuimos partícipes de la guerra, pero el tiempo ha transcurrido y, aunque la herida no ha cicatrizado del todo, consideramos que es sano escuchar los distintos análisis y posiciones sobre el tema. Escuchar para que no vuelva a pasar. Así, este libro es la voz de un soldado, Teodoro Hidalgo Morey, coronel del Ejército Peruano.

Para facilitar la lectura, los números que usted encontrará en el cuerpo de texto son una llamada a la

sección Notas, al final del libro, donde se consignan los datos bibliográficos. En cambio, los asteriscos son utilizados para los comentarios del autor a pie de página.

Sendero Luminoso. Subversión y contrasubversión es una revisión a la formación, estructura y desarrollo de Sendero Luminoso, un análisis de su estrategia y de la del Estado, durante los gobiernos de Fernando Belaunde, Alan García y Alberto Fujimori. Es, en suma, la visión de un miembro de las Fuerzas Armadas que participó en el conflicto. Las opiniones vertidas en este libro son, pues, de total responsabilidad del autor, por lo que la editorial no se solidariza necesariamente con el contenido de la obra. Sin embargo, estamos seguros de la importancia de su publicación, dado que ofrece otro punto de vista, necesario para la comprensión global del fenómeno terrorista de Sendero Luminoso, en un momento en que el paso de los años nos permite ir estudiándolo como una parte de nuestra historia reciente, que hay que empezar a revisar con la mayor objetividad posible.

El editor

Coronel EP Teodoro Hidalgo Morey

Nota del autor

Sendero Luminoso planteó un problema que se ubicaba en el ámbito de la defensa nacional, es decir, que requería el esfuerzo de todos los peruanos para solucionarlo. Pero, lamentablemente, muchos peruanos solo intervinieron cuando vieron amenazados sus particulares intereses. Y el conflicto hizo aflorar en todos nosotros, los peruanos, nuestras mejores virtudes y nuestros peores defectos; y el heroísmo que hay en muchos y el egoísmo y falta de solidaridad que hay en otros.

Este libro, escrito sin medias tintas y sin hacer concesiones a ningún sector, pretende mostrar lo que sucedió en ambos lados del conflicto, desnudar la naturaleza íntima de él e invitar a una desprejuiciada reflexión. Y está dedicado a los peruanos, civiles y militares que ofrendaron la vida en la defensa del Estado y la democracia, y a quienes solo por estar en el lugar y momento equivocados, cayeron por efecto del fuego cruzado durante tantos años. La nación está en deuda con todos ellos.

El autor

Índice

Introducción..... 19

PRIMERA PARTE
La guerra equivocada de Sendero Luminoso

Capítulo I. El origen de Sendero Luminoso..... 30
Proceso de formación..... 30
Bandera Roja sienta las bases de la guerra popular... 31

Capítulo II. De Mao a Abimael Guzmán..... 34
La guerra prolongada según Mao Tse Tung..... 34
La guerra popular de Sendero Luminoso..... 47

Capítulo III. El planeamiento estratégico de Sendero..... 69
Esquema inicial propuesto por Sendero..... 69
La concepción estratégica hasta fines de 1982..... 72
El planeamiento a partir de 1983..... 85
El punto de vista de Abimael Guzmán sobre la guerra popular: *la Entrevista del siglo*..... 90

El pensamiento Gonzalo..... 97
El liderazgo de Abimael Guzmán..... 105

Capítulo IV. La lucha armada..... 111
Generalidades..... 111
Hasta diciembre de 1982: La guerra fácil
o los años dorados del senderismo..... 112
1983: La zona de emergencia bajo control
de las Fuerzas Armadas..... 118
Hasta 1987: Sendero busca nuevos espacios..... 123
1988: Una cierta madurez militar de Sendero..... 144
1989: Las circunstancias obligan a Sendero
a modificar su estrategia..... 153
1990-1991: El terrorismo como única forma
de lucha armada..... 157
1992: El principio del fin..... 164
A partir de 1993..... 167

**Capítulo V. Los factores no militares
de la estrategia senderista..... 169**
Generalidades..... 169
La estrategia política..... 170
La estrategia económica..... 178
La estrategia sicosocial..... 182

SEGUNDA PARTE

La respuesta del Estado: La contrasubversión

Capítulo I. La estrategia militar..... 190
Aspectos doctrinarios..... 190
¿Hubo una estrategia violadora de
los derechos humanos contra Sendero?..... 196

Capítulo II. La respuesta del Estado
a la amenaza senderista..... 204
El mando político en la lucha contrasubversiva..... 204
Estado de preparación de las Fuerzas Armadas
para la lucha contrasubversiva..... 208
El gobierno de Fernando Belaunde Terry..... 210
El gobierno de Alan García Pérez..... 236
El gobierno de Alberto Fujimori Fujimori..... 262

Capítulo III. Conclusiones generales..... 280
La estrategia senderista..... 280
La estrategia del Estado..... 282
El comportamiento de la sociedad civil..... 286
La diferencia que existe entre un exceso táctico
y una expresión de guerra sucia..... 287

Notas..... 293

Introducción

En 1992 publiqué el libro *Sendero Luminoso. La guerra equivocada.* Ese libro tenía tres partes, la última de las cuales era el análisis de la respuesta que el Estado dio al desafío de la subversión. El libro fue escrito desde una perspectiva profesional, militar, aunque en lenguaje común. Me interesaba que tuviera llegada en el Ejército, por lo que decidí prescindir de esa tercera parte, pues contenía una crítica bastante fuerte sobre la forma en que el gobierno del ingeniero Alberto Fujimori estaba conduciendo el proceso subversivo, y el comando del Ejército, con el general Nicolás Hermoza Ríos, no la hubiera aceptado o no se hubiera animado a avalar el libro, permitiendo que se entregara a cada uno de los oficiales. La autocensura a que me sometí, pues, creo, estaba justificada, ya que lo más interesante para la oficialidad era lo concerniente a la actuación de Sendero, no la suya propia. Decidí dejar esa tercera parte para una oportunidad más favorable (la primera edición de ese libro fue, en exclusividad, para el Ejército.) Creo que el momento es oportuno para analizar la estrategia impuesta por los gobiernos de los presidentes Fernando Belaunde, Alan García y Alberto Fujimori, y la táctica

puesta en juego por las fuerzas del orden en la lucha contrasubversiva.

La oportunidad se da porque actualmente se comenta mucho respecto a un rebrote de la actividad subversiva, lo que puede, dando pábulo a una sensación de indefensión de la sociedad, agudizar las contradicciones actuales, que son muchas y muy preocupantes. Vale la pena, en consecuencia, dar una visión más ajustada a la realidad, por varias razones, entre ellas para ver si el gobierno actual se decide, de una vez por todas, a terminar con ese problema, que ya nos está costando muchas vidas, y a todos los peruanos, al parecer, una cantidad superior a la cuantiosa deuda externa, que no deja de crecer.

En la medida en que la respuesta del Estado al desafío de Sendero tuvo que ser, por fuerza y según la metodología que se emplea en el ejercicio de la defensa nacional, influida por la particular visión del presidente de la república, hago ver en este libro la forma en que los presidentes Belaunde, García y Fujimori actuaron en el diseño y la ejecución de la estrategia puesta en juego para enfrentar dicho desafío. En este sentido, sostengo la tesis de que es necesario relativizar el proclamado triunfo de Fujimori sobre la subversión, pues los resultados que se obtuvieron bajo su conducción, más que un triunfo suponen un fracaso, habida cuenta el incuestionable hecho de que Sendero siguió actuando luego de la firma del acuerdo de paz que ese presidente obtuvo de Abimael Guzmán. Fujimori fue un diletante de la estrategia, como lo fue Hitler, y su tendencia voluntariosa puesta al servicio de la conducción política de la contrasubversión —así actuaba también Hitler—, desembocó en lo que llamo la "politización de la estrategia", un mero recurso para facilitar sus sucesivas reelecciones.

Este libro tiene dos partes. La primera contiene el texto de mi primer libro sobre el tema, actualizado y ampliado con comentarios sobre la forma en que Abimael Guzmán ejerció su liderazgo y varió su idea inicial sobre la guerra popular, que, siguiendo a Mao Tse Tung, impuso en su lucha para implantar el comunismo en el Perú. En otras palabras, cómo adecuó el llamado "pensamiento Gonzalo" a las cambiantes circunstancias del conflicto. Téngase en cuenta la forma en que lo he dicho: el pensamiento Gonzalo se adecuó a las circunstancias, no fue una idea acabada de quien pretende influir el desarrollo de la historia, que es el papel que asumen los líderes trascendentes, quienes tienen objetivos claros y diseñan procedimientos de acción para conseguirlos. Desde luego, esos líderes están atentos al desarrollo de los acontecimientos e incorporan en su idea primigenia algunos matices o variaciones importantes que la perfeccionan en concordancia con la realidad de la situación. No fue este el caso de Guzmán, y con lo que ahora se sabe respecto a su desempeño al mando de Sendero, resulta más claro lo que ya se dijo en el libro anterior: que el pensamiento Gonzalo es solo cáscara, una verdadera estafa ideológica, y el liderazgo de Guzmán, lamentable.

Me complace decir que la actualización de ese texto inicial es, mayormente, de tipo gramatical, pues la información contenida en él queda como estaba. Alguna opinión ha sido enriquecida con lo que ahora se sabe. Aunque actualmente hay algunos senderistas que intentan levantar cabeza en la ceja de selva, para ser congruente con la realidad del conflicto, he preferido hablar de Sendero en tiempo pasado.

En cuanto a la segunda parte, que trata sobre la respuesta del Estado, decidí incluir en ella mi experiencia personal (lo que me obligó a emplear la primera persona), debido a que actualmente nadie cree en los militares; más bien, todo el mundo cree que todos los uniformados somos tan corruptos como esos generales encarcelados por haber integrado la mafia fuijimontesinista. Tengo la esperanza de que el testimonio de alguien que ha vivido el problema en alguna medida y que se anima a poner esa experiencia en un libro, tenga credibilidad, sobre todo si ese alguien se preocupa de mantener su credibilidad en tanto escritor, como es mi caso. En este sentido, debo decir que cuando apareció Sendero, tenía a mi cargo la producción de las publicaciones del Ejército y que, como periodista, visité repetidas veces las zonas de emergencia y escribí muchos artículos, algunos de ellos con firma, sobre el tema. Más tarde fui asesor, en asuntos políticos y de opinión pública, y de manera general en los llamados asuntos sicosociales, de cuatro ministros, dos de Guerra y dos de Defensa, y que, en tal carácter, me mantuve cerca de los problemas del conflicto interno; con uno de ellos, el general Jorge Flores Torres, visité, integrando su comitiva, varias veces las zonas de emergencia, experiencia valiosísima que me puso en contacto con los aspectos no militares de la respuesta del Estado. Más tarde fui participante del XXXVII Curso de Defensa Nacional, organizado por el CAEM (Centro de Altos Estudios Militares), hoy denominado CAEN (Centro de Altos Estudios Nacionales). Tuve el privilegio, en esa ocasión, de ser designado jefe del trabajo en comité sobre el estado de la subversión en 1987, que los participantes desarrollamos mediante trabajo de campo en el viaje de estudios al interior del país.

La información que recabamos en todo el territorio da una visión completa del desarrollo del conflicto, lo que, en realidad y para este libro, vale oro en polvo, sobre todo por la calidad del trabajo que se ejecuta en el CAEN. Al año siguiente de esta experiencia, fui nombrado inspector de la 31.ª DI (División de Infantería), que tenía a su cargo la contrasubversión en la sierra norte, es decir, el Alto Huallaga incluido. Como inspector estuve en el teatro de operaciones principal, en 1988, más que en Huancayo, la sede del puesto de comando divisionario, y puedo decir que lo que aquí escribo sobre el desempeño de Sendero y su alianza con el narcotráfico y, desde luego, la contrasubversión, no me lo contaron, lo viví e investigué sobre el terreno. Además, fui el segundo en la línea de mando de esa DI, y en tal carácter, asumí el mando de la división cada vez que el comandante general se alejaba de nuestra área de responsablidad, de manera que tuve información privilegiada de todo lo que pasaba en dicha jurisdicción. Por último, fui jefe de la CPHEP (Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú), lo que puede dar idea de que, por lo menos, me esfuerzo en manejar la información con la seriedad que merece un insumo destinado a dar forma a la historia. Este fue el último cargo que tuve en mi institución, pues en marzo de 1991 pasé a la situación de retiro, a mi solicitud, cuando me di cuenta que mi ascenso a general de brigada ya era imposible.

Pido disculpas por el tono tan personal del párrafo anterior, pero entiéndase que, actualmente, los militares tenemos tan poca credibilidad, que cualquiera puede aventurarse a descalificarlo a uno, de manera que es mejor poner sobre el tapete la autoridad que uno tiene para abordar un tema, sobre todo si al hacerlo debe

poner en entredicho a algunos personajes que gozan de la mayor credibilidad del mundo e insisten en proclamar que las Fuerzas Armadas han actuado, como norma de conducta, ilegalmente en la lucha contra quienes amenazaban la democracia y al pueblo peruano, principalmente a la parte más débil de él, esa gente que vive en la miseria, y que, contrario a lo que se dice, confiaba en los soldados de su patria, a los que veía como escudo protector contra la vesania de Sendero.

No se piense que aquí se trata de demostrar que las fuerzas del orden actuaron siempre dentro de la ley, que respetaron permanentemente los DDHH (derechos humanos), que siempre se mantuvieron dentro de la disciplina y la lealtad en el combate que se espera de una fuerza profesional. No es así: en este libro no se elude ninguno de los temas que cuestionaron, a lo largo del conflicto, la actuación de los militares, pero se intenta proyectarlos en su justa medida, sin dejar de condenar los excesos que las fuerzas del orden cometieron. Aún más, por primera vez en un escrito mío acepto que hubo guerra sucia, porque así lo demuestran las evidencias. Hubo guerra sucia, en la modalidad de terrorismo de estado, en la época de Fujimori y en el ámbito cerrado, misterioso de la Inteligencia manejada por Vladimiro Montesinos. Esa guerra sucia fue la del grupo Colina, y sus responsables fueron, sin ninguna duda: Alberto Fujimori, Vladimiro Montesinos y el general Nicolás Hermoza Ríos y, desde luego, quienes hicieron el planeamiento de sus asesinatos y quienes los ejecutaron.

Ahora bien, he escrito este libro empleando fundamentalmente mi criterio profesional de soldado. El análisis, en consecuencia, privilegia factores doctrinarios sobre estrategia y táctica y el respeto por los hechos

históricos correspondientes a las situaciones de combate. En este sentido y teniendo en cuenta que muchos comandantes han sido y son cuestionados por presuntas violaciones de los DDHH en el curso de las operaciones que ellos decidían, debo decir que aquí se aprecia, fundamentalmente, la forma en que combatieron a Sendero, sin dejar de mencionar las estadísticas de la violencia en los períodos en que se ha dividido el desarrollo del conflicto, en la misma forma en que lo han hecho otros estudiosos del problema subversivo, y utilizando sus mismas fuentes. El caso más notable de esa percepción negativa que tienen muchos peruanos sobre el desempeño de tales comandantes, es el del general Clemente Noel Moral, a quien, en ciertos círculos, se le conceptuaba como un sistemático violador de tales derechos. En este libro, yo sostengo que fue un excelente comandante, pues él tuvo que idear procedimientos tácticos novísimos para combatir a Sendero, y logró expulsarlo de la zona de emergencia inicial en pocos meses. La táctica puesta en práctica por el general Noel nos sirvió para derrotar a Sendero en los años siguientes, y este es un mérito que nadie le puede negar. De manera que el lector no debe confundirse: aquí se analiza la guerra interna en su aspecto operativo, de un lado, y los posibles excesos de los combatientes, de otro lado, cada aspecto en su momento, según el plan de la obra. En cuanto al general Noel, tengo entendido que ya ha pasado la experiencia judicial correspondiente a los cuestionamientos que se le han hecho. Es en ese ámbito judicial donde debe ventilarse ese aspecto, no en una obra como esta.

Para una mejor comprensión del lector civil, he desarrollado algunos tópicos doctrinarios sobre estrategia y táctica. Puede verse, gracias a esa exposición, que

en nuestra patria el nivel estratégico es de responsabilidad del CDN (Consejo de Defensa Nacional), es decir, el estamento político, y que el nivel táctico corresponde a las fuerzas del orden, es decir, los elementos operativos de las Fuerzas Armadas y la PNP (Policía Nacional del Perú). Y, en consecuencia, que enrostrar al mando militar las culpas por una supuesta "estrategia violadora de los derechos humanos" es una postura equivocada.

También abundo en criterios sobre la Inteligencia, lo que resulta fundamental para entender cómo fue posible que el terrorismo de estado se practicara al margen de las tropas, incluso de sus comandantes, sin su conocimiento. Con experiencia en el mando operativo (que tienen la gran mayoría de los generales y gran número de coroneles del Ejército del Perú) debo decir que la Inteligencia es una actividad tan restringida a su ámbito propio, que nadie que no pertenece al "sistema" tiene idea de lo que sucede en sus predios, de manera que, créase o no, a pesar de mi vocación de investigador periodístico, nunca me enteré, mientras estuve en la actividad, de lo que pasaba en los ámbitos cerrados de la Inteligencia. Desde luego, eso también tiene que ver con lo que llamamos "conciencia de Inteligencia", esa predisposición de los oficiales a no meternos en los asuntos clasificados que no nos conciernen. Como sea, el grupo Colina fue una sorpresa, incluso para muchísimos generales.

Discuto el tema de la supuesta estrategia violadora de los DDHH, de la que se habla en estos días, no para repartir culpas, en provecho de la imagen de las Fuerzas Armadas, sino para poner sobre el tapete lo que en realidad sucedió, haciendo ver los problemas que tuvieron que enfrentar las fuerzas del orden para discriminar en

su acción represiva, particularmente en el inicio, respecto a quien era senderista y quien no lo era, antes de apretar el disparador de su arma. Créase, este fue el problema más peliagudo con el que tuvieron que lidiar las patrullas militares. Otro fue que Sendero no logró establecer el necesario distingo entre sus elementos puramente combatientes y los que debían encargarse de los aniquilamientos o el terrorismo puro, o de los asuntos políticos, de manera que para las tropas era lo mismo enfrentar a una columna senderista que a un comité clandestino, pues este respondía con armas y explosivos cuando era atacado.

Los peruanos todavía no asimilan apropiadamente el problema en que nos metió Sendero. Todavía hay mucha gente que piensa que los militares, con su guerra sucia, fueron los culpables de la desgracia de tantos compatriotas. Ojalá este libro ayude a poner las cosas en una perspectiva más equilibrada, no para pintar con colores agradables la faz de las Fuerzas Armadas, ni para repartir culpas, reitero, sino para que los peruanos —senderistas incluidos— nos miremos en un espejo más realista y corrijamos lo que hemos estado haciendo mal, a ver si sacamos adelante a este Perú tan rico en posibilidades y promesas.

Lima, 31 de agosto de 2004

Primera Parte

La guerra equivocada de Sendero Luminoso

Capítulo I

El origen de Sendero Luminoso

Proceso de formación

El historial de SL es más o menos conocido. Sus orígenes están íntimamente ligados al desenvolvimiento de los partidos marxistas peruanos, los que anduvieron envueltos en grandes problemas de identificación, de uniones y desuniones, con predominancia de estas últimas, pero cuyas principales pistas, a pesar de ser confusas, se han podido seguir.

Sendero se origina en la escisión del PCP (Partido Comunista del Perú), producida en 1964, cuando nació el Partido Comunista del Perú-Bandera Roja, al que pertenecía Abimael Guzmán Reynoso. De esa organización se desprendió en 1970, cuando Guzmán decide independizar su grupo, en el inicio manteniendo el mismo nombre.

En cuanto al nombre con que se le conoce, SL, no es la denominación que Guzmán eligió para su partido —más bien, la repudia— sino que le fue asignada casi desde el principio, debido a que el FER (Frente Estudiantil Revolucionario) de la UNSCH (Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga), la base primigenia

desde donde empezó a actuar esa organización, llevaba como membrete el lema *Por el Sendero Luminoso de Mariátegui.* Guzmán, que era profesor de esa universidad desde 1962, dominaba una facción de ese frente.

Si el FER de Ayacucho es el núcleo y el antecedente más cercano de donde emerge SL, debe aceptarse que el fundamento esencial de su estrategia y su actividad quedó establecido en 1964 por BR (Bandera Roja), uno de cuyos jefes era Guzmán. En efecto, en la V Conferencia Nacional del PCP, convocada por dicha facción en ese año, se caracterizó a la sociedad peruana, siguiendo a Mariátegui, como semifeudal y semicolonial, y se estableció que para cambiarla el único camino era la lucha armada, en esto, siguiendo a Mao Tse Tung. La lucha armada, en consecuencia, debía ejecutarse de acuerdo a la metodología maoísta de la guerra prolongada, cuya estrategia era caracterizada por el líder chino como "cercar las ciudades desde el campo", lo que implicaba utilizar fuerzas guerrilleras desde el inicio y establecer zonas liberadas como bases de apoyo. Las bases de apoyo y las fuerzas armadas revolucionarias que debían organizarse descansarían en la alianza de obreros y campesinos, con hegemonía de estos últimos [1].

Bandera Roja sienta las bases de la guerra popular

La organización BR también dejó establecidas, más adelante, las premisas básicas que debían tenerse en cuenta antes de emprender la lucha armada, algunas de las cuales no respondían a las expectativas de Guzmán.

Analizando la fallida experiencia guerrillera de 1965, cuyo "foquismo" —actuar únicamente en determinados puntos del territorio— era uno de los aspectos más criticados, BR, que no había participado en esa experiencia, señaló los siguientes requerimientos: 1) La urgencia de un largo período de adoctrinamiento, tanto en el nivel de la dirigencia, cuanto en el de las bases; 2) la necesidad de una mayor preparación bélica teórica de los cuadros; 3) la certeza de iniciar la lucha armada en condiciones óptimas, seguras, proporcionadas por las condiciones de miseria, injusticia y corrupción oficial; 4) la habilidad para utilizar en el entrenamiento guerrillero los resultados positivos y negativos de tácticas militares empleadas en las guerras populares del exterior; 5) la experta canalización del malestar socioeconómico general del país y específicamente regional, en el teatro de operaciones, y 6) desarrollar en el flujo y reflujo de la lucha armada, la alternativa más clara, directa e inmediata a la problemática nacional para salir del subdesarrollo y libertarse de la dependencia y el colonialismo económico y cultural [2]. Como puede verse, estas condiciones tenían una alta dosis de prudencia para evitar una nueva experiencia fallida y para asegurar el triunfo una vez empezada la lucha armada. Esa prudencia, que a partir de 1968 era más necesaria, porque Velasco, con sus medidas modernizadoras y revolucionarias, empezaba a quitar a los grupos marxistas sus principales banderas revolucionarias, no se conjugaba, sin embargo, con la urgencia que tenían Guzmán y sus seguidores para empezar la acción, por lo que en 1970 se separaron de BR. Esto se produjo en el II Pleno del Comité Central del PCP, convocado por Guzmán a iniciativa propia y a espaldas del resto de la dirigencia de BR.

A partir de esta separación del grupo de Abimael Guzmán pueden distinguirse dos períodos en el desarrollo de la subversión: el prebélico o preoperacional entre 1974 y 1980, y el período operacional a partir de 1980. Durante el primero, Sendero cumplió hasta 1975 actividad pública, mediante el trabajo en diversas organizaciones de fachada, incluidas algunas universidades, teniendo como foco central de su labor la UNSCH. El trabajo en las universidades se ve dificultado a partir de 1974, cuando se eliminan los estudios generales y dejan de dictarse asignaturas sobre marxismo. En 1975, Sendero participa por última vez en un congreso de docentes y pasa a la clandestinidad.

Capítulo II

De Mao a Abimael Guzmán

La guerra prolongada según Mao Tse Tung [3]

Desde que el grupo subversivo SL aparece en la escena nacional se proclama maoísta y, congruente con ello, caracteriza su acción en términos inequívocamente maoístas. Sin embargo, los pocos planteamientos teóricos que ha difundido y su misma praxis hacen ver, también inequívocamente, que hay pocos puntos de contacto entre la teoría y la praxis de la guerra prolongada diseñada por Mao Tse Tung y las correspondientes a la guerra prolongada de Sendero, a la que los senderistas llaman guerra popular (cuando se refieren al nivel táctico, por lo general, dicen "lucha armada"). De hecho, parecería que una diferencia fundamental entre la concepción de Mao y la de Guzmán radica en el énfasis que ambos ponen en el componente militar de su estrategia. Mientras en Mao la visión de la guerra es, según lo tradicional, claramente militar, en Guzmán el componente político alcanza una preponderancia mayor, de manera que la estrategia de guerra senderista —aunque Guzmán no lo reconoce— confía más en una solución política del conflicto. Y esto es entendible, pues Guzmán conocía la

precariedad de sus fuerzas militares y la imposibilidad de que, con ellas, pudiera derrotar a las Fuerzas Armadas, primera condición para hacerse del poder.

En todo caso, tal vez porque la praxis senderista se aleja notablemente de la teoría maoísta que, según propia declaración de Guzmán y sus seguidores, guía su acción, es que la teoría senderista resulta equívoca y ha dado consistencia a la idea de que Sendero ha roto todos los esquemas de la guerra revolucionaria.* Por lo mismo, para entender a Sendero con cierta profundidad y para evaluar sus posibilidades y vulnerabilidades es imprescindible confrontar su estrategia y sus logros con el modelo que dice seguir. Esto no es antojadizo, sino que responde a una necesidad metodológica elemental. De otro lado, es necesario desmitificar todo lo referente a Sendero, si se quiere verdaderamente establecer los criterios más adecuados para vislumbrar, a estas alturas del proceso político peruano, lo que es necesario hacer para terminar de una vez por todas con la vigencia de Sendero, que intenta levantar cabeza.

Debe decirse, además, que la prédica de Guzmán está plagada de referencias a Mao y su teoría, de manera que el "pensamiento Gonzalo" continúa siendo absolutamente tributario de la doctrina maoísta. Pues bien, para centrar el problema subversivo en su real magnitud, vamos a exponer suscintamente los principales aspectos de los planteamientos doctrinarios de Mao, principalmente de aquellos que deben servirnos de marco teórico para el análisis de la estrategia senderista.

---

* En términos académicos en el mundo militar global, la subversión comunista se llama revolucionaria, no meramente subversiva, que es todo intento por derrocar a un gobierno. Utilizo las expresiones "guerra subversiva" o "acción subversiva", o "contrasubversiva" en vez de "revolucionaria" o "contrarrevolucionaria" por comodidad y para una mayor comprensión de todos.

La naturaleza de la guerra según Mao

El panorama de la guerra está dominado desde el siglo XIX por las formulaciones teóricas de Karl von Clausewitz, quien se había inspirado, principalmente, en las campañas de Napoleón y en el juego político que se ejerció en la época del gran corso. Suyo es ese aforismo que dice que la guerra es la continuación de la política con otros medios, que incluye en sus comentarios sobre la naturaleza de la guerra [4].

Clausewitz entiende la guerra como un fenómeno único; estudia la guerra dentro de las múltiples guerras que han habido en la historia de la humanidad. La primera muestra de la genialidad de Mao debemos encontrarla en su percepción de la guerra como un fenómeno ligado a las circunstancias que le dan origen, principalmente el adversario, de manera que la guerra no es un fenómeno absoluto o único; más bien, cada guerra es un fenómeno singular. Esta comprobación lo llevó a idear una guerra totalmente nueva, estrictamente ajustada a la realidad china (las condiciones objetivas, como dicen los marxistas) y a las posibilidades de su adversario y las propias (las condiciones subjetivas).

Aunque Mao coincide plenamente con Clausewitz en cuanto a definir la naturaleza de la guerra y confirma su tesis de que la guerra es un acto político —dice: "la política es guerra sin derramamiento de sangre, en tanto que la guerra es política con derramamiento de sangre"—, no acepta, de manera absoluta, la concepción de la guerra de aniquilamiento que está en toda la teoría clausewitzina . La guerra prolongada es una guerra de desgaste y aniquilamiento a la vez —aunque asignando prioridad a lo primero—, porque ella es un recurso del

débil contra el fuerte, al que hay que desgastar primero, para ponerlo a la altura de las posibilidades del débil, y luego aniquilarlo en los términos de Clausewitz.

Congruente con su idea de que la guerra es un fenómeno singular —aunque existen reglas generales que Mao acepta como comunes a todas las guerras—, el líder chino formuló una teoría específica con referencia al problema que debía enfrentar. Y, ¿cuál era ese problema? Inicialmente y durante 13 años, entre 1924 y 1937, condujo dos guerras civiles revolucionarias: la primera hasta 1927, que terminó en un rotundo fracaso y en la que tuvo como aliados a Chiang Kai-shek y el Kuomintang, y la segunda entre 1927 y 1937, durante la cual se enfrentó a dichos antiguos aliados, que se habían hecho del poder mediante un golpe de estado. Este fue un período de intenso aprendizaje. En 1937 Mao propugnó un frente nacional para expulsar a las fuerzas japonesas que habían invadido China en 1931, y logró ese objetivo, de manera que se estableció una tregua en la guerra civil y junto con Chiang condujo la guerra de resistencia contra el Japón entre 1937 y 1945. En rigor, la guerra prolongada, la que ha quedado consagrada como la estrategia característica de Mao y la que Sendero decía seguir, corresponde a este período. Entre 1945 y 1949, expulsadas las fuerzas japonesas con la ayuda de la Unión Soviética —aunque tal ayuda llegó después de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, es decir, luego de la derrota del Japón en la Segunda Guerra Mundial—, se reanudó la guerra civil y Mao logró derrotar a Chiang y establecer el comunismo en China. En consecuencia, la estrategia de guerra prolongada diseñada por Mao atiende a la realidad de China, dentro de la cual la presencia de un invasor extranjero muy poderoso, el Japón, resulta un ingrediente fundamentral y condiciona el

marco estratégico de dicha guerra. Esa misma estrategia fue aplicada por el general Nguyen von Giap en Indochina, posteriormente, en las dos guerras que emprendió, la primera contra Francia y la segunda contra Estados Unidos, en la Guerra de Vietnam. Giap resultó vencedor en ambos casos, de manera que la estrategia maoísta fue ejecutada con éxito en tres conflictos bélicos notabilísimos. SL aplicó la misma estrategia con grandes y numerosas variantes, propias de la realidad peruana y del tipo de organización que tenía el grupo subversivo. Lo más notable de esa realidad es que el Perú no confrontaba el problema de un invasor extranjero, y esto dio lugar a muchas contradicciones en la praxis guerrera de Sendero. Este movimiento trató de superar el problema reemplazando dialécticamente al invasor japonés con "las clases explotadoras y su amo imperialista", es decir, Estados Unidos, recurso que, ciertamente, no satisfizo la necesidad del invasor extranjero, para actuar congruentemente con la metodología maoísta.

Mientras Clausewitz cree que el fin propio de la guerra es dejar indefenso al enemigo, es decir, destruirlo, el mismo aspecto lo conceptúa Mao como el "principio básico" de la guerra prolongada, orientador de las operaciones militares, y lo enuncia así: "esforzarse al máximo por conservar las fuerzas propias y destruir las del enemigo"; aunque, al modo clásico, considera en primer lugar la destrucción de las fuerzas enemigas. La variación introducida por Mao —lo de conservar las propias fuerzas— resulta fundamental en su estrategia, pues sabía que una vez derrotado el Japón tendría que romper la tregua pactada con Chiang y enfrentarlo, con miras a implantar el comunismo en China.

Atendiendo a esta necesidad, Mao enuncia el fin político de la guerra prolongada, también, en dos par-

tes: "expulsar al imperialismo japonés y establecer una nueva China libre y feliz". Por eso, dice, es que frente al poderío japonés la aparente contradicción implícita en la norma de conservar las propias fuerzas y destruir las del enemigo se convierte en "la base de todos los principios militares". Ambas condiciones, dice, en realidad no implican contradicción alguna, sino que son, más bien, "contrarios que se condicionan entre sí". La guerra prolongada, por lo mismo y como ya vimos, entraña una diferencia cualitativa importante en cuanto a la concepción de Clausewitz: no es una guerra de aniquilamiento en sentido riguroso, sino una guerra de aniquilamiento y desgaste a la vez. Esto se logra asignando tareas específicas a cada una de las formas en que Mao dirige la guerra de resistencia contra el Japón; estas formas son tres: la guerra de movimientos, la guerra de posiciones y la guerra de guerrillas. La primera cumple función de aniquilamiento; la segunda, de desgaste, y la tercera, ambas tareas al mismo tiempo.

La teoría de la guerra prolongada

¿Por qué la guerra prolongada?

Diversas consideraciones llevaron a Mao a elegir la guerra prolongada y a diseñar los procedimientos estratégicos y tácticos que la hacen posible. En 1938 plantea el problema en los siguientes términos: Japón había invadido China con un ejército muy poderoso y esto había generado dos tendencias: la que consideraba inevitable la subyugación de China por el Japón y la que creía que China podía vencer rápidamente. Mao consideraba ambas posturas como equivocadas y peligrosas, pues la primera engendraba la tendencia al compromiso, a la ne-

gociación con el Japón para lograr la paz, y la segunda, la tendencia a la subestimación del adversario. Mao no creía en el triunfo del Japón, pero tampoco aceptaba que China podía obtener una victoria rápida. En el análisis de Mao, Japón había obtenido una victoria inicial muy importante, de manera que China tenía que neutralizar esa ventaja, desarrollarse militar y económicamente y luego asumir la iniciativa para derrotar al enemigo. Consecuentemente, eso solo era posible mediante una guerra prolongada.

Como puede verse, este es un planteamiento lógico, y la guerra prolongada se presenta como una solución favorable a China en vista de la situación de ambos contendientes. Dentro de este mismo razonamiento, Mao considera que el triunfo chino estaba condicionado por: el progreso de China, como base para fortalecer sus fuerzas militares; las dificultades del Japón, obligado a mantener una guerra prolongada, y la posibilidad de la ayuda internacional a la causa china.

Los medios

Para ejecutar la guerra prolongada debían existir algunas condiciones básicas. En primer lugar, la posibilidad del empleo combinado de fuerzas regulares y guerrillas, es decir, la existencia de un ejército y de fuerzas guerrilleras de apreciable magnitud, capaces de conjugarse en el plano táctico. Mao contaba con un ejército poderoso, el Ejército Rojo, que durante la guerra con el Japón se denominó VIII Ejército. Las guerrillas existían desde la primera guerra civil revolucionaria, y se habían formado en base a los "destacamentos insurreccionales de obreros y campesinos" y otras organizaciones campesinas. Además de estas dos fuerzas militares, Mao

consideraba que la guerra prolongada exigía "una amplia y profunda movilización política", que consistía en una acción sicológica sobre el pueblo y el ejército, a fin de conseguir unir como un solo hombre a cientos de millones de personas para que aporten su contribución al esfuerzo bélico. Esa movilización política debía ser permanente, vinculándose con la marcha de la guerra y la vida de los soldados y del pueblo.

Otro aspecto fundamental para la ejecución de la guerra prolongada era el apoyo internacional, aunque su importancia era más de índole política que logística. Para el aprovisionamiento de sus ejércitos, Mao confiaba enteramente en las posibilidades de las regiones que controlaba, para lo cual había establecido una política económica adecuada a las necesidades de la guerra. También confiaba en sus propias capacidades para apoderarse de la logística de Chiang en los períodos de la guerra civil.

Los medios que se requieren para sostener la guerra prolongada son, pues: el ejército, las guerrillas, el apoyo del pueblo y la ayuda internacional.

Las tácticas

Mao se apoyaba, muy sabiamente, en las tácticas consagradas por el largo ejercicio de la guerra tradicional. Ya vimos que las formas de combate de la guerra prolongada eran: la guerra de movimientos, la guerra de guerrillas y la guerra de posiciones, a la que Mao no asignaba mucho valor, principalmente porque los grandes espacios chinos favorecían el que los japoneses desbordaran cualquier posición organizada; en cuanto a ejecutar acciones contra posiciones japonesas, Mao también era reacio a decidirse por esa posibilidad, pues sus fuerzas no tenían el suficiente armamento para emprender esa difícil empresa.

Las guerrillas

En lo que se refiere a la guerra de guerrillas, Mao revela una sorprendente agudeza de pensamiento militar cuando establece el concepto de que las guerrillas son un recurso provisional, pues ellas deben evolucionar de tal forma que sean capaces de ejecutar la guerra de movimientos. Cree que las guerrillas tienen un doble papel estratégico: apoyar la guerra regular y transformarse ellas mismas en guerra regular. Estipula que es necesario "tomar algunos centenares de miles de combatientes y dispersarlos por todas las zonas que el enemigo ocupa, para que movilicen y organicen fuerzas armadas populares y, junto con ellas, emprendan la guerra de guerrillas".

Mao considera, además, que el ejército puede, dispersando sus fuerzas, realizar la guerra de guerrillas y, concentrándolas, la guerra de movimientos, que era la forma habitual de combate del VIII Ejército.

Etapas de la guerra prolongada

Mao visualiza la guerra en tres grandes etapas:

—Primera etapa: ofensiva estratégica del enemigo y defensiva estratégica china; también puede definirse como China a la defensiva.

—Segunda etapa: consolidación estratégica del enemigo y preparación china para la contraofensiva. También puede ser denominada como "equilibrio estratégico". En esta etapa Japón debe verse obligado a fijar, dentro de ciertos límites, el punto final de su ofensiva estratégica, pasando a consolidar el territorio ocupado. Las guerrillas asumirían el esfuerzo principal de la guerra, desde bases de apoyo que debían ser constituidas en la primera etapa, y

toda China debería fortalecerse para lograr convertirse de débil a fuerte, preparándose para la contraofensiva final.

—Tercera etapa: contraofensiva estratégica china y retirada estratégica del enemigo, o contraofensiva para recuperar el territorio perdido. Para la ejecución de esta etapa, China requeriría imprescindiblemente del apoyo externo, y durante ella volvería a ser predominante la guerra de movimientos.

Las bases de apoyo

En los planteamientos teóricos de Mao correspondientes a la segunda guerra civil y a la guerra contra el Japón, alcanza una importancia capital el concepto de bases de apoyo. Las bases de apoyo resultan un complemento fundamental para las operaciones tácticas, particularmente en la defensa activa, cuando se trata de llevar a las formaciones enemigas hacia dichas bases, a fin de que el pueblo contribuya a su destrucción. Estas bases de apoyo responden a la idea de zonas liberadas, pues son regiones bajo control maoísta, que deben tener defensas sólidas, reservas suficientes de provisiones y hospitales para atender las necesidades del Ejército Rojo.

En cuanto a su empleo en la guerra de guerrillas, ellas son las "bases estratégicas" en que las guerrillas se apoyan para cumplir sus tareas tácticas y lograr el objetivo de conservar las fuerzas propias. Mao considera que su establecimiento es absolutamente necesario, pues constituyen la retaguardia de las guerrillas y estas no pueden desarrollarse sin tales bases. Dice: "en la época actual de comunicaciones y técnicas avanzadas, sería más infundado pensar que se puede lograr la victoria luchando a la manera de los insurrectos errantes".

El establecimiento de bases de apoyo requiere de zonas extensas, provistas de buenos y abundantes recursos. Su consolidación exige movilizar y organizar a las masas; adiestrar a las unidades guerrilleras y a las fuerzas armadas locales. Consecuentemente, las condiciones principales para su establecimiento son: contar con Fuerzas Armadas, infligir derrotas al enemigo empleando las fuerzas armadas y con apoyo de las masas populares, y movilizar las masas, al mismo tiempo que liquidar a los colaboracionistas declarados y encubiertos.

La apreciación político-estratégica de Mao

Toda estrategia, como todo proceso de planeamiento, parte de un diagnóstico de la realidad que se trata de influir mediante la estrategia. Ese análisis, en los términos del CAEN se denomina, en el más alto nivel, "apreciación político-estratégica", y es la que descubre los elementos básicos del conflicto.

En la teoría marxista-leninista, que conceptúa el conflicto como el punto de partida para tomar el poder e implantar el comunismo en un país, el conflicto se produce cuando existe una "situación revolucionaria en desarrollo", es decir, condiciones contradictorias dentro de la sociedad, de tal magnitud que permiten conseguir un levantamiento popular masivo capaz de derrotar al gobierno instituido y sus Fuerzas Armadas, con miras a reemplazarlos con otros de corte comunista. Esto se consigue cuando se produce el auge de la situación revolucionaria, según la terminología que emplea Mao (la crisis revolucionaria en los términos de Lenin), lo que consiste en la exacerbación de dichas contradicciones mediante un manejo cuidadoso de los factores conflictivos. La estrategia revolucionaria,

en consecuencia, debe establecer los mecanismos necesarios para conseguir ese auge (cuando se descubre una situación revolucionaria en desarollo, la principal tarea de los partidos comunistas es exacerbar las contradiciones para lograr el auge de esa situación o su crisis).

Pues bien, en la década de 1920 del siglo pasado, o tal vez antes, Mao realizó la apreciación de la realidad china y concluyó que la sociedad de su país era semicolonial (potencias extranjeras como Estados Unidos, Inglaterra y Japón, principalmente, se disputaban el dominio indirecto de China) y semifeudal (la estructura económica china permitía la existencia de grandes terratenientes que dominaban el campo como verdaderos señores feudales, mientras que los caudillos militares se disputaban de continuo el poder en función de los intereses de la gran burguesía manejada desde el exterior, y de esos terratenientes que también manejaban a su antojo las Fuerzas Armadas). Como consecuencia de ello, existía una situación revolucionaria en desarrollo, expresada a través de: "huelgas obreras, las insurrecciones campesinas, los mítines de soldados y las huelgas estudiantiles", principalmente. Mao describía la situación de manera metafórica, al decir que "Toda China está llena de leña seca, que arderá pronto en una gran llamarada. El proverbio 'Una sola chispa puede incendiar la pradera', es una descripción apropiada de cómo se desarrollará la situación actual".

En el largo proceso de la revolución china se llegó a establecer el Poder Rojo, que se sustentaba en la formación de pequeñas zonas rojas, defendidas en el inicio por la Guardia Roja y los destacamentos insurreccionales de obreros y campesinos. Estas zonas liberadas y a la vez bases de apoyo militares permitieron la formación

del Ejército Rojo, sin el cual Mao no se hubiera decidido por la revolución, al margen de que existiera o no una situación revolucionaria en desarrollo. Lo dice inequívocamente: "Así, pues, aun cuando contemos con una buena base de masas obreras y campesinas, si no poseemos fuerzas regulares bastante poderosas, será absolutamente imposible crear un régimen independiente y menos todavía uno que perdure y se desarrolle sin cesar" [5]. Dentro de estas condiciones de China, la guerra prolongada resultaba el recurso más adecuado para conseguir el auge revolucionario y permitir el establecimiento del comunismo en ese inmenso país.

Al elegir la guerra prolongada, Mao dio muestras una vez más de su genialidad, pues había razones poderosas y antecedentes muy lejanos para que ningún estratega se decidiera por ejecutar una guerra a largo plazo; al contrario, todo planeamiento estratégico tradicional busca obtener una solución rápida. Además, quinientos años antes de Cristo, Sun Tzu, el cásico chino que escribió *El arte de la guerra* y a quien Mao sigue en muchos de sus preceptos, decía que "La victoria es el principal objetivo de la guerra. Si tarda demasiado en llegar, las armas se embotan y la moral decae. Cuando las tropas ataquen a las ciudades estarán en el límite de sus fuerzas. Si el ejército emprende campañas prolongadas, los recursos del Estado no alcanzarán [...] y si se conocen casos de precipitaciones desafortunadas en la guerra, nunca hemos oído hablar de una operación hábil que se prolongase [...] Porque nunca se ha visto que una guerra prolongada beneficiase a ningún país" [6]. Pues bien, Mao no acepta esta apreciación de Tzu; tampoco atiende la orientación de Stalin y Trotsky, representantes de la primera revolución co-

munista exitosa, cuando le dicen que inicie la revolución en las ciudades y después conquiste el campo, como habían hecho los rusos. Mao se decide por una estrategia que busca "cercar las ciudades desde el campo". Es que Mao había hecho una apreciación rigurosa de la sociedad china, conocía perfectamente los mecanismos de articulación de la política y la economía de su país, contaba con una base militar adecuada para iniciar la guerra popular y estaba en condiciones de establecer procedimientos para incrementar sus fuerzas armadas. Ese conocimiento le permitía vislumbrar que podría apoderarse de los ejércitos entrenados de los "déspotas locales" y aprovechar la industria instalada en las zonas rojas que irían creando; obligar a la burguesía, a plena iniciativa o mediante apropiaciones (requisas), a sostener el esfuerzo de guerra, y confiaba en que en los grandes espacios rurales encontraría el contingente necesario para incrementar sus ejércitos y formar una poderosa fuerza guerrillera. Su apreciación político-estratégica fue, pues, exhaustiva, y eso facilitó, en gran medida, su triunfo.

La guerra popular de Sendero Luminoso

Hemos visto que SL adopta la caracterización de la sociedad peruana que había hecho BR en 1964, según la cual ella era semifeudal y semicolonial, como había dejado establecido José Carlos Mariátegui. Igualmente, que Sendero mantiene la decisión de BR de cambiar esa situación mediante la guerra popular, la misma que debía seguir el modelo maoísta de la guerra prolongada.

También dijimos que Sendero se independiza de BR porque no comparte su punto de vista según el cual la lucha armada debía iniciarse después de conseguir determinados requisitos, los principales de los cuales apuntaban a la formación de una fuerza armada poderosa y bien entrenada.

Veamos ahora los aspectos básicos estratégicos en que Guzmán funda su versión de la guerra prolongada. Antes, conviene señalar los principales aspectos de la sociedad peruana que Sendero pretendía cambiar.

El Perú como escenario de la iniciación de la lucha armada senderista

El grupo SL inició la lucha armada el 17 de mayo de 1980, la víspera de las elecciones generales que llevaron al gobierno al arquitecto Fernando Belaunde Terry. Lo hizo mediante el acto simbólico de quemar las ánforas electorales en Chuschi, un poblado ayacuchano de la provincia de Cangallo. Abimael Guzmán, impaciente líder, intentó iniciarla en 1970, pero el comité central de su partido se opuso, haciéndole ver que la fuerza armada de Velasco terminaría el movimiento insurgente con gran facilidad, como ya había sucedido con las guerrillas de De la Puente, quince años antes.

El Perú caracterizado por Mariátegui como semicolonial y semifeudal ya no existía en 1980. La revolución de Velasco había corregido los aspectos más notables de dicha caracterización; para decirlo claro: quitó a los comunistas sus principales banderas reivindicadoras. Ya no estaban en nuestro territorio ni la IPC (International Petroleum Company) ni la Misión Militar (Norte) Americana, los elementos emblemáticos de los enclaves (Talara,

el principal) que el país más poderoso del mundo tenía aquí. El Perú, además, estaba saliendo de la desastrosa experiencia velasquista y miraba el futuro con optimismo, más aún, cuando el Arquitecto, demócrata a carta cabal y líder del partido Acción Popular, asumió el gobierno. El Perú pasaba momentos muy difíciles, con el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada de salida, casi sin iniciativa política, la misma que había pasado en importante medida a la Asamblea Constituyente presidida por Víctor Raúl Haya de la Torre, el líder aprista que no logró terminar esa importante tarea, pues se enfermó grave y fatalmente. Los partidos políticos se mantenían precariamente, con el Apra que conservaba su acostumbrado tercio del electorado, y el conglomerado de Izquierda Unida, que englobaba a los principales partidos marxistas y comunistas entre sus principales integrantes, y que se mostraba vigoroso. El movimiento sindical prácticamente había sido anulado, desaparecido por el gobierno de los militares. Las Fuerzas Armadas estaban desprestigiadas, pero en buen estado de operatividad, como lo probaron seis meses después de la iniciación del gobierno acciopopulista, cuando vencieron a las Fuerzas Armadas ecuatorianas en el conflicto de la Cordillera del Cóndor. Por lo demás, el PCP (el de Mariátegui) tenía ya dos décadas de desconcertada actuación, rompiéndose en pedazos a cada rato y recomponiendo sus filas mediante alianzas absurdas y pegadas con saliva. Precisamente esa fragmentación había convencido a los líderes comunistas más lúcidos que debían luchar por sus ideales revolucionarios desde el sistema; es decir, optaron por la vía democrática, parlamentaria (la Izquierda Unida, ya señalada). Aparte de la gente de Abimael Guzmán, pues, ningún comunista peruano de alguna significación estaba dispuesto a apos-

tar por la vía violenta. Incluso, los más ultras de ellos, que creían en esa vía, tuvieron que esconder esta preferencia y prestaban apoyo tangencial a las acciones iniciales de Sendero. Esa izquierda democrática fue la que, desbordada por la audacia de Sendero, negaba, en el inicio, el comunismo del grupo insurgente, creando un caos ideológico en el país. Tardó demasiado, además, en marcar diferencias con el violentismo de Sendero, y rechazarlo.

El Perú tenía grandes problemas, pero entre sus males no había ninguna situación revolucionaria en desarrollo, lo que es incontrastable. El Perú, pues, no estaba listo para ninguna otra aventura revolucionaria; estaba harto, más bien, del lenguaje revolucionario del que habían abusado los militares durante doce años. Para decirlo con simpleza criolla: la piscina estaba vacía y a ella se lanzó de cabeza Abimael Guzmán.

La apreciación político-estratégica de Guzmán y su cúpula

En la clandestinidad y desde la posición de líder de SL, Abimael Guzmán precisó su idea sobre los aspectos básicos de la ideología y la doctrina senderistas. Expresó su vocación por la lucha armada, asegurando que esta era el sendero luminoso de Mariátegui. Fundamentó su teoría política en los siguientes puntos: "rechazo de la vía legal en todos sus órdenes, principalmente cuando se trataba de su organización, propaganda y acción; trabajo clandestino y estudio de la experiencia china". Partía Guzmán de cuatro premisas básicas: "1) El Perú es semifeudal y semicolonial; 2) la burguesía es burocrática; 3) la guerra revolucionaria es del campo a la ciudad, y 4) el país vive una situación revolucionaria" [7].

Más tarde, cuando Sendero hizo intensa propaganda contra las elecciones para la Asamblea Constituyente, Guzmán precisó aún más estos conceptos, al definir el Estado peruano y la democracia en la que se sustenta en los siguientes términos: "1) El Estado peruano es terrateniente burocrático, una dictadura de terratenientes feudales y de grandes burgueses bajo el control del imperialismo norteamericano; contra este, el pueblo lucha por la construcción de un Estado de Nueva Democracia que requiere la destrucción del viejo orden existente; 2) el Estado peruano, como todo Estado, se sustenta, defiende y desarrolla utilizando la violencia; frente a este, el pueblo necesita de la violencia revolucionaria siguiendo el camino de cercar las ciudades desde el campo; 3) Las elecciones son un medio de dominación de terratenientes y grandes burgueses; no son para el pueblo instrumentos de transformación ni medio para derrotar el poder de los dominantes, de ahí la justa orientación para usarlas con fines de agitación y propaganda" [8].

En setiembre de 1979, Sendero publicó el folleto *Desarrollemos la creciente protesta popular*, en el que reforzó su tesis respecto a que el Perú vivía una situación revolucionaria en desarrollo, como la especificaban Lenin y Mao.

Posteriormente, el 8 de octubre de 1981, ya embarcado en la lucha armada, difundió el folleto *Desarrollemos la guerra de guerrillas*, en el que hace un análisis más amplio de la situación en el Perú, remarcando nuevamente el hecho de que aquí se vive una situación revolucionaria en desarrollo, por lo que se debía trabajar para desarrollar la lucha de guerrillas, pues "se acentúa la crisis del orden reaccionario y el pueblo clama por la revolución armada".

¿En qué consistía esa situación revolucionaria en desarrollo, a la que con tanta insistencia se refería SL? El análisis de Guzmán, en el folleto de 1979, parte de caracterizar a la sociedad peruana a través de la identificación de los grupos sociales que la forman. Así, el pueblo peruano tenía un campesinado "con una varias veces centenaria reivindicación fundamental: 'La tierra para quien la trabaja', que pese a su indesmayable lucha no logra satisfacerla". No es que en el año 1979 se desconozca la Reforma Agraria del general Velasco, sino que Sendero considera que "en los últimos veinte años se ha pretendido engañar (al campesinado) con tres supuestas leyes de reforma agraria, las que luego de aplicadas con rimbombante demagogia lo han dejado con su misma vieja sed de tierra insatisfecha". Igualmente, existía "un proletariado que en larga lucha pujante arranca mendrugos salariales y conquistas a sus explotadores para perderlos a través de cada crisis económica que la sociedad padece". También, "una pequeña burguesía de muy amplias capas, como corresponde a un país atrasado, que ve destrozados sus sueños al compás de la pauperización inexorable que el orden social imperante le impone". Existía también "una burguesía media, una burguesía nacional que débil y carente de capitales se desenvuelve bamboleante y dual entre revolución y contrarrevolución, mientras cada nueva crisis la destroza y aplasta hasta los límites de la asfixia".

De estas cuatro clases —campesinado, proletariado, pequeña burguesía y burguesía media/burguesía nacional—, el campesinado es "la fuerza motriz principal, en tanto que el proletariado insurge y se desarrolla como clase dirigente de nuestra revolución; unidas, las dos conforman la alianza obrero-campesina, única base sólida de

clases de todo frente revolucionario posible". A esta alianza se une la pequeña burguesía "y juntas las tres, bajo la dirección del proletariado, son el tronco constante del frente revolucionario que no es tal si no es frente para la lucha armada y armazón de clases para conformar un Nuevo Estado". A este frente se une a veces la burguesía nacional "para separarse otras, según los encrespados vientos de la lucha de clases". Estas "poderosas fuerzas productivas" están constreñidas por la persistencia de caducas relaciones de explotación que imponen la desocupación y el subempleo, y esta situación se mantiene por la opresión que impone el viejo Estado, "reaccionario terrateniente burocrático", a través de su aparato estatal, su burocracia, sus Fuerzas Armadas, su justicia, sus cárceles y su antigua y turbia represión, "pero principalmente a través de sus Fuerzas Armadas y su acción represiva, verdadera columna vertebral de la dictadura de clases imperante que domina y acrecienta sus ganancias extraídas del sudor, esfuerzo y sangre de nuestro pueblo".

En definitiva, dice Sendero: "Así vemos manifiesta la situación revolucionaria y expresarse lo que Lenin entendía por tal: los de arriba no pueden seguir mandando como ayer y los de abajo no quieren seguir viviendo como hasta hoy". Se hace notar que esta es una de las pocas referencias concretas e inequívocas de los enunciados de Lenin que se encuentra en toda la documentación senderista, en la que priman incuestionablemente los planteamientos de Mao. Al parecer, esto se debe a que no convenía a Guzmán abundar en lo que Mao entendía por situación revolucionaria en desarrollo, porque evidentemente la realidad peruana no tenía parecido con la de China, profundamente convulsionada y fuertemente polarizada.

Sendero concluye en que "Tal es la cuestión concreta de la situación revolucionaria en desarrollo hoy y aquí y a esto se ha llegado por dos cuestiones: 1) la lucha de clases en polarización y 2) la lucha armada que se desenvuelve como guerra de guerrillas surgida del propio seno de la lucha de clases en el país". En definitiva, dice: "Por todo lo dicho podemos concluir: Se acentúa la crisis del orden reaccionario y el pueblo clama por la revolución armada".

En el folleto mencionado, de 27 páginas, del que hemos extraído esta caracterización de la situación revolucionaria que según Sendero se vivía en el Perú, la organización subversiva fija su posición frente al imperialismo soviético, como todo maoísta que se respeta, y refuerza su tesis respecto a que el imperialismo norteamericano es el amo del gobierno peruano y que cada día alcanza una mayor expansión en el país.

En este folleto y en toda otra documentación difundida por Sendero, salta a la vista que su análisis de la realidad peruana es incompleta y, sobre todo, forzado. Las condiciones objetivas del Perú, según la metodología comunista, están caracterizadas en términos absolutamente teóricos, como para adecuarlas a la necesidad de seguir el modelo maoísta. En todo caso, si aceptáramos la validez del análisis de Guzmán, tendríamos que convenir que su diagnóstico se refiere a los problemas estructurales del Perú, de ninguna manera a lo que significa una situación revolucionaria en desarrollo. En cuanto a las condiciones subjetivas, Sendero soslaya toda referencia a la realidad de su fuerza propia y, lo que es más grave, a la de su adversario, las Fuerzas Armadas, lo que en toda apreciación resulta un factor fundamental para diseñar la potencia militar que se requiere, y los procedimientos o las tácticas necesarias para lograr el objetivo trazado.

Contradicciones de la apreciación senderista

El principal obstáculo para la aplicación de la teoría de guerra prolongada a la situación peruana era la ausencia de una fuerza invasora poderosa, como era la japonesa en la realidad china de la década de 1930 del siglo pasado, cuando Mao ideó su estrategia para hacerse del poder. Como ya lo dijimos, Abimael Guzmán superó este obstáculo reemplazando dialécticamente al invasor extranjero con "las clases explotadoras y su amo imperialista". Este alarde dialéctico resultaba forzado luego de la experiencia velasquista, como forzado resultaría el análisis de la realidad peruana que hizo para sustentar su estrategia.

El fórceps ideológico que Guzmán emplea para sustentar la necesidad de aplicar la guerra prolongada en su lucha armada consiste en mantener la caracterización de la sociedad peruana en los mismos términos de BR en los años 60, saltándose a la garrocha la rica experiencia velasquista que, para bien o para mal, había cambiado la realidad social peruana y el balance de fuerzas de los actores políticos en pugna en nuestro país. Más grave error fue forzar la realidad de su propio partido, para convertirlo en fiel intérprete de la estrategia maoísta, según lo proclamaba de continuo a lo largo del conflicto y hasta su captura. Porque Sendero no cumplía ninguno de los requisitos precisados por Mao como indispensables para la guerra popular. En efecto, no tenía un ejército y nunca llegó a formarlo, pues el EGP (Ejército Guerrillero Popular), cuya formación se inició dos años después de la ILA, no pasaba de ser unas columnas desarmadas, sin recursos capaces de enfrentar a las Fuerzas Armadas. Tampoco tenía una fuerza guerrillera

digna de tal nombre, pues solo contaba con algunos líderes bien entrenados, al parecer, en el extranjero, y profundamente convencidos de la validez de su lucha. Sus acciones guerrilleras a lo largo del conflicto se reducían a la toma de pueblos rurales, donde cometían asesinatos de autoridades y reclutaban combatientes por la fuerza, principalmente; algunas emboscadas a vehículos militares y policiales, y ataques a puestos policiales para robar armas, lo que también hacían en algunas minas para apoderarse de explosivos. El único golpe de mano que ejecutó contra el Ejército, como se expondrá más adelante, fue una incursión exitosa a la BCS (base contrasubversiva) de Ticrapo (Castrovirreyna, Huancavelica), en 1988.

Además, cuando Sendero inició su lucha armada no tenía apoyo popular, ni nunca logró tenerlo. Recuérdese que para producir desabastecimiento en las ciudades, en los años iniciales de la guerra, Sendero se empeñó en prohibir la realización de las ferias, que resultan fundamentales para la vida rural de la sierra, y reclutaba a sus militantes a la fuerza, lo que, desde luego, no le hacía popular entre el campesinado serrano. Solo en el Alto Huallaga, en el tercio final de los 80, Sendero logró establecer buenas relaciones con el pueblo, pero ellas eran sospechosas de ser solo la consecuencia de las buenas relaciones que los lugareños tenían con el narcotráfico, al que servía Sendero. Finalmente, Sendero en los años iniciales de la lucha armada despreciaba el apoyo externo, dándose aires de suficiencia, lo que tenía que ver con el deseo de Guzmán de que en el MCI (Movimiento Comunista Internacional) se le reconociera la validez de su título de Cuarta Espada del comunismo internacional que le dieron sus seguidores. En los años finales de

los 80, en algunos documentos de Sendero se encuentra la novedad de que no solo reconoce la validez del apoyo externo, sino que lo desea.

Sendero, pues, a pesar de proclamarse seguidor de la teoría de guerra prolongada maoísta, no cumplió sus normas básicas, tan claramente expuestas por Mao. Tal vez algo más grave cometió al elegir el escenario principal de su lucha armada, en Ayacucho y en general, en la región centro-sur de la sierra. Porque ese espacio es inapropiado, al no contar con recursos alimenticios ni una población capaz de suministrarle la gente que necesitaba para formar su ejército. Además, es muy permeable a la acción de las fuerzas del orden, a tal punto que en los seis meses siguientes a la entrada de las Fuerzas Armadas en la lucha, Sendero fue expulsado de dicho espacio. Con criterio profesional, cabría decir, simple y llanamente, que la guerra prolongada es una estrategia que no puede aplicarse en el Perú de hoy. Casi no hay espacios, excepto en la selva y de manera limitada, capaces de asemejarse a las bases de apoyo maoístas. Sépase que Mao Tse Tung llegó a dominar grandes espacios de China, a tal punto que en plena larga marcha tenía mecanismos de comercio exterior y sistemas de gobierno totalmente operativos en los espacios que dominaba; esto, porque la inmensidad de China y la naturaleza de la guerra antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando los medios aéreos recién estaban desarrollándose, le daban espacio y tiempo para aplicar su estrategia. Tal vez, si empezaba a actuar en la ceja de selva, Sendero hubiera logrado, con menos espectacularidad, una base más firme para extender su guerra al resto del país.

Lo que hay que reconocer es que en los grandes espacios desiertos de la sierra centro sur, donde empezó a

actuar, existen centros poblados pequeños, donde mora un campesinado que, por su aislamiento y la pobreza de los pocos recursos modernos con que cuentan, son más permeables a la acción violenta y amedrentadora de Sendero. Sendero casi no intentó penetrar el valle del Mantaro, porque allí el campesinado es diferente: más ilustrado, en permanente contacto con Lima y los recursos tecnológicos del país moderno y exitoso en su comercio con la capital, a la que abastece. Este campesinado no es permeable a la prédica de Sendero, aparte de que hay otras razones que inhibían la acción senderista en el Mantaro, como veremos más adelante. Como sea, sirva esta comparación para entender el por qué del éxito inicial de Sendero en medio del campesinado más pobre e inculto del país, donde casi nada le hubiera valido la propaganda, que resulta fundamental para hacer labor proselitista en todo proceso político. En todo caso, Sendero siempre despreció la propaganda, tal vez porque su discurso resultaba forzado en la realidad del Perú de los 80 del siglo pasado. Se apoyó siempre en la propaganda armada, es decir, la difusión mediática de sus acciones violentas.

Ahora bien, si Sendero hubiera cumplido todas las recomendaciones de Mao sobre la ejecución de la guerra popular, el resultado hubiera sido el mismo que obtuvo: fracaso. Porque Guzmán olvidó estudiar la realidad de las Fuerzas Armadas peruanas, lo reiteramos, y una clara lección de la historia reciente: ningún movimiento comunista ha triunfado en los países que contaban con unas Fuerzas Armadas muy profesionales, como son las peruanas. Ningún movimiento comunista pudo practicar el dentrismo en esas Fuerzas Armadas, es decir, infiltrarlas, buscando socavarlas por dentro.

Los movimientos comunistas que han triunfado no solo lograron agudizar las contradicciones de la sociedad hasta conseguir el derrumbe de los regímenes de gobierno que atacaban (corruptos, impopulares, sin legitimidad, por lo general) sino también el derrumbe de unas Fuerzas Armadas enfermas, también corruptas, nada profesionales.

Las contradicciones existentes entre la apreciación estratégica de Guzmán y la realidad de la sociedad peruana dan a su decisión de ejecutar la estrategia maoísta poca consistencia. Más bien, nos hacen pensar que Sendero ejecutó una guerra equivocada. Mao calificaría su actuación como puro "aventurerismo", por insistir en ejecutar una guerra imposible de ganar.

Concepto senderista de la guerra popular

Este es un aspecto no muy claro en la escasa documentación senderista difundida. Es un concepto poco sistematizado, pues la guerra se ve excesivamente matizada con aspectos que no corresponden a la concepción universal de los conflictos bélicos ni al modelo maoísta que los senderistas dicen seguir.

El bajo perfil en que Sendero ha mantenido su concepción militar del problema subversivo se debe, indudablemente, a que su dirigencia es conciente de que ha iniciado la guerra popular sin contar con los recursos mínimos, de manera que así disimula sus limitaciones en los aspectos militares.

Según propia declaración de Guzmán en la llamada *Entrevista del siglo* —publicado en la edición de *El Diario*, vocero senderista, del 24 de julio de 1988—, empezaron a formar sus organizaciones militares mayores en

1983, ante la eventualidad de enfrentar al Ejército en Ayacucho. La tarea les resultó sumamente difícil, pues hasta la captura de Guzmán, el 12 de setiembre de 1992, doce años después de empezar su guerra popular, solo contaban con algunas columnas de guerrilleros, principalmente en el Alto Huallaga.

Si la lucha armada que empezó Sendero en 1980 no reunía los requisitos mínimos para ejecutar la guerra prolongada, que es su modelo, ¿cuál es el sustento doctrinario de ella? Existe, naturalmente, aunque no es muy consistente.

En la concepción inicial de Sendero, la guerra popular debía ejecutarse en dos ámbitos: en el campo, que era el prioritario, y las ciudades, a las que debía llevarse la guerra luego del triunfo en el campo. Es decir, la guerra debía seguir el camino de "cercar las ciudades desde el campo". Esto varió en la práctica apenas iniciada la lucha armada, según un proceso que después detallaremos, de manera que la guerra terminó ejecutándose simultáneamente en el campo y la ciudad.

La lucha armada convertida ya en un proceso generalizado que abarcaba ambos espacios, se ejecutaba mediante acciones guerrilleras, que incluían la agitación y la propaganda armadas, las movilizaciones armadas entre campesinos y el sabotaje. Esta clasificación, explicada en el folleto senderista *Desarrollemos la guerra de guerrillas* de marzo de 1982, evidentemente se prestaba a confusiones, pues la guerrilla es un concepto militar de combate que no debería incluir actividades de propaganda y proselitismo ni movilizaciones de índole eminentemente política. Este error conceptual fue corrigiéndose conforme avanzaba la lucha armada, hasta que en 1986, en el folleto *Desarrollemos la guerra popular sir-*

viendo a la revolución mundial se clasifica mejor las formas de lucha senderistas, englobándolas en cuatro grupos: guerra de guerrillas, sabotaje, aniquilamiento selectivo y propaganda y agitación armadas. Hay otra forma de lucha que Sendero no reconoce: el aniquilamiento (o terrorismo) sistemático, que por momentos alcanza el más alto nivel de ejecución frente a las otras, y que parece lógico ubicarla en la última categoría (propaganda y agitación armadas), porque tal forma de aniquilamiento indiscriminado, masivo, nada revolucionario, a pesar de lo negativo que resulta, o precisamente por eso, se convierte en arma poderosa de la propaganda armada; sirve, por lo menos, para exacerbar las contradicciones del sistema, al crear un clima de inseguridad y temor en la colectividad nacional. Sendero no aceptaba que practicaba el terrorismo sistemático, porque de hacerlo les hubiera dado la razón a quienes pensaban que, más que un movimiento revolucionario, era una organización eminentemente terrorista. En efecto, hubo momentos en que más se parecía al IRA irlandés o la ETA española, lo que sucedía cuando las fuerzas del orden lo inmovilizaban en el campo y Sendero, entonces, tenía que apelar al terrorismo urbano, para mantener presencia en los diarios y la televisión.

La generalización del clima de violencia que los actos terroristas producían, se vio favorecida con el empleo del terrorismo blanco, es decir, la ejecución de amenazas, principalmente, que paralizan a muchas personas o grupos. Este recurso fue muy efectivo para la realización de los "paros armados", otra forma de lucha de tipo político que Sendero utilizaba con gran éxito.

Como puede verse, de estas formas de lucha corresponden al concepto de guerra únicamente las accio-

nes guerrilleras, puestas en práctica a través de enfrentamientos directos con las fuerzas del orden, casi únicamente mediante emboscadas, aunque fueron muy pocas, y golpes de mano, estos últimos principalmente contra puestos policiales, minas y pueblos indefensos (el concepto senderista de "tomas" —toma de pueblos y algunas instalaciones— son propiamente golpes de mano). También mediante el sabotaje. Como veremos más adelante, la escasez de recursos llevó a Sendero a encargar a su llamado EGP la ejecución de todas sus acciones, incluso las políticas, lo que terminó "militarizando" todo el proceso subversivo. En el concepto maoísta, la guerra popular es una parte de un proceso amplio que incluye las movilizaciones políticas, la propaganda, las acciones de gobierno en los territorios liberados, y otras formas de la lucha política. En el concepto senderista, la lucha armada lo es todo, ayudada casi únicamente por los "paros armados" y el terrorismo sistemático.

La organización subversiva, en consecuencia, respondía a las necesidades de estas formas de lucha, con un sesgo decididamente militarista, pues incluso la parte clandestina de ella, concebida inicialmente como recurso político, terminó siendo encargada del terrorismo sistemático, principalmente en los espacios urbanos. Esa organización incluía, conceptualmente, para el trabajo en el campo, cuatro elementos: el partido, el EGP, el FRDP (Frente Revolucionario de Defensa del Pueblo) y los organismos generados para los diferentes frentes de trabajo.

En cuanto al partido, no es una organización de masas, es más bien elitista, debido a la necesidad de evitar la infiltración de los servicios de inteligencia, lo que le resultó muy conveniente a Sendero, pues tales servi-

cios nunca pudieron penetrarlo (infiltraron el elemento militar únicamente y en forma muy limitada). El partido terminó siendo militarizado, lo que también contraviene los preceptos maoístas, tan claros en cuanto a subordinar la parte militar a la política. La cohesión partidaria se basaba en tres elementos: "1) la ideología, el marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento Gonzalo, 2) el programa y 3) la línea política general, con su centro la línea militar". Una de las principales responsabilidades del partido era dirigir la guerra, e inicialmente era preocupación permanente de Guzmán el que lo militar no terminara primando sobre lo político. Cuando veamos la evolución del pensamiento Gonzalo, constataremos que ese detalle dejó de preocupar al líder senderista.

En lo que concierne al EGP, su organización data de 1983 y su composición incluía: una fuerza principal, una fuerza local y una fuerza de base. Como ya vimos, esta organización es solo teórica, pues es de tipo guerrillero, sin ningún elemento que lo asemeje a un ejército regular; además, su construcción fue muy lenta y precaria, pues hasta la captura de Guzmán y su rendición ante el gobierno en 1993, solo contaba con algunas columnas guerrilleras, principalmente en el Alto Huallaga. Su logística era muy pobre, lo que no pudo superar ni siquiera con la gran cantidad de dólares que logró acopiar cuando se asoció con el narcotráfico. Según la documentación senderista, el EGP obtenía su armamento mediante tres procedimientos: arrancándoselo a las fuerzas del orden, en lo que tuvo gran éxito en el inicio, cuando se apoderó de gran cantidad de armas de la PNP; confeccionándolo (minas, morteros y armamento menor, principalmente), y comprándolo, lo que hizo de manera muy limitada.

El FRDP constituye el llamado Nuevo Poder, que Sendero empezó a construir en Ayacucho entre 1980 y 1982, con relativa facilidad, sin tener al frente a las Fuerzas Armadas, que recién entraron en la lucha contrasubversiva en los últimos días de 1982. Cuando esto sucedió, ese Nuevo Poder se derrumbó al ser recuperada la zona de emergencia por las fuerzas del orden. Desde ese entonces, el Nuevo Poder se construía en los espacios bajo dominio senderista. El Nuevo Poder se articulaba así: en la base estaban los comités locales, varios de estos constituían una base de apoyo y la suma de estas, la "República de Nueva Democracia en formación".

Hay que precisar que las bases de apoyo senderistas no se parecían a las de Mao, pues no eran los lugares donde las fuerzas senderistas obtenían sus abastecimientos, reclutaban a sus huestes y entrenaban a sus combatientes, sino donde tenían sus redes clandestinas y donde habían organizado el partido para cumplir indistintamente tareas militares o meramente terroristas, y para que ejerciera las funciones administrativas que el Estado abandonaba cuando la acción senderista había creado un vacío de poder. Naturalmente, en el inicio en Ayacucho, y a fines de la década de los 80 en el Alto Huallaga, sus bases de apoyo tenían algún parecido con su modelo maoísta, pero no sucedía así en el resto del país donde Sendero actuaba.

En lo que se refiere a los organismos generados para los diferentes frentes de trabajo, Sendero tuvo un éxito indudable y logró conformar una organización extensa y eficiente, particularmente en las áreas de la defensa legal de sus dirigentes y militantes que eran capturados por las fuerzas del orden y sometidos a la justicia, y en

las de salud, para la atención de sus heridos, lo que se hacía incluso en clínicas particulares ubicadas en las zonas de emergencia o en ciudades aledañas a ellas. En el campo político, los organismos generados eran también importantes y, hasta el momento de la captura de Abimael Guzmán permitían a Sendero intervenir destacadamente en las manifestaciones populares contra el gobierno, y le daban la posibilidad, por lo general negada, de infiltrarse en los asentamientos humanos que rodean Lima. Uno de esos organismos generados, Socorro Popular, en los últimos tiempos de la actividad senderista asumió la responsabilidad de los atentados terroristas en la capital.

Para la guerra en las ciudades Sendero concebía la misma organización, excepto en el caso del Nuevo Poder, cuya construcción estaba a cargo del MRDP (Movimiento Revolucionario de Defensa del Pueblo), que remplazaba al FRDP, que solo actuaba en el campo.

El objetivo estratégico de Sendero

El objetivo final de SL es la implantación del comunismo en el Perú. A estas alturas de la historia, cuando los sistemas comunistas que dominaron parte importante del mundo se desplomaron, parece absurdo que alguien intente contradecir ese inapelable dictamen histórico, pero Sendero no ha hecho nada por reformular el llamado pensamiento Gonzalo, que orienta su acción. Y ahí están quienes son un remanente de la organización subversiva, combatiendo aún en la ceja de selva, como si nada hubiera pasado en el mundo comunista. Como sea, la conquista de ese objetivo la planteó Sendero, desde el inicio, en tres fases:

—Primera fase: establecimiento de la República de Nueva Democracia.
—Segunda fase: implantación del socialismo bajo la dictadura del proletariado.
—Tercera fase: establecimiento del comunismo en el Perú.

En consecuencia, desde que empezó la acción subversiva, Sendero trabajaba para establecer la República de Nueva Democracia. ¿Qué debe entenderse por esta entidad totalmente extraña para la inmensa mayoría del pueblo peruano? Ella es una creación de Mao, copiada literalmente por Guzmán como todo lo demás. Es una organización transitoria que las fuerzas revolucionarias van construyendo en el curso de la lucha armada y se expresa mediante los comités locales y las bases de apoyo. No es una república en el sentido tradicional del concepto, y cuando se produce el triunfo de la revolución ingresa al mundo del socialismo, dominado por el partido comunista, no por el proletariado, como se ha visto en todos los lugares donde han triunfado las fuerzas comunistas revolucionarias.

Ahora bien, ¿cómo concibe Mao esta República de Nueva Democracia? Para el líder chino es una organización de corte democrático-burgués, "basada en la alianza revolucionaria de la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía y otros elementos antiimperialistas y antifeudales". Es decir, es un frente amplio que incluye a la pequeña burguesía, cuyo aporte es fundamental para obtener los recursos necesarios para sostener la guerra.

Aunque Sendero en la teoría acepta ese frente amplio que propone Mao, en la práctica no le interesa formarlo (por lo menos, no le interesaba en el inicio), pues

respetaba tan poco a la gran burguesía como a la pequeña. En efecto, en Ayacucho se preocupó de desarticular lo que podría llamarse pequeña burguesía, al impedir la realización de las tradicionales ferias que mueven el comercio en las alturas serranas, y todo intento de comercializar los productos agrícolas, particularmente los destinados a abastecer a la capital huamanguina y a Lima. Posteriormente, en Puno hizo todo lo posible para destruir las organizaciones ganaderas y sus instalaciones industriales, dando lugar a un verdadero éxodo de esas empresas a Arequipa. A fines de los 80 y principios de los 90, Sendero se mostró más respetuoso de la pequeña burguesía, incluso así lo proclama en el folleto de 1986 *Desarrollemos la guerra popular sirviendo a la revolución mundial*, ya citado. Llegó a establecer un frente con los burgueses del Alto Huallaga, sin importarle que tales personas fueran narcotraficantes. Sin duda, esos pequeños burgueses del Huallaga, con sus grandes recursos económicos, están sosteniendo, en gran medida, las operaciones de guerra de Sendero, y hasta la captura de Guzmán la ampliación de su organización política, clandestina.

Sendero ya no tiene oportunidad de cumplir las segunda y tercera fases y, por más esfuerzo que hagan sus seguidores, ya dejó de ser la seria amenaza contra la existencia del Estado, que en algún momento fue.

La base ideológica de Sendero

El grupo SL actúa en función del llamado "pensamiento guía", rebautizado, alrededor de 1988, como "pensamiento Gonzalo". En este se concreta la idea capital de Guzmán sobre la lucha armada, fundamental-

mente. Da a los senderistas las directrices estratégicas necesarias para ejecutar la guerra. Fue formulado a lo largo de esta y su evolución hace ver la endeblez de los conceptos estratégicos del líder subversivo, lo que se tradujo en el divorcio que siempre existió entre el planeamiento de la dirigencia de Sendero y la ejecución de las acciones armadas. Más adelante haremos un análisis del tal pensamiento Gonzalo, lo que resulta una necesidad urgente para entender esa guerra "chicha" que condujo, y en alguna medida, aún conduce Sendero.

El planeamiento estratégico de Sendero

Esquema inicial propuesto por Sendero

La dirigencia senderista adelantó, a la manera maoísta, que la lucha armada debía ejecutarse en tres fases:

—Primera fase bélica: agitación y propaganda por medio de actos de sabotaje, que debían anunciar al país el inicio de la lucha armada.

—Segunda fase bélica: ofensiva contra el Estado y su poder militar, mediante enfrentamiento directo, a fin de obtener armamento y establecer zonas liberadas, útiles para iniciar la última fase.

—Tercera fase bélica: guerra total, durante la cual el campo vencerá a la ciudad [9].

La primera fase es una innovación respecto a la metodología maoísta; su establecimiento era necesario porque no existía una situación revolucionaria en desarrollo, de manera que tenía que hacerse mucho ruido para que los peruanos se enteraran de que había un grupo de preocupados comunistas que empezaban a luchar por un futuro que casi ninguno de ellos deseaba. De hecho, tuvo que pasar un tiempo relativamente prolongado, muy ruidoso, para que la opinión pública tomara en

serio a esos subversivos que empezaban a ser conocidos como senderistas y que en Ayacucho les decían, simplemente, "terrucos".

Tengo la impresión de que mi articulo "Ayacucho, ¿quién es el enemigo?", publicado en *Actualidad Militar*; vocero del Ejército, en su edición N° 290, de mayo-junio de 1983, fue el primer pronunciamiento, desde un órgano oficial, en que se dio a Sendero la importancia que había adquirido en tanto factor desestabilizador del orden interno en el país. Por lo menos, el gobierno se había mostrado hasta fines de 1982 absolutamente reacio a reconocer en Sendero un carácter subversivo y, más bien, se esforzaba por demostrar que era un "grupúsculo delincuencial", al que podía neutralizarse mediante simples acciones policiales. Esta actitud del gobierno tuvo como consecuencia la falta de decisión política para adoptar una estrategia adecuada a las necesidades de la situación, lo que, a su vez, facilitó a Sendero una rápida expansión a costa de la Policía, que evidentemente no estaba preparada para responder a un desafió armado. También dio lugar a un incremento exagerado de las actividades subversivas y a la consiguiente ilusión senderista de un triunfo sólido. En este sentido, la ausencia de las Fuerzas Armadas en Ayacucho, donde empezó la lucha armada, distorsionó la situación conflictiva y nadie pudo vislumbrar, con cierta aproximación, el poderío de Sendero ni sus reales capacidades militares. Abimael Guzmán en la *Entrevista del siglo*, ya citada, reconoce que corrieron el riesgo de empantanarse en Ayacucho, donde dominaban sin tener al frente al enemigo que esperaban (el Ejército) y cuya presencia activa les debía servir de punto de apoyo para extender su acción al resto del país.

Debe entenderse que en la segunda fase bélica, según el esquema adelantado por Sendero, debían ejecutarse las clásicas etapas de la guerra prolongada: defensa estratégica y equilibrio estratégico, mientras que la última etapa, la ofensiva estratégica, debía cumplirse en la tercera fase. En la segunda fase bélica debían establecerse zonas liberadas, como lo define el mismo esquema.

Sucedió en la realidad, debido a la ausencia de las Fuerzas Armadas, que Sendero logró en la primera fase —que solo debía comprender acciones de propaganda armada y sabotaje— el establecimiento de una suerte de zona liberada en Ayacucho, es decir, uno de los objetivos de la segunda fase, lo que rompió el esquema de la lucha armada, y ello tendría graves consecuencias en el futuro. Aunque cuando se produjo ese halagüeño resultado Sendero se sintió en la cresta de la ola revolucionaria, la distorsión que supuso tal hecho alteró sus previsiones y lo obligó a planear y llevar a la práctica acciones que claramente excedían sus reales posibilidades, como llevar la lucha a la ciudad de Huamanga, lo que tuvo una dramática comprobación cuando entraron en combate las Fuerzas Armadas en la última semana de 1982. Es que en la conducción de operaciones no se puede quemar etapas alegremente, sin tener perfectamente solucionados los problemas de los reemplazos, las comunicaciones y la logística, por lo menos.

Debe decirse, sin embargo, que hasta fines de 1982 las acciones de Sendero tuvieron cierta consistencia y una congruencia apreciable con la situación que se vivía en ese momento en el medio rural, de manera que supo aprovechar las ventajas que le brindaba una Policía en franco retroceso. El problema es que los éxitos tácticos le llevaron a excederse en sus previsiones estratégicas. Si

Sendero se hubiera dedicado al trabajo en el campo, haciendo una labor política más inteligente en las comunidades campesinas, sin hostilizarlas, habría obtenido posiciones más firmes, pequeñas bases de apoyo reales, para soportar el embate de las Fuerzas Armadas cuando ingresaron en la lucha.

Puede sostenerse, en consecuencia, que la estrategia senderista se formuló en el inicio, pero también después, de manera coyuntural, es decir, sin un planeamiento serio, y que se vio condicionado por los deseos de Abimael Guzmán, impaciente líder.

La concepción estratégica hasta fines de 1982

Durante los dos años y medio iniciales de la lucha armada, SL mostró cierta preocupación por hacer un seguimiento estricto de las acciones tácticas que debían ejecutarse para conseguir sus objetivos. Y la táctica funcionó bien. Para que no se piense que me contradigo, debo aclarar que la táctica es el nivel de los ejecutantes y que ella puede ser excelente, al margen del calificativo que merezca la estrategia, que es el marco general en que se desenvuelve la guerra. El resultado de esta, sin embargo, depende de la estrategia más que de la táctica, de manera que si una concepción estratégica está equivocada, muy poco puede hacer la táctica para mejorar los resultados del conflicto. En otras palabras, no existe una táctica capaz de corregir los errores de una estrategia mal concebida.

Veamos ahora el proceso seguido en el planeamiento de las acciones de Sendero mientras tenía como adversario solitario a las fuerzas policiales, es decir, hasta fines de 1982.

El plan inicial

Entre marzo y mayo de 1980 se realizó el segundo pleno del comité central de SL *, en el que se adoptaron importantes decisiones, cuyas consecuencias más trascendentes fueron la consolidación del liderazgo de Abimael Guzmán y el inicio de la lucha armada. En efecto, esas decisiones fueron:

—"Liquidación del oportunismo de derecha". Esto significa que Guzmán logró anular a quienes se oponían a la iniciación de la lucha armada, porque estimaban que el momento no era el adecuado para obtener los mejores resultados. Guzmán adquirió las dimensiones de líder indiscutido, como fue Mao en el PC chino.

—"Desarrollar la militarización del partido a través de acciones". Años después de esta decisión, Guzmán consideró que la militarización del partido era una de las peculiaridades de la lucha armada. Al parecer, esa decisión era una forma de superar el problema de la falta de ejército, significativa vulnerabilidad con miras a la iniciación de la lucha armada. Más adelante veremos cómo, ante la falta de un partido importante, la militarización del partido también le sirvió para superar ese problema, pues el EGP terminó asumiendo las funciones del organismo partidario.

---

* La información básica sobre el planeamiento de Sendero y las reuniones de su comité central hasta fines de 1982 se ha tomado del libro de Gustavo Gorriti Ellenbogen *Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú. 1* (Editorial Apoyo S.A., Lima, julio, 1990). La relación de planes que figura al final del punto 2 es de responsabilidad del autor. Igualmente, la relación de planes consignada al final del punto 3.

—"Reajuste general del partido para entrar a lo militar". Este era un problema tremendo, pues se trataba de transformar a Sendero, estructurado en células muy pequeñas y bien compartimentadas, en un nuevo cuerpo capaz de albergar organizaciones militares de envergadura. Al parecer, con el correr del tiempo y ante el acoso de los servicios de inteligencia, Sendero tuvo que mantener su organización celular para evitar la infiltración de esos servicios, pero al hacerlo se vio forzado a retrasar la formación del EGP.

—"Sancionar el plan de acciones para la ILA (Iniciación de la Lucha Armada), según lo debatido", que era el objetivo máximo que Guzmán se había trazado al convocar esa reunión.

—"Desarrollar la campaña de rectificación". Gustavo Gorriti, en su libro ya mencionado, califica esa decisión como "la promesa del silicio autocrítico para los derrotados", es decir, el "oportunismo de derecha", con lo que Guzmán estableció un eficiente mecanismo, la clásica autocrítica comunista, para garantizar su liderazgo.

La consecuencia práctica inmediata más importante de esta reunión fue el funcionamiento de la primera escuela militar entre el 2 y el 19 de abril, destinada a enseñar los rudimentos de algunas acciones militares, suficientes para ejecutar actos de propaganda armada, previstos para la primera fase bélica. Las materias que se dictaron en dicha escuela fueron: preparación de explosivos, técnicas de demolición, preparación de emboscadas, combinación de armas a nivel táctico, manejo de armamento y puntería, armas silenciosas, técnicas de comunicaciones clandestinas y

vigilancia y contravigilancia. Durante la primera semana de instrucción se dio prioridad a los aspectos ideológicos, con miras a obtener combatientes bien motivados.

Durante la escuela militar, igualmente, se formuló el plan de inicio de la lucha armada, cuyos objetivos quedaron fijados:

—"Levantar cosechas", que es un eufemismo para designar apropiaciones a la fuerza de diversos recursos destinados a sostener las operaciones de Sendero.
—Combatir al gobierno reaccionario apuntando al poder local, a nivel de distritos.
—Meses después pasar a las acciones guerrilleras.
—Reforzar el boicot electoral (al proceso político de 1980, que llevó al gobierno al arquitecto Belaunde Terry), lo que debía ejecutarse un mes después de la primera acción de armas.

Las acciones armadas o de fuerza debían ser ejecutadas por destacamentos, la organización más pequeña que debía servir de base para organizar la primera compañía. El plan incluía como tareas políticas: iniciar la lucha armada, boicotear las elecciones, impulsar armadamente la lucha campesina por la tierra y sentar las bases para lo nuevo, especialmente del poder.

Y como formas de lucha: la guerrilla, el sabotaje, la propaganda y la agitación armadas, y el aniquilamiento selectivo. Estas acciones debían ser ejecutadas por los destacamentos militares, con o sin armas modernas.

En cumplimiento del plan, la lucha armada se inició el 17 de mayo, con la quema de ánforas electorales en Chuschi, poblado del distrito ayacuchano de Cangallo.

La preparación para la guerra de guerrillas

El 8 de agosto de 1980, apenas tres meses después de la ILA, se realizó una reunión del comité central ampliado, con el objetivo de hacer un balance de la primera parte del plan de inicio, darla por concluida y entrar en la segunda parte, es decir, hacia la guerra de guerrillas. En esa reunión se reprochó a Guzmán el que las acciones del partido se estuvieran realizando indistintamente en la ciudad y el campo, dando incluso mayor importancia a la ciudad en perjuicio del campo, lo que suponía una desviación de la pureza ideológica, pues la metodología de la lucha armada se orientaba a cercar las ciudades desde el campo.

El asunto era grave y Guzmán se defendió diciendo que esa prioridad era aparente, pues los medios de comunicación daban grandes titulares a los sabotajes en las ciudades y minimizaban las acciones en el campo. En consecuencia, contraatacó Guzmán: sus acusadores se basaban en la propaganda burguesa, no en el análisis marxista. En todo caso —Guzmán lo decidió en medio de esa coyuntura—, la lucha armada en el Perú tenía características propias, una de las cuales era "hacer del campo el teatro principal de las acciones y de las ciudades complemento necesario", lo que debía entenderse como un desarrollo, no como una herejía.

Bastaría esta muestra de la habilidad de Guzmán para adaptar su concepción estratégica a la coyuntura política (no a las condiciones objetivas de la realidad conflictiva) y la forma en que impuso su criterio, a pesar de lo acertado del cuestionamiento, para justificar la idea de que la lucha armada se desarrollaba sin un plan sólido y, en medida importante, de manera temperamental, según los deseos del líder senderista.

Como sea, el proclamar la dualidad de la lucha armada en ambos espacios fue un error de envergadura, pues, además de producir un giro inesperado en la estrategia senderista, convirtió el discurso de Sendero en algo gaseoso, pues no había posibilidad alguna de que pudiera llevar la guerra al ámbito citadino. En el fondo, esa declaración de Guzmán le ha creado un problema que, por lo menos hasta 1988 no pudo solucionar, pues en la *Entrevista del siglo* vuelve a decir que la guerra en las ciudades aún no había empezado y que, más bien, Sendero tenía que trabajar mucho para cuando llegara ese momento. En la práctica, el terrorismo era la única posibilidad que tenía Sendero para hacer sentir su acción en los espacios urbanos; cuando más adelante, Sendero se vio muy limitado en los espacios rurales y tuvo que actuar prioritariamente en las ciudades, la experiencia obtenida en años de lucha en ambos ámbitos le fue muy útil, pues tuvo que reducir la guerra urbana a un conjunto de acciones de terrorismo y sabotaje. Y sabía cómo hacerlo.

En la misma reunión se diseñó el plan de acción para la continuación de la lucha armada, es decir, hacia el inicio de la guerra de guerrillas, que debía llevar a la insurrección franca. En dicho plan se considera una intensificación radical de las acciones, las que debían ejecutarse en seis formas: agitación, movilización, sabotaje, asalto, cosechas y enfrentamientos. Se estableció que el inicio de la guerra de guerrillas debía producirse entre octubre y diciembre de 1980, teniendo en cuenta los siguientes puntos básicos: 1) acicatear la lucha de clases en el campo, agitar a través de acciones; 2) concentrarse en el campo como escenario principal, con las invasiones de propiedades como acción fundamental;

3) la ciudad como complemento, apoyando movilizaciones y huelgas con acciones armadas; 4) aplicar las seis formas de lucha y los cinco pasos en cada acción; 5) periodizar (*sic*) el plan de octubre a diciembre, y 6) mantener el plan centralizado y objetivo, para evitar su distorsión en la práctica, pero a la vez estimular su aplicación con iniciativa.

Los cinco pasos mencionados en el punto cuatro se refieren a los que fueron establecidos antes como procedimiento para la ejecución de cada una de las acciones, es decir, como metodología de los atentados: 1) determinar el plan o acción concreta; 2) fuerza y medios humanos y materiales; 3) preparación, incluyendo reconocimientos; 4) ejecución de la acción, incluyendo un informe inmediato sobre la misma, y 5) balance, incluyendo el desempeño de la dirección.

Se contemplaba en el plan de iniciar la guerra de guerrillas la tarea de formar la fuerza armada de Sendero, a cargo de los comités regionales, lo que implicaba organizar pelotones en base a los destacamentos y establecer milicias en las zonas ya ganadas. Más adelante se desecharían las milicias (aporte de Lenin) cuando se optó por una organización *sui generis* del ejército. Se consideraba también la organización de "destacamentos especiales", dependientes de los comités regionales o de la dirigencia de Sendero, que no tendrían ubicación fija y debían encargarse de los aniquilamientos.

Esto merece un comentario en vista de la crítica de párrafos anteriores respecto a la falta de distinción entre las operaciones militares y los actos de terrorismo. La creación de estos destacamentos especiales establece una clara diferencia entre ambos tipos de acciones, es verdad, pero en la práctica ellos actuaron preponderantemente

en las ciudades, donde, en rigor, nunca entraron a tallar los elementos propiamente militares, pero se mantuvo la confusión en el campo, donde las guerrillas senderistas aniquilaban pueblos enteros o grupos o personas opositores. Esta no es una apreciación antojadiza, pues la organización tipo de las columnas que actuaron en el Alto Huallaga era un comando integrado por un ideólogo, un mando político y un mando militar; un primer pelotón con dos elementos: propaganda y seguridad; un segundo pelotón para cumplir misiones típicamente militares, y un tercer pelotón, cuya responsabilidad eran los aniquilamientos. Es decir, un elemento del llamado EGP, que evidentemente actuaba como una unidad militar, tenía un pelotón de aniquilamiento. Cuando operaba, si es que el primer y segundo pelotones no intervenían en los aniquilamientos, por lo menos tenían que garantizar una cobertura de seguridad y protección, ¿o es que la columna se fraccionaba según el tipo de operación que se ejecutaba? No parece lógico. Ahora bien, este cuestionamiento a esa falta de distingo entre ambos tipos de combatientes tiene que ver con la necesidad de mantener una fuerza militar con alta moral, lo que es imposible si se da al soldado misiones ilegales que ofenden su sentido disciplinario y su vocación de sacrificio en el cumplimiento de su deber. Desde luego, al combatiente senderista no se le puede comparar con un soldado de fuerzas regulares o guerrilleras bien organizadas, y esta falencia, sin ninguna duda, fue uno de los factores principales de su fracaso.

Las directivas incluían las previsiones para desarrollar una segunda red, es decir, siguiendo la clásica metodología comunista de las organizaciones paralelas, para lograr una fuerza de reserva, lista a entrar en

acción cuando la fuerza principal operaba. En la práctica, esta segunda red servía para mantener la continuidad de las acciones, pues cuando la fuerza principal era desarticulada por las fuerzas del orden, aquella actuaba, dando la imagen de una organización más grande que la que existía.

Pues bien, como consecuencia de este planeamiento, las acciones de Sendero se ampliaron a gran parte del país, principalmente a Lima. La dinamita se convirtió en el arma predilecta de la propaganda armada; los destacamentos senderistas empezaron a atacar los puestos de la Policía, particularmente en Ayacucho, con lo que Sendero alteró dramáticamente la vida en el centro del país y consiguió una rápida expansión en ese ámbito.

Abrir zonas guerrilleras y arrasar con todo

El 4 de enero de 1981 se inició la tercera sesión plenaria del comité central de Sendero, destinada a efectuar el planeamiento estratégico de la subversión. Al empezar la reunión se declaró terminado el plan de inicio y se dio paso al planeamiento para la siguiente etapa: el desarrollo de la guerra de guerrillas, que debe entenderse como el propósito de abrir zonas guerrilleras —donde Sendero debía contender con los representantes del Estado para asumir el poder político—, lugares que debían convertirse en bases de apoyo.

En la misma reunión, la dirigencia senderista se abocó, además, a problemas fundamentales de su organización y del desarrollo de sus actividades en el campo y la ciudad. Las previsiones adoptadas para el ámbito citadino fueron importantes, pues se destinaban a determinar los cauces más adecuados para incrementar el tra-

bajo militar y la formación de la segunda red. Se asignó a los comités urbanos la tarea de reclutar militantes para asegurar el flujo de reemplazos para la guerrilla, y al comité metropolitano en exclusiva, la tarea de Inteligencia.

En lo que respecta a la guerra en los espacios rurales, se realizó una rigurosa autocrítica que reveló fallas de la organización en el plano táctico, particularmente en lo referente al poco conocimiento que tenían los mandos y los militantes en aspectos del combate. Se decidió que la única forma de superar este problema era mediante la experiencia, lo que revela las pocas condiciones que existían para la instrucción y el entrenamiento, sin los cuales un ejército no puede perfeccionarse y no puede, eficientemente, conducir operaciones en los niveles de ejecución.

En mayo de 1981 se realizó la IV Sesión Plenaria del Comité Central, destinada a evaluar y mejorar el plan de acción que se ejecutaba (desarrollar la guerra de guerrillas abriendo zonas guerrilleras en función de las bases de apoyo). Punto importante de esta reunión fue el de la "cuota", que debe entenderse como la aceptación del alto costo que en vidas humanas demandaría la actividad revolucionaria a los propios senderistas. Se trataba de lograr de los militantes una actitud decidida para matar en cumplimiento de los planes, pero al mismo tiempo, y eso era lo importante, para estar dispuesto a sacrificar la propia vida en cada una de las acciones que emprendieran. En definitiva, se trataba de alcanzar un alto nivel de fanatismo en todos y cada uno de los senderistas, para lo cual se establecieron rituales casi religiosos para conseguir esa alta dosis de sacrificio personal, no solo ofrendando la vida a la causa de la revolución en el Perú, sino a la causa de la revolución comunista mundial.

En dicha reunión se consideró que la etapa de abrir zonas guerrilleras había logrado su objetivo, por lo que la dirigencia senderista se abocó al problema de la nueva etapa, denominada "Desplegar la guerra de guerrillas", que debía durar hasta diciembre de 1982. Para cumplir este plan debía ejecutarse tres campañas:

—Primera campaña: conquistar armas y medios.

—Segunda campaña: remover el campo con acciones guerrilleras.

—Tercera campaña: batir para avanzar a las bases de apoyo.

Con la puesta en marcha de la primera campaña, la situación de la Policía se hizo insostenible en varios puntos de Ayacucho, por lo que, luego del ataque al puesto policial de Tambo el 11 de octubre de 1981, el gobierno decretó el estado de emergencia en cinco provincias del indicado departamento: Huamanga, La Mar, Cangallo, Víctor Fajardo y Huanta. Se encargó a los Sinchis, cuerpo de operaciones especiales de la Policía Nacional el control de la situación. La acción policial tuvo un relativo éxito, a tal punto que terminado el plazo legal de sesenta días del estado de emergencia, este fue levantado.

A partir de enero de 1982 Sendero empezó su indiscutible dominio del espacio ayacuchano, incluida la capital, Huamanga, por lo que debió restablecerse la situación de emergencia casi ininterrumpidamente en todas o algunas de las provincias consideradas en la primera oportunidad, y se hizo extensiva esa medida a provincias de Apurímac y Huancavelica.

Entre abril y mayo de dicho año se celebró la II Conferencia Nacional de Sendero, de la cual Guzmán salió más fortalecido como líder indiscutido, y el pensa-

miento guía, "entronizado", es decir, convertido en dogma. Se evaluó el desarrollo del plan de despegar la guerra de guerrillas, considerando que era exitoso en sus dos campañas iniciales, y se dio paso a la tercera: batir para avanzar a las bases de apoyo. En el lenguaje senderista, "batir" es simplemente arrasar con todo para terminar con la presencia del Estado y empezar la construcción del Nuevo Poder por la vía de los comités populares. En busca de ambos objetivos, la acción senderista fue exitosa, lo que se tradujo en la renuncia de las autoridades locales en todo el ámbito, y en el repliegue general de la Policía, que abandonó el campo.

En diciembre de 1982, Sendero publicó en forma limitada un importante folleto denominado *Pensamiento Militar del Partido*, en el que Guzmán concreta sus ideas sobre cómo ejecutar la lucha armada. Su principal preocupación, al parecer, se centraba en evitar que, durante la conducción de la guerra, lo militar terminara imponiéndose sobre lo político. Esto no debía suceder, principalmente, porque Guzmán consideraba que la lucha armada es un problema político; decía que el inicio de la lucha armada fue una "estrategia política", porque "sobre todo es un problema político". Guzmán no era original en esto, simplemente reformulaba la idea de Mao respecto a que la guerra es "política con derramamiento de sangre".

Quería decir el líder senderista que el partido debe estar siempre por encima del ejército, lo que no es ninguna novedad, pues la política es jerárquicamente superior a la estrategia. Así es en cualquier idioma y bajo cualquier concepción ideológica. En el caso del marxismo-leninismo, incluso del maoísmo, el partido siempre tiene la responsabilidad de la conducción política y orienta la estrategia militar. El énfasis que pone Guz-

mán en esa perogrullada es extraño, pues él llegó a sostener la tesis de que el partido comunista debía militarizarse, según ya se explicó, lo que es una contradicción en relación con la idea fundamental mencionada.

Junto con las confusiones que se originan en la particular manera de ver el problema de la guerra que tiene Guzmán, en la estrategia senderista siempre existía el problema semántico de titular las campañas militares que emprendía con denominaciones que resultaban excesivas, si nos atenemos a las reales posibilidades de combate de la organización subversiva. Pero, al margen de estos problemas de ajuste idiomático —que son, ciertamente, intencionales, ya que así se ayuda propagandísticamente al fortalecimiento de la organización y a esconder sus carencias— hay que aceptar que durante los dos años y medio iniciales de la lucha armada hubo una cierta congruencia de la situación conflictiva con los medios de que disponía Sendero, de manera que la táctica funcionó bien. La situación subversiva se desarrolló, de manera general, de acuerdo al libreto senderista y el éxito fue incuestionable. Ese libreto incluía planes que cumplieron a cabalidad el objetivo de generar un vacío de poder y alcanzar el dominio de los grandes espacios ayacuchanos. Tales planes fueron (ya se mencionaron algunos de ellos) los siguientes:

—Gran plan de inicio: desarrollado entre el 17 de mayo de 1980 y diciembre de ese mismo año; comprendió dos planes: el plan de inicio de la lucha armada, hasta junio de 1980, y el plan de inicio de la guerra de guerrillas, que abarcó desde junio hasta diciembre.

—Plan de desplegar la guerra de guerrillas: ejecutado entre enero de 1981 y marzo de 1983. Comprendió

dos planes operativos con sus respectivas campañas: abrir zonas guerrilleras, de enero a mayo de 1981, que contemplaba una campaña: "surgimiento de los comités populares y bases de apoyo", y el Plan para desplegar la guerra de guerrillas, ejecutado entre mayo de 1981 y marzo de 1983, mediante tres campañas: primera campaña, "conquistar armas y medios" (mayo-setiembre de 1981); segunda campaña: "remover el campo con acciones guerrilleras" (de octubre de 1981 a abril de 1982) y la tercera campaña: "batir para avanzar a las bases de apoyo", dividida en dos partes: "batir I" (de abril a setiembre de 1982) y "batir II" (de octubre de 1982 a marzo de 1983).

A fines de 1982, la situación de la Policía en la zona de emergencia era insostenible y se había producido un notable vacío de poder en ese ámbito, por lo que el gobierno dispuso el ingreso de las Fuerzas Armadas en la lucha contrasubversiva, lo que sucedió en los últimos días de ese año.

El planeamiento a partir de 1983

Con el ingreso de las Fuerzas Armadas en el conflicto en diciembre de 1982 casi todo lo obtenido militar y políticamente por Sendero se derrumbó, y durante 1983 el Ejército y la Marina de Guerra ocuparon toda la zona declarada en emergencia, logrando expulsar a la periferia de la misma a la organización subversiva, excepto el elemento clandestino, que verdaderamente no era poco. Puede afirmarse que, aunque Sendero mantu-

vo importante presencia en dicha zona, gracias a las acciones de terrorismo y sabotaje que esa parte clandestina ejecutó, militarmente quedó anulado y ello le impulsó a extender su acción a otros espacios donde no regía el estado de excepción; esos lugares se convirtieron en verdaderos "santuarios", pues en ellos no podía actuar el Ejército como fuerza combatiente. Esta situación duró varios años, mientras el gobierno de Belaunde se negaba a ampliar la zona de emergencia, lo que posibilitó el desarrollo de la subversión en el resto del país.

Debe entenderse, en consecuencia, que así como en la primera etapa de la lucha armada el planeamiento de Sendero se formuló sin tener al frente una acción contrasubversiva consistente —debido a que solo se le enfrentaba la Policía Nacional—, cuando las Fuerzas Armadas ingresaron a la lucha, durante algunos años el planeamiento de Sendero tenía la misma característica, pues en la búsqueda de su expansión militar al resto del país, en zonas no declaradas en emergencia, seguía teniendo en la contraparte una actividad militar restringida, casi nula, ya que sin declaratoria de la situación de excepción y sin orden presidencial las Fuerzas Armadas estaban atadas de manos. En 1984 se extendió la zona de emergencia, pero solo a Lima y San Martín. Huanuco y Pasco fueron declarados en emergencia en 1985. Esta actitud tímida del gobierno para ampliar la zona de emergencia no bastaba, ciertamente, pues Sendero actuaba con intensidad en casi todo el territorio nacional.

A partir de 1983 existe poca documentación respecto a cómo se desarrolló la concepción estratégica de Sendero, pero esto no es muy grave para el análisis de lo sucedido, pues es evidente que el período más rico en cuanto a discusión doctrinaria y planeamiento en el se-

no de la dirigencia senderista se dio hasta fines de 1982; en adelante los problemas que empezó a enfrentar la organización subversiva, acosada como estaba por los servicios de inteligencia y la acción militar de las fuerzas del orden, le dejaban poco tiempo para los aspectos teóricos. En efecto, hasta 1985 la lucha fue particularmente dura y, sin duda, Sendero tuvo que desplazar su puesto de mando continuamente y sus principales jefes tuvieron que disgregarse para asumir la dirección de la lucha en los diferentes frentes que abarcaba. Por lo demás, ahora se sabe, Abimael Guzmán se refugió en Lima durante casi todo el proceso de la guerra.

A partir de 1983, igualmente, Sendero consolidó su presencia en gran parte del territorio, gracias a la importante red clandestina que pudo armar en los años previos a la iniciación de la lucha armada y fundamentalmente durante ella, pero la parte medular de su organización, los elementos militares de que disponía, salieron de la zona de emergencia siguiendo algunos ejes claramente identificados y se establecieron en algunas regiones con escasa o nula presencia militar, donde pudieron mejorar sus procedimientos de control territorial y control de la población. Algunas de esas zonas, en Puno y las serranías de La Libertad, donde su presencia en determinado momento fue fuerte, hicieron temer que pasarían a ser dominadas por Sendero, pero tal cosa no sucedió, indudablemente, por su debilidad militar y sus problemas logísticos.

En algún momento, entre 1987 y 1988, la estrategia de Sendero apuntó, con especial interés, a golpear la economía del país, atacando la minería del centro, pero eso falló cuando el Ejército y la Guardia Republicana de ese entonces ejercieron un mayor control de las vías férreas y las instalaciones mineras de Junín y Pasco. Debe

decirse que el trabajo político de Sendero en el eje minero fue persistente y muy intenso, pero los sindicatos manejados por la izquierda democrática, principalmente, supieron defenderse muy bien y prácticamente anularon la influencia senderista.

En el tercio final de los 80 Sendero puso su centro de gravedad en la ceja de selva (Alto Huallaga, Aguaytía-Pucallpa, la selva de Junín) donde consolidó su presencia (hasta ahora actúa en esos parajes) y su alianza con el narcotráfico.

El proceso seguido por Sendero en su expansión fuera de la zona de emergencia inicial fue complejo y lo explicaré en el siguiente capítulo, cuando analice las acciones ejecutadas por el senderismo a partir de 1983. Veamos a continuación cómo se desenvolvió la estrategia de Sendero desde esa misma fecha.

Desde que Sendero fue expulsado de la zona de emergencia inicial, tuvo que abocarse a la tarea de desplegar sus bases de apoyo, problema sumamente difícil que Guzmán no pudo resolver a cabalidad, como el mismo lo reconoce en la *Entrevista del siglo*, aunque no muy claramente. En efecto, hasta la captura de Guzmán Sendero formuló varios planes, pero todos ellos giran en tomo a esa necesidad. Siendo las bases de apoyo indispensables para la lucha armada, al margen de discursos propagandísticos, Sendero no pudo obviar el problema de su establecimiento y desarrollo, por lo que formuló estos planes:

—Entre mayo de 1983 y setiembre de 1986 Sendero aplicó el gran plan de conquistar bases de apoyo, para lo cual puso en aplicación dos planes operativos: el plan de defender, desarrollar y construir las bases de apoyo, que dio lugar a dos campañas: desarrollar y construir I, entre mayo y octubre de

1983, y defender, desarrollar y construir II, entre octubre de 1983 y febrero de 1984. Y el plan del gran salto, destinado a fortalecer los comités y desarrollar las bases. Se ejecutó en cuatro campañas: iniciar el gran salto, entre mayo y diciembre de 1984, desarrollar el gran salto, que se aplicó a impedir las elecciones generales de 1985 y duró entre enero y junio de ese año; desarrollar la guerra popular con el objetivo político de dificultar la ascensión al poder del gobierno aprista, de Alan García, y la cuarta campaña, que se ejecutó en dos partes; la primera denominada inicio del remate del gran salto, entre diciembre de 1985 y abril de 1986, y la segunda, rematar el gran salto con sello de oro, entre mayo y setiembre de 1986.

—Entre diciembre de 1986 y julio de 1989 se ejecutó el gran plan de desarrollar bases de apoyo. Se cumplió a través del plan operativo llamado Plan piloto, que comprendió tres campañas: plan piloto de desarrollar bases, entre diciembre de 1986 y junio de 1987; culminar brillantemente el establecimiento de un hito histórico, entre junio de 1987 y febrero de 1988, y la tercera, que se ejecutó en dos partes: consolidar y principalmente desarrollar la brillante culminación, entre febrero y setiembre de 1988, y la segunda, gran culminación del plan piloto, entre octubre de 1988 y julio de 1989.

—En agosto de 1989 se inició el gran plan de desarrollar bases en función a la conquista del poder y fue interrumpido, es de presumir, por la captura de Guzmán en setiembre de 1992. El plan contemplaba tres campañas: inicio de impulsar el desarrollo de las bases de apoyo, entre agosto de 1989 y febrero de 1990;

desarrollar la guerra popular y construir la conquista del poder, entre marzo de 1990 y marzo de 1991, y construir la conquista del poder, iniciada en abril de 1991 y en ejecución cuando Guzmán fue capturado.

Se ve claro en este planeamiento que la semántica en este es más fuerte que la estrategia, pero de acuerdo a como se han desarrollado los acontecimientos a partir de 1988, los avances que logró en el Alto Huallaga tienen una cierta congruencia con el enunciado de los planes. En efecto, en esa región cocalera, Sendero pudo establecer la única base de apoyo que, en alguna medida, responde a la definición maoísta. Lo que también hacen ver estos planes, es que la propaganda senderista en los meses previos a la captura de Guzmán sobre que Sendero había alcanzado el equilibrio estratégico, que tanta gente creyó, era pura propaganda. Ningún plan prefigura ese halagüeño resultado.

El punto de vista de Abimael Guzmán sobre la guerra popular: la *Entrevista del siglo*

En 1988 Abimael Guzmán concedió a *El Diario* una entrevista, citada repetidamente en páginas anteriores. La fecha en que se realizó le dio al líder senderista la ventaja de acomodar ciertos hechos y corregir algunas líneas de su estrategia, con fines propagandísticos, pero hay que decir que en tal publicación Guzmán muestra una gran franqueza en muchos puntos conocidos y por tanto verificables, y una notable modestia en la proclamación de sus éxitos y el reconocimiento de las limitaciones de Sendero, de mo-

do que el contenido de la entrevista alcanza un alto grado de credibilidad. Ciertamente, no se puede acusar a Guzmán, no en este revelador documento, de triunfalismo ni de magnificar los hechos para hacer creer que Sendero se encontraba en las puertas del triunfo, como algunos de sus intérpretes o voceros lo proclamaban.

Resulta sumamente interesante, de otro lado, ver su punto de vista sobre algunos aspectos cuestionados, y no solo en este libro. El que Guzmán estuvo conduciendo una guerra que en muy poco se emparenta con el modelo maoísta que dice seguir, por ejemplo, queda ampliamente confirmado por lo que él dice en la entrevista respecto a las particularidades de la guerra popular senderista.

La guerra popular

La guerra popular tiene dos aspectos: uno de construcción y otro de destrucción, siendo el primero el principal; "no verlo así —dice Guzmán— es socavar la revolución, debilitarla". Rechaza el calificativo de terrorista que se da a Sendero y, aunque reconoce que hace uso de acciones terroristas, lo justifica apoyándose en Lenin, quien enseñaba que la bomba pasó a ser arma de combate de la clase, del pueblo, que ya no era una conjura, una acción individual aislada, sino la acción de un Partido, con un plan, con un sistema, con un ejército. Así las cosas, dice, ¿dónde está el imputado terrorismo? Más bien, sostiene, el terrorismo es un medio de lucha del Estado y, como está probado hasta la saciedad, "una cotidiana forma de lucha de las Fuerzas Armadas del Estado peruano". Se acusa de terroris-

ta a Sendero para ocultar la lucha popular, sin embargo de lo cual se reconoce que ella tiene dimensión nacional y "que ha devenido en el problema principal que enfrenta el Estado peruano".

Particularidades de la guerra popular

En lo que respecta a las particularidades de la lucha armada señala las siguientes: es una guerra que se libra en el campo y la ciudad, lo que resulta del hecho de que América Latina tiene ciudades proporcionalmente más grandes que las que tienen otros continentes. La ciudad —una ciudad como Lima, con un alto porcentaje poblacional— no puede ser dejada de lado y la guerra también tiene que desenvolverse en ella, aunque "lo principal es la lucha en el campo, la de la ciudad es complemento necesario". Sin embargo, más adelante en esta misma entrevista, Guzmán da a entender claramente que la guerra en la ciudad aún no ha empezado, por lo que ese aspecto es un problema no resuelto, dado que su discurso no concuerda con la realidad de sus acciones.

Otra particularidad es que Sendero tuvo que iniciar la guerra popular teniendo como enemigo a las fuerzas policiales, y generó vacío de poder en el campo y construyó el Nuevo Poder sin haber derrotado a las Fuerzas Armadas. El ingreso de estas en la lucha fue debido, precisamente, a ese vacío de poder que generaron; si no lo hubieran hecho así aún estarían "sentados esperando que las Fuerzas Armadas ingresaran. Nos hubiéramos empantanado", confiesa Guzmán La forma en que se construye el Nuevo Poder, por obra del FRDP en el campo y del MRDP en las ciudades, constituye también una particularidad.

Otra fue la conformación de su ejército, lo que se produjo a partir de 1983. He dicho antes que ese ejército es un híbrido del ejército maoísta, de tipo tradicional, y las milicias populares de Lenin, cuyas funciones eran de tres clases: de ejército, de policía y de administración; el resultado es el EGP, compuesto de tres fuerzas: una fuerza principal, una fuerza local y una fuerza de base, cuya mayor virtud radica en que puede actuar en toda situación y puede asimilar los reajustes y las reorganizaciones que sean necesarios, como dice Guzmán. En la práctica, esa organización puede adaptarse incluso para realizar acciones terroristas, según ya fue caracterizado en páginas anteriores: como una deformación de la actividad militar por la vía del terrorismo.

Otra particularidad es la militarización del partido, lo que ya fue tratado. En la entrevista, Guzmán no amplía su idea al respecto.

Finalmente, una diferencia fundamental de la revolución senderista es su "independencia, autodecisión y autosostenimiento", dice Guzmán lo que ha permitido a Sendero evitar ser convertido en una ficha de ajedrez, como ha sucedido en otras experiencias revolucionarias en el mundo.

Las bases de apoyo

Sobre las bases de apoyo Guzmán dice que ellas son lo medular de la guerra popular, pues si no se establecen esta no puede desenvolverse. En mi análisis descubrí que las bases de apoyo senderistas están muy poco relacionadas con las de la guerra prolongada de Mao, y, en efecto, Guzmán lo confirma al decir que, ante la certeza del enfrentamiento con el Ejército, las bases tuvieron que vol-

verse clandestinas. Y así se establecieron en todo el país, excepto en los espacios que militarmente dominaba, donde por lo general la presencia militar del Estado era escasa o nula. Si esa presencia se acentuaba las bases de apoyo, invariablemente volvían a la clandestinidad.

El auge revolucionario o la guerra en las ciudades

Guzmán identifica el auge revolucionario con la guerra en las ciudades. Dice que dicho auge se traducirá en la insurrección, "que viene a ser, en síntesis, la toma de las ciudades". Ahora bien, con el desarrollo de la guerra popular el problema de las ciudades ha variado, "ha tenido un giro". Guzmán no se molesta en explicar en qué consistió ese giro, por lo que una interpretación lógica es que se refiere a que, a pesar de la declaración respecto a que la ciudad es complemento necesario de la guerra, aún no se había llegado a ese punto. Guzmán confirma esta presunción cuando dice que en 1988 Sendero se encontraba preparando la ciudad "o las ciudades para generalizar". Para eso, era necesario el trabajo de masas, "lo que ahora es más urgente", dice, "porque el problema está en que hemos empezado a desenvolverlo más". El objetivo, dice Guzmán, son las barriadas, "las inmensas masas barriales". Según una directiva de 1976, recuerda el líder senderista, se debe "tomar barrios y barriadas como bases y proletariado como dirigente", lo que se está haciendo "en condiciones de fuerza popular". Las inmensas masas de barrios y barriadas "son como cinturones de hierro que van a encerrar al enemigo y retienen a las fuerzas reaccionarias" (obligan a emplear fuerzas militares para controlarlos, lo que disminuye las posibilidades del Estado para el combate en el

campo). Dice Guzmán que se requiere hacer un mayor trabajo para que la clase obrera reconozca a Sendero "como vanguardia", porque hay que diferenciar "entre ser vanguardia y ser vanguardia reconocida". La condición de vanguardia reconocida es necesaria para "poder cumplir la revolución como corresponde". Dice, igualmente, que se debe intervenir en las masas para que aprendan de la guerra popular formas diferentes de lucha, el valor del arma, la importancia del fusil. Lo que tiene que lograr Sendero, dice, es que en un momento dado "converjan la acción del EGP con la acción insurgente en las ciudades, en una o en varias. Por lo mismo, la insurrección debe ser controlada, no es una simple explosión espontánea, por lo que Sendero debe preocuparse desde ahora por la insurrección, y lo está haciendo".

La estrategia de Sendero

En cuanto a la estrategia, Guzmán dice que la suya, la estrategia comunista, la del proletariado, que es la guerra popular, es superior a la estrategia burguesa, la que aplica el Estado, como ha sido probado a lo largo de la historia. Afirma: "Los comunistas, cuando han aplicado sus principios, nunca han perdido una guerra, solamente la han perdido cuando no han aplicado sus principios". En todo caso, dice, la estrategia que sigue Sendero no es la aplicación mecánica de la que fue diseñada por Mao, sino una estrategia específica, no dogmática, adaptada a la realidad peruana, que debe aplicarse en campo y ciudad.

Explica el desenvolvimiento de su estrategia diciendo que para empezar la guerra formularon el plan de inicio; luego el plan de desplegar, que duró dos años

al término de los cuales surgió la necesidad de formar los comités populares, es decir, las nuevas formas de poder. Cuando ingresaron las Fuerzas Armadas, a fines de 1982, "aplicando genocidios desde el comienzo", se creó el EGP. Luego formularon el plan de desarrollar bases, que es el que se viene ejecutando. En resumen, dice Guzmán que el primer plan les dio la guerrilla, porque de destacamento pasaron a pelotón; el segundo, el de "desplegar", les dio los comités populares, y el último, las bases de apoyo. Señala que han aprendido cómo manejar la guerra, lo que ellos hacen aplicando un plan estratégico único, basado en el principio de centralización estratégica y descentralización táctica; este plan comprende campañas, planes estratégicos operativos, planes tácticos y planes concretos para cada acción.

Para avanzar a la etapa de equilibrio estratégico, Guzmán en 1988, no tenía clara la solución, ya que confiaba más en que, al elevarse el nivel del genocidio por parte de las fuerzas del orden, se lograría ese equilibrio, pues frente a esa drástica actitud el pueblo no querría seguir a dichas fuerzas, porque no puede ir contra sus intereses de clase, y se plegaría a Sendero, con lo que obtendrían el ansiado equilibrio estratégico. Volveremos sobre esto, al analizar la evolución del pensamiento Gonzalo. Menos clara es aún, para Guzmán, la forma en que Sendero podría llevar la guerra a las ciudades y la forma en que enfrentaría su última fase, la contraofensiva estratégica, respecto a la cual, confiesa, "por hoy no podríamos plantear".

Este aspecto de la visión que tiene de la guerra, el fundamental de la estrategia, demuestra la poca preparación de Guzmán para dirigir la guerra popular, pues una de las características principales de la estrategia, su

mayor exigencia en todo caso, es que debe ser antialeatoria, es decir, que no debe dejar al azar ningún aspecto importante. Menos aún, dejar al adversario la posibilidad de imponer condiciones para el desenvolvimiento de la estrategia propia. Según se desprende de las confesiones de Guzmán en la entrevista que aquí se reseña, es claro que la estrategia senderista es, más bien, de tipo coyuntural, aunque, tal vez, sería más propio decir que es de tipo temperamental, según el ánimo o los impulsos del líder.

El pensamiento Gonzalo

La base ideológica de Sendero se encuentra en el llamado "marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento Gonzalo" . En los documentos iniciales de Sendero se hablaba del "marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse Tung". Luego se dio a la contribución estratégica de Guzmán la denominación de "pensamiento guía", el que fue "entronizado" cuando la lucha armada ya había comenzado. Posteriormente, alrededor de 1988, se le dio su denominación definitiva como "pensamiento Gonzalo" y se llegó a la fórmula —indiscutible, dogmática, sagrada— indicada al inicio de este párrafo.

Nunca creí en la validez de ese componente ideológico fundamental, y en varios textos he dicho que el pensamiento Gonzalo fue construido por Guzmán en base a los títulos y subtítulos del pensamiento Mao, de los escritos militares del líder chino, de manera que resultó siendo simple cáscara. Empecé a mostrarme escéptico por el año 84, en un artículo publicado en la *Re-*

vista Militar del Perú, con el título "¿Es maoísta Sendero Luminoso?". Voy a explicar de dónde me vino ese escepticismo. En 1979, siendo mayor, seguí el curso de Comando y Administración (era el tradicional Curso de Estado Mayor) de la Escuela Superior de Guerra del Ejército. Las tareas de las diversas asignaturas se cumplían, por lo general, en equipos. En la asignatura de Historia Militar, a mi equipo se le asignó la tarea de investigación sobre la guerra de Vietnam. Simplemente me apoderé de esa tarea, liberando a mis compañeros de la misma, y la desarrollé en unos 8 meses, trabajando a domicilio. En el equipo estaba el teniente coronel USA Paul Clark, quien seguía el curso cumpliendo la política de intercambio establecido entre los ejércitos del Perú y el de Estados Unidos. Paul había estado en Vietnam dos veces, primero como asesor y luego como combatiente, de manera que orientó muy bien mis esfuerzos de investigación. En mis primeras lecturas sobre el tema descubrí que los norteamericanos nunca se preocuparon por el lado intelectual, el componente ideológico, de la guerra que el general vietnamita Nguyen von Giap —quien había liderado el esfuerzo vietnamita contra los franceses, años antes, resultando vencedor— conducía contra ellos, es decir, la llamada "guerra prolongada" de Mao. El escritor que hacía notar esta falencia de los norteamericanos, decía que, sin embargo, los escritos de Mao se vendían de manera ambulatoria en todas las ciudades, especialmente en Saigón, en poder de los estadounidenses. Decidí, entonces, profundizar el estudio de tales escritos.

Cuando apareció Sendero anunciando que su guerra seguía la estrategia maoísta de cercar las ciudades desde el campo, su discurso me resultó absolutamente

familiar, y volví a los escritos de Mao para ver cómo, Guzmán, había adaptado la estrategia maoísta a la realidad peruana. Gran decepción: de Mao solo quedaban los grandes títulos. Tuve el convencimiento de que el pensamiento guía era la peor estafa ideológica que alguien hubiera perpetrado en algún momento. Mao —de quien soy un profundo admirador en su faceta de estratega y conocedor de la guerra y su discurso— no merecía esto.

Hay un documento que los senderólogos y otros estudiosos consideran fundamental para entender el discurso y la estrategia de Guzmán, es decir, para entender el fenómeno SL. Es *Bases de discusión*, que fue presentado por el líder senderista en el Primer Congreso del PCP (SL), en 1988. Creo que es fundamental, pero para comprender la magnitud de la estafa ideológica perpetrada por Guzmán. Tiene el mérito de explicar cómo Sendero adecuó dialécticamente la realidad peruana (las condiciones objetivas) y la pobreza de medios de SL (las condiciones subjetivas) a la teoría maoísta, pero también para hacer ver las acrobacias dialécticas que tuvo que hacer para persistir en el modelo maoísta que no podía seguir, y cuán equivocado estuvo Guzmán al lanzar sus pobres fuerzas a una guerra desigual, en la que nunca lograría triunfar. Con ello, cometió el pecado o el error que Mao caracteriza como "aventurerismo", es decir, persistir en la lucha sin posibilidades de ganar.

En *Bases de Discusión* Guzmán explica cómo se venía desarrollando la lucha armada, en función de los planes de operaciones dispuestos por el comité central, es decir, por él mismo. Dice, por ejemplo, que entre 1983 y 1984 se desarrolló exitosamente el Plan de conquistar bases, habiendo realizado cuatro campañas bajo

la guía política de: "Abrirnos campo político", "Contra las elecciones generales del 85", "Contra la asunción del nuevo gobierno aprista" y "Socavar el montaje fascista y corporativo aprista". Dice que esas campañas fueron exitosas. Es que, ¿lo fueron? Tuvieron éxito en impedir, momentáneamente, las elecciones generales en algunos lugares alejados donde ellos tenían presencia importante y punto. En vista de que el enunciado de planes y la realidad de la lucha armada nada tenían en común, en mi primer libro sobre el tema (primera parte de esta edición corregida y aumentada), para poder hacer un estudio válido del problema, decidí prescindir del planeamiento senderista, como ya se dijo en su oportunidad, y tuve que formular una cronología, que me permitiera efectuar tal estudio. Es que el analista no puede dejarse llevar de las orejas por la propaganda de los contendientes, sino debe separar el grano de la paja, como primera tarea. En definitiva, *Bases de Discusión*, puede ser una ponencia interesante para algún congreso del MCI, pero no para orientar la lucha armada de Sendero.

Hay otro documento que sí resulta valioso para entender en algo el pensamiento Gonzalo, y es la llamada *Entrevista del siglo*, que publicó el vocero senderista *El Diario*, en su edición del 24 de julio de 1988 y que ya está reseñada en páginas anteriores. Los estudiosos del problema subversivo no pueden prescindir de él.

Pues bien, en función de estos documentos y otros y de la realidad de la lucha armada, señalaré a continuación algunas características de Sendero y su guerra, que resultan contradictorios no solo con los postulados maoístas sino con la realidad del mundo comunista en general:

—El estudio de la realidad nacional y la apreciación político estratégica —como se llama en la metodo-

logía de la defensa nacional— los senderistas hacen trampa, al caracterizar la realidad peruana como semifeudal y semicolonial, como ya se señaló.

—Cuando concluye que el Perú vivía una situación revolucionaria en desarrollo y que las masas solo esperaban la dirección de Sendero para producir el levantamiento generalizado, proclama su mayor mentira.

—Como se lanza a la lucha armada sin tener los requisitos mínimos señalados por Mao, Guzmán trata de superar dialécticamente las contradicciones consecuentes. Desde mayo de 1981 a diciembre de 1982, se lee en *Bases de discusión*, se cumplen los planes militares: "Desplegar la guerra de guerrillas", "Conquistar bases de apoyo" y "Gran plan de desarrollar bases". Ya hemos visto que Sendero se preocupó de organizar una fuerza guerrillera solo cuando no pudo enfrentar la gran ofensiva que lanzó el general Clemente Noel Moral a inicios de 1983, en Ayacucho, por lo que esa afirmación es falsa. El pensamiento Gonzalo, avanzado el conflicto y seguramente al ver su imposibilidad de organizar un ejército y unas guerrillas, según la consigna maoísta, corta por lo sano anunciando que su ejército es un EGP, con lo que en un solo organismo logra la ilusión de tener un ejército regular y unas guerrillas. En cuanto a las bases de apoyo, que en la teoría maoísta son lugares amplios, capaces de proporcionar tropas y una buena logística y, además, capaces de prestar apoyo táctico al ejército o las guerrillas, Guzmán suma varios comités populares (parte de su aparato clandestino) para lograr una base de apoyo. En la realidad, puede aceptarse que en la

zona de emergencia inicial tuvo una o varias precarias bases, que le sirvieron para apoderarse de esa vasta región; pues la única base de apoyo que cumplía el concepto general maoísta fue la del Alto Huallaga. Puede aceptarse también que para la fase terrorista de su lucha armada, en Lima, tuvo algunas bases (al estilo Guzmán, no maoísta) en los organismos generados, señaladamente en Socorro Popular, aunque luego este organismo tuvo que cambiar su naturaleza al volverse el instrumento del terror más importante. En lo que respecta al Plan de desarrollar bases, si aceptamos estas bases dentro del concepto de Guzmán, hay que convenir que lo logró, después de todo su aparato clandestino fue —¿sigue siéndolo?— importante.

—Hasta *Bases de discusión*, Guzmán se muestra fiel a la idea central de "cercar las ciudades desde el campo" (aunque ya la había variado en el inicio de la lucha, al llevar la guerra a la ciudad de Huamanga, enunciando la estrategia como: cercar las ciudades desde el campo, "siendo el campo escenario principal y la ciudad, complemento necesario"; al parecer esta audacia dialéctica le resultó incómoda, por corregir la estrategia de Mao, de manera que en este documento la menciona tangencialmente, como si la introdujera de contrabando). En el mismo documento explica su idea respecto al comportamiento de la lucha armada para lograr el levantamiento popular. La expresa diciendo que es fundamental sostener la validez del camino de cercar las ciudades desde el campo. El levantamiento popular tendría su "médula" en las bases de apoyo, la retaguardia que sustentará ese esfuerzo. La insu-

rrección se producirá, dice, cuando las fuerzas del campo asalten las ciudades en combinación con la insurrección que actuará desde adentro. Es decir, de manera general, se muestra fiel al concepto maoísta. Sin embargo, en la *Entrevista del siglo* (de 1988, también) introduce la idea (más realista en función de sus posibilidades) respecto a que la insurrección generalizada se producirá cuando el pueblo, harto de la política genocida de las fuerzas del orden, se levante contra estas. Este trajín alrededor de la idea medular de la estrategia que dice seguir, bastaría para probar la endeblez del "pensamiento Gonzalo".

—Como es conocido, en las naciones comunistas el partido es el principal instrumento de la revolución y el Ejército Rojo queda subordinado a él. Mao es ortodoxo en eso y es muy claro en la necesidad de mantener lo militar subordinado férreamente a la política. Guzmán que no lo explica muy bien, decide la "militarización del partido" y la "construcción concéntrica" de los tres instrumentos (partido, ejército y frente único), de donde resulta que el EGP se convierte en el principal instrumento de la revolución, al asumir las responsabilidades del partido y de dos de los medios indispensables que había señalado Mao (ejército regular y guerrillas) para ejecutar la guerra popular. En el fondo, Sendero tenía problemas muy serios en cuanto al partido, pues carecía de cuadros y era muy reducido, ya que, para evitar la infiltración de la Inteligencia, solo permitía que ingresaran a él los probadamente fieles. Como quiera que el EGP era, también, una organización precaria, ¿qué quedaba de los instrumentos de la revolución?

—Guzmán establece cuatro formas de la lucha armada: acción guerrillera, sabotajes, aniquilamiento selectivo y propaganda y agitación armadas. Lo del aniquilamiento selectivo es, como diría un joven de hoy, pura finta. Porque si seleccionaba sus blancos entre miembros de la Marina de Guerra o autoridades políticas o dirigentes apristas o establecimientos de empresas transnacionales o embajadas, a los que sometía a ataques en determinadas épocas, el aniquilamiento era sistemático. En 1986, Sendero publicó el folleto *Desarrollar la guerra popular sirviendo a la revolución mundial*, en el que, por primera y única vez, refuta las críticas que desde diversos frentes se le hacían respecto a la violencia sistemática que practicaba, y publica sus propias estadísticas de la lucha armada. En ese folleto niega enfáticamente la calidad sistemática de sus atentados. La sensibilidad que allí muestra Sendero frente a las críticas resulta extraña y novedosa, tal vez ello se debía a que, en ese folleto, dirigido al comunismo internacional, hace un viraje sustancial en lo que atañe al apoyo internacional, hasta ese entonces despreciado. A esas alturas de su lucha armada, Guzmán quería ganarse el respeto del MCI y ser uno de sus más notables líderes, después de todo él se consideraba la cuarta espada del mismo.

Estos son los puntos más controversiales del pensarniento Gonzalo. Ellos demuestran que la guerra que emprendieron Guzmán y sus colegas, simplemente, carecía de preparación ideológica, estaba desfasada en el tiempo y las circunstancias del Perú, y a inicios de los 90, con el desplome del mundo comunista, quedaba sin piso; además, China empezaba su espectacular viraje en

la ruta del capitalismo, quedando Sendero, en consecuencia, desfasado, también, con el tiempo y las circunstancias del mundo y su globalización. Que haya aún facciones senderistas que persisten en su absurda lucha armada solo se explica por los dólares del narcotráfico que sigue alimentándolas. Da la impresión que, ya sin idea de la revolución comunista, a esos senderistas, la lucha armada, su violencia, se les ha convertido en una forma de vida, una ocupación rentable.

El liderazgo de Abimael Guzmán

Conviene analizar la calidad del liderazgo de Abimael, pues hay unas incongruencias notables en la relación existente entre su discurso y la praxis (lucha armada).

En primer lugar, lo más evidente: Guzmán siempre ha sido, a partir de la ILA, un líder ausente, lejos de sus militantes, la antítesis de un líder militar, que, en la expresión más alta del calificativo, está siempre en condiciones de decir "síganme", no meramente "hagan tal cosa". Algunos piensan que eso se debió a su enfermedad, otros menos comprensivos dicen que fue por su sensualidad, ese dejarse vencer por sus epicúreos apetitos, que podía satisfacer muy bien en alguna residencia capitalina y con los millones de dólares que su alianza con el narcotráfico le dejaba. La cúpula senderista se preocupaba de cubrir sus ausencias, dejando correr rumores respecto a su presencia en algún paraje olvidado de la selva. En mis correrías por todo el Alto Huallaga en 1988, cuando era inspector, en dos oportunidades encontré ese rumor; desde luego, nuestra

gente de inteligencia se movilizaba para confirmar su validez, sin lograrlo, porque, evidentemente, era falso.

El liderazgo de Guzmán, entonces, se ejercía desde el papel, desde la folletería, que fue más o menos abundante en los primeros años de la guerra (a fines de los 80, en los años del "equilibrio estratégico",observando la propaganda senderista, se nota que fue casi inexistente). Lo primero que llama la atención es la pobreza del lenguaje empleado en tal folletería, lo que hace extrañar al "filósofo de nota", kantiano además, como muchos analistas calificaban a Abimael. Es un lenguaje horrible, incomprensible para los no iniciados en la jerga senderista. La pregunta inevitable surgía, entonces: ¿es que Guzmán es un filósofo poco leído, es que sus lecturas se reducían al ámbito de la (también elemental) literatura comunista, revolucionaria? Porque, como cualquier literato o aficionado a las letras sabe, si no se lee bastante, se escribe mal. No se aprende a escribir en los manuales, sino con la práctica de la lectura. Al parecer, sin embargo, en los temas de la revolución mundial y de la dialéctica comunista, Guzmán es sólido, por lo menos así lo cree Gustavo Gorriti, en cuyo excelente libro *Sendero. Historia de la guerra milenaria en el Perú*, literalmente desmenuza los escritos de Guzmán con gran solvencia, pero también con algo de admiración. Tengo la impresión que algunos ilustrados de la cúpula senderista, al constatar el peso que Guzmán daba a la teoría en desmedro de la praxis en plena guerra, se vieron obligados a proclamar esta apreciación: "Para hacer la guerra hay que ser filósofo. El c. Gonzalo se plantea políticamente las batallas, no técnicamente". Mi amigo Gorriti, que cita esta sentencia, agrega: que (la misma) "no dejaba de tener justificación". A mí me parece que la segunda par-

te de ella es más bien una crítica amarga sobre la manera en que Guzmán venía conduciendo la guerra desde su escondite en Lima. Porque que un conductor militar sea filósofo no está mal, podría humanizar la guerra, pero que ese conductor plantee la táctica filosóficamente, no técnicamente, es un contrasentido, un absurdo. Pobre tropa. En definitiva y por boca de los propios senderistas de su cúpula, queda claro que Guzmán tenía un liderazgo más apropiado para el aula que para el campo de batalla.

Esa forma de conducir la guerra, por lo demás, se revela en su dramática ineficacia cuando se constata que las directivas senderistas sobre las acciones que debían ejecutarse, simplemente, no se cumplían. Es que en los escritos de Guzmán y su cúpula hay mucha arenga, que resume el qué hacer, pero dicen casi nada sobre el cómo hacer. Y esas arengas eran ilusas. Por ejemplo: "desarrollar la guerra de guerrillas" y "arrasar con todo" o "batir", cuando según toda evidencia, Sendero no contaba con una fuerza guerrillera. El discurso senderista, en consecuencia, se preocupaba más de esconder la cruda realidad de la debilidad militar de Sendero (las "condiciones subjetivas" absolutamente deficitarias) que de dar a sus combatientes opciones prácticas para actuar en medio de las condiciones objetivas (la realidad del país en el que actuaban), que por lo demás eran ficticias, según las definió Guzmán, y mentirosas, como aquella que decía que "el Perú vive una situación revolucionaria en desarrollo". En definitiva, el discurso senderista era pura propaganda.

Una característica de la personalidad de Guzmán, que afecta su calidad de conductor, es su impaciencia. Ya dijimos que la ILA debió producirse una década antes si

se cumplía la voluntad del líder senderista y si el comité central de su partido no se hubiera opuesto a ese apresuramiento. Iniciada la lucha armada, la impaciencia de Guzmán lo llevó a deformar la naturaleza de la estrategia senderista, es decir, cercar las ciudades desde el campo, cuando llevó la guerra a la ciudad de Huamanga, demostrando ser incapaz de mantener una mínima disciplina operativa.

Por último hay que mencionar la egolatría como una de sus características más notables, lo que dio por resultado el culto a la personalidad —a la suya, desde luego— en la organización subversiva. Guzmán era intocable, el líder indiscutible e indiscutido de SL. Logró, desde muy temprano, que su partido lo nombrara la cuarta espada del MCI (las otras tres eran: Marx, Lenin y Mao, nada menos) y que "entronizara" el en ese entonces llamado "pensamiento guía", lo que suponía que el discurso de Guzmán fuera tomado como un dogma por toda su organización. La carta de sujeción al líder, que firmaba cada miembro que se incorporaba a Sendero era, simplemente, un detalle más de ese culto. Y es en nombre de ese mesianismo de Abimael que la idea de la "cuota" (de sangre, de sacrificio) que se exigía a cada militante de Sendero, fuera un compromiso muy serio, con calidad de religioso, para muchos de los que morían dando vivas a su líder y a la lucha armada.

Los grandes errores de Guzmán en la conducción de la estrategia senderista fueron encubiertos tras el aura de líder sagrado, de intocable, que tenía entre su gente. En consecuencia, hay que convenir que su liderazgo era firme como número uno de la organización subversiva. Y que en tal papel era eficiente, sobre todo si se considera el enorme aparato clandestino que logró

tener Sendero. Pero, también hay que aceptar que como conductor militar era una farsa, un líder con muchas limitaciones y poco conocimiento de las cuestiones operativas. En tanto jefe de la organización no solo era eficiente, era también taimado para mantener un entorno de personalidades obsecuentes, incapaces de amenazar en algún momento la calidad de su liderazgo. En efecto, mantuvo a los líderes capaces de hacerle alguna sombra, en la penumbra, tal vez porque era conciente de que ese liderazgo suyo era vulnerable, como un castillo de naipes.

Ahora bien, si el liderazgo senderista era ineficiente, si los planes que orientaban la guerra popular eran irreales, ¿cómo Sendero pudo convertirse en el más formidable enemigo que tuvieron que enfrentar las Fuerzas Armadas en toda su historia, y en una seria amenaza para la existencia del Estado peruano? Simplemente, lo reiteramos, porque la guerra no la ganaba Sendero, sino la perdía el Estado. El Estado peruano no logró establecer una estrategia digna de ese nombre contra tal amenaza, ni logró emplear a cabalidad y razonablemente todos sus recursos para combatirla. Así de simple.

Finalmente, hay que decir que las fallas del Estado peruano no bastan para explicar el relativo éxito senderista durante cerca de 20 años; hay también el hartazgo del pueblo peruano ante las continuas muestras de la ineficacia de los partidos políticos para conducir a la nación a mejores estadios, y, en este sentido, debieron haber muchos inconformes que vieron en la aventura senderista una oportunidad para remover el obsoleto edificio del Estado, para despertar, tal vez, a los políticos, a ver si mejoraban. 0, tal vez inconformes, encontraron en Abimael Guzmán un líder capaz de lograr

cumplir la promesa de la vida peruana, como decía Basadre. Esta reflexión no contradice la idea capital sustentada en este libro respecto a que Sendero no tuvo arraigo en la mayoría del pueblo peruano, y conseguía sus militantes más por la fuerza que por proselitismo. Porque en el largo proceso de la subversión y la contrasubversión, se han constatado complicidades y apoyos ingenuos, irreflexiva admiración por el liderazgo de Guzmán, en fin, mucha gente que no puso el hombro, que tal vez esperaba ver los resultados de esa aventura, que creía que quizá el Estado mejoraría, que aparecerían líderes nuevos y más eficientes. Actualmente todavía hay senderistas —los califiqué de desubicados— que intentan levantar cabeza y nadie hace nada para disuadirlos o, militarmente, derrotarlos. Esas actitudes ambiguas, blandengues, ingenuas son las que ayudaron a Sendero a gravitar tanto en la historia del Perú de los últimos 23 años. Nadie lo dude.

Capítulo IV

La lucha armada

Generalidades

Antes de empezar a revisar cómo se ha desenvuelto la lucha armada que emprendió Sendero en 1980, conviene recordar que este estudio se realiza en el nivel de la estrategia, es decir, considerando las grandes líneas, el marco conceptual en que se ejecutan las acciones armadas (estrategia militar) y las correspondientes a los otros campos o dominios (estrategias política, económica y sicosocial), de manera que no detallaremos las acciones ejecutadas, porque ello corresponde al nivel de la táctica. Vamos a ver, de manera amplia, los movimientos de Sendero y su intento por dominar espacios geográficos, grupos sociales y políticos, determinados ambientes, es decir, tratando de obtener una visión general del proceso subversivo.

No hay forma de ligar esta parte con la anterior, referida al planeamiento, por lo que vamos a dividirla en períodos, de manera arbitraria, según los aspectos que caracterizan a cada uno de ellos. Estos períodos son:

—Desde el ILA hasta fines de 1982: cuando Sendero solo tuvo como adversario a la PNP.

—1983: marca la recuperación de la zona de emergencia inicial por parte de las Fuerzas Armadas y la expulsión de SL a la periferia de la misma.
—Entre 1983 y 1987: período en que Sendero cumple un peregrinaje para buscar nuevos espacios donde expresarse militarmente.
—1988: año en que se aprecia en Sendero una cierta madurez en el manejo de los problemas tácticos y logra hacerse fuerte en el Alto Huallaga.
—Desde 1989 hasta la captura de Guzmán en 1992: en este período, obligado por las circunstancias (es controlado por las fuerzas del orden y las rondas campesinas en el campo), Sendero delimita mejor los aspectos políticos y los militares. De manera general, la violencia terrorista se vuelve la forma de acción preferida de las fuerzas subversivas.
—A partir de 1993: desde este momento, el Estado, con mejores mecanismos de represión en el campo judicial y el de la inteligencia, ejerce un control eficiente de las actividades subversiva, que van declinando notablemente.

Hasta diciembre de 1982: La guerra fácil o los años dorados del senderismo

En esta etapa se ejecuta la primera fase bélica, como ya vimos, la misma que se inicia con la quema de ánforas electorales en Chuschi, el 17 de mayo de 1980: Sendero la da por terminada luego del entierro de Edith Lagos, famosa guerrillera que muere el 3 de diciembre, durante una emboscada que su grupo ejecuta contra una

patrulla de la Guardia Republicana de ese entonces (más tarde, las tres fuerzas policiales fueron integradas en la Policía Nacional del Perú, PNP), en Umaca, en la provincia de Andahuaylas.

El inicio de la guerra popular de Sendero se hizo modestamente, pero con dos hechos significativos: el primero es que no se limitó al ámbito ayacuchano, sino que en los días siguientes Sendero hizo sentir su acción en Lima, el 20 del mismo mes, y en los meses siguientes de 1980 en Pasco, Yauli, Arequipa, Tarma, Huancavelica, Huaraz, Huancayo, Maynas, Chiclayo, Chucuito, Trujillo, Tacna, Chancay, Jaén, Puno, Concepción, Junín, Urubamba y Cusco, es decir, cubrió gran parte del territorio nacional y abarcó las tres regiones naturales. El segundo aspecto importante es que empieza a expresarse, también, a través del MOTC (Movimiento de Obreros y Trabajadores Clasistas), organismo de fachada que hace su debut terrorista en Lima el 13 de junio, incendiando el local de la Municipalidad de San Martín de Porres [10]. Esta participación temprana del MOTC, aunque en ese momento no se le dio importancia porque se desconocía la existencia de Sendero, revela que ese organismo había sido trabajado con eficiencia en los años de preparación para la guerra popular, y hacía vislumbrar la expansión que tendría la red clandestina de Sendero y sus organismos generados.

Los actos iniciales de Sendero, en su mayoría, se reducían al empleo de cartuchos de dinamita, con más ruido que efectividad, pero crearon un clima de inseguridad que anunciaba la forma en que los actos terroristas deteriorarían la calidad de vida de todos los peruanos. Algunos de esos actos contenían gestos significativos, como para que no quedaran dudas sobre la naturaleza y

la orientación del movimiento senderista. El 18 de mayo dinamitan la antena de radar de Corpac, el aeropuerto en Ayacucho, significativo gesto que señalaba inequívocamente el objetivo senderista de aislar ese departamento y convertirlo en zona liberada; el 20 asaltan al policía que custodiaba la embajada de Nicaragua, en Lima, como para sentar las diferencias que tenían los senderistas con el movimiento sandinista, y el 15 de junio dinamitan la tumba del general Juan Velasco Alvarado, en Lima, tal vez en venganza, porque Velasco les había arrebatado sus principales banderas reivindicadoras y, al hacerlo, había retrasado la emergencia de Sendero. En julio atentan contra las instalaciones mineras de Cerro de Pasco y La Oroya, revelando su temprana vocación por apoderarse del movimiento sindical minero, intento que nunca llegaría a concretarse, y por desarticular la economía del país, que encuentra su más firme puntal en la minería. En Lima, el mismo mes atentan contra locales políticos del Apra y Acción Popular, en Comas y Villa El Salvador, respectivamente, iniciando la faceta de su guerra orientada a debilitar el sistema político, lo que cada vez alcanzaría más intensidad, particularmente en su incesante lucha contra el partido aprista mientras Alan García estuvo en el poder. Desde luego, estos actos terroristas crearon desconcierto en las autoridades y el ciudadano de a pie, pues nadie sabía que había un grupo comunista que empezaba una cruenta guerra interna.

Los actos senderistas de esos años iniciales se incrementaron notablemente conforme pasaban los meses y alcanzaron progresivamente mayor importancia. Revelaban, en todo caso, mayor efectividad, pero también, según transcurría el tiempo, una crueldad increí-

ble, que nos hacía ver a los peruanos, incrédulos y asombrados, cómo el fanatismo puede transformar a las personas. En 1980 se realizaron 219 atentados registrados oficialmente*. En 1981, 715 atentados, lo que significa un incremento del 226.48% y daba a Sendero un éxito incuestionable: todo el territorio nacional, excepto los departamentos de Tumbes, San Martín y Madre de Dios, se vio convulsionado por la violencia, traducida fundamentalmente en ataques contra puestos policiales (107; el año anterior fueron 31) y sabotaje contra la propiedad privada y pública. Como ya dijimos, el gobierno se vio obligado, el 12 de octubre, a declarar en emergencia las provincias de Huamanga, La Mar, Cangallo, Víctor Fajardo y Huanta, en el departamento de Ayacucho.

En 1982 se registraron 891 atentados (24.62% más que el año anterior), con acciones de extrema violencia contra la Policía Nacional, que tuvo que lamentar la muerte de 22 de sus integrantes, mientras 82 quedaron heridos. Las fuerzas del orden sufrieron, igualmente, 46 atentados contra sus instalaciones, cuatro emboscadas y 32 atentados contra personal aislado. Ese mismo año se produjeron 16 enfrentamientos, en los que murieron 40 subversivos. Como producto de la violencia, ese año fallecieron 62 civiles, que empezaban a verse en el centro

* Las estadísticas de la violencia que se publican a partir de estas cifras provienen de diversas fuentes. La mayoría de las cifras han sido establecidas por el autor en base a información oficial, de fuentes militares y policiales, muchas de las cuales son de dominio público. Antes de consignarlas, han sido confrontadas con las de DESCO, en primer término, y con las de otras fuentes. En algunos aspectos se ha preferido trabajar con las del indicado organismo, cuya base de datos es insuperable. A lo largo del texto se identifican otras fuentes de manera específica.

de las balaceras entre subversivos y policías. En el mismo período, Sendero radicalizó su política destinada a desarticular las organizaciones campesinas de la reforma agraria, ejecutando asaltos contra haciendas y SAIS (Sociedad Agraria de Interés Social) en número de 37 (en 1980 fueron dos y en 1981, siete) y empezó a ejecutar masivamente a algunas comunidades campesinas (ya no solo a "soplones y hambreadores del pueblo"), que no aceptaban plegarse a las fuerzas subversivas. Radicalizó también su acción contra las autoridades y el sabotaje contra las TAT (torres de alta tensión), dañando a 21 de ellas (en los dos años anteriores solo dañó cuatro), intento de desarticular el sistema eléctrico del país. Como consecuencia de esta situación, el gobierno se vio obligado a ampliar la zona de emergencia a Andahuaylas, en Apurímac, y Contumazá en Cajamarca.

El mayor éxito de Sendero se dio cuando el 2 de marzo de 1982 atacó el CRAS (Centro de Readaptación Social) de Ayacucho y, perdiendo diez hombres, logró la fuga de 297 varones y siete mujeres, entre las que se encontraba la guerrillera Edith Lagos. Esta operación demostró hasta qué punto había logrado el control de Ayacucho, pues mediante cuatro grupos armados sometió a la ciudad de manera absoluta: tres grupos inmovilizaron en sus comisarías a los destacamentos de las tres fuerzas policiales de ese entonces, mientras el cuarto atacaba el CRAS.

Pero lo más significativo de lo logrado entre 1980 y 1982 fue que SL consiguió poner en fuga a los destacamentos policiales de toda la región centro sur, los que materialmente no tenían posibilidad ni siquiera de defender sus propias instalaciones y, menos aún, de cumplir su misión en las localidades donde estaban destina-

dos. Lo mismo sucedía con la mayor parte de las autoridades políticas y edilicias, las que se vieron obligadas a abandonar sus cargos como consecuencia de que muchas de ellas estaban siendo asesinadas por Sendero.

El control de las comunidades campesinas en ese período también puede calificarse de exitoso, pero este éxito tiene el sabor de una victoria pírrica, pues la forma en que Sendero trató a ese grupo social le enajenó su voluntad y hasta logró que el hombre de campo llegara a odiar sus procedimientos y su prédica. Sendero imponía sus propias autoridades (los comités populares), y logró establecer un eficiente sistema de reclutamiento, aunque mediante el terror más que a través del adoctrinamiento. También logró reducir drásticamente la actividad comercial, impidiendo la realización de ferias y obligando a los campesinos a sembrar únicamente para su subsistencia. El propósito evidente de Sendero era evitar el abastecimiento de Huamanga y lo logró en alguna medida, pero a costa de la hostilidad de los campesinos.

Ya vimos que el predominio senderista también se dio en la ciudad de Huamanga, donde se vivía permanentemente en el terror, ante la amenaza de la dinamita, los ajusticiamientos y las listas de condenados a muerte que proliferaban en las paredes de esa ciudad atemorizada, que tuvo que resignarse a vivir sin el aliento económico del turismo, que en épocas normales es abundante.

Es este clima el que obligó al gobierno a decretar la intervención de las Fuerzas Armadas en la lucha contrasubversiva y a confiar el control de toda la zona de emergencia a un comando político-militar en los últimos días de 1982.

1983: La zona de emergencia bajo control de las Fuerzas Armadas

Ya en ejecución la segunda fase de la guerra popular, las Fuerzas Armadas asumieron la principal responsabilidad de la lucha contrasubversiva, aunque el gobierno dispuso que su participación fuera de mero apoyo logístico a las fuerzas policiales. Evidentemente, esta forma de misionar a la tropas respondía al criterio político de no reconocer a Sendero la importancia que había adquirido, y causó desconcierto y produjo muchas críticas en los medios militares, intelectuales y periodísticos. Pero, hay que hacer un distingo entre la decisión política del gobierno de no reconocer la existencia de una fuerza subversiva y, más bien, calificarla como elemento delincuencial, y la forma como las Fuerzas Armadas enfrentaron el problema de reducir la influencia de Sendero en la zona de emergencia: el comando político-militar actuó desde el inicio como si se tratara de combatir a una fuerza de significación militar y, desde luego, en mi opinión, con la anuencia presidencial, pues el presidente Belaunde mantenía un estrecho contacto con dicho comando. La idea de que las Fuerzas Armadas eran meramente un apoyo logístico a la Policía funcionaba solo para la prensa y la opinión pública, pues el comando político-militar de la zona de emergencia llevó una estrategia de carácter operacional que, desde el principio, fue exitosa.

En primer lugar, frente a la presunción de determinados círculos, particularmente de la izquierda, respecto a que el ingreso de las Fuerzas Armadas iba a significar una masacre indiscriminada, dado que la acción policial venía siendo muy dura, en la realidad sucedió

todo lo contrario y el Ejército y la Marina de Guerra ganaron pronto la aceptación de las comunidades en medio de las cuales empezaron a actuar. Aunque en la opinión pública nacional e internacional esta imagen de actuación moderada pronto se iba a deteriorar, particularmente a partir de la matanza de periodistas capitalinos en Uchuraccay, que contra toda evidencia algunos medios de prensa, intelectuales y políticos responsabilizaron frontalmente a las fuerzas militares, lo cierto es que en las comunidades campesinas se generó un clima de confianza y menudearon los pedidos para que se establecieran bases contrasubversivas en sus localidades, de manera que la aceptación de las Fuerzas Armadas no decayó en ningún momento en las áreas rurales, aunque algunos escépticos no lo crean.

En segundo lugar, la estrategia militar propiamente dicha consistía, para decirlo en pocas palabras, en la ocupación del territorio mediante el establecimiento de bases contrasubversivas en puntos críticos que dominaban las rutas y los centros de comunicación en todo el ámbito de la zona de emergencia, con lo que se logró limitar notablemente los desplazamientos de los elementos subversivos. Las bases se establecieron en lugares dominantes que controlaban los terrenos donde se asentaban las comunidades principales, dándoles así una eficiente protección. El personal de las bases mantenía una activa política de patrullaje, con todo lo cual, Sendero tuvo que abandonar el campo donde había dominado y refugiarse en las zonas periféricas, como en la famosa "Oreja de Perro", que abarca sectores de las provincias de Huanta y La Mar, colindantes con el departamento del Cusco.

Se establecieron alrededor de 60 bases contrasubversivas, que continuamente eran enlazadas mediante

helicópteros y apoyadas por tropas transportadas en esas aeronaves desde Huamanga, con lo que el control de la zona de emergencia por las fuerzas del orden fue casi absoluto.

El repliegue de Sendero, en realidad, significó una disminución de sus actividades más que un traslado masivo de sus huestes, pues ya hemos visto que hasta 1983 no disponía de fuerzas militares, de manera que el repliegue que aquí señalamos debe entenderse como la pérdida de libertad de acción para establecer sus comités locales (los que tuvieron que actuar clandestinamente), para desplazarse en todo el ámbito de la zona de emergencia, para reclutar militantes y ejecutar "cosechas". El desplazamiento fue real, posiblemente, respecto al puesto de comando y algunos elementos militares que le daban protección, y los grupos menores de guerrilleros con los que actuó en los primeros años.

A nivel nacional su actividad no solo no disminuyó, sino que, estadísticamente, se incrementó. Mientras en 1982 se registraron 891 atentados, en 1983 se produjeron 1 123. El 8 de enero, en Ayacucho, luego de recibir desafiantemente a las Fuerzas Armadas mediante un paro de 24 horas, Sendero atenuó inicialmente sus actividades, pero luego intensificó sus acciones, principalmente mediante el ajusticiamiento de campesinos, ataques a instalaciones mineras para continuar el acopio de explosivos, y derrumbamiento de torres de alta tensión. A nivel nacional, en 1983 se produjeron 951 muertos civiles (en 1982 fueron 62), aunque este dato no discrimina las muertes debido a acciones en que también intervinieron las fuerzas del orden; se derribaron 65 TAT, según datos de Electro Perú publicados por DESCO. Ese mismo año, de acuerdo a una información policial,

Sendero se apoderó de 185 473 cartuchos de dinamita, incrementando extraordinariamente lo que había obtenido en 1982, únicamente 12 366.

La lucha armada fue intensa ese mismo año: Sendero atacó 84 veces instalaciones de las fuerzas del orden; ejecutó seis emboscadas y se produjeron 61 enfrentamientos armados; murieron 85 miembros de las fuerzas del orden y 2 161 subversivos (el año anterior, solo 40), mientras fueron capturados 1 699 senderistas. Respecto a estas capturas debe decirse que, como era común en esa época, gran parte de esa gente fue puesta en libertad por "falta de pruebas".

En su repliegue, Sendero no solo sufrió el acoso de las tropas del Ejército y la Marina de Guerra, sino el rechazo franco de algunas comunidades campesinas, efecto lógico de la nueva situación de confianza planteada con el ingreso de las Fuerzas Armadas en la lucha contrasubversiva. El 21 de enero la comunidad de San José de Secce hizo frente a los senderistas y mató a siete de ellos con cuchillos y machetes. El presidente Belaunde elogió públicamente esa actitud e incentivó una política de autodefensa, que debían adoptar los pueblos amenazados por Sendero. Precisamente, para informar respecto a esa reacción campesina, viajaron ocho periodistas capitalinos, que fueron asesinados por la comunidad de Uchuraccay el 26 de enero, al ser confundidos con senderistas, hecho que conmovió a la opinión nacional y mundial, y ensombreció la eficiente labor del general Clemente Noel Moral, jefe político-militar de la zona de emergencia.

El 14 de febrero una asamblea general de más de tres mil campesinos de la comunidad de Colcabamba, en la provincia de Tayacaja, rechazó los abusos de los

Sinchis, pero al mismo tiempo decidió oponerse radicalmente a las amenazas de Sendero, mediante guardias campesinas que organizó. El 16 del mismo mes en Sacsamarca, a ocho kilómetros de Huamanga, la comunidad se enfrentó a Sendero, matando a tres y capturando a siete senderistas. Sendero logró liberar a esos detenidos y en represalia mató a cuatro comuneros. El 20 Sendero atacó Huancasancos con 80 hombres, pero encontró resistencia y murieron ocho de los suyos [11]. En represalia por este creciente rechazo, Sendero atacó el 13 de abril Lucanamarca y Huancasancos (provincia de Víctor Fajardo) con 100 hombres en cada acción, y luego de sendos "juicios populares" asesinó a 45 comuneros de Lucanamarca y a 35 de Huancasancos, dando inicio a una nueva política de castigo a las comunidades que se le oponían [12]. Intensificó, también, su política de desarticulación del agro: el 12 de diciembre asaltó la SAIS "Cahuide", donde incendió y dinamitó instalaciones y sacrificó a cinco mil cabezas de ganado.

Sendero empieza a actuar con especial ímpetu en Lima: ataca dependencias policiales, locales partidarios, empresas vinculadas al capitalismo extranjero y misiones diplomáticas. La capital sufre dos grandes apagones, hecho que empieza a crear conciencia entre los limeños del peligro senderista.

En 1983 la expansión de Sendero fuera de la zona de emergencia por presión de las fuerzas del orden se hace principalmente en dirección a la provincia de La Convención, en el Cusco, donde desde hacía algunos años había hecho trabajo político. En la región colindante con el departamento de Ayacucho, Sendero establece, en la orilla oriental del río Apurímac, zonas de descanso para sus combatientes, escuelas populares y

bases logísticas. Con el correr de los años, su intento por ampliar esta penetración para dominar Cusco sería uno de sus más rotundos fracasos. Empieza, también, su desplazamiento hacia el departamento de La Libertad, en los distritos de Curgos y Sarín, entre agosto y diciembre de ese año.

Hasta 1987: Sendero busca nuevos espacios

La lucha durante los años 1983 y 1984 fue muy dura, al punto que se desarticuló el elemento militar de Sendero. Hasta 1988, aquellos fueron los años en que Sendero sufrió la mayor cantidad de bajas (en 1984, 1 835 muertos) y capturas (en 1984, 1 043), con un total en ambos años de 3 996 muertos y 2 742 capturados. Entre 1980 y 1988, 1984 fue el año en que más civiles murieron como consecuencia de la situación subversiva, con un total de 1 784.

En 1984 Sendero ejecutó 12 emboscadas a las fuerzas del orden, 100% más que el año anterior, y se produjeron 59 enfrentamientos, cantidad ligeramente menor que en 1983. Como producto de esta situación, ese mismo año murieron 85 miembros de las fuerzas del orden, de los cuales 45 fueron policías. Estas acciones, en su mayoría, fueron ejecutadas en la zona de emergencia; entre 1985 y 1987 las cantidades correspondientes a los mismos rubros son parecidas, con una sensible baja en 1986, pero debe considerarse que tal número de acciones fueron realizadas en un ámbito mucho mayor, ya no principalmente en Ayacucho, Apurímac y Huancavelica, sino también en Huánuco, San Martín y otros escenarios, por

lo que hay que entender que la actividad militar de Sendero perdió consistencia sensiblemente y ya no tuvo la contundencia de una ofensiva dirigida con seguridad a determinados objetivos, como sucede en la guerra.

El descalabro militar de Sendero era tan evidente que muchos analistas lo destacaron, señalando que, debido a la derrota militar sufrida en el campo, Sendero tuvo que volcarse a las ciudades para no desaparecer de la escena; esto queda demostrado por el notable incremento del terrorismo y el sabotaje en Lima. Muy sensible a este tipo de críticas, la directiva senderista, en el folleto *Desarrollar la guerra popular sirviendo a la revolución mundial*, de agosto de 1986, se esfuerza por desvirtuar esas afirmaciones, publicando sus propias estadísticas, por primera y única vez hasta donde conozco. En el primer cuadro de dicho documento, dice que entre junio de 1984 y junio de 1986 realizó, a nivel nacional, actos de guerra de guerrillas en un 45,9%; sabotaje, 11,8%; aniquilamiento selectivo, 8,2%, y propaganda y agitación armadas, 34,1%, de donde resulta que su actividad militar significaba casi la mitad de todas las formas de lucha que empleaba. En el segundo cuadro (*Distribución de acciones por regiones*) señala que el mayor porcentaje de actos subversivos se ejecutaron, durante el mismo período, en Ayacucho, Huancavelica y Apurímac (63,4%), mientras que en Lima solo ejecutó el 8,4% del total. La diferencia de 28,2% corresponde a su actividad en el resto del país.

Puede ser interesante, sobre todo para apreciar posteriormente como varía el centro de gravedad de la actividad senderista, reproducir el tercer cuadro (*Formas de lucha y porcentaje por regiones*), correspondiente al mismo período:

Formas de lucha	País	Ayacucho Huancavelica y Apurímac	Otras regiones	Lima Metropolitana
Guerra de guerrillas	100.0	75.1	22.6	2.3
Sabotaje	100.0	43.3	39.7	17.0
Aniquilamiento selectivo	100.0	74.0	22.1	3.0
Propaganda y agitación armadas	100.0	52.0	33.0	15.0

Estas estadísticas de Sendero tienen algunos problemas, el principal de los cuales es la carga propagandística que poseen; otro es la falta de precisión en la calificación de las acciones armadas particularmente en lo que se refiere al aniquilamiento sistemático que ejecuta y que, como forma de lucha, no reconoce. Como ya se indicó, parecería lógico que esta actividad fuera englobada en el rubro "propaganda y agitación armadas", pero también es posible que haya sido considerada como "guerra de guerrillas"; esto explicaría por qué sigue siendo tal alto el porcentaje de este último ítem, incluso considerando 1986, el año militarmente más bajo de Sendero, sin ninguna duda.

Pues bien, presionado por las fuerzas del orden, Sendero tiene que buscar nuevos espacios donde expresarse militarmente y esta es una búsqueda de varios años, hasta que, por fin, a partir de 1988 encuentra el ámbito en que puede desenvolverse con gran libertad de acción y obtener algunas ventajas para consolidar su organización militar y desarrollar programas de instrucción y entrenamiento, para lo que cuenta con el apoyo del narcotráfico; ese ámbito es la ceja de selva, al norte y centro del territorio nacional. El proceso que sigue es largo y azaroso, como a continuación veremos.

Hemos visto que la dirección hacia el Cusco es la que primero utiliza en 1983. Esta dirección posteriormente es prolongada hacia Puno, donde alcanza presencia importante en las provincias de Melgar y Azángaro.

Otra ruta que utiliza es la de Pasco-Huánuco-las partes altas de los departamentos de Ancash y La Libertad-el sur de Cajamarca. Finalmente, la ruta de Pasco-Huánuco-San Martín.

Puede llamar la atención que las rutas hacia el Norte se salten a la garrocha el departamento de Junín, en el sector del macizo cordillerano, que justamente es la vía de aproximación lógica, pero téngase en cuenta que estamos analizando la estrategia militar de Sendero, y dentro de ella el valle del Mantaro y la misma ciudad de Huancayo han jugado un papel muy interesante, al parecer, como zona de descanso y base logística. En efecto, hasta mediados de 1988 esta región gozó de una extraña tranquilidad en medio de la violencia en que estuvo envuelta la sierra central y sur. La situación se deterioró considerablemente en 1988, debido a la presencia cada vez mayor que tuvo en ese ámbito el MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru), que incluso en el primer semestre de ese año obtuvo el apoyo del grupo ARE (Acción Revolucionaria Estudiantil), brazo armado de la juventud aprista rebelde (disidentes apristas). Sendero tuvo que empeñarse con especial ímpetu para combatir al MRTA, al que finalmente contuvo, sin expulsarlo de la zona. Después de esta pugna Huancayo y el Valle del Mantaro en general no recuperaron la tranquilidad, sino todo lo contrario.

Digamos de una vez que la misma situación de Huancayo (un remanso de tranquilidad en medio de la violencia) tuvieron el departamento de Ica y la ciudad

de Huánuco, que también servían a Sendero como zona de descanso, base logística y para la recuperación de sus heridos, los que eran tratados en clínicas particulares de esos lugares, sin duda bajo amenaza de Sendero, en la mayoría de los casos.

Veamos ahora cómo se desenvolvió la actividad militar de Sendero en sus desplazamientos por las direcciones indicadas *.

La ruta del Sur

Cusco

Desde antes de iniciar la lucha armada, al parecer, Sendero consideró a los departamentos de Cusco y Puno zonas propicias para ampliar sus actividades, por lo que organizó un comité regional encargado del trabajo político en ambos.

En el Cusco el principal trabajo se efectuó en la provincia de La Convención, que ya había sido desarrollada como zona guerrillera en 1965, en la aventura guerrillera de De la Puente. Como ya fue dicho, a partir de 1983 las zonas aledañas a la frontera con Ayacucho y Apurímac fueron utilizadas por Sendero para eludir la acción de las fuerzas del orden, pues al no estar comprometidas en la zona de emergencia eran eficientes santuarios, donde los senderistas tenían gran iniciativa y libertad de acción.

---

* La información básica respecto a la actividad senderista en las zonas de emergencia hasta 1987 fue obtenida mediante un trabajo de campo del XXXVII Curso de Defensa Nacional, del CAEM (hoy CAEN), en el que el autor participó. Durante el viaje de estudios realizado ese año, dicho curso recibió la tarea de evaluar la situación subversiva a nivel nacional, y el autor, la responsabilidad de conducir el trabajo en comité correspondiente. El informe pertinente se encuentra en el Archivo Temático del CAEN.

En 1984 un elemento militar senderista proveniente de Chungui (provincia de La Mar, Ayacucho) empezó a actuar por la dirección de Vilcabamba, realizando ataques a comunidades campesinas, asesinatos de autoridades y saqueos de fundos y haciendas, situación que duró hasta 1985. El año siguiente se produjo un incremento de las acciones subversivas en Vilcabamba, Sicuani, Tungasuca, Tinta y Cusco (235 hechos subversivos), abarcando las provincias de La Convención, Cusco, Canchis y Canas.

En 1987, Sendero se proyectó con mayor fuerza hacia las provincias altas que colindan con Puno: Canas, Chumbivilcas, Canchis y Acomayo buscando formar nuevas zonas guerrilleras. Su actividad es importante y logra el repliegue de 40 puestos policiales. Esto obligó a que las tropas del Ejército acantonadas en Cusco intervinieran mediante actividades de entrenamiento, con fines principalmente disuasivos, dada la situación de normalidad jurídica que se vivía en el departamento, lo que les impedía entrar en combate, y lograron controlar la situación.

Sendero no consiguió establecer una zona de operaciones en el Cusco debido, además, a que su labor de proselitismo fracasó, principalmente porque la federación campesina estaba bajo fuerte control de los partidos de la izquierda democrática y logró evitar la infiltración senderista. La Iglesia Católica, por su parte, cumplió, también, una buena labor de contención, gracias a la gran influencia que tiene entre la población del Cusco [13].

Puno

Desde el inicio de su actividad subversiva en el departamento de Puno, Sendero ubicó sus principales medios en las provincias de Melgar (colindante con Cusco)

y Azángaro. Este departamento se ubica entre los más afectados por la subversión en todo el país, según las estadísticas, manteniéndose inalterablemente, entre 1980 y 1987, en el sétimo lugar. La actividad de Sendero es más o menos uniforme hasta 1985, con un promedio de 32 atentados por año [14].

La situación varió drásticamente en 1986, año en que Sendero tuvo su mejor momento en dicha zona, llegando a ejecutar 277 atentados. Realizó 14 ataques incendiarios contra instalaciones de empresas agropecuarias, principalmente; dinamitó 13 puentes y 32 vehículos de dichas empresas, así como siete tractores agrícolas; robó 2 247 cabezas de ganado vacuno, 26 127 de ovinos y 677 alpacas, que distribuyó entre los campesinos. Como puede verse, su principal objetivo era desarticular la economía de esas zonas y desaparecer toda forma de organización agraria, a la mejor manera polpotiana. Las estadísticas, sin embargo, no reflejan claramente lo desastrosa que fue esta política para la actividad agropecuaria de Puno, pues cualitativamente el problema fue mayor. Sendero puso especial empeño en destruir al ganado fino, importado, que tenían las empresas agropecuarias, echando por tierra un trabajo paciente y costoso de aclimatación de esos animales y la tecnología respectiva, que se había incorporado en muchos años de labor. También puso especial empeño en la destrucción de la maquinaria o amenazó a los propietarios de la misma que intentaran utilizarla.

En 1987 se reforzó convenientemente a los elementos policiales destacados en la zona y se logró controlar la situación. A esto contribuyó el hecho de que las unidades del Ejército acantonadas en el depar-

tamento de Puno realizaran sus prácticas de entrenamiento en el campo, como había sucedido en el Cusco, pues estaban también impedidas de actuar como combatientes, como sucedió allá. La presencia disuasiva de las tropas del Ejército y una más vigorosa acción policial permitieron reducir la actividad subversiva a actos de tipo clandestino, a tal punto que en 1987 se efectuaron solo 67 atentados en todo el departamento.

Como puede verse, el fracaso de Sendero en Puno fue el resultado de una adecuada política contrasubversiva. No está claro el papel que jugó la izquierda democrática como contención de la subversión en ese departamento. Se dice que en el fundo Wajarani, a 15 kms. de Melgar, donde se encuentra un complejo lechero de religiosos, había vivido durante mucho tiempo un alto dirigente senderista, tal vez el líder guerrillero Julio César Mezzich, y que luego alcanzaron gran influencia en ese lugar destacados representantes de los partidos de izquierda más radicales. Desde ese lugar se irradiaba en 1986 una intensa labor de proselitismo, al parecer no exactamente contraria a la prédica senderista, sino coincidente con ella. Lo cierto es que el sector empresarial agrario se mostraba sumamente desconfiado de esa influencia, la de los políticos y los religiosos.

Al margen de estos rumores y esta desconfianza, los partidos políticos Apra y PUM lograron crear un clima de beligerancia entre ellos, de tal magnitud que, quiéranlo o no, ayudaron a Sendero, por lo menos en su intento de agudizar las contradicciones de las comunidades cusqueñas y aprovechar de la coyuntura para el logro de sus propios fines [15].

En las rutas del Norte

Sierra de Ancash

Desde que empezó la lucha armada, Sendero organizó el comité regional del norte, a cargo de las operaciones en Tumbes, Piura, Lambayeque, La Libertad y Ancash. La importancia que alcanzaba Ancash en la estrategia senderista se basaba en la inaccesibilidad de ciertas zonas de las serranías de ese departamento, en las que Sendero pretendía dominar, y en que esa misma inaccesibilidad le garantizaba un buen refugio o ruta de escape para sus elementos que operaban en los departamentos de Huánuco, Pasco y Lima. Esa importancia se consolidó en 1987, cuando Sendero provocó 116 atentados en el departamento, mientras el año anterior solo fueron 53.

En 1988 la influencia senderista se extendió a las provincias de Yungay, Huaylas, Recuay, Carhuaz y Huari, con lo que Sendero alcanzó presencia importante en toda la Cordillera Blanca, sin embargo no logró alterar significativamente las actividades de los ancashinos, particularmente en las zonas urbanas, ni siquiera el turismo, que en los últimos años estaba alcanzando un gran desarrollo, en la misma medida en que el andinismo se estaba convirtiendo en una atracción de carácter internacional.

Al parecer, la serranía de Ancash terminó siendo solo un lugar de tránsito y refugio para los guerrilleros senderistas, debido a que la escasez de recursos de Sendero no le permitió dedicar un mayor esfuerzo a esta región.

Serranías del departamento de La Libertad

Sendero empezó a actuar militarmente en el departamento de La Libertad en 1982, cuando produjo un

enfrentamiento con las fuerzas policiales en la SAIS "Tahuantinsuyo", en la provincia de Sánchez Carrión. En esa oportunidad fueron capturados por la policía 15 subversivos. Amplió su acción en 1983 a los distritos de Curgos y Sarín, donde asesinó a autoridades políticas, dirigentes campesinos y pobladores en general.

En 1984, al declararse el estado de emergencia en parte del departamento de Huánuco la ofensiva militar que se produjo obligó a Sendero a replegar parte de su fuerza por el Callejón de Conchucos hacia Ancash y La Libertad, lo que consolidó su presencia en las serranías de este último departamento. El año siguiente se amplía la acción subversiva a gran parte de la provincia de Santiago de Chuco, lo que fue incentivado por la existencia de numerosos centros mineros, de extensas zonas desprovistas de fuerzas policiales y por la pobreza económica de la región.

En 1986 disminuye el ímpetu de la acción subversiva, como sucede en gran parte del país, pero se amplía la presencia senderista a la provincia de Otuzco. 1987 es, igualmente, un año en que Sendero se limita a consolidar su fuerza, sin que se produzcan actos militares de importancia.

La actividad senderista, sin embargo, logró establecer, al parecer, tres zonas guerrilleras; la primera abarcaría: Chuquizongo, Pampa Regada y Huaranchal en la provincia de Otuzco y Pata de Caballo y Las Totoras en la provincia de Sánchez Carrión. La segunda zona guerrillera abarcaría: Cuchuro, Cerpaquino, Sarin y Curgos, también en la provincia de Sánchez Carrión, y la tercera en: Loma Colorada, Ingascorral, Angasmarca, Tulpo, Mollepata y Cochabamba, en la provincia de Santiago de Chuco. En estas zonas Sendero disponía de

escuelas populares y, evidentemente, logró desarrollar una amplia organización política.

Parece ser que la sierra de La Libertad no pudo ser mejor trabajada por Sendero debido a que carecía de un aparato militar de envergadura, pero es posible que en esa región exista una infraestructura subversiva importante, que podría ser desarrollada si Sendero recupera fuerza, ya que ahí no hay fuerzas del orden importantes. Téngase en cuenta que, según las estadísticas, La Libertad figura entre los siete departamentos más afectados por la subversión hasta 1987, con un total de 1 987 acciones, cantidad sensiblemente mayor a las correspondientes a los departamentos de Pasco y Puno, de mayor resonancia en la opinión pública.

Sur de Cajamarca

La presencia de Sendero en el sur de Cajamarca (provincias de Cajamarca, Cajabamba y San Marcos) se hizo notar militarmente a partir de 1986, indudablemente como resultado de la acción contrasubversiva en Huánuco, al ser declarada en emergencia parte importante de ese departamento. El terrorismo senderista, sin embargo, data de los días iniciales de la lucha armada, pues la provincia de Contumazá fue declarada en emergencia durante 60 días, a partir del 19 de noviembre de 1982.

En algún momento se pensó que Cajamarca podría ser desarrollado militarmente por Sendero, pues se había detectado el desplazamiento de sus elementos guerrilleros hacia esa zona, siguiendo la ruta de la sierra de Ancash y La Libertad. No sucedió así, sin duda, por la acción de las rondas campesinas, iniciadas mucho tiempo antes en ese departamento, para la lucha contra abigeos y bandoleros de diverso tipo que proliferaban en el

medio rural cajamarquino. En efecto, la presencia de Sendero era fuerte en ese medio: se registraron 242 atentados hasta 1987, pero militarmente no cuajó.

Departamento de Pasco

La subversión en Pasco (el sexto de los siete departamentos más afectados por el senderismo entre 1980 y 1987) creció modestamente, aunque de manera sostenida, hasta 1985, año en que se registraron 131 actos subversivos (en 1984 fueron 89). Entre 1985 y 1987 las estadísticas no varían significativamente, lo que demuestra que Sendero tuvo que frenar su avance. Ya se dijo que ello se debió, en medida importante, a la labor de contención que supuso la influencia de los partidos de la izquierda democrática, que supieron mantener su preponderancia en los sindicatos mineros, y a la valiente actitud de los dirigentes sindicales, que en un momento dado alcanzaron notoriedad nacional por su denuncia de los intentos manipuladores de Sendero y su decidida acción para oponerse a la infiltración senderista. Además, en 1987 se desarticuló el destacamento zonal urbano de Cerro de Pasco, con lo que la actividad senderista disminuyó considerablemente.

La presencia de Sendero en Pasco no tuvo, en ningún momento, importancia de tipo militar, excepto en la modalidad de sabotaje, que en 1988 creó serios problemas a la empresa minera del Estado, Centromín Perú, al atacar algunas de sus instalaciones, como las de agua potable de Quiulacocha, Parragsha y Uliachín, y las vías férreas y trenes de carga entre Cerro de Pasco y La Oroya. Esta actividad fue controlada, como ya se dijo, por la acción combinada del Ejército y la Policía, que patrullaron intensamente las vías férreas.

Existían elementos militares de Sendero en la provincia Daniel A. Carrión, en el límite con los departamentos de Lima y Huánuco, y en la zona rural de la provincia de Pasco, pero no logró desarrollar su organización por la presencia de algunas bases contrasubversivas del Ejército.

Departamento de Huánuco

En la década de los años sesenta se inició el cultivo de la coca en el Alto Huallaga (zona selvática al norte del departamento de Huánuco) y, posteriormente, empezó la producción de PBC (pasta básica de cocaína), lo que llevó a una bonanza económica en toda la zona, que hizo que en su mayoría los pobladores se dedicasen, en una u otra forma, al negocio del narcotráfico. Debido a ello es que, en febrero de 1980, se ejecutó la primera operación antidrogas a cargo de la Policía. Posteriormente, la acción de la Unidad Móvil de Patrullaje Rural (UMOPAR) y la del CORAH (Proyecto especial de control y reducción de los cultivo de coca en el Alto Huallaga) limitaron la producción y comercialización de la PBC, produciendo descontento en la población. Ese descontento también se debía a que la Policía cometía abusos en su lucha contra el narcotráfico, principalmente mediante la incautación indebida de diversos bienes.

Cuando Sendero, en los primeros años de la lucha armada, puso sus ojos en esta zona encontró esa situación de descontento contra los policías y descubrió las inmensas posibilidades que ella le ofrecía. Descubrió también que le favorecía el hecho de que no existían fuerzas militares en esa extensa región. Y, entonces, se aplicó a una organización detallada de la misma, de acuerdo a sus fines. Entre 1983 y 1984 ejecutó acciones

dentro de todas sus modalidades de lucha, llegando a causar temor entre la población. El terror que impuso Sendero se basaba en la demostración más descarada de su vesania, lo que se traducía en el hallazgo cotidiano de cadáveres a lo largo de la carretera Marginal, y en la circulación abierta de sus bandas armadas.

Esta situación obligó al gobierno a enviar una fuerza militar importante en agosto de 1984, la misma que actuó en la zona comprendida entre Tingo María y Uchiza, incluyendo el valle del Monzón. La labor de esta fuerza fue exitosa y obligó a Sendero a replegarse a la sierra de Huánuco, pero manteniendo en el Alto Huallaga su organización clandestina. En diciembre de 1985 dicha fuerza militar fue replegada a su sede en Huancayo, dejando en Tingo María un batallón de infantería.

Entre 1986 y 1987 Sendero recuperó terreno y amplió su acción hacia el norte de la provincia de Tocache (departamento de San Martín), donde también tenía presencia importante el MRTA; en abril de 1987 Sendero logró imponerse a dicho grupo terrorista y lo expulsó de la zona. Esta última organización se ubicó al este de Uchiza y Tocache, en la margen derecha del río Huallaga, y luego al norte, entre Juanjui y Tarapoto.

En julio de 1986 se decretó la zona de emergencia en las provincias de Leoncio Prado, Cholón, Mariscal Cáceres y Tocache, en los departamentos de Huánuco y San Martín, lo que permitió un mejor control de la situación y la consiguiente disminución de las acciones subversivas. El fracaso de Sendero en las zonas donde intentó hacerse fuerte a partir de 1983, como vimos, hizo que paulatinamente llevara sus fuerzas al Alto Huallaga. Inicialmente, el narcotráfico —que tenía su propia fuerza militar compuesta por mercenarios colombia-

nos— no vio con buenos ojos la incursión de Sendero en el territorio que dominaba, y lo rechazó con el apoyo de los mercenarios colombianos, pero, cada vez con más fuerza, la organización subversiva logró imponer condiciones, luego de conseguir que los mercenarios fueran retirados, y entró en franca alianza con los narcotraficantes, situación que se consolidó en 1988.

Hasta este último año, Sendero logra una organización importante, con dos columnas guerrilleras en base a pelotones altamente móviles que, poco a poco, fueron dominando todo el ancho valle del Huallaga, con cada una de sus columnas en cada una de las márgenes del río. Logra desbordar totalmente las posibilidades de la Policía y, con un dominio casi absoluto del territorio, consigue desaparecer todo rastro de autoridad gubernamental e imponer su propia organización política en los lugares donde no existían bases contrasubversivas (el Ejército estableció 11 de ellas en todo el valle). Es notable el hecho de que, contrariamente a lo que sucedió en Ayacucho, Sendero aplica una inteligente política de acercamiento con el pueblo, pues con sus comités establece una cierta disciplina social, particularmente aplicando una justicia propia, muy expeditiva, que sanciona desde el alcoholismo y la drogadicción hasta el adulterio. Esto da la impresión a los pobladores que Sendero logra reemplazar exitosamente al Estado, cuyos representantes habían abandonado las zonas desprotegidas. En ese año viajé continuamente a la zona cocalera, en mi papel de inspector. Tuve la impresión de que ese nuevo trato a la población del Alto Huallaga tenía que ver con el interés del narcotráfico por mantener tranquilidad en la zona, pues Sendero se había puesto al servicio de los narcotraficantes, sin ninguna duda, y cumplía sus órdenes.

Paralelamente a este avance en la zona cocalera, Sendero se hace fuerte en la provincia de Ambo, al sur de la ciudad de Huánuco, y en las partes altas del departamento, principalmente en la provincia de Huamalíes; donde llega a dominar el valle del Monzón, al oeste de Tingo María.

La organización política de Sendero en Huánuco dependía del comité regional del Huallaga, cuya influencia se extendía hasta la zona de Aguaytía y Pucallpa, en donde operaba el comité zonal Ucayali. El mayor éxito de este comité regional en el plano político fue la realización de un paro armado en agosto de 1987, que paralizó esa extensa región durante cinco días, y otro en agosto de 1988, que duró cuatro. En el primer caso Sendero desplegó sus medios guerrilleros a lo largo de la carretera Marginal, entre Tingo María y Tocache y entre Tingo María y Aguaytía, y asesinaban a quienes no acataban el paro, y ejecutaban actos de sabotaje contra instalaciones estatales y puentes. En el segundo, no hubo tal despliegue de medios, pero el paro fue igualmente exitoso, y se destruyeron cinco puentes.

En 1987 el sabotaje de Sendero se centró contra las empresas industriales de la palma aceitera (Palma de Espino, del grupo Romero, y la estatal Endepalma), logrando bloquear casi totalmente el transporte de aceite hacia Lima, y convertir en escombros a Endepalma; Palma de Espino tenía sus propias fuerzas de protección y una BCS del Ejército dentro de sus instalaciones, lo que la salvó de la destrucción. De igual forma, Sendero atentó sistemáticamente contra el sistema de transmisión por microondas de EntelPerú, afectando seriamente la comunicación entre Huánuco, Tingo María y Pucallpa.

Ese mismo año, Sendero volcó parte de sus medios hacia la región de Aguaytía, y dominó las vías de comunicación dadas por los ríos navegables y la carretera Jorge Basadre. Una fuerza guerrillera llegó a operar en la ciudad de Pucallpa, y otra en las provincias de Padre Abad, Coronel Portillo y Atalaya, es decir, en casi todo el departamento de Ucayali. Para controlar la situación, la Marina de Guerra estableció bases en dicha región.

Su alianza con el narcotráfico permitió a Sendero gozar de ventajas que nunca antes había tenido: decenas de millones de dólares, medios de comunicación modernos, armamento nuevo, dados por el narcotráfico, aunque en el rubro de las armas su mayor fuente de abastecimientos seguía siendo la Policía. El abastecimiento de sus patrullas mejoró notablemente, especialmente con el uso de raciones de campaña, en base a conservas, galletas y aguas gaseosas de buena calidad.

Sus operaciones, pero fundamentalmente la aceptación que logró Sendero entre la población, se facilitó, también, porque la acción corruptora del narcotráfico determinaba que muchos miembros de las fuerzas del orden actuaran al margen de la ley. Evidentemente, este comportamiento era incentivado, en importante medida, por los bajos sueldos de los elementos de seguridad. Si con su sueldo un policía (que tenía que mantener a su familia en otro lugar) hubiera tenido que vivir en el Alto Huallaga —la zona más cara del Perú en el tercio final de los ochentas, pues allí todo se cotizaba en dólares— no podía comer ni una semana, de manera que, oficial o extraoficialmente, dependía del dinero del narcotráfico para subsistir. En las localidades las autoridades existentes formaban comités *ad hoc* para apoyar a las fuerzas del orden, desde luego con el dinero de los narcotraficantes.

Ese apoyo consistía en el amoblamiento de sus instalaciones, la alimentación en determinados restaurantes o entrega de dinero en efectivo. En el caso del Ejército, cuyos integrantes tenían asegurada la alimentación en sus bases, el comité *ad hoc* les proporcionaba cocineras. Estando así la situación, Sendero, desde el balcón, veía cómo se corrompían quienes debían combatirlo, y cómo su moral decaía. También lo veía el pueblo.

Las estadísticas del terror hasta 1988

Hemos visto que en 1984 las estadísticas denotan claramente lo dura que fue la lucha para SL, pues ese año sufrió la mayor cantidad de bajas y sus fuerzas se vieron drásticamente disminuidas por la gran cantidad de capturas que lograron entre sus miembros las fuerzas del orden.

En 1985 se registraron 2 050 acciones subversivas, cantidad sensiblemente mayor a la del año anterior. Atacó instalaciones de las fuerzas del orden 105 veces, ejecutó diez emboscadas y un total de sesenta enfrentamientos, principalmente con la Policía. Como producto de la lucha mueren 410 civiles, cantidad mucho menor que el año anterior (1 784), 65 miembros de las fuerzas del orden (20 menos que el año anterior) y 766 elementos subversivos, cantidad también menor a la registrada en 1984.

A partir de 1985 se hace clara una tendencia que puede graficarse así: a menor actividad militar propiamente dicha, mayor sabotaje y terrorismo. En efecto, se inicia el sabotaje contra puentes (17 destruidos) y vías férreas (27 atentados), y también resulta elevada la cantidad de torres de alta tensión dañadas (107).

Su actividad contra las organizaciones agrarias desciende a 15 atentados en 1985 y lo mismo sucede con los asaltos a minas, pues Sendero solo logra apoderarse de 69 070 cartuchos de dinamita, casi 50% de lo logrado el año anterior.

Puede sostenerse que 1985 es un año de relativa calma, con la zona de emergencia inicial eficientemente controlada por las Fuerzas Armadas, y Sendero desplazando sus medios en busca de espacio donde hacerse fuerte. Ya en diciembre de 1984 se había levantado el estado de emergencia en Puerto Inca y Pachitea, en Huánuco, y en 1985 no se volvió a decretar la emergencia en todo el país, como sucedió el año anterior, en cinco oportunidades.

1986 fue el año de la oportunidad perdida para las fuerzas del orden, pues si hubiera existido una adecuada estrategia contrasubversiva, ellas habrían podido reducir a Sendero a su mínima expresión, incluso en el Alto Huallaga, donde vimos que una importante fuerza militar enviada en 1984 había logrado controlar la situación. Si esa fuerza se hubiera mantenido en dicha región, en 1986 Sendero se habría visto obligado a seguir buscando espacio y no se habría hecho tan fuerte en los predios del narcotráfico, ni habría logrado los recursos financieros y logísticos que llegó a tener a fines de la década. Como hemos visto, en 1986 también frenó su acción en la sierra de La Libertad, de manera que sin el Alto Huallaga solo habría tenido la oportunidad de repetir su éxito inicial en Puno.

La mayoría de los datos estadísticos de 1986 son deficitarios con respecto al año anterior, particularmente en lo que se refiere a su actividad militar. En efecto, aunque el total de atentados registrados oficialmente al-

canza a 2 249 casos, superior al año anterior, Sendero atacó instalaciones de las fuerzas del orden 90 veces, ejecutó nueve emboscadas y produjo 51 enfrentamientos, cantidades menores a las registradas en 1985. Incrementó sus acciones de aniquilamiento selectivo contra miembros de las fuerzas del orden aislados (97 casos contra 59 del año anterior) y el sabotaje contra puentes (19), así como asaltos a SAIS y otras organizaciones agrarias (29), pero disminuyó la cantidad de sabotajes contra torres de alta tensión (123), sin duda debido a que, frente a una mejor control policial, estos actos requieren de una apreciable cantidad de fuerzas para asegurar el éxito.

Como producto de la lucha en 1986 mueren 465 civiles, 116 miembros de las fuerzas del orden y 693 senderistas. Las bajas de los subversivos son menores que en 1985, pero las fuerzas del orden logran capturar una mayor cantidad de ellos (834), sin duda, debido a la mayor actividad urbana que ejecuta Sendero en este año, fenómeno que también se acentúa, como comportamiento habitual en las fuerzas subversivas, cuando busca compensar su escasa actividad militar con una mayor presencia en los medios de comunicación a través de la resonancia que alcanzan sus actos de terrorismo y sabotaje en las ciudades. Esa forma de compensar su baja actividad militar también se traduce en la mayor cantidad de asaltos a minas, lo que le permite acumular 176 381 cartuchos de dinamita (que necesita para lograr un mayor ruido mediático), cantidad solo superada en 1983.

En 1987 el total de acciones subversivas (2 489) disminuye con respecto al año anterior, pero su actividad militar es más intensa y efectiva, particularmente en los departamentos de Ayacucho, Junín, Pasco, Ancash y Huánuco, en todos los cuales se incrementa significati-

vamente. Baja su actividad sensiblemente en Huancavelica, en Puno (de 277 actos en 1986, disminuye a 63) y Apurímac. El caso de Huánuco es notable, casi se duplica en 1987 (de 55 pasa a 100), lo que demuestra el traslado de su centro de gravedad hacia el Alto Huallaga, como ya se comentó.

Con datos a nivel nacional, ejecuta 96 ataques a instalaciones de las fuerzas del orden, 18 emboscadas y produce 60 enfrentamientos. En cuanto a sabotajes, afecta a 22 puentes y 67 torres de alta tensión, y ejecuta 13 atentados contra vías férreas.

Como producto de la lucha armada en 1987 mueren 564 civiles, 154 miembros de las fuerzas del orden y 233 subversivos, cantidad esta muy inferior a la del año anterior (693), lo que puede revelar una mejor conducción y ejecución de las operaciones por parte de Sendero. Contrariamente a este resultado, las fuerzas del orden capturan a 840 elementos subversivos, lo que puede señalar un mejor trabajo policial y de inteligencia, tendencia que sería creciente en los años siguientes, y que se traduciría en la captura de mandos y la destrucción de células completas en diversos puntos del país. En este mismo año, Sendero disminuye notablemente su acción contra minas (75 859 cartuchos de dinamita robados) y organizaciones agrarias (13 asaltos a SAIS, haciendas y fundos).

En suma; desde 1980 hasta 1987 los departamentos más afectados por la subversión fueron: Lima, con 3 073 atentados; Ayacucho, con 2 765 actos subversivos; Junín, con 864; Huancavelica, 658; La Libertad, 569; Pasco, 546, y Puno, con 526 atentados. A partir de 1985 Lima se convirtió en el escenario más violento del país. Esto parece ser el resultado del cambio de estrategia que se venía produciendo en Sendero, referente a la

guerra popular en las ciudades, como producto de una serie de circunstancias adversas a la lucha en el campo, como se verá más adelante.

1988: Una cierta madurez militar de Sendero

El año 1988 encuentra a Sendero cubriendo con su red clandestina casi todo el territorio nacional, pues solo viven en relativa calma los departamentos de Moquegua, Madre de Dios y Tumbes. Ha convertido en zonas urbanas muy convulsionadas las ciudades de Lima, Ayacucho, Huancayo y, en menor medida, Cusco. Contrariamente a lo que sucedió entre 1980 y 1982, cuando dominó los espacios rurales de Ayacucho, Huancavelica y Apurímac, en 1988 Sendero no cuenta con zonas de apreciable dimensión bajo su dominio, y sus fuerzas militares se encuentran diseminadas en los departamentos de Ayacucho, Huancayo y La Libertad principalmente, y en menor medida en Cusco, Puno y Ancash. Quiéralo o no, Sendero se ha visto obligado a "focalizar" su acción militar en tales lugares, a pesar de que el despliegue de las fuerzas del orden no había variado significativamente y todavía le ofrecía ventajas, como la libertad de acción de que disponía en La Libertad y el Cusco, que tradicionalmente han contado con pocas fuerzas militares. Esto quiere decir que su "foquismo" se debía, básicamente, a que aún no contaba con una infraestructura militar adecuada que le permitiera explotar a su favor esas ventajas. Al parecer, el crecimiento desmesurado de su actividad, sin la contraparte de un incremento de fuerzas, era un problema que SL aún no podía superar.

El panorama militar de 1988 no varía significativamente, excepto en dos escenarios: el Alto Huallaga y el valle del Mantaro; empieza a ampliarse hacia el resto de la ceja de selva, aunque no de manera continua, sino "focalizando" la acción, lo que se vería más claro a partir de 1990.

La ampliación de las acciones militares en ambos escenarios no es, sin embargo, el rasgo más característico de 1988. Lo es, de manera destacada, la forma en que Sendero se comporta como fuerza operativa, demostrando una cierta madurez que nunca antes había tenido, lo que era el resultado de ocho años de aprendizaje mediante una intensa práctica. Antes de sustentar este juicio, conviene decir que durante el año indicado, fui inspector de la 31.ª DI, y segundo en la línea de mando de dicha gran unidad, mi conocimiento de lo sucedido en ambos escenarios no lo obtuve leyendo informes o publicaciones periodísticas, sino en base a experiencia propia en los mismos. La 31.ª DI estaba empeñada en operaciones en los departamentos de Junín, Pasco, Huánuco y la provincia de Tocache del departamento de San Martín, y tuve la oportunidad, contínuamente, de recorrer ese ámbito, cumpliendo las labores de inspección e investigación que son propias del sistema de control interno del Ejército.

Pues bien, veamos cómo se desenvolvió militarmente la actividad senderista en 1988 en los escenarios ya mencionados, desde mi punto de vista, principalmente.

En el valle del Mantaro

El departamento de Junín tiene dos ámbitos bien marcados: el de la sierra y el de la ceja de selva. En este

segundo ámbito Sendero no tuvo presencia significativa en 1988, aunque a fines del mismo empezó a actuar en la provincia de Chanchamayo. Su mayor actividad se venía dando en el valle del Mantaro, limitadamente en Tarma, y existía un foco guerrillero en la región de Ondores, en la Pampa de Junín.

Hemos visto que hasta 1987 la labor principal de Sendero en este departamento fue de tipo político, buscando copar la organización sindical de Centromín Perú, en La Oroya, y estableciendo comités populares en todo el valle. En Huancayo, su principal objetivo y su mayor logro había sido el ambiente universitario, en el que mantuvo claro dominio sobre la Universidad Nacional del Centro. La mejor prueba de la irradiación del senderismo desde esta universidad era la intensa actividad senderista que existía en la margen izquierda del río Mantaro, entre Huancayo y Jauja, ruta dominada desde el límite norte de la primera de las nombradas por la ubicación de esa universidad.

Ahora bien, la importancia del valle del Mantaro dentro de la estrategia general de Sendero era innegable. Para cercar Lima el punto de partida debe ser el Mantaro —como la historia lo ha probado—, desde donde puede creársele a la capital el mayor problema de abastecimiento (alimentario y de energía), cuya carencia puede ser el inicio de la caída de Lima y, consecuentemente, del gobierno central. Por eso es que Sendero, conciente de su debilidad militar, pero también de que en algún momento tendría que dominar ese valle antes de volcarse sobre Lima, ha mantenido su actividad soterradamente, fortaleciendo su labor clandestina, antes que haciendo demostraciones de tipo militar. Esta necesidad marcó su comportamiento hasta mediados de

1988 y si lo varió, poniendo más énfasis en lo militar, fue debido a las circunstancias impuestas por la intensa actividad del MRTA en Huancayo, como ya se dijo. Groso modo, puede afirmarse que hasta agosto más del 90% de los actos subversivos ejecutados en esa ciudad fueron perpetrados por esta organización, lo que obligó a Sendero a salir con fuerza para combatirla. Antes de que finalizara el año, la pugna fue resuelta favorablemente para Sendero, pero esta competencia por el protagonismo del terror deterioró totalmente la situación en la ciudad y el campo. Sendero radicalizó su actitud y asesinó a numerosas autoridades comunales en todo el valle, atentó eficientemente contra las organizaciones agrarias, desorganizándolas totalmente, y contra la industria lechera, causándole perjuicios enormes. Ese mismo año logró establecer un clima de terror en la ciudad de Huancayo y en el valle; la mejor demostración de esto fue un paro armado a finales de año, ejecutado simplemente en base a rumores intimidantes, sin que Sendero se hubiera preocupado de lanzar un solo volante. Fue importante también su acción de sabotaje contra las torres de alta tensión, logrando la puesta fuera de servicio de una de las líneas que llevan la energía eléctrica a Lima.

La mayor actividad militar de Sendero en el valle del Mantaro, sin embargo, fue aplicada a la modalidad de sabotaje y en algunos golpes de mano contra los pueblos que en gran número han florecido a lo largo del valle. No alcanzó formas militares mejor desarrolladas, como se dio en el resto de la sierra y en la ceja de selva. En este sentido, en 1988 ejecutó a nivel nacional 20 emboscadas a las fuerzas del orden, diez de ellas contra tropas del Ejército; realizó 102 ataques a instalaciones de esas fuerzas, 14 de ellas contra el Ejército, y, por prime-

ra vez, produjo 98 enfrentamientos, la mayoría de ellos con el Ejército, revelando un mejor manejo táctico. Todos estos actos se realizaron en los departamentos de Ayacucho, Apurímac, Huancavelica, Huánuco, Pasco y San Martín, ninguno en Junín, lo que demuestra lo difícil que puede resultar para Sendero alcanzar preponderancia militar en esta zona, tan crucial para el cumplimiento de su estrategia con miras a apoderarse del Estado. Es que el Mantaro es uno de los valles más ricos del Perú y la prédica senderista no basta para convencer al campesino de Junín, como sucede en zonas deprimidas. Sendero tiene que apoyarse más en las posibilidades que ofrece la intimidación y para ello debe contar con una fuerza de control territorial poderosa, lo que no ha logrado en el Mantaro. Y no lo logró hasta el final de su actividad subversiva.

En 1988, en consecuencia, el valle del Mantaro empezó a ser convulsionado por la actividad senderista, pero no en la medida necesaria para que Sendero acaricie la posibilidad de cercar Lima desde allí, la dirección más lógica, la históricamente más transitada en ese afán.

En el Alto Huallaga

En 1988 Sendero consolidó su posición en el Alto Huallaga y logró establecer relaciones muy estrechas con el narcotráfico. Incluso, a fines de ese año, no se limitaba a proporcionar protección a las bandas de narcotraficantes, sino que empezó a intervenir directamente en el negocio de la coca, como intermediario entre los narcos y los campesinos.

Ese año, SL creció militarmente y lo hizo con inteligencia, eludiendo todo enfrentamiento con las patru-

llas militares, sin duda, para evitar reacciones enérgicas que exacerbaran la situación e interrumpieran sus labores de organización. En la región se decía que Sendero atacaba a las tropas solo por indicación de los narcotraficantes, como medida punitiva cuando las fuerzas del orden atentaban de manera extraordinaria sus intereses. En 1988 se produjeron dos importantes emboscadas a patrullas motorizadas del Ejército, la primera en la región de Puente Rondos, en el valle del Monzón, y la segunda en las cercanías del Ramal de Aspuzana. La primera se ejecutó inmediatamente después de que un grupo de narcotraficantes resultara diezmado en un enfrentamiento con la Policía; se decía que en esa ocasión había desaparecido la importante cantidad de 700 mil dólares. La segunda, cuando el DOES (Destacamento de Operaciones Especiales) de la Policía, empezó a actuar en Aucayacu, ejecutando una durísima acción represiva. Cuando Sendero emboscó a la patrulla militar —haciendo volar dos camiones con cargas explosivas enterradas en la carretera y matando a 22 miembros de la tropa (clases y soldados)— llovía, el personal militar usaba ponchos y los vehículos eran de carga, no militares. En esa oportunidad se dijo que Sendero creyó que el convoy era de policías, es decir, que equivocó su objetivo. Verdaderas o no, estas suposiciones y rumores nacidos del pueblo confirman la estrecha relación de Sendero y el narcotráfico, y la forma en que esa asociación podía condicionar algunos comportamientos de la organización subversiva.

El crecimiento militar de Sendero no solo fue facilitado por el apoyo del narcotráfico, sino porque las condiciones de las fuerzas del orden se deterioraron drásticamente, cuando Alan García intentó estatizar la

banca y la economía del país entró en crisis, lo que obligó el repliegue de algunas bases. También se restringió el uso de helicópteros debido a la falta de combustible. A pesar de que se mantuvo la rutina de los patrullajes terrestres, la ausencia de helicópteros dio a Sendero mayor libertad de acción. Sendero, así, se dedicó a establecer sus comités y, con ellos, logró reemplazar al Estado en sus actividades administrativas, policiales y judiciales. También pudo establecer escuelas populares, en las que intensificó el adoctrinamiento político y el entrenamiento militar, pudiendo organizar su EGP con cuadros y militantes mejor preparados.

El EGP, sin embargo, no pudo superar su problema de la carencia de armamento moderno, pues junto con armas automáticas, arranchadas a la Policía o proporcionadas por los narcotraficantes —que dosificaban su entrega, sin duda, para ejercer un mejor control de las fuerzas senderistas precariamente armadas—, sus militantes tenían que combatir, en alto porcentaje, con armamento obsoleto, recuperado, incluso con armas hechizas. A pesar de esas limitaciones, su táctica mejoró notablemente. En las dos emboscadas ya mencionadas y que investigué (toda muerte del personal militar es investigada por la inspectoría), encontré una excelente elección del terreno donde se montó la emboscada y una buena organización del mismo; un adecuado dispositivo de la fuerza subversiva, incluyendo elementos de vigilancia y alerta; una excelente ubicación de las armas y las rutas de escape; zonas de descanso con ciertas comodidades, utilizando viviendas abandonadas o simplemente requisadas por el tiempo que duraba la operación. En cuanto a la logística, alimentación variada, alimentos sólidos y líquidos enlatados, adecuados para una larga espera.

No se piense que, debido a lo anteriormente expuesto, Sendero ya contaba con una poderosa fuerza capaz de enfrentar al Ejército, nada de eso: el EGP seguía siendo una organización precaria, sin ninguna posibilidad de ejecutar una guerra de posiciones y movimientos, es decir, operaciones tácticas de envergadura, para combatir al Ejército y la Marina de Guerra, que contaban con los recursos del apoyo aerotáctico de la Fuerza Aérea. Lo que quiero decir es que Sendero supo aprovechar las facilidades que la difícil situación de las fuerzas del orden le proporcionaban.

Había otro serio problema que agudizaba las limitaciones del EGP. El sistema de reclutamiento forzoso de Sendero también tuvo que ser empleado en el Alto Huallaga, pues su prédica es tan poco convincente allí —donde el dólar corre como agua entre los dedos de casi todo el mundo— como en el Mantaro. El reclutamiento de gentes poco convencidas no daba a Sendero la confianza necesaria para entregarles armamento a discreción. Como en el resto de país, Sendero entregaba las pocas armas de que disponía antes de cada operación y luego las recogía. Así, el EGP era una organización a medias. Evidentemente esto también se debía a que la gente de Sendero tenía que cuidarse de la intervención de las tropas del Ejército, de la Policía y la DEA, que operaban intensamente en esa región. Sendero se limitaba a darles entrenamiento a sus militantes en sus escuelas populares y luego los devolvía a la vida civil, movilizándolos para operaciones específicas, a la manera vietnamita (de día campesinos, de noche guerrilleros). Desde luego, cuando se deterioró la situación de las fuerzas del orden, las dos columnas que logró organizar en el Alto Huallaga, seguramente se mantenían unidas

como una tropa normal en algunos parajes selváticos, pero su empleo era limitado. Me dio la impresión, en esa época, que Sendero las utilizaba básicamente para el control territorial y de la población. Cuando llevó la guerra a Lima, y adoptó el terrorismo como forma de acción, las utilizó, fraccionadas, en ese ámbito.

En 1988 Sendero consolidó su presencia en el Alto Huallaga, llegando hasta la provincia de Tocache en el departamento de San Martín, y desplazó parte de sus medios hacia Pucallpa, donde tuvo un desarrollo rápido y extendió su influencia con efectividad.

En el resto del país

La madurez que exhibió Sendero en el Alto Huallaga no fue un fenómeno aislado. Ya vimos las estadísticas de sus enfrentamientos con las fuerzas del orden y cómo ellas revelan mayor efectividad. En Castrovirreyna efectuó su primer, y único, ataque directo contra una BCS del Ejército, y con éxito: el golpe de mano contra la base de Ticrapo donde causó un alto número de bajas. En total, sus enfrentamientos contra las fuerzas del orden causaron 255 bajas, mientras que tuvo que soportar 371 muertos entre sus integrantes y 798 capturados entre los mismos. Como producto de la situación conflictiva, murieron 723 civiles. En cuanto al sabotaje su efectividad no fue particularmente notable en lo que respecta a puentes (12 atentados) y vías férreas (16), manteniendo los niveles del año anterior; causó daño a 137 torres, la mayor cantidad en lo que iba de la lucha armada. Efectuó 21 ataques contra organizaciones agrarias y puso especial empeño en la ejecución de atentados selectivos, que alcanzaron el número de 137, el doble que el año anterior (67).

En 1988 Sendero llevó su centro de gravedad al Alto Huallaga y allí se sentía cómodo.

1989: Las circunstancias obligan a Sendero a modificar su estrategia

En la evolución de la guerra popular de Sendero, 1989 resulta un año crucial, pues marca un notable cambio de giro en la estrategia senderista, que ni el mismo Guzmán había previsto, pues ya vimos que en la *Entrevista del siglo* (el año anterior) confiesa que no tenía idea de cómo se desenvolvería la guerra en el futuro, una vez que conquistaran sus ansiadas bases de apoyo. Con una eficiente base de apoyo en el Alto Huallaga, parecería que ese cambio de timón resultaba lógico y fríamente meditado por Guzmán. Pero, no fue así, fueron las circunstancias las que impusieron el cambio.

Es evidente que Sendero descubrió que el Alto Huallaga, y la ceja de selva en general, le daban espacio y tiempo para desarrollar sus actividades en todo el país, pero, también, lo que era muy importante, una gran cantidad de dólares (cálculos de la época situaban esa cantidad entre 30 y 80 millones de dólares), de manera que mientras allí creaba o fortalecía, por fin, su ejército guerrillero y popular, podía dedicarse a ampliar su bases en Lima y otras ciudades, dedicándoles más tiempo a las faenas de tipo político. En consecuencia, en 1989 se acentúa la focalización militar de Sendero en el Alto Huallaga. Ahora bien, esta focalización obedecía, además a otras circunstancias, no solo a su alianza con el narcotráfico y la disminución de las posibilidades de las

fuerzas del orden en los espacios cocaleros, como ya se vio, lo que le dejaba mayor libertad de acción.

La principal de esas circunstancias fue la importancia que ese año adquirieron las rondas campesinas dentro de la estrategia contrasubversiva. Dichas rondas empezaron a formarse en el ámbito serrano unos años antes, pues en 1986 el ministro de guerra, general Jorge Flores Torres, había pedido que se estableciera un marco legal adecuado para que se les reconociera a las rondas como elementos de la estrategia del Estado y obtuvieran el apoyo necesario del gobierno. En concordancia con esta recomendación, el gobierno de Alan García dio la legislación pertinente, pero no era la más adecuada, porque quitaba el espíritu popular de las rondas y tendía a burocratizarlas. Alan García hizo algo que sí era fundamental para el desarrollo de las rondas: empezó a armarlas, decisión que no pocos calificaron de audaz y peligrosa. Como sea, lo que sucedió en 1989 es que las rondas se extendieron a zonas donde antes no existían, como el valle del Mantaro, Huánuco, Piura y Arequipa, y ganaron la aceptación popular . Las rondas empezaron a actuar contra Sendero y, junto con las fuerzas del orden, limitaron drásticamente las acciones subversivas.

El mayor énfasis que puso Sendero en su actividad en la capital y otros espacios urbanos, se tradujo en una mayor violencia, pues como el discurso de la organización subversiva no era aceptado, ella apeló al amedrentamiento como recurso para ampliar su espacio, sobre todo en Lima. Intensificó sus acciones destinadas a copar los sindicatos industriales y las organizaciones populares, incluso las organizaciones ediles, las de Villa El Salvador, de manera destacada,

donde encontró el tenaz y militante rechazo de la teniente alcaldesa de esa localidad limeña, María Elena Moyano.

Como consecuencia de estas circunstancias, las cifras de la violencia se incrementaron notablemente, particularmente en Lima, que empezaba a transformarse en el principal escenario de la guerra. La mejor manera de comprender el alto nivel de violencia terrorista que aplicó Sendero en su estrategia, a partir de dicho año, es fijarse en estas cifras: aunque Sendero ejecutó en 1989 tres mil acciones subversivas, ligeramente menor que en 1988, el número de víctimas alcanzó cifras muy superiores a las de los cinco años anteriores. Entre las fuerzas del orden se produjeron 348 muertos, fueron asesinados 1 450 civiles, y Sendero tuvo 1 251 bajas; estas cifras publicadas por la revista *Caretas* (N° 1 192, del 30 de setiembre de 1991), incorporan por primera vez los datos referentes a la muerte de 14 narcotraficantes, con lo cual el número de víctimas ese año alcanzan a 3 198. Ese mismo año disminuyó el sabotaje contra vías férreas (seis casos) y torres de trasmisión de energía eléctrica (105 casos).

En cuanto a su actividad militar, en el Alto Huallaga hizo gran ruido mediático cuando atacó el puesto policial de Uchiza, el 23 de marzo, al parecer por orden de los narcotraficantes, como medida punitiva contra el destacamento del DOES de la Policía, acantonado en ese lugar, que había detenido a nueve narcos colombianos, según un rumor que el diario *La República* recogió (edición del 2 de abril de 1990). La gran atención que dieron los medios a ese ataque tenía que ver, también, con una novedad en el modus operandi de Sendero: asesinó a los oficiales, pero le perdonó la vida al personal subal-

terno, apoderandose, de paso, de 40 armas automaticas e importante cantidad de municiones.

En el Mantaro, en mayo, destruyo, literalmente, la SAIS "Cahuide", y repartio entre los campesinos 120 mil cabezas de ganado ovino y nueve mil vacunos. Impuso un paro armado, exitoso, de tres dias, paralizando las actividades en Huancayo, Cerro de Pasco y Huanuco. Reinició sus actividades en Puno, luego de que incursionara en la capital boliviana, La Paz, donde asesino al comandante Vega Llona, agregado naval de nuestro pais. La actividad que empezo a desplegar en Puno dio lugar a una fuerte represion policial, que logro desarticular varias células terroristas, y capturar a importantes mandos senderistas de ese departamento.

Sendero consiguio su mayor logro en terminos militares en el valle del Ene, adonde habia llegado en 1988. En noviembre de 1989 ataco la mision de Cutivirene, logrando someter a la fuerza a la tribu de los Ashaninkas; quienes se salvaron de esa accion tuvieron que ubicarse en la region de Tzibokiroato, desde donde, en 1990, fueron reubicados en el Urubamba, en tierras machiguengas [16].

En octubre de 1989 se realizo una conferencia del comité central de Sendero, en Huancayo, y allí se definió la estrategia para los siguientes meses, destinada a frustrar las elecciones presidenciales de 1990, bajo el lema "Marzo, etapa pre-electoral sangrienta". Para cumplir este plan, Sendero habria trasladado a Lima y otras ciudades 500 hombres del Alto Huallaga, entrenados para matar. Solo a la capital habrian llegado 150. A pesar de esta agresividad, el pueblo peruano dio una excelente muestra de civismo al acudir masivamente a las urnas, frustrando el intento senderista.

1990-1991: El terrorismo como única forma de lucha armada

Sendero se encontraba cómodamente instalado en el Alto Huallaga y en franca expansión en la región del Satipo, donde, en el Ene, había esclavizado a la tribu de los Asháninkas, como ya fue visto. Sin embargo, en el Alto Huallaga, donde esa comodidad era la consecuencia de la poca operatividad de las fuerzas del orden, un cambio en la política antidrogas, que se radicalizó con el empleo de sustancias defoliantes para acabar con los cultivos de coca, le complicó la vida. El negocio de la droga entró en franco declive y los narcotraficantes empezaron a desplazarse hacia el sur, con sus cultivos, siguiendo el curso del Huallaga y arrastrando tras de sí a Sendero. El Alto Huallaga no fue abandonado por este, pero los espacios que dominaba la organización subversiva fueron dedicados mayormente al entrenamiento de sus militantes. De allí saldrían las células terroristas que convirtieron a Lima en el principal campo de batalla en los años siguientes.

Con el cambio de gobierno y la ascensión del ingeniero Alberto Fujimori Fujimori a la Presidencia de la República, la situación varió radicalmente. En el Alto Huallaga el centro de gravedad del esfuerzo contrasubversivo, que se ubicaba en la región de Tingo María, fue trasladado al norte, a la región de Tarapoto, lo que dejó mayor libertad de acción a Sendero en los espacios cocaleros. Hay que decir que el nuevo centro de gravedad de la acción contrasubversiva daba prioridad a la lucha contra el MRTA, que era la fuerza subversiva predominante en dicha región. Más adelante daremos las razones de este cambio drástico en la estrategia contrasubversiva.

El gobierno de Fujimori dio gran ímpetu a las operaciones de Inteligencia, particularmente en Lima, orientándolas a la búsqueda de Abimael Guzmán y a desarticular el aparato clandestino de Sendero. En la sierra se fortalecieron las organizaciones de autodefensa, a las que el gobierno entregó armas de caza. Los ronderos, entonces, pudieron enfrentarse a las huestes senderistas, a las que propinaron buenos golpes, limitando notablemente su actividad. Según datos difundidos por DESCO, se organizaron en todo el territorio nacional 3 455 rondas campesinas, distribuidas así: en el departamento de Amazonas, 150; en Ancash, 28; en Arequipa, 10; en Cajamarca, 2 362; en Huánuco, 39; en La Libertad, 37; en Lambayeque, 50, y en Piura, 759 [17]. De otro lado, en 1991, una poderosa ofensiva del Ejército recuperó el Ene y liberó a los Asháninkas, deteniendo la expansión senderista en la ceja de selva central.

Al finalizar este bienio, Sendero se encontraba en una situación difícil en el campo, con su actividad en la sierra bajo relativo control de las fuerzas del orden y las rondas campesinas, y frenado en su expansión en la ceja de selva central. En estas condiciones, la orientación de su esfuerzo principal hacia Lima resultaba lógica, y la preeminencia que dio a sus actividades terroristas, también, habida cuenta que a Sendero su presencia mediática le es tan necesaria como el aire. Para la dirigencia senderista, aparecer en la primera plana de un diario es el mayor triunfo, porque sabe que si gana su guerra, no será en el campo de batalla sino en la mente del pueblo.

Queda claro, entonces, que Lima se convirtió en el escenario principal de la lucha al iniciarse la década de los 90, no debido a necesidades estratégicas, al ne-

cesario cumplimiento de la etapa de insurgencia generalizada que debe producir el desplome del Estado, según la metodología de la guerra prolongada, pues ese momento todavía no había llegado, sino porque no le quedaba otro escenario. Que Guzmán, en esos años, proclamara que Sendero estaba alcanzando el equilibrio estratégico, era pura propaganda. Lo malo es que todo el mundo, principalmente los medios, le creyó, produciéndose una cierta psicosis colectiva. Conviene abundar en este punto, para que no queden dudas sobre lo que aquí se afirma. Hemos visto que el equilibrio estratégico supone que la fuerza o el adversario débil crezca hasta equipararse con el más fuerte. En la teoría de la guerra prolongada, esto supone que el más fuerte, paralelamente, ve frenada su expansión y desgastados sus medios (Mao contaba con que, en el inmenso territorio chino, las tropas japonesas en algún momento tendrían que detenerse, pues su línea de comunicaciones, y de abastecimiento, se habría estirado demasiado, entre otras razones de su declive). Alcanzado el equilibrio estratégico, la fuerza comunista debe derrotar a su adversario.

¿Cómo debía funcionar esto en la guerra de Sendero? Igual, pues no existiendo un invasor extranjero, están las Fuerzas Armadas, lógicamente más fuertes que cualquier grupo insurgente que se levante en armas contra el Estado. Supone esto, entonces, que para alcanzar el equilibrio estratégico, Sendero debía crecer hasta lograr un poderío igual o superior al de aquellas. Lo que no sucedió. Con el correr del tiempo, Guzmán se dio cuenta que el equilibrio estratégico era una ilusión, pues Sendero nunca lograría ponerse a la par con las Fuerzas Armadas. ¿Cómo solucionó el problema?

Con la dialéctica, recurso que, como el papel, aguanta todo, si se argumenta con lógica y gran agilidad mental. Pues bien, el pensamiento Gonzalo se perfeccionó en este punto de la siguiente manera (véase la *Entrevista del siglo*): el equilibrio estratégico se alcanzará cuando el pueblo, hastiado de la política genocida del Estado y las fuerzas del orden, se levante contra estas últimas, impidiéndoles actuar. En estas condiciones, con unas Fuerzas Armadas maniatadas, Sendero impondrá sus condiciones. Absolutamente lógico el planteamiento. La falla del mismo radica en que se basó en una premisa falsa, la de la existencia de esa política genocida, que no existió, como veremos más adelante y por más que casi toda la intelectualidad peruana no lo crea. Hay que decir, además, que preocupado por los excesos que se producían en la lucha contrasubversiva por parte de las fuerzas del orden, el comando militar tomó disposiciones radicales para evitarlas; en el Ejército se estableció en el Estado Mayor General una oficina de DDHH, destinada a controlar que la guerra se desenvolviera dentro de la legalidad. Desde luego, siguieron habiendo excesos, pero eso tiene que ver con la naturaleza de la guerra no convencional, no depende, necesariamente, de una estrategia que desprecia los DDHH. Hubo algo más: cuando las bases contrasubversivas debieron reubicarse por razones tácticas, todos o casi todos los poblados que estaban dentro de su manto protector gestionaron ante el ministro de Guerra o los comandantes generales que no las desplazaran. Esto no me lo contaron, pues entre 1985 y 1986 —poco después de la etapa más dura de la guerra contra Sendero— fui jefe de protocolo y de relaciones públicas del Ministerio de Guerra y pasaron por mis manos

muchos de esos pedidos, lo que bastaría para probar que los campesinos se veían protegidos por la tropa, no veían en ella un peligro para su supervivencia. No fueron víctimas de "represiones indiscriminadas", como se calificaba el comportamiento de las fuerzas del orden, esa prédica que se extendió durante los años iniciales de los 80.

Pues bien, el abandono de la lucha en el campo, esencia de su estrategia, significaba que Sendero entraba en franco declive. En realidad, esa tendencia se había iniciado cuando Sendero se alió con el narcotráfico, negándose a sí mismo la respetabilidad de movimiento revolucionario, como se presentó ante el pueblo peruano al iniciar su lucha armada. De presunto fundador de una llamada República de Nueva Democracia, pasó a convertirse en el patrocinador de una republiqueta dominada por el narcotráfico. De otro lado, la preeminencia que dio a sus actividades terroristas, desnaturalizaba su estrategia y desnudaba la maléfica naturaleza del liderazgo senderista. No estoy en condiciones de discutir su calidad de filósofo, tal vez alguien pueda hacerlo, pero sí puedo decir con absoluta seguridad que Guzmán leyó mal a Mao, copió facsimilarmente sus grandes títulos y los trasladó a esa densa folletería con que movilizaba a sus mandos subalternos, que, en la mayoría de los casos, deben haber leído esas directivas con los ojos desorbitados, como esa misión absurda y repetida hasta el hartazgo que decía: "Impidamos las elecciones". Cómo y con qué podían haber sido el par de preguntas más frecuentes entre esos mandos, al enterarse de esas misiones excesivas. Es que un problema de Guzmán es que nada sabe de estrategia, no conoce la esencia de la guerra; cuando lideraba a Sendero, no tenía capacidad para pre-

cisar los objetivos que debía imponer a su gente, ni la firmeza de carácter para mantenerla disciplinadamente en la búsqueda de cumplir esos objetivos. Por lo demás, los años de buena vida que venía gozando en sus escondites sucesivos en las zonas residenciales de Lima (esto último no es criticable, al contrario, resultó una buena ubicación, sobre todo la de ese que quedaba cerca del CGE, Cuartel General del Ejército) lo habían reblandecido, sin duda. Y así lo encontró 1992.

En cuanto al desarrollo de la guerra en este bienio, veamos: en 1990, según datos publicados por *Caretas* (N° 1 137, del 3 de diciembre de 1990), Sendero ejecutó 2 500 acciones subversivas, 500 menos que el año anterior, pero el costo social de esa actividad fue mayor, pues se registraron 3 452 víctimas, de las cuales 258 pertenecían a las fuerzas del orden; 1 584 fueron civiles; 1 542 subversivos, y 68 narcotraficantes. La violencia cada vez mayor de Sendero, sin embargo, tuvo su contraparte en un trabajo policial más eficiente, lo que produjo, en el mes de junio, el allanamiento de elevado número de locales senderistas en Lima, incluso la casa que eventualmente ocupaba Guzmán en las inmediaciones del CGE. Esta incursión policial permitió la incautación de abundante documentación de Sendero, que dio lugar a la captura de mandos de alto nivel. El trabajo policial mejorado supuso, también, un fuerte golpe al aparato clandestino de Sendero (el MRDP), que había iniciado el año ejecutando en Lima una política de infiltración en el movimiento sindical, mediante actos que buscaban congraciarse con los obreros, mediante atentados contra ejecutivos de las empresas en conflicto laboral. En ese intento, asesinó a seis gerentes de dichas empresas, pero el esfuerzo fue vano, pues los sindicatos de la carretera

Central y la avenida Argentina rechazaron esa innecesaria violencia y se mantuvieron firmes en su oposición a esa infiltración.

Lo mismo le sucedió a Sendero en los organismos barriales; entre 1988 y 1989 intentó copar la dirigencia del asentamiento humano de Huaycán, pero no lo logró. En julio de 1990 repitió la experiencia, mejorando sus procedimientos, en Raucana. En este asentamiento, producto de una invasión que los mismos senderistas promovieron y ubicado en las cercanías de Ate-Vitarte, Sendero hizo una experiencia de laboratorio, cercando el perímetro del asentamiento y colocando torretas de vigilancia, para tener un control absoluto de la vida en el poblado [18]. Esta situación, un tanto ideal para la experiencia senderista, se vio truncada el año siguiente, cuando el Ejército, sin violencia, devolvió el control de la vida comunal a los pobladores de ese asentamiento.

En el campo, Sendero puso especial cuidado en la desarticulación de las rondas campesinas de Ayacucho, adonde trasladó 50 hombres del Alto Huallaga, quienes no lograron ese objetivo. En Puno, volvió a atacar las provincias de Azángaro y Melgar, y varió sus procedimientos, dando prioridad al trabajo urbano, habida cuenta sus continuos fracasos en el espacio rural; logró fortalecer su presencia en las provincias fronterizas con Bolivia.

En 1991 la violencia produjo 3 200 víctimas, entre las cuales pertenecían a las fuerzas del orden 335; 1 310 fueron civiles; 1 519, subversivos, y 36 narcotraficantes [19]. El terrorismo selectivo durante este año apuntó, marcadamente, a las organizaciones comunales, como resultado de la fuerte oposición de sus dirigencias a

sus intentos de copamiento de tales organismos. Radicalizando su posición, Sendero asesinó a cinco dirigentes populares, lo que da idea del nivel de irracionalidad a que había llegado el mando senderista, pues con este tipo de actitudes alejaba más al pueblo. La actividad militar en la ceja de selva también alcanzó altos niveles de violencia: en Huánuco produjo 393 víctimas; en San Martín, 357, y en Junín, 300, entre enero y octubre.

1992: El principio del fin

Aunque el gran público no se daba cuenta, a las dificultades de Sendero en el campo, se le sumaban, al iniciarse 1992, las que le producían las organizaciones populares y los sindicatos industriales de Lima, a los que no pudo penetrar para dominarlos. Sendero ya tenía experiencia en este tipo de fracaso, pues lo mismo le pasó con los sindicatos mineros de Cerro de Pasco y La Oroya, cuyos dirigentes, públicamente, en la televisión, desafiaban a Sendero y proclamaban su decisión de no dejarse avasallar por el terror y la intimidación que imponía sobre ellos. En el cinturón de pobreza que rodea la capital y en sus zonas industriales emergía un nuevo tipo de dirigente, absolutamente entregado a defender a su gente, incluso arriesgando su propia vida. No nacieron por generación espontánea; en mi modesta opinión, ello se debió a que esos mastines neoliberales guardianes de la sacrosanta caja fiscal de Fujimori decidieron disminuir drásticamente los fondos de ayuda. De otro lado, como la prédica de Fujimori contra los

partidos políticos se exacerbó, satanizándolos —ya estaba en la mira el cierre del Congreso—, a las organizaciones de ayuda para los pobres que ellos mantenían se les hizo muy difícil su permanencia en los asentamientos humanos, y se retiraron (si mal no recuerdo, incluso Violeta Correa de Belaunde, esa admirable mujer que mantenía una silenciosa ayuda a los pobres, desde que su esposo dejó el gobierno, tuvo que abandonar esa actividad altruista y desinteresada). En estas condiciones de abandono, nacieron esos líderes, entre los que destacaba por su valentía, la firmeza de sus convicciones y su enorme capacidad de liderazgo María Elena Moyano, la dirigente de Villa El Salvador que se enfrentó frontalmente a Sendero. Con su asesinato crudelísimo, en febrero, Guzmán, cada vez más reblandecido, cometió el mayor error político de su vida. María Elena era un personaje con brillo propio a nivel internacional, pues ella recibió en España el premio Príncipe de Asturias que se le concedió a Villa El Salvador, y había impactado fuertemente en los medios internacionales. La repercusión de su asesinato llevó a las Naciones Unidas a declarar a Sendero "grupo genocida", lo que le restó muchísimos puntos en su mal ganado prestigio en el mundo desarrollado, y muchos dólares de la ayuda que ingenuamente le daban en esos países.

La exacerbación de la violencia senderista era un hecho bien documentado en los medios, y ahora se sabe que la respuesta del Estado, bajo la batuta de Vladimiro Montesinos, le dio una nueva dimensión a la guerra, en la que la violencia exacerbada también estaba presente. Bajo la nueva óptica montesinista, se produjo en mayo la matanza en el penal de Canto Grande, con el objetivo de eliminar a los dirigentes senderistas capturados, allí

concentrados. La respuesta de Sendero fue la explosión del coche-bomba en la calle Tarata, de Miraflores, que dramáticamente hizo comprender a los limeños que su ciudad se había convertido en el escenario principal de la guerra interna.

El 12 de setiembre Abimael Guzmán fue capturado, éxito policial que para muchos senderistas debió haber sido una revelación dolorosa: su sagrado líder era tan vulnerable como cualquiera y, además, tenía pies de barro, como muchos debieron empezar a vislumbrar desde que Fujimori exhibió, con gran sorna, el video donde se ve a Abimael bailando la canción de *Zorba el griego*, donde luce pésimo, sumido en una borrachera fenomenal. La imagen del "Cachetón", como apodaba la DINCOTE (Dirección Nacional Contra el Terrorismo) al líder senderista, rodeado por una guardia de mujeres desarmadas, debió dar a muchos senderistas la sensación de una orfandad terrible. La posterior exhibición del líder capturado, vestido con traje a rayas y enjaulado, daba más fuerza, seguramente, a esa sensación de orfandad. Cuando meses después, el gobierno anunció la rendición total de la cúpula senderista y la firma de un acuerdo de paz, Sendero bajó las armas y los peruanos pensaron aliviados que se había acabado el conflicto. Fue un final de película, ciertamente, pero iluso, pues el líder operativo más notable de Sendero, en ese entonces, Óscar Ramírez Durand, apodado "Feliciano", tomó a su cargo la conducción de la organización subversiva y siguió luchando. Como para marcar distancia con Abimael Guzmán —aunque muchos senderistas se negaban a aceptar que su líder se había rendido, tildando de farsa el anunció del gobierno, lo que obligó a Fujimori a exhibir otro video en el que se veía a todos los líderes sen-

deristas capturados rodeando a Guzmán y firmando el acuerdo—, Feliciano cambió de nombre a lo que quedaba de su organización, llamándola "Sendero Rojo". El EGP pasó a ser el EPL (Ejército Popular de Liberación).

A partir de 1993

No debe haber sido fácil para Feliciano asumir el mando, pues la posibilidad de controlar el botín de los dólares del narcotráfico seguramente produjo una pugna tremenda entre los aspirantes a ese liderazgo. Como sea, Feliciano se convirtió en el líder senderista. Y mantuvo cierta eficiencia terrorista en su desempeño, pero, mayormente, en el campo. En agosto de este año produjo la matanza de Mazamari, asesinando a varias decenas de colonos, y siguió ejecutando algunas otras acciones menores, lo que dio lugar a una gran actividad de las fuerzas del orden para capturarlo. Cuatro años pasarían antes de que cayera dicho líder.

El gobierno, por su parte, luego del autogolpe del 5 de abril de 1992, había sacado una serie de dispositivos legales antiterroristas, entre ellas la Ley de Arrepentimiento, lo que facilitó desarticular la parte clandestina de Sendero. En 1994 dispuso la realización de la Operación Aries, en el Alto Huallaga, una gran ofensiva general destinada a destruir los remanentes senderistas que allí mantenían cierta importancia. Sin embargo, apenas iniciada la operación los medios de prensa y las organizaciones de DDHH localizaron fosas clandestinas con gran cantidad de muertos —que hasta ahora no se prueba que fueron responsabilidad de las fuerzas del or-

den— y Fujimori dio marcha atrás, por el escándalo mediático que tal descubrimiento produjo en el país.

En 1995 la Policía capturó a un grupo del MRTA que preparaba un ataque al Congreso; entre los capturados estaba la norteamericana Lori Berenson. La aparición de este grupo fue totalmente sorpresiva, pues, como veremos más adelante, Fujimori logró cumplir su ofrecimiento electoral de derrotar en tres años al MRTA.

En diciembre de 1996 el MRTA, nuevamente, hace noticia: toma la residencia del embajador japonés y se queda con 72 rehenes durante cuatro meses. El 22 de abril del año siguiente, los comandos de las Fuerzas Armadas, mediante la admirable Operación Chavín de Huántar recuperan dicha residencia diplomática, perdiendo dos oficiales del Ejército y un rehén. Recientemente, los medios han difundido la noticia de que en esa operación, miembros del SIN (Servicio Nacional de Inteligencia) intervinieron para ejecutar a los emerretistas rendidos. Es muy posible que ello sea cierto y congruente con el clima que produjo lo que podría llamarse la guerra de la Inteligencia que condujeron personalmente Montesinos y el general Hermoza, con la anuencia de Fujimori. Abundaremos sobre esto más adelante.

En 1999 fue capturado Feliciano y, posteriormente, el líder que lo reemplazó. Actualmente, quedan rezagos del senderismo en la ceja de selva, mientras el gobierno del doctor Alejandro Toledo muestra una pasividad inconveniente, sin adoptar la necesaria decisión de terminar de una vez por todas con la aventura senderista que ya enluta al país 23 años. Lo más grave es que el desprestigio de la Inteligencia y la inoperancia del CNI (Consejo Nacional de Inteligencia), tienen medio ciego al gobierno y las Fuerzas Armadas.

Capítulo V

Los factores no militares de la estrategia senderista

Generalidades

La concepción estratégica en el más alto nivel es única, de amplitud necesaria para abarcar todos los aspectos que se involucran en la guerra. Más adelante veremos algunos planteamientos doctrinarios sobre la estrategia, por lo que, de momento, solo diré que esa estrategia de primer nivel se desagrega en cuatro, según los campos o dominios en que se articula la acción del Estado y que son: el político, el económico, el sicosocial y el militar. La estrategia militar es el último recurso que emplea el Estado para solucionar un conflicto. Las otras tres, que podríamos identificarlas como estrategias no militares, cumplen un papel fundamental como apoyo del esfuerzo de guerra, cuando esta se produce.

Como ya vimos, es evidente que Sendero no ha establecido las estrategias de los campos no militares o no lo ha hecho siguiendo los patrones acostumbrados. Sin embargo, por razones metodológicas, conviene aislar los principales aspectos no militares de su acción subversiva, a fin de tener un panorama general de cómo se

desarrolló la guerra popular en la, hasta ahora, fallida experiencia senderista. La exposición que sigue, por lo demás, puede resultar sumamente ilustrativa para quienes se interesan en el tema del conflicto y su desarrollo, pues nos permitirá ver las consecuencias de las acciones subversivas en todos los campos de la actividad nacional, pero no solo eso, sino cómo los problemas de la gobernabilidad tienen, a veces, consecuencias más funestas que las derivadas de la guerra. En este sentido, debo decir que, cuando se publicó el libro que ahora se integra en este (primera parte), un amigo que lo leyó, me comentó que el análisis de los factores no militares le había dejado una duda tremenda: si más daño le estaba haciendo al país Sendero o lo estaba haciendo la clase política nuestra, particularmente en la segunda mitad de los años 80, cuyas decisiones competían con las acciones de Sendero en eso de crearle problemas al Perú.

La estrategia política

Dadas las características del proceso subversivo, la estrategia política de Sendero alcanza una preponderancia incuestionable, por más que su discurso ponga énfasis en los aspectos militares. Este énfasis es declamatorio únicamente, pues Sendero no se ha dado a la tarea de difundir ideas sobre sus fuerzas militares o su táctica, ya que de hacerlo habría desnudado su precariedad. Respecto a la preponderancia de lo político en la guerra popular de Sendero, sin ironizar en absoluto, debo decir que es posible que la dirigencia subversiva no se haya dado cuenta de esa realidad, lo que confirmaría mi tesis

central respecto a que Sendero condujo una guerra equivocada. Como sea, era evidente que la solución al problema subversivo en que se metió Sendero, solo era factible de lograr en el campo político, lo que ya sucedió cuando Guzmán se rindió ante el Estado y firmó la paz, por más que algunos de sus seguidores, extrañamente, todavía sigan en actividad guerrera.

En todo caso, una guerra de carácter altamente ideológico, como la de Sendero, debe por fuerza buscar la decisión en la mente del pueblo, con mayor razón si se tiene en cuenta su casi nula potencia militar y el poco y relativo apoyo popular a su causa. En el fondo, buscar el apoyo popular era su tarea sustantiva y en ese transitar, paradójicamente, se ubicó irremediablemente en los espacios de la violencia y el terrorismo, habida cuenta que su discurso militarista no caló en el pueblo, y solo le quedaba el amedrentamiento para someter a los peruanos.

Aunque Guzmán dijo que lo constructivo es en su estrategia lo preponderante, la verdad es que tal estrategia pone el énfasis en acciones destructivas. Lo poco constructivo que ha realizado, en el Alto Huallaga principalmente, también es de signo negativo, pues el impacto de sus medidas administrativas o de tipo judicial en los campesinos cocaleros es menor que el favorable impacto que produce en ellos el que Sendero les garantice libertad de acción para perseverar en el negocio del narcotráfico. Aunque suene cínico al decirlo, lo cierto es que en el Alto Huallaga todo el mundo quiere ganar dólares y quien lo garantice —las fuerzas del orden o los senderistas— no tendrá mayores problemas en el campesinado. Esto no es una simple especulación, sino una absoluta verdad, como lo saben muy bien los militares y policías que han trabajado en esa región.

Veamos los grandes objetivos de Sendero en el plano político y qué ha hecho para conseguirlos:

—En lo inmediato, desarticular el aparato administrativo del Estado y reemplazarlo con el Nuevo Poder. A la larga, desprestigiar el régimen político, es decir, la democracia, para que el pueblo acepte la implantación del comunismo. En el entretanto, impedir su funcionamiento.

—Apoderarse de los organismos populares de las ciudades para convertirlos en bases de apoyo y, cuando sea oportuno, apoyarse en ellos para provocar la insurrección general.

—Conseguir el desprestigio del Estado peruano en el plano internacional, como forma de ganar imagen propia ante el MCI (o ante lo que queda de él) y conseguir el apoyo de ese movimiento; también, para desalentar la ayuda extranjera al Perú.

Todos los actos que Sendero ejecutaba para conseguir estos objetivos y los que luego expondremos como expresiones de las estrategias económica y sicosocial, se enmarcaban dentro de las cuatro formas de lucha que empleaba, incluido el aniquilamiento sistemático, que decía no ejecutar. Gran parte de estos actos ya han sido considerados en este estudio y las estadísticas que las explican ya han sido consignadas, por lo que se hará a continuación una exposición muy general, con datos complementarios que ayuden a comprender mejor el proceso general de la guerra popular. Pues bien, veamos a continuación cómo actuaba Sendero para conseguir los indicados objetivos.

Desarticular el aparato administrativo del Estado, impedir su funcionamiento y desprestigiar el sistema democrático

Para lograrlo:

—Intentaba disuadir a los ciudadanos en general de que asumieran responsabilidades cívicas y de gobierno; empleaba para ello desde el terrorismo blanco hasta el asesinato. Su éxito fue total en el inicio, en la sierra centro sur. Siguió intentando lo mismo, pero alcanzaba éxito solo donde tenía fuerza militar. En efecto, hasta 1988 asesinó a 234 autoridades, principalmente en los departamentos de Ayacucho (62), Huánuco (35), Apurímac (31), Huancavelica (24), La Libertad (17), Pasco (14), Junín (10) y Puno (9). Aunque Lima tenía el más alto índice de violencia, desde 1985 hasta la captura de Guzmán, y antes ocupó el segundo lugar después de Ayacucho, Sendero solo logró matar a 11 autoridades capitalinas, lo que se debería a que en la capital no contaba con un aparato militar importante, pues para atentar contra tales personajes, que por lo general cuentan con algún grado de protección, se requiere de mayor fuerza.

A pesar de que en Lima y otros lugares populosos los índices de violencia son los más elevados, el terrorismo selectivo en el medio rural fue más violento, como lo prueban estos datos: según la categoría de las autoridades, el mayor número de asesinatos corresponde a los tenientes gobernadores (82), que en su mayoría son gente de campo; siguen los alcaldes (58), los gobernadores (36), los

jueces de paz (25) y los agentes municipales (13). Según datos de DESCO, de otro lado, el año más difícil para las autoridades fue 1988, cuando Sendero asesinó a 75 de ellas; siguen en nivel de violencia 1986 (45) y 1987 (37). En ese mismo intento, Sendero logró, en muchos casos, particularmente en las zonas de emergencia, la renuncia de candidatos a diversos puestos de gobierno, aunque la tendencia fue decreciente en los años finales de la actividad subversiva.

— Intentaba impedir la realización de elecciones. Este es uno de los aspectos en los que Sendero ha puesto especial empeño. Su éxito ha sido relativo y también fue decreciente. Las tácticas que empleaba para lograr el ausentismo de los votantes eran varias: la convocatoria a paros armados, la huelga de las empresas de transporte el día de las elecciones y la amenaza de cortar el dedo manchado en tinta indeleble de los votantes, entre otras. Los niveles de ausentismo que logró fueron: en 1980, cuando no tenía el poder intimidatorio que alcanzaría después, el 18,17% a nivel nacional; en las elecciones municipales de ese mismo año el ausentismo fue de 30,21%, ciertamente elevado; en las municipales de 1983 logró un incremento, alcanzando el 35,48%. En las elecciones generales de 1985, cuando Sendero estaba muy ocupado debido a la dureza de la lucha contrasubversiva y sin duda por el impacto que había producido el candidato Alan García, el ausentismo fue menor a los índices tradicionales, con solo un 8,85%. El año siguiente, en las municipales de 1986, cuando Sendero estuvo en su peor momento, se alcanzó un 22,05% de ausentis-

mo, muy inferior a los índices de las dos elecciones municipales anteriores. En las elecciones municipales de 1989 puso especial esmero en crear condiciones para conseguir sus fines, y logró frustar el acto electoral en 220 lugares, más del doble que en 1986 (108 lugares) [20].

—Crear vacíos de poder mediante el abandono de los cargos de autoridades; para lograrlo, asesinaba a algunas de ellas y amenazaba a otras, incentivando así las renuncias. Esta táctica le dio buenos resultados a partir de 1987, al conseguir que los elegidos en las elecciones municipales del año anterior renunciaran o simplemente abandonaran sus cargos en el 13% de los distritos y en el 12% de las provincias [21]. En busca de lo mismo, realizaba atentados contra locales municipales. Entre mayo de 1980 y julio de 1985, 96 de ellos, y entre julio de 1985 y junio de 1988, en número de 114.

—Buscar el desprestigio de los partidos políticos, desorganizarlos e impedir su funcionamiento. Hemos visto que este aspecto es otro de los que alcanzaron una alta prioridad entre las acciones de Sendero, habiendo declarado una guerra aparte al partido aprista durante el gobierno de Alan García. Puede considerarse que en este campo Sendero ha fracasado rotundamente, pues no solo no ha conseguido desorganizar los partidos tradicionales, sino que surgieron otros: Cambio 90 y el Movimiento Libertad, vigorosos en su momento, aunque ya hayan desaparecido, no por acción de Sendero. Una de sus tácticas más utilizadas en el intento ha sido la ejecución de atentados contra locales partidarios, realizó de 306 hasta junio de 1988 [22].

—Desprestigiar a los poderes del Estado, lo que trataba de hacer mediante la propaganda principalmente. Ha sido particularmente exitoso en su acción en los penales, donde logró que sus presos alcanzaran situaciones de privilegio y convirtieran esos ambientes en verdaderas zonas liberadas, donde el Estado no tenía ninguna posibilidad de imponer la disciplina que debe existir en tales lugares. Con esto logró demostrar la inoperancia del sistema de seguridad de las cárceles y como, de manera audaz, se puede burlar el principio de autoridad del Estado. Era igualmente exitoso cuando intimidaba a los jueces y lograba que sus militantes detenidos fueran puestos en libertad, y que tal muestra de la eficacia de sus abogados fuera difundida, casi a diario, a nivel nacional, vía satélite.

Apoderarse de los organismos populares de las ciudades para convertirlos en bases de apoyo

Ya hemos visto que esfuerzos hizo Sendero para conseguir este objetivo y como fracasó en el intento. Este fracaso es mas significativo porque a partir de 1990 puso especial interés en lograr esta meta, como lo prueban los objetivos que impuso al comité metropolitano (Lima):

—Realizar trabajos de masas (politización), "sin revelar al PCP-SL".

—Labor de infiltración en las organizaciones populares —sindicatos, pueblos jóvenes, bancarios, barrios, clubes de madres, universidades, etc.—, "paciente, minuciosa, sin aventurerismo y sin legalismo".

—Fomentar la creación de nuevas organizaciones o

formar otras paralelas a las ya existentes, bajo la distinción de "clasistas".

—"Trabajo de masas", legal y abierto, "sin declarar filiación".

—"Actuar como ciudadanos, con actividad social, incluso como dirigentes, y participar en organizaciones democráticas".

—"Severo y prudente registro de selección de futuros simpatizantes".

—"Preparación de los organismos para convertirse en bases militarizadas" [23].

Conseguir el desprestigio del Estado en el plano internacional

Este es uno de los aspectos, si no el único, que podría merecer el calificativo de muy bueno, pues Sendero logró establecer en Estados Unidos y Europa oficinas que, con mucha eficiencia, hacían creer al mundo desarrollado que Sendero era un movimiento liberador, con el romanticismo de aquellos que, después de la Segunda Guerra Mundial, lucharon contra el colonialismo y contra las situaciones de injusticia que las dictaduras y las oligarquías nacionales imponían a sus respectivos pueblos. En segundo lugar, daban la imagen de un Perú sumido en una feroz guerra interna, en la que el Estado se batía en retirada y Sendero avanzaba incontenible a la conquista del poder. Además, Sendero obtenía en el extranjero algunos fondos, en base a erogaciones. Muchos de los senderistas que se encargaban de estas labores propagandísticas obtenían la subvención de algunos gobiernos que los consideraban desplazados políticos. En la contraparte de este indudable éxito, el gobierno peruano hacía muy poco para contrarrestarlo.

La estrategia económica

Como toda estrategia cuando es bien llevada, la económica tiene un aspecto positivo orientado a apoyar las operaciones de combate propias, aparte de aquellos aspectos negativos que buscan desquiciar la economía del adversario para debilitar su esfuerzo de guerra. En el Alto Huallaga Sendero había encontrado la manera de agenciarse fondos del narcotráfico para financiar sus operaciones en todo el país, y sus acciones sicológicas en el extranjero. Esa es una de las razones de la "focalización" de su actividad militar en esa región. Todas las otras actividades que pueden englobarse dentro de la estrategia económica buscan desquiciar la economía del país y, en tal sentido, no tienen pierde, solo dan ganancias.

De manera muy general, podemos considerar que los actos de Sendero que han incidido en la economía se han encuadrado, principalmente, dentro de las siguientes líneas de acción u objetivos:

Desarticular la producción

En el campo

—Desorganizar las empresas agropecuarias de la reforma agraria.

—Destruir las empresas ganaderas y agroindustriales, como hizo en Puno con las empresas ganaderas, en el Mantaro con la industria lechera, y en el Alto Huallaga con la industria estatal de Endepalma.

—Destruir la pequeña empresa agropecuaria, como sucedía en todas partes donde lograba establecer fuerzas militares.

En la minería

—Sendero prácticamente ha desaparecido la mediana y pequeña empresas de Junín y Pasco.

En las ciudades

—Ejecutar atentados contra empresas transnacionales, como la Bayer.

—Destruir instalaciones destinadas a la producción y distribución de la energía eléctrica.

—Realizar atentados contra diversas empresas de producción y distribución, como Hogar.

A nivel nacional

—Destruir la red caminera, principalmente los puentes, como en el Alto Huallaga y el río Pampas;

—Destruir las redes de trasmisión de energía eléctrica. Solo en este rubro, hasta el 1 de marzo de 1989, Sendero logró dañar 833 torres, con un costo en reparaciones, energía dejada de vender y costos de la generación de energía térmica, estimado en 77 millones 121 mil 877 dólares americanos [24].

Incrementar los niveles de desempleo y subempleo

Aunque no es fácil estimar en cuánto ha incidido la acción subversiva en lo que respecta al incremento de los niveles de desempleo y subempleo, pues también han hecho lo suyo la difícil situación económica que sufría el país desde hacía más de una década, las desastrosas políticas económicas del gobierno aprista y el alto nivel de recesión por las políticas de ajuste de los años iniciales del gobierno de Fujimori, es indudable que Sendero ha contribuido de manera notable,

por lo menos en dos aspectos: el desaliento de la actividad agropecuaria en el campo, y el consiguiente desplazamiento de grandes masas rurales hacia las ciudades, donde esa gente no encontraba empleo. Y aquí hay información confiable: 60 mil familias que vivían en zonas declaradas en emergencia tuvieron que emigrar a Lima desde que empezó la guerra interna. Este dato incluye a los desplazados por acción atribuible a las fuerzas del orden, pero se achaca exclusivamente a Sendero las siguientes cantidades de desplazados: de Ayacucho, Huancavelica y Apurímac, 18 mil familias; del Alto Huallaga, cuatro mil; de Huánuco y Pasco, cinco mil; de Junín, seis mil familias; de Puno, 5 500; de Ancash, cuatro mil, y de Cusco, 1 500 familias, lo que suma un total de 44 mil familias emigradas a la capital por acción directa de Sendero. [25]

Dificultar el abastecimiento de las ciudades

Sendero no tenía capacidad para producir un desabastecimiento importante, pero lo hacía en pequeña escala: en el inicio de la lucha armada, obligando al campesinado de Ayacucho a sembrar únicamente para subsistir y prohibiendo la realización de ferias, y en los años finales de su actividad, ejecutando terrorismo contra comerciantes informales de Lima que se dedicaban al abastecimiento de los mercados. Indirectamente, creando problemas de abastecimiento al causar perjuicio a la red caminera, pero también directamente, cuando destruyó sistemáticamentre los vehículos cisterna de Palma de Espino, entre 1987 y 1988, para evitar el transporte de aceite a Lima.

Evitar el funcionamiento de los proyectos de investigación que inciden directamente en el mejoramiento del campesinado

Este es uno de los aspectos que daba a Sendero la imagen de movimiento polpotiano (ese experimento que Pol Pot hizo en Camboya para borrar toda muestra de progreso y hacer retroceder a la sociedad de su país a niveles tecnológicos medievales), debido a su irracionalidad. Pero, más que por un supuesto "polpotismo", que en rigor no existe en la estrategia general de Sendero, atacaba los proyectos de investigación por dos motivos: en primer lugar, para mantener al campesinado y otros sectores deprimidos en la pobreza, de manera que se desarrollara la situación revolucionaria y facilitara su labor de proselitismo, y en segundo lugar, porque tales proyectos, por lo general, tienen financiamiento extranjero. En este sentido, la violencia de Sendero buscaba desalentar el apoyo externo al país. En esto tuvo un éxito indudable, pues logró el retiro de técnicos japoneses en medio de un escándalo de carácter internacional, y ha desalentado a importantes fundaciones extranjeras que operan en nuestro medio a auspiciar proyectos que, en algún sentido, podían producir una reacción violenta de Sendero. Tales organismos preferían curarse en salud antes que tener que retirarse del Perú.

Incentivar el cultivo de la coca y la producción de cocaína para su distribución en los mercados nacional e internacional

Evidentemente, la mejor razón de esta política es que ella le permitía a Sendero adquirir dólares de mane-

ra fácil para financiar su movimiento, pero también porque gracias a ella nuestra economía se mantenía adicta a los "cocadólares", con todos los efectos negativos que ello produce, lo que facilitaba la acción subversiva. Hay otra razón, ligada al carácter internacional del senderismo, y es que Sendero también estaba en guerra contra el imperialismo norteamericano, como decía Guzmán, y veía con buenos ojos que la cocaína llegara a la juventud estadounidense. Dentro de su lógica destructiva, seguramente que también veía con buenos ojos que nuestra juventud se desmoralizara por efectos de la droga, pues ello producía caos social, lo que favorecía la expansión senderista.

Obligar al gobierno a efectuar gastos extraordinarios en la lucha contrasubversiva

Con esto ganaba Sendero, porque cuanto mayor era ese gasto menores eran las posibilidades del Estado para ejecutar políticas de mejoramiento social y menor era su capacidad de defensa.

La estrategia sicosocial

El campo sicosocial de la estrategia tiene que ver, fundamentalmente, con la moral de los combatientes (la propia y la del adversario) y de los pueblos que los apoyan y sostienen. Con más razón en una guerra de carácter ideológico, como la de Sendero. En otras palabras, la estrategia sicosocial debe buscar la desmoralización del adversario, la disminución de su voluntad de lucha y, de

otro lado, el fortalecimiento de la moral propia, es decir, el mantenimiento del espíritu combativo, en el nivel que la situación conflictiva exige, en las tropas y el pueblo.

Puede estimarse que Sendero consiguió grandes éxitos en este campo, pues logró disuadir a muchos ciudadanos de participar en los procesos electorales; el sometimiento de extensas regiones por el terror, lo que le permitió la ejecución exitosa de paros armados; un desplazamiento masivo de gentes del campo a la ciudad, y otros aspectos que eran síntomas inequívocos de desmoralización. Además, consiguió el apoyo, voluntario o no, de importantes sectores influyentes, los que en los años iniciales del proceso subversivo y a través de los medios de comunicación principalmente, ayudaron a su causa, al formar una imagen suya favorable, de poderío y eficacia, que llegó a distorsionar su realidad, escondiendo sus grandes vulnerabilidades. Todo lo cual es un logro impresionante para cualquier fuerza, por más que ello no garantice su triunfo. Porque, por lo menos, le proporciona tiempo y ya sabemos que en una guerra prolongada, el tiempo corre a favor del débil y es su mejor capital. En términos militares, una vulnerabilidad conocida da la posibilidad de explotar a nuestro favor las carencias o dificultades del adversario. Funciona así: si la carencia es la falta de guerrilleros y se emplea la fuerza necesaria para conseguir lo más rápido posible el triunfo. Pero si no se conoce la realidad del enemigo, hay que perder tiempo para descubrirla o simplemente no se aprovecha de sus vulnerabilidades.

En mi opinión, el apoyo de dichos sectores ha sido un factor importante para la expansión del senderismo en los años iniciales de su insurgencia, y, tal vez, lo que más ha ayudado a Sendero ha sido la indefinición inicial

de los partidos de la izquierda democrática, de esos mismos grupos que cuando, finalmente, se decidieron por establecer los distingos imprescindibles con el movimiento subversivo, se convirtieron en uno de los más firmes pilares de la defensa de la sociedad, al negarle a Sendero la posibilidad de apoderarse del sindicalismo y las dirigencias populares. En medio de esa indefinición, los más destacados líderes izquierdistas dieron muestra de un macartismo al revés, verdaderamente notable: a todo el que se atrevía a ligar a Sendero con el movimiento comunista lo acusaban de anticomunista, con lo que consiguieron que muchos líderes de opinión sesgaran sus análisis de la insurgencia para evitar ser incluidos en ese calificativo, y todos perdimos con ello, porque tardamos en conocer a Sendero, y porque este movimiento, tratado con guante blanco, alcanzó niveles mitológicos y su líder, alturas de intelectualidad y sabiduría militar, que ya hubiera querido Mao en sus inicios.

Esos mismos líderes y casi todos los medios coincidieron en aspectos fundamentales que, a la larga, favorecieron la expansión de Sendero, como:

—En defensa de los DDHH, hicieron una campaña tremenda para demostrar que la estrategia contrasubversiva daba pábulo a una guerra sucia de carácter sistemático, con lo que dieron lugar a un cierto desprestigio de las fuerzas del orden, haciéndole un regalo de los dioses a Sendero.

—Para evitar una posible "bordaberrización" del gobierno, impidieron que la estrategia contrasubversiva terminara de definirse, porque toda medida que tendiera a fortalecerla militarmente era cuestionada en el sentido de que el gobierno y la sociedad civil se entregaban a los militares. Argu-

mentando que la lucha contrasubversiva debía tener carácter general, con predominio de los factores no militares de la estrategia, aspecto en que los militares peruanos están absolutamente de acuerdo, influyeron en el gobierno para que mantuviera la estrategia en un verdadero limbo, sin definiciones claras, sin permitir que lo militar ocupara el lugar prioritario que debía tener en algunas zonas y en algunas circunstancias. Desde luego, esto sucedía en el plano de la dialéctica que produjo la guerra interna, porque los militares, quisiéranlo o no, tuvieron que asumir la primera responsabilidad dentro de la respuesta del Estado, ya que los sectores no militares simplemente no lo hicieron. Con el correr del tiempo, algunos analistas y medios de comunicación lograron situarse en el justo medio, y aceptaron el valor que debe tener siempre el factor militar en toda guerra, asignando a los otros campos el valor que también deben tener dentro del panorama general de la lucha contrasubversiva. Dentro de esa posición equilibrada exigían que tales sectores no militares intervinieran con mayor decisión en la lucha, y abogaron porque la autoridad civil mantuviese su preeminencia, como es lógico.

—Debido a los excesos que cometió el SINACOSO (Sistema Nacional de Comunicación Social) durante el gobierno militar, libraron una campaña inflexible por la desaparición de ese organismo y contra el establecimiento de cualquier otro que se le pareciese, con lo que hicieron uno de las mayores favores a Sendero, pues el Estado se quedó sin un ente rector de las operaciones sicológicas, que

eran fundamentales para contrarrestar la acción desmoralizadora de Sendero. La carencia de un organismo rector de dichas operaciones es grave en una situación como la que vivimos, dentro de la cual la guerra tiene connotaciones de tipo sicológico indudables.

Hay otras muestras de ese apoyo, involuntario en gran medida, que tales líderes de opinión dieron a Sendero, pero estos son los principales; han suplido con ventaja las carencias de Sendero en este aspecto fundamental de la guerra, que es el campo sicosocial.

La mejor arma sicológica de Sendero, y casi la única, fue la intimidación que producía con sus actos violentos, que de continuo empleaba contra las personas o grupos que se le oponían; en los años iniciales de los 90 amenazaba a la Iglesia Católica, intimidaba a sus sacerdotes nacionales y extranjeros, en vista de la influencia que tienen sobre el pueblo y el papel que jugaron principalmente en el Cusco, cuando se opusieron frontalmente a Sendero.

Sendero también empleó algunas tácticas de tipo constructivo para ganar la adhesión del campesinado, como la distribución del ganado de las empresas que destruía, o la implantación de métodos de control poblacional con miras a mantener la disciplina social, como en el Alto Huallaga, aunque eso, como ya se dijo, parecía ser una imposición de los narcotraficantes.

Segunda Parte

La respuesta del Estado: La contrasubversión

La estrategia militar

Aspectos doctrinarios

En el mundo antiguo se decía que la estrategia es el arte del general. A este los griegos lo denominaban *strategoi*. La estrategia era ubicada, claramente, en el ámbito de lo militar. En los tiempos actuales y hasta la segunda mitad del siglo xx, se la ubicaba, igualmente, dentro de lo militar. El capitán inglés Lidell Hart, uno de los más importantes tratadistas militares de mediados de ese siglo, sostenía la tesis respecto a que la estrategia "es el arte de emplear las fuerzas militares para alcanzar los resultados fijados por la política". El general francés André Beaufré, por su parte, decía que la estrategia "es el arte de hacer que la fuerza concurra para alcanzar las metas de la política". Cuando Beaufre enfatiza que es la fuerza la que se emplea en la estrategia, quiere decir: "todos los recursos del Estado", no solo los militares, ampliando el campo de acción de la estrategia. Se produjo una gran polémica entre ambos, como resultado de la cual fue consagrada como válida la tesis del francés. Hay que decir que el general peruano José del Carmen Marín Arista coincidía con el general Beaufre, como resultado de estudios pro-

pios, y que sus ideas fueron sistematizadas por el Centro de Altos Estudios Nacionales, de manera que nuestra doctrina de defensa nacional es auténticamente peruana.

En el enunciado de esos pensadores queda claro que la estrategia está subordinada a la política; es decir: el gobernante es quien establece la naturaleza de la estrategia que debe ponerse en juego y les da responsabilidades y medios, y sus límites, desde luego, a cada fuerza del Estado. En el caso peruano, el presidente de la república, quien es constitucionalmente el jefe supremo de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional del Perú, cuenta con el CDN para el manejo estratégico. Resulta interesante el concepto que define la naturaleza del liderazgo presidencial sobre las Fuerzas Armadas y la PNP: "jefe supremo". No es "comandante en jefe", como sucede en Estados Unidos y en Argentina. En el caso peruano, cada componente de las Fuerzas Armadas (naval, aéreo y terrestre) tiene su propio comandante. Mientras que en los países en que el comandante es el presidente, dichos componentes solo tienen un jefe de estado mayor. No hay que perder de vista este distingo, que supone que el presidente de la república no está autorizado para comandar la fuerza.

En la metodología de la defensa nacional, establecida por el CAEN, el planeamiento de la defensa se inicia con la Apreciación Político Estratégica, estudio basado en la realidad nacional, que establece las metas por alcanzar (también en materia de desarrollo socioeconómico, que a partir de este punto realiza un planeamiento paralelo al de la defensa) y los obstáculos que se oponen a la consecución de dichas metas. Esta precisión de los obstáculos lleva a estudios más detallados que concluyen en la hipótesis de guerra, para el caso de ad-

versarios externos (obstáculos que se oponen a la consecución de las metas, provenientes del contexto internacional, Chile, por ejemplo), y la hipótesis de lucha, para el caso de los obstáculos internos (Sendero y el MRTA, por ejemplo). Las hipótesis, entre otros aspectos importantes, deben establecer el balance de fuerzas, concerniente a las fuerzas propias y la de cada uno de los posibles adversarios (externos e internos, según sea el caso). Si hay desbalance en desmedro de nuestras fuerzas, las Fuerzas Armadas y la PNP (a través del CCFFAA, Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas) presentan al gobierno los llamados "requerimientos", que son un listado del equipamiento que hay que adquirir para, por lo menos, neutralizar las ventajas de apertura que pudieran tener esos posibles adversarios en caso de conflicto armado. La situación internacional actual, que está poniendo en práctica una especie de diplomacia personal de los presidentes, que a cada rato se reúnen, puede llevar a alguno de ellos —sobre todo cuando establece amistad muy fuerte con el presidente de un posible adversario— a confiar en esa amistad y en ciertas condiciones internacionales que alejan el peligro de conflicto armado, y a simplemente desechar la hipótesis de guerra correspondiente, con lo que se libra de soportar las presiones militares para adquirir equipamiento, ya que los requerimientos nacen de las hipótesis. Esta decisión presidencial resulta, simple y llanamente, una criollada muy peligrosa, porque los países que tienen conciencia clara y decisiones firmes respecto a lo que conviene a sus intereses, actúan en función de estos y punto. El reciente debate respecto a la adquisición de dos fragatas misileras —cuya necesidad fue establecida luego de un proceso de estudios muy serios, sin ninguna duda— es-

taba demás. Porque si a las Fuerzas Armadas no se les da lo mínimo para que cumplan sus responsabilidades de defensa, estamos en camino de convertirnos en una republiqueta bananera, muy vulnerable, por lo demás. No hay que olvidar que solo los países débiles se ven empujados a la guerra, justamente porque son pan comido para un adversario que sabe lo que quiere y está decidido a lograrlo. Nuestra historia está plagada de amenazas externas y de la vigencia repetida de esa estúpida política de "búsqueda de la concordia internacional", que fue el origen de nuestra vergonzosa historia de límites en los inicios del siglo XX. Hasta cuándo seremos tan ingenuos.

Pues bien, todos los recursos nacionales se organizan en torno a los ministerios o sectores. Para los fines de la defensa, los ministerios se agrupan en los dominios o campos, que son cuatro: político, económico, sicosocial y militar. El planeamiento de la defensa se hace en función de los dominios (cada uno de ellos tiene un jefe, que es uno de los ministros), a los que se les da las responsabilidades y los medios pertinentes. El dominio militar es de responsabilidad del ministro de Defensa, y engloba a las Fuerzas Armadas y la PNP. Queda claro, entonces, que, definidas las metas nacionales de defensa, cada ministerio cumple lo que le corresponde, porque la defensa debe ser integral. Las Fuerzas Armadas eliminan los obstáculos con sus recursos bélicos, cuando es el caso, y los otros sectores hacen lo suyo para apoyar la acción militar.

Ahora bien, qué fue de la estrategia. Cuando el presidente y el CDN establecen la política de defensa están transitando en los predios de la llamada estrategia nacional (gran estrategia o estrategia general, como se conoce en otros lugares) y emiten la directiva correspondiente. En función de esta, los dominios formulan

su propia estrategia, que asigna responsabilidades a sus componentes; en este caso, estamos en el ámbito de la estrategia de dominio. Cada ministerio se organiza para cumplir su parte, asignando responsabilidades a cada elemento que lo compone, y se concreta lo que se llama la estrategia operativa. En el campo militar, que es nuestro tema, la estrategia operativa es responsabilidad del CCFFAA. Este hace el planeamiento y emite la directiva pertinente a sus elementos de maniobra, que son, para el caso de guerra externa, los teatros de operaciones (actualmente son cuatro: del norte, del nororiente, del centro y del sur), y para el caso de guerra interna, las ZSN (zonas de seguridad nacional). Hasta aquí llega la estrategia. La operativa, en la práctica, hace la conversión de los conceptos estratégicos en operaciones de combate, es decir, abre el ámbito de la Táctica.

Hay un aspecto fundamental, que, sin embargo, no es bien comprendido, ni respetado como norma, por lo menos así sucedió recientemente durante el gobierno del ingeniero Fujimori. Dijimos que el presidente de la república no está autorizado para conducir las Fuerzas Armadas en combate; tampoco, en consecuencia, para intervenir en el planeamiento de la estrategia pertinente al empleo detallado de los recursos militares; es decir, la estrategia operativa es —debe serlo, en todo caso— campo vedado para el presidente (por lo demás, solo los militares están capacitados para manejar este nivel). Por eso, en caso de conflicto armado él designa al comandante de las Fuerzas Armadas, encargado de la conducción de las operaciones. No quiere decir que el presidente queda fuera del proceso, porque según las prácticas democráticas, los ministros le dan cuenta de la marcha del país. El dominio militar, bajo la jefatura del

ministro de Defensa, tiene mecanismos para monitorear, incluso intervenir, en el proceso del planeamiento. Fujimori, que en muchos casos se comportaba como emperador japonés, simplemente se inmiscuyó en los predios de la estrategia operativa cada vez que así lo creía necesario, politizándola. Así fue en los casos de la guerra contra el Ecuador, y en la lucha contra Sendero. Esto último lo veremos con cierto detalle más adelante. Veamos a continuación, ligeramente, lo acontecido en la guerra externa.

Hay otro aspecto no comprendido ni respetado por Fujimori: el empleo de los recursos estratégicos debe hacerse en función de prioridades, en el sentido de que si el dominio militar tiene el protagonismo de la defensa, los otros dominios se inhiben de intervenir y solo apoyan a las Fuerzas Armadas. Si el protagonismo lo tienen los otros dominios, señaladamente el político, las Fuerzas Armadas callan sus cañones y están listas a intervenir en cualquier momento. En otras palabras: en caso de guerra (externa o interna), o funciona la diplomacia (el diálogo) o funcionan las armas, es decir, o dialogas o disparas, pero las dos cosas juntas, no. A Fujimori, que hacía las dos cosas a la vez, la doblez de su juego no le salió mal, pero las Fuerzas Armadas pagaron las consecuencias, pues sus ceses de fuego unilaterales, su orden de no disparar contra los espacios fronterizos ecuatorianos, convirtiéndolos en santuarios, los maniataron, y ante la andanada de artillería que les caía encima desde Coangos y Bandera, como no podían responder, simplemente debieron meterse en sus precarios huecos de zorro, como el avestruz. Cuando Fujimori aceptó el cese de fuegos que los países garantes proponían en la Declaración de Montevideo, que puso fin al

conflicto, justamente cuando estaba por caer el último bastión de los ecuatorianos infiltrados en nuestro territorio, que ellos llamaban Tiwinza, las Fuerzas Armadas se quedaron sin cumplir esa acción decisiva y todo el mundo habló de la derrota peruana. Fujimori debió esperar que esa acción terminara (faltaba muy poco) antes de aceptar el cese de fuego. Este no es un problema de posturas chovinistas u orgullos institucionales. Veamos por qué: afortunadamente, el presidente Jamil Mahuad, del Ecuador, comprendió que la paz y la cooperación con el Perú eran necesarias (o tal vez quiso obtener un triunfo en el exterior, que le diera algún respiro, pues su política interna era un fracaso) y también aceptó el fin de la guerra propuesto por los garantes. Imaginemos lo que hubiera pasado si, aceptado el cese de fuegos por ambos gobiernos, el ecuatoriano no se hubiera avenido a firmar la paz y la situación conflictiva tradicional entre ambos países se hubiera mantenido vigente. Al Perú le hubiera costado mucho una negociación desde la posición de perdedor, como se le conceptuaba, incluso aquí. Es que la estrategia es un asunto muy serio, que no solo busca un triunfo militar, sino ocupar una postura tal que le garantice ventajas en la situación de paz. No hay que olvidarlo.

¿Hubo una estrategia violadora de los derechos humanos contra Sendero?

La estrategia, que según Beaufre "es uno de los términos más usuales cuyo sentido es el menos bien conocido", se da en el plano de la abstracción, tal vez por eso es tan desconocida. La estrategia no diseña las operacio-

nes de combate, ese es problema de la táctica, es decir, de los comandantes operativos, no de los políticos. Beaufré sostiene que la estrategia "es el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver su conflicto". Lo explica diciendo: "la decisión (el punto culminante de la estrategia, [la precisión es mía]) es un acontecimiento de orden sicológico que se quiere producir en el adversario: convencerle de que emprender o proseguir la lucha es inútil". La fórmula general de la finalidad de la estrategia, dice el general francés, sería: "alcanzar la decisión creando y explotando una situación que acarree una desintegración moral del adversario suficiente como para llevarlo a aceptar las condiciones que se le quieren imponer". Lo que es "precisamente, dice, la idea general de la dialéctica de las voluntades" [26]. Debido a este nivel de abstracción de la estrategia, el enunciado de su finalidad es simple, como también lo son los enunciados de las misiones que se asignan a cada componente. La estrategia maoísta, a pesar de su sencillez, es redonda: "Cercar las ciudades desde el campo", y la idea de Guzmán respecto a que el equilibrio estratégico se alcanzaría cuando el pueblo se levantara contra la "política genocida" de las fuerzas del orden, tiene la validez de una previsión estratégica.

Cuando las Fuerzas Armadas intervinieron en el conflicto, a fines de 1982, sus adversarios políticos y no pocos senderólogos, críticos más o menos bien enterados, proclamaban que no existía una estrategia. Y, sin embargo, la estrategia estaba implícita en el mismo acto de la intervención militar y no podía ser otra que "recuperar la zona de emergencia inicial (que estaba en poder de Sendero) y eliminar el obstáculo que supone la existencia de fuerzas subversiva actuantes". Teniendo

en cuenta que había permanentemente planes de operaciones para cumplir esas dos tareas donde fuera necesario, bastaba con que el gobierno ordenara la intervención de las Fuerzas Armadas para que los procedimientos respectivos se pusieran en marcha. Y cuando, más adelante, esos mismos críticos y muchos otros más que fueron surgiendo, sostenían que la estrategia contrasubversiva autorizaba a las tropas a vulnerar sistemáticamente los DDHH, estaban sosteniendo que esa estrategia, a todas luces, ilegal, era de responsabilidad de los gobernantes democráticos Fernando Belaunde y Alan García. Lo que no es fácil de aceptar, particularmente en el caso de Belaunde. Al presidente García la opinión pública todavía le responsabiliza por la matanza en los penales, pero ese acto infame no fue, en todo caso, una expresión estratégica, sino una operación atípica del campo táctico. En otras palabras, un exceso. La historia reciente hace ver que hay estrategias ilegales, es decir, hay gobiernos que eliminan sus obstáculos de manera ilegal; para no abundar en ejemplos, solo señalo la operación norteamericana en Panamá, para capturar al general Noriega. No solo se atentó contra el principio americanísimo de la no intervención en los asuntos internos de otros Estados, sino que, con ella, se hizo una brutal demostración de que la fuerza basta para conseguir determinados objetivos, despreciando otras formas más sutiles, como la llamada estrategia indirecta, que consigue objetivos sin el empleo de la fuerza. Hay pues, en la historia, ejemplos de estrategias ilegales, pero no es el caso peruano.

Hablar de una estrategia ilegal en la lucha contra Sendero —según se dice actualmente—, resulta, pues, un evidente exceso. Lo que aquí se sostiene no tiene

que ver con la semántica, con una posible confusión de los mencionados críticos, que no profundizaron en la comprensión de los problemas de la guerra y la estrategia. Tiene que ver con la conducta de los mandos y las tropas, a quienes se les acusa de haber hecho una guerra sucia. Cuando se sugiere que a los casos conocidos de excesos se debe agregar un número indeterminado, pero bien abultado, de otras acciones ilegales, se busca fortalecer la tesis de la guerra sucia de las fuerzas del orden. Supongo que nada vale que un tipo como yo, que ha estado inmerso en los problemas de la lucha contrasubversiva, en tanto inspector de una gran unidad empeñada en combate, y en tanto escritor de un libro sobre la guerra contrasubversiva, que le valió diez años de seguimiento intenso y dos de investigación profunda, diga que tal tipo de estrategia ilegal nunca existió y que es verdad lo que venimos proclamando los militares desde hace mucho tiempo, que lo que ha habido fueron excesos. Pero no importa, seguiré predicando esa idea. Como inspector, es decir, miembro del sistema de control interno del Ejército, he sido responsable de algunos informes de investigación que recomendaban sanciones drásticas para quienes violaron los DDHH en el marco de la lucha contra Sendero y/o el narcotráfico. Esos informes están o en la Inspectoría General del Ejército o en el Consejo Supremo de Justicia Militar. Más no puedo decir, pues ellos son documentos clasificados. Mis recomendaciones no fueron desechadas por el sistema de control, ni nadie intentó influir en mis propias conclusiones, lo que bastaría para probar que la violación de los DDHH no era, sistemáticamente, autorizada o vista con cierta complacencia por el mando militar.

Ahora bien, dije en páginas anteriores que, en algún momento, la violencia extrema que Sendero puso en práctica llevó a una distorsión de la estrategia contrasubversiva, a una suerte de "guerra de la Inteligencia". Lo explicaré a continuación. Antes, remarco el hecho de que la estrategia militar que se pone en práctica tiene el aval del ministro de Defensa y, por ende, del presidente de la república, y que es de cumplimiento obligatorio, inexorable, por las Fuerzas Armadas en toda su amplitud. ¿Hay acciones paralelas o concurrentes de responsabilidad de algunos grupos especializados, en los que no participa el grueso de la fuerza operativa? Sí, los hay. En los planes de operaciones del teatro o de las ZSN se contempla las llamadas operaciones especiales, que cada componente prevé ejecutar para facilitar sus propias operaciones. Por ejemplo, al componente aéreo le interesa anular el sistema de alerta temprana, radares señaladamente, del enemigo, para lo cual prevé la ejecución de acciones de sabotaje, a cargo de sus tropas especiales, los comandos, que son preparados, precisamente, para actuar en la retaguardia profunda del enemigo. Y, así existen otras. Hay también el caso de las operaciones de Inteligencia, de naturaleza clasificada, de las que quienes no pertenecen al sistema nunca se enteran. Así sucede en los períodos operativos o en situación de paz. En la vida diaria, las operaciones de Inteligencia se ejecutan, algunas veces, bordeando la ilegalidad y hasta dentro de ella, lo cual no es ninguna novedad, pues en nuestro país se ha visto y hablado mucho de esto y todos los medianamente enterados lo entienden. En el caso de las acciones del SIN, hoy CNI, que dependía directamente del presidente de la república, podían no ser de conoci-

miento del alto mando militar, y nadie se preocupaba de ello, porque eran de responsabilidad directa del presidente. Desde luego, todas las operaciones especiales y las de Inteligencia deben enmarcarse dentro de los lineamientos estratégicos establecidos, porque si no es así, la guerra se vuelve un caos, muy difícil de conducir.

El libro del periodista Umberto Jara, *Ojo por ojo*, sobre el grupo Colina [27], resulta muy ilustrativo para la comprensión de lo aquí se sostiene. Tiene un pecado original en la afirmación del mayor Rivas, aceptada sin dudas por Jara, sobre que en los inicios de los años 90 las Fuerzas Armadas estaban derrotadas por Sendero. Este argumento fue, sin duda, la premisa que sirvió de base a Montesinos para lograr el aval de Fujimori respecto a la ejecución de la guerra sucia, o guerra de la Inteligencia, como la he calificado en el párrafo anterior. Montesinos recogió la idea propagandística de Sendero sobre la consecusión del equilibrio estratégico. Y Fujimori, como gran parte de la prensa y hasta de algunos senderólogos, lo dio por cierto. De otro lado, hay verdades inobjetables en las afirmaciones de Martín Rivas, particularmente, sobre la imposibilidad de que él y su gente hubieran actuado por la libre, de acuerdo a su propio criterio. Eso no sucede en el Ejército del Perú, donde los únicos que tienen poder de decisión son los generales y solo en su ámbito. Si Martín Rivas pertenecía al SIE (Servicio de Inteligencia del Ejército), sus actos tuvieron la autorización del comandante general del ejército, es decir, el general Hermoza Ríos. Ello es incuestionable. Entonces, si las operaciones de Inteligencia son de naturaleza clasificada y el resto del Ejército no sabe de

ellas (las operaciones del SIE solo son de conocimiento del sistema de Inteligencia del Ejército y del comandante general, así de restrictivo es ese sistema), quiere decir que esa guerra sucia se hizo al margen de la estrategia contrasubversiva establecida por el mando político. Era, para decirlo más claramente, puro terrorismo de estado. Y sobre ella solo deben responder Fujimori, Montesinos, Hermoza Ríos y, desde luego, quienes han participado en el planeamiento y la ejecución de sus asesinatos. De ninguna manera es de responsabilidad de las fuerzas del orden, que nada sabían de la existencia del grupo Colina, y de otros que, al parecer, han existido.

En conclusión:

—La estrategia contrasubversiva fue establecida cuando el presidente Belaunde dispuso la entraba en operaciones de las Fuerzas Armadas contra SL. Dado el nivel de abstracción de la estrategia, su amplitud, ella sirvió para conducir las operaciones hasta la llegada de Fujimori al poder. Veremos más adelante qué variación tuvo por medio de una llamada "estrategia de pacificación", que puso en marcha el gobierno de Fujimori. Si alguien piensa que el presidente Belaunde era capaz de dar una orden ilegal a las Fuerzas Armadas no tiene idea de quién es quién en este país.

—Durante los años 80, los más duros de la lucha contrasubversiva, hubo excesos, muy conocidos algunos de ellos y, quien sabe, algunos otros de los que la opinión pública no tiene idea. Esos excesos nacieron de la naturaleza de la guerra no convencional, no necesariamente de una orientación del mando militar.

—La llamada guerra sucia empieza con la llegada al gobierno de Fujimori y su asesor Montesinos, los creadores de los grupos paramilitares, señaladamente el grupo Colina. Pero su ámbito de aplicación estaba en los predios en que se movía la Inteligencia. No es lógico, ni justo, desde luego, que se generalice diciendo que las fuerzas del orden, en base a una estrategia impuesta por el mando político, participaron de esa guerra sucia.

—El comando militar nunca avaló ni consintió las violaciones de los DDHH. Si para algo sirve, mi actuación como inspector de la 31.ª DI, sustentada en los informes pertinentes, bastaría para probar esa afirmación.

La respuesta del Estado a la amenaza senderista

El mando político en la lucha contrasubversiva

Durante más de 10 años, el conflicto interno del Perú tuvo una característica un tanto extraña, que pocas veces se dio en la historia de las guerras: fue un conflicto con tres contendientes enfrentados entre sí: SL, el MRTA y las Fuerzas Armadas, es decir, el Estado (en Colombia son cuatro los contendientes: las FARC, el ELN, los paramilitares y el Estado, aunque los dos últimos jugaban al alimón, por lo menos en el inicio). El MRTA tuvo una participación un tanto marginal y Sendero se encargaba de mantenerlo bajo cierto control, impidiéndole actuar en su zona de influencia. Las fuerzas del orden dedicaron su mayor esfuerzo a la lucha contra Sendero. En dos oportunidades se organizaron sendos destacamentos para atacar a columnas emerretistas, logrando derrotarlas, de manera que el esfuerzo del Estado también fue marginal en el caso del MRTA. Excepto cuando el presidente Fujimori asumió el gobierno y se

vio impelido a dedicar su mayor esfuerzo a cumplir su ofrecimiento de acabar con el MRTA en tres años. Y lo logró, pero, como veremos, a costa de la lucha contra Sendero.

Dijimos que la Política, es decir, el gobierno fundamentalmente, orienta a la Estrategia, de donde resulta que el presidente de la república le da el toque personal a la respuesta del Estado a las fuerzas subversivas. En el caso peruano, esto se vio muy claramente a lo largo del conflicto y en función de cómo orientaron a los diversos estamentos del Estado los presidentes Belaunde, García y Fujimori. Más adelante, en cada caso, trataremos de señalar las características principales de su liderazgo sobre las Fuerzas Armadas y aplicado a la guerra interna. Hay variaciones muy marcadas, que tienen que ver con las personalidades de cada uno de esos presidentes. En Belaunde, estadista cauto y profundamente democrático, influían mucho las cuestiones del estado de derecho y los DDHH, la legalidad de sus actos y, creo, el respeto por la historia y el balance que esta haría de su gobierno. Aunque se hablaba mucho de que le faltó decisión política para enfrentar con mayor energía a Sendero, la verdad es que Belaunde cuando tenía que decidir lo hacía, pero sin excesos y cuidando de no vulnerar los valores en que creía en tanto demócrata. Por ejemplo, hizo la guerra al Ecuador, pero la limitó a la "recuperación del territorio nacional", sin dejarse llevar por la atractiva idea, para muchos, de la necesidad de adquirir prenda territorial para imponer condiciones a dicho país; dio un decidido apoyo a Argentina en la Guerra de las Malvinas, pero sin dejarse impresionar por la tremenda presión que hacía el ministro de

Guerra, general Luis —el "Gaucho"— Cisneros Vizquerra, quien, nacido en Argentina y formado como soldado en el Colegio Militar de la Nación, de ese país, le pedía un compromiso más profundo. A pesar de esta probada capacidad de decisión, es cierto que ante el problema senderista fue excesivamente cauto, por lo menos en su terca oposición a la ampliación de la zona de emergencia.

Alan García, joven impetuoso, político halagado por la fortuna, con cultura política y tremendamente seguro de sí mismo, que al parecer, se creía infalible; actuaba por impulso y sin dubitaciones: la moratoria de la deuda externa, el crédito cero al agro, la debelación del motín en los penales con el empleo de las Fuerzas Armadas (posiblemente, uno de sus mayores errores políticos) y la estatización de la banca. Dio gran impulso a la lucha contrasubversiva, pero cuando la estatización de la banca le resultó un fiasco, se derrumbó anímicamente, al parecer, y se desatendió del problema subversivo.

Alberto Fujimori Fujimori, ese enigmático oriental, miró el problema subversivo con una frialdad envidiable, dando muestras de ese espíritu práctico que le dio algunos éxitos incuestionables. Uno de ellos es su victoria sobre la subversión, que es uno de sus activos históricos incuestionables, según opinión generalizada de los peruanos. Me atrevo a contradecir esa opinión, pues es necesario relativizar esa victoria, lo que quedará sustentado más adelante. De momento, digamos que ese espíritu práctico, al parecer, era una manera de superar sus tremendas limitaciones en tanto gobernante y su poca habilidad para relacionarse con los demás. En el asunto de sus relaciones con el

estamento militar, por ejemplo, dejó todo el problema en manos de Montesinos, quien, en la práctica, asumió la condición —indelegable del presidente de la república— de jefe supremo. Con el transcurso del tiempo, Montesinos asumió otras responsabilidades de Fujimori, incluso en el campo político (¿acaso no seleccionaba y "contrataba" él a los primeros ministros del régimen?), y ponía su impronta personal en muchos asuntos de estado, como cuando comandó personalmente la guerra sucia contra Sendero. Pues bien, se puede aceptar los calificativos de exitoso y eficaz respecto al gobierno de Fujimori, pero hay que considerar que eso resulta fácil si, con gran espíritu práctico, se pone de lado todas las consideraciones éticas, morales y democráticas en aras de conseguir el éxito. Así, cualquiera.

Pues bien, a pesar de los matices impuestos por cada presidente, se puede decir que la estrategia contrasubversiva fue una sola durante el decenio correspondiente a los períodos de Belaunde y García, pero que cambió con Fujimori, como veremos más adelante. De momento, digamos que la estrategia fujimorista estuvo teñida de la idea de pacificación, interpretada al buen tuntún y concretada en los dispositivos legales que, sin Congreso, luego del autogolpe del 5 de abril de 1992, el régimen dictó a su gusto. Pero, hubo algo más: la guerra clandestina de la Inteligencia, fue fruto de la mente enfermiza de Montesinos, que se expresa solo alumbrada por el concepto maquiavélico de que el fin justifica los medios, llevado al extremo. Esta guerrita clandestina de la Inteligencia no es una expresión estratégica. Es, si se quiere, una desviación en el plano táctico.

Estado de preparación de las Fuerzas Armadas para la lucha contrasubversiva

En el Ejército, componente terrestre, al que le corresponde el combate contra fuerzas insurgentes que se manifiestan en todo el territorio nacional, se incluyó en los programas de las escuelas y desde inicios de los 60, materias referidas al combate contra fuerzas insurgentes. Los oficiales llegamos a tener conocimientos avanzados sobre táctica contrainsurgente y realizábamos maniobras en la carta y algunos ejercicios en el terreno para poner en práctica esos conocimientos teóricos. Nos volvimos muy eficientes, a tal punto que cuando De la Puente Uceda se levantó en armas en 1965 y abrió cuatro frentes de muy difícil acceso en: Mesa Pelada, la región Púcuta-Satipo, la región La Mar-Vilcabamba y en la región Ayabaca-Huancabamba, nos bastó 6 meses (de julio a diciembre) para restablecer el orden en todo el territorio nacional. Sí, éramos excelentes en la lucha contrainsurgente, y Belaunde, en cuyo primer período se produjo el movimiento guerrillero de De la Puente, lo sabía.

En la práctica, ese conocimiento no nos sirvió de nada —literalmente, de nada— para la lucha contra Sendero, de manera que no es cierto que lo combatimos con los procedimientos de la contrainsurgencia de los años 50 y 60. Combatimos a Sendero con procedimientos que las fuerzas del orden debieron improvisar; en otras palabras, aprendimos a hacer la guerra contrasubversiva con la marcha de los acontecimientos. Debe saberse que los manuales y textos de estudio sobre contrasubversión, que existían en el Ejército, pasaron a los estantes de las bibliotecas en el mejor de los casos, o al tacho de basura, hablando metafóricamente.

El mérito del general Noel y su gente fue que logró una victoria rápida sobre Sendero, expulsándolo de la zona de emergencia inicial en alrededor de seis meses, sin tener una base teórica o una práctica continúa de los procedimientos que debían ponerse en juego, como es lo normal en la preparación de un ejército. Más adelante veremos qué hizo Noel para lograr tan rápido triunfo, y por qué este ímpetu ganador fue frenado.

Ahora bien, ¿por qué las fuerzas del orden estaban en esta orfandad doctrinaria, si 15 años antes habían destruido el movimiento insurgente de De la Puente? Simplemente porque la lucha armada de Sendero era una guerra "chicha", que nadie entendía y que no respondía a criterios doctrinarios. Ya hemos argumentado bastante respecto a la precariedad del liderazgo de Guzmán y de su aplicación antojadiza e ineficiente de la teoría de guerra maoísta que le sirvió de modelo; también dijimos que la guerra no la ganaba Sendero en esos tiempos iniciales, sino que la perdía el Estado, que no empleó todos sus recursos y actuó con criterio político en muchos momentos del conflicto. A Estados Unidos le pasó algo parecido, cuando tuvo que combatir al vietcong, que a los grandes transportes de carga que empleaban los norteamericanos para abastecer a sus tropas, ellos oponían los "portadores de Giap", unos casi diminutos hombrecitos asiáticos que llevaban los abastecimientos en bicicleta y siguiendo la "senda de Ho Chi Mihn", que discurría por el santuario de países vecinos. Lo malo para los norteamericanos es que no se resignaron a cambiar sus procedimientos de lucha tan abrumadores —por la logística de lujo que empleaban— y los repetían con una terquedad admirable por lo absurda. Las fuerzas del orden peruanas echaron pie a tierra y

encontraron la forma de eliminar toda expresión militar senderista que se animara a hacerse presente (de hecho, poquísimas veces se produjo un enfrentamiento armado digno de tal nombre, pues los senderistas no se animaron a enfrentar a las tropas).

El gobierno de Fernando Belaunde Terry

Relaciones del gobernante con las Fuerzas Armadas

El aspecto de las relaciones personales del presidente de la república con las Fuerzas Armadas, con los altos mandos básicamente, resulta fundamental para entender ciertas coyunturas o circunstancias políticas que involucran la participación militar. La relación de las personalidades políticas e intelectuales con el estamento militar, por lo general, se ve sesgada por el prejuicio antimilitarista —tan común en nuestro país—, el peso de la historia y los prejuicios consiguientes, y algunos otros aspectos que hacen difícil el establecimiento de canales de comunicación fluidos y ágiles entre ambos sectores, la sociedad civil y las Fuerzas Armadas, y, por extensión, entre el gobierno y el estamento militar, particularmente en situaciones conflictivas. A lo largo de la historia se puede ver que algunos políticos consideran que la subordinación constitucional de los militares al gobernante, quien es su jefe supremo, es suficiente para establecer las normas de conducta en dichas relaciones, que es como pensar que el liderazgo del presidente está sobreentendido y basta. Y, sin embargo, en el asunto del

liderazgo nada está sobreentendido, él debe afirmarse y fortalecerse de continuo.

Belaunde se relacionaba con los altos mandos dentro de una fría cortesía protocolar, que se mantuvo permanentemente, a pesar de que ningún presidente del siglo pasado tuvo su experiencia en cuanto a ejercer la jefatura suprema de las Fuerzas Armadas en situaciones de conflicto. En efecto, en su primer gobierno, las empleó para anular la amenaza guerrillera de De la Puente Uceda, y en su segundo período, la de Ecuador (en Falsa Paquisha) y la de Sendero y el MRTA. Desde antes de ser presidente, Belaunde conocía las potencialidades de las Fuerzas Armadas como valioso elemento de apoyo del gobierno para cumplir fines eminentemente sociales, y las empleó en ese sentido, en sus dos períodos, en programas gubernamentales emparentadas con el criterio de acción cívica de las Fuerzas Armadas (en su libro *El Perú como doctrina* dice que los militares son el sector que más conoce el territorio nacional y toma ese conocimiento como un activo que el gobernante debe aprovechar). Tal vez por esta relación un tanto íntima, en el plano intelectual, con el estamento militar, la característica más notable de dicho vínculo, es el respeto que mostró por la institucionalidad de las Fuerzas Armadas, que nunca mancilló con injerencias políticas en su vida diaria. Pudiendo imponer su criterio en lo concerniente a la designación de los altos mandos, prefirió aceptar el mando que los institutos, de acuerdo a sus propias normas, le propusieron. Era notable en él su inocultable preferencia por la Marina de Guerra, tal vez porque, a su modo, él también era un hombre de mar, o tal vez sea porque Nicolás de Piérola, con quien su padre trabajó muy cercanamente, era un personaje no grato para el

Ejército (que siente devoción por Cáceres), mientras la Marina apoyó al Califa en alguna de sus aventuras golpistas. Cual fuera la razón, Belaunde visitaba los lugares del interior del país, donde había instalaciones navales, dando la impresión de que trataba de eludir visitas a los establecimientos del Ejército. Algo que tampoco hizo Belaunde fue vulnerar el conducto regular de las Fuerzas Armadas, pues sus órdenes las canalizaba invariablemente a través del ministro de Guerra. Una excepción notable a esta norma de conducta, fue la relación personalísima que tuvo con el general Noel, mando político y militar de Ayacucho en el inicio de la lucha contrasubversiva. El general Noel estaba autorizado para llamarlo en cualquier momento a su teléfono particular, de día y de noche, especialmente cuando se producían bajas en las operaciones, de manera que el presidente conocía al detalle la marcha de los acontecimientos bélicos, sin que quiera sugerir con esto, que supiera de —o las hubiera autorizado— las violaciones a los DDHH que pudieron producirse en ese período inicial del conflicto. Reunía con cierta asiduidad al CDN, de manera que monitoreaba eficientemente la situación.

Los inicios de la lucha contrasubversiva

Como ya quedó dicho y es archiconocido, Sendero empezó su lucha armada la víspera de los comicios de 1980, que llevaron al gobierno al arquitecto Belaunde. Sin tener idea del tremendo problema que empezaba, Belaunde cometió un gran error, al disponer, seguramente asqueado, que se destruyeran los archivos del Servicio de Inteligencia Nacional, porque era evidente que el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada

había hecho seguimiento detallado, con el fichaje correspondiente, de los estamentos políticos (partidos y líderes), de los sindicatos y de otras organizaciones que hacían la oposición al régimen militar. En realidad, eso es lo que hace todo servicio de Inteligencia en todo el mundo (en el FBI del todopoderoso Edgar Hoover ni la familia presidencial se salvaba). Sin ninguna duda, la comprensión del fenómeno subversivo tardó por la falta de información de Inteligencia, que en el nivel estratégico (del SIN, con sus archivos destruidos) dificultaba seguirle la pista a Sendero, pues la izquierda peruana, el comunismo incluido, venía pasando por una etapa muy difícil, debido a su continua fragmentación y a las alianzas un tanto absurdas que concretaban las facciones sobrevivientes de esa especie de terremoto político (es un hecho que el origen de SL fue descubierto por investigadores civiles, no por los servicios de Inteligencia). Desde luego, es imposible que todo hubiera sido destruido. Quedaba, por lo menos, información del nivel táctico, que es el que corresponde a los servicios de los institutos castrenses. Como sea, se empezaba el conflicto interno con la pata coja de los servicios de Inteligencia.

Cuando Sendero empezó su lucha armada fue una sorpresa para todo el mundo, incluido el gobierno, y cuando las noticias sobre sus andanzas ya cubrían varias páginas de los periódicos y varios minutos de los programas políticos televisivos de los domingos, empezó un gran debate en el que, por un lado, se le exigía al gobierno que pusiera mano dura, mientras desde el otro (de la izquierda, principalmente) que interviniera cautamente, que no militarizara el país. Tal vez debido a esto último es que el presidente Belaunde empezó a calificar de actos delincuenciales las acciones senderistas, y tildaba de

abigeos a los insurgentes, mientras que los caricaturistas políticos y otros voceros de opinión, los denominaban "guerrigeos", haciendo mofa del calificativo gobiernista. Belaunde, congruente con su tesis, ordenó a la Policía que restableciera el orden en Ayacucho. Pero, la Policía fue desbordada por Sendero y cerró sus comisarias y puestos en los ámbitos rurales, retirándose a la ciudad de Huamanga (también llamada Ayacucho). Cuando la situación se hizo crítica y, donde podía, la Policía reprimía a los senderistas con gran dureza, se empezó a hablar de la violencia policial y de su inconveniencia en un país democrático. El gobierno, el 12 de octubre, declaró en emergencia varias provincias de la sierra centro sur, pero mantuvo a la Policía al frente del problema. En esos días Sendero se aplicó, con gran esmero, a desaparecer toda presencia del Estado en el campo, asesinando sistemáticamente a toda autoridad, por más humilde que fuera, y a cerrar escuelas, locales de correos, etc. Logró su objetivo y en diciembre de 1982, era el dueño de ese gran espacio serrano. A fines de diciembre, al gobierno no le quedó otra solución que hacer intervenir a las Fuerzas Armadas.

El 29 de ese mes llegó a Ayacucho parte importante de la Segunda División de Infantería, con sede en Huancayo, que estaba bajo el mando del general de brigada Clemente Noel Moral. Tal vez para evitar que la izquierda lo acusara de militarizar el país, Belaunde dio una misión equívoca al Ejército: intervenir en apoyo de la Policía. Estoy convencido que esa misión fue solo de cara a la opinión pública, pues la orden de operaciones del Comando Conjunto fue más lógica y congruente con la realidad, y el general Noel, apenas llegado a Ayacucho, subordinó a la Policía bajo su mando y asumió el control de la situación.

Estrategia impuesta por el gobierno

¿Cuál fue la estrategia impuesta por el gobierno en esos días iniciales de la lucha? No es lógico esperar, en esos momentos de tremenda oscuridad respecto a todo lo concerniente a Sendero, una estrategia acabada en su concepción. Ya hemos dicho que tal estrategia, en el campo militar, estaba implícita en la orden de intervención de las Fuerzas Armadas, cuya misión no podía ser otra que "Recuperar la zona en poder de SL y destruir las fuerzas subversivas actuantes". Una estrategia como esta ya está definida en el planeamiento de la DIT (Defensa Interior del Territorio) y en las órdenes previstas para su puesta en ejecución, de manera que se puede afirmar, sin ninguna duda, que las órdenes dictadas por el Comando Conjunto (que hace de charnela para convertir la estrategia operativa en operaciones de combate, es decir, en táctica, como ya se explicó) ponían en ejecución las órdenes de operaciones de la DIT. Desde luego, el planeamiento, siendo permanente durante las operaciones, debe ir sufriendo las variaciones y perfeccionamientos que son necesarios. Lo que se puede afirmar es que, en la práctica, no se vio un perfeccionamiento de esa naturaleza en los dos años siguientes hasta el cambio de gobierno. Como sea, veamos los aspectos más importantes de la estrategia en los cuatro dominios ya señalados:

En el campo político

Sendero expulsó de la sierra centro sur, donde dominaba, toda muestra de la presencia del Estado. Convirtió esa región en una zona liberada al mejor estilo maoísta. El gobierno no reaccionó en la medida necesa-

ria para restablecer esa presencia, inicialmente porque eso era imposible, dada la calidad de campo de batalla que tenía esa región. Pudo exigir que las autoridades asumieran sus cargos, y restablecieran el aparato estatal en la región, una vez que las fuerzas del orden recuperaron el campo y hubieron establecido las bases antisubversivas, más tarde denominadas BBCCSS (bases contrasubversivas), con las que controlaban el territorio recuperado. No lo hizo. Cuando Sendero fue expulsado de la zona de emergencia e iniciaba su desplazamiento hacia otras regiones, como ya vimos, el gobierno debió ampliar la zona de emergencia, siguiéndole los pasos, de manera que las fuerzas del orden mantuvieran su capacidad legal de atacarlas. Tampoco lo hizo. Si lo hubiera hecho, sin duda, la historia hubiera sido otra y Sendero habría quedado como las guerrillas de De la Puente Uceda: solo una nota a pie de página en la historia general de la República. Primó en el presidente Belaunde el criterio político, a pesar de que la ampliación de la zona de emergencia era una necesidad convertida en clamor casi general. Un presidente del Comando Conjunto se lo pidió públicamente, poniéndose al borde de la insubordinación.

El gobierno nombró jefe político-militar al comandante de la zona de emergencia. Este nombramiento fue la fuente de los mayores problemas de los comandantes militares de cara a la opinión pública, a pesar de que eso de jefe político era una ficción, pues, en la práctica, el prefecto seguía teniendo el mando político, y solo se subordinaba al comandante en asuntos estrictamente relacionados con la lucha contrasubversiva, de manera que la capacidad de maniobra de tal comandante en los campos no militares de la acción estatal era limitada, pues

solo coordinaba. Jefes político-militares a cabalidad eran los del gobierno militar, cuando el prefecto solo cumplía funciones administrativas y el comandante militar al mando podía disponer de los recursos de los sectores no militares para el cumplimiento de su misión.

Cuando las Fuerzas Armadas empezaron a operar llevaban sus prisioneros al cuartel "Los Cabitos", en Huamanga, los interrogaban según estaba autorizado por la ley y luego los entregaban al aparato judicial de la zona de emergencia. Antes de su ingreso en la lucha, la cárcel de Huamanga, en algún momento, se llenó de senderistas capturados por la Policía, incluso la lidereza Edith Lagos, una joven estudiante devota de Abimael Guzmán, que se estaba convirtiendo en un personaje de leyenda. Entonces, Sendero empezó su política de amedrentamiento a jueces y fiscales, los cuales, sin ningún rubor, procedieron a ponerlos en libertad, invariablemente, "por falta de pruebas". El 2 de marzo de 1982 Sendero atacó la cárcel y liberó a su gente, incluida Edith Lagos. Esta, posteriormente, a fines de este año, cayó abatida en un enfrentamiento con la Policía y fue objeto de un impresionante sepelio en la ciudad. Pues bien, las capturas de senderistas por el Ejército a partir de enero de 1983 se hicieron muy significativas y, entonces, la liberación de los mismos por los jueces adquirió ribetes de escándalo, situación que no varió hasta inicios de los 90, cuando los senderistas capturados empezaron a ser procesados en la justicia militar y por los jueces sin rostro.

En el campo económico

De manera general, puede decirse que la política económica del gobierno no cambió con motivo de la

guerra interna que se iniciaba. La situación fiscal era difícil y amenazaba empeorar en la medida en que Sendero empezaba a atacar las fuentes de riqueza en la sierra, las ONGs y otras expresiones del apoyo externo. Al finalizar su período y en vista de las tremendas dificultades que tenía el gobierno, principalmente para sostener la lucha contrasubversiva, Belaunde, según algunos entendidos, dejó de pagar la deuda externa o redujo los pagos de manera dramática. Cuando Alan García proclamó al mundo su unilateral decisión de limitar el pago de la deuda al 10% del valor de las exportaciones peruanas, solo estaba oficializando la postura del gobierno anterior, según los mismos entendidos.

El gobierno de Belaunde dio a las Fuerzas Armadas los fondos necesarios para la ejecución de las operaciones contrasubversivas. No se requería renovar el armamento, pues el que había adquirido Velasco, que había probado en 1981 estar en buen estado tecnológico y de mantenimiento con el rápido triunfo sobre el Ecuador, bastaba para enfrentar a Sendero.

Hay que decir que las actividades productivas en la sierra fueron blanco predilecto de Sendero y que todavía no se ha dado a los hombres que intentaban mantenerlas en funcionamiento el reconocimiento que se merecen por su valor. El gremio de los ingenieros, los de caminos, principalmente, ha sido el de mayor número de víctimas de las fuerzas subversivas.

En el campo sicosocial

Dado el desconocimiento y la tremenda confusión que existe actualmente en torno al dominio sicosocial, es necesario precisar que los elementos básicos de la estructura de este campo son: la población, el medio am-

biente, la realidad geográfica y las instituciones sociales. En términos más concretos, a este campo pertenecen los sectores: educación y cultura; salud, saneamiento y alimentación; trabajo y previsión social; vivienda; ética y religión; comunicación social; urbanización, y ciencia y tecnología. Dentro de la estructura del Estado y la sociedad civil, estas expresiones del campo sicosocial son asumidas por los ministerios respectivos, las Iglesias de todos los credos y los medios de comunicación social estatales y privados. La confusión que existe actualmente es que se cree que lo sicosocial solo está relacionado con las campañas de operaciones sicológicas espurias (las vírgenes que lloran, por ejemplo), las cortinas de humo y, en general, todas las acciones desinformadoras del gobierno. La verdad es que una de las bajas más lamentables del conflicto interno es la de este dominio de la defensa nacional, que ha perdido toda respetabilidad y credibilidad. Tal vez sea conveniente que en el CAEN le cambien el nombre.

El Gobierno Revolucionario instituyó el SINACOSO, organismo estatal a cargo de la propaganda gubernamental y de otros aspectos del campo sicosocial. Al final del período de intervención militar, el SINACOSO era visto por la sociedad civil como un organismo nefasto y antidemocrático. En verdad, el gobierno venía utilizando los fondos de la publicidad estatal, el más importante del país, para presionar a los medios y este pecadillo o pecadazo, si se quiere, salpicaba al SINACOSO, aunque no tenía responsabilidad directa en esos manejos. Allí tenían que ver la OCI y la empresa publicitaria Andina. Pues bien, en la campaña electoral, todos los candidatos ofrecieron desactivar el SINACOSO, pero como el gobierno necesitaba un aparato propagandístico (todos los go-

biernos modernos y democráticos lo requieren), Belaunde no pudo cumplir esa promesa. Tampoco pudo hacerlo Alan García. Fujimori intentó reflotarlo, pues al inicio de los 90, el SINACOSO era solo un elefante blanco. Cuando intentó poner al mando de ese organismo a un conocido personaje que tuvo que ver con el SINACOSO de Velasco, los medios pusieron el grito en el cielo y el presidente dio marcha atrás. Desde hace años, en realidad, el gobierno peruano no cuenta con un aparato propagandístico digno de ese nombre.

Como los presidentes democráticos que siguieron al gobierno militar no quisieron utilizar a toda capacidad los recursos del SINACOSO, que no eran muy importantes en realidad, le dieron gran ventaja a Sendero, que se beneficiaba con la propaganda contra la violación de los DDHH y la guerra sucia que, se decía, ejecutaban las Fuerzas Armadas. Esa propaganda corría a cargo de entidades muy respetables del país y el extranjero, de personajes y partidos políticos genuinamente preocupados por la legalidad de las acciones gubernamentales y los DDHH; pero también simpatizantes de Sendero, y una gran cantidad de tontos útiles. La campaña por la defensa de los DDHH y contra la "guerra sucia" afectó, en alguna medida, a las fuerzas del orden, que sintieron que la opinión pública les daba la espalda. El gobierno nada, o casi nada, hizo para revertir esta situación, ni para levantar la moral de las autoridades políticas que sucumbían a la amenaza senderista y no cumplían sus funciones. Tampoco hizo nada para que el resto del país, no involucrado en la guerra interna, se interesara en el problema y, por lo menos, se mostrara solidario (los limeños estaban en balcón, interesadísimos en ver en la televisión las escenas truculentas de la guerra). Como

consecuencia de esta situación, gran sorpresa fue constatar que Sendero había construido un aparato clandestino que cubría casi todo el territorio. Y otra sorpresa más: constatar cómo Lima había cambiado de fisonomía, con la afluencia masiva de gentes que abandonaban el campo, para huir de Sendero y de la acción de las fuerzas del orden. Una idea general era que esa gente vivía entre dos fuegos, el de los senderista y el de las tropas, idea que tenía mucho de cierta. Esos desplazados se las ingeniaban para establecerse en lugares periféricos de Lima.

El desplazamiento de los campesinos del campo a las ciudades, principalmente a Lima, por poco hace colapsar los servicios públicos, y exigió al gobierno el empleo de fondos no programados para ampliar la cobertura de dichos servicios, en electricidad y agua, principalmente. Esta situación casi caótica ayudó en mucho a Sendero de varias maneras, la principal de las cuales era la facilidad que le dio para desplazar sus fuerzas y construir y/o ampliar su aparato clandestino. También en agudizar las contradicciones del sistema, pues la imposibilidad del gobierno para ayudar a los desplazados a solucionar sus múltiples problemas creaba un gran descontento social. La carencia de empleos hizo que la informalidad fuese el refugio de esos desplazados.

El papel de la prensa fue lamentable en los primeros años del conflicto. La gran cantidad de periódicos y revistas que se fundaron venían teñidos con el amarillismo más burdo, que encontró en la propaganda senderista y en las denuncias de la "guerra sucia" materiales de portada y titulares de bandera. Esa prensa satanizó inmisericordemente al general Noel, a tal punto que no encontré mejor título para el reportaje que escribí res-

pecto a una visita periodística que hice a la zona de emergencia que: "Ayacucho. ¿Quién es el enemigo?" [28]. El artículo tuvo gran repercusión, creo que por dos razones: se hacía ver cómo combatían y vivían en la zona de emergencia las tropas que combatían a SL, es decir, las humanizaba, y, de otro lado, llamaba la atención sobre la necesidad de tomar muy en serio a Sendero, en tanto adversario del Estado (no unos "terrucos" delincuenciales). En las filas de Izquierda Unida se levantó una grita contra el tal artículo y durante años los parlamentarios de esa bancada encontraron en él tema para los pliegos de interpelación a los ministros de Guerra. Alguien dijo que mi artículo era el primer reconocimiento, desde un órgano oficial, de la grave situación que se vivía en el campo y de la real amenaza que era SL para la vigencia del Estado. Un parlamentario izquierdista dijo que Sendero nunca podría haber encontrado un mejor propagandista que el teniente coronel Hidalgo y apostaba a que el Ejército me daría de baja. Hay que decir, que en esa época, la Izquierda Unida aún no había hecho los deslindes con respecto a Sendero, que la opinión pública le exigía.

El amarillismo de la prensa de esos días no era un asunto que solo nos preocupaba a los militares, sino también a los mejores representantes del periodismo. Los principales diarios acordaron relegar las noticias de Sendero a páginas interiores, lo que funcionó a medias y por un tiempo corto. Solo *El Comercio*, que había relegado las noticas sobre Sendero a la página policial, mantuvo esa postura durante todo el conflicto.

Sendero se apoderó de *El Diario de Marka* y lo transformó en *El Diario*, su vocero, encubierto en el inicio, cuyas opiniones y primicias sobre el elemento sub-

versivo tenían repercusión en no pocos medios democráticos. Amparado en la irrestricta libertad de prensa que existió en los gobiernos de Belaunde y García, el vocero senderista se volvió cada vez más audaz en su acción propagandística, hasta que la nueva legislación sobre el delito de apología del terrorismo lo sacó de circulación, ya en los 90.

En cuanto al papel de las iglesias, todavía se discute el tema. Se dice que la Iglesia Católica (en Ayacucho) apoyó decididamente la lucha contrasubversiva, sin interesarse mucho por denunciar la "guerra sucia", ni comprender ni proporcionar la ayuda necesaria a quienes eran víctimas inocentes de las fuerzas del orden; los evangélicos aducen que ellos se involucraron decididamente en el problema de tales víctimas y combatieron a Sendero, señalando la gran cantidad de víctimas que tuvieron entre sus autoridades y fieles.

En el campo militar

Ya está ampliamente explicada la estrategia militar. Lo que habría que hacer notar es que la misma cargó sobre sus espaldas todo el peso de la responsabilidad del Estado frente al problema subversivo en el gobierno de Belaunde. Así como las fuerzas del orden tuvieron que improvisar sobre la marcha de la guerra las soluciones más adecuadas al desafío senderista, informalísimo, fuera de todo texto, el gobierno también tuvo que aprender a hacer lo suyo durante el desarrollo del conflicto. Ese aprendizaje duró todo el período de Belaunde.

Una acción gubernamental muy positiva fue el envío de un destacamento al Alto Huallaga, en 1984, para impedir que Sendero, expulsado de la zona de emergencia, se instalara en los espacios cocaleros, donde había el

peligro de que se aliara con el narcotráfico, como sucedió más adelante. Conseguido su objetivo, ese destacamento fue replegado a su base de Huancayo en 1985, dejando en Tingo María un batallón de Infantería, que posteriormente sería la unidad principal en la lucha contra Sendero en esos espacios.

El nivel táctico

Sobre la guerra no convencional

Ya lo dijimos: el nivel táctico es el de las operaciones de combate, del empleo de las tropas. Es necesario puntualizar algunos aspectos teóricos para entender a cabalidad la naturaleza del desafío que las Fuerzas Armadas enfrentaron al intervenir en la lucha. En primer lugar, el tipo de guerra que ejecutaron es el que se conoce como no convencional. La guerra convencional es la de tipo clásico, napoleónico, en el que dos adversarios se enfrentan en franca lid. Ambos se sitúan en un terreno, son ubicables, se convierten en objetivos de su adversario. La victoria se obtiene cuando se logra derrotar al adversario en la batalla (el momento culminante de la táctica) o cuando, maniobrando con sabiduría se ocupan puntos del terreno que aislan al adversario del resto de su fuerza y a este solo le queda rendirse. En el primer caso, la misión que se le asigna al ejército triunfante es la de "destruir al adversario", el objetivo es la fuerza; en el segundo caso, la misión es "conquistar un objetivo físico", en cuya ejecución no interesa eliminar la fuerza sino ocupar ciertas posiciones, en el entendido que esa fuerza, aislada, caerá sola en el mejor de los casos. Definir el tipo de misión que se le impone a la fuerza es el problema del comandante, quien es el artífice de la con-

ducción, es decir, el diseño de la maniobra, la aplicación de la fuerza en ciertos lugares y en determinados momentos. La maniobra permite superar problemas mayúsculos, como el de una fuerza propia minoritaria en comparación con la del enemigo, en lo que Napoleón sigue siendo insuperable. Aníbal, en la batalla de Canas, Rommel en África, también son epítomes de la conducción, en condición minoritaria, en el campo de batalla. Este tipo de guerra (la convencional) se ejecuta atendiendo a ciertos principios de valor universal, algunos de los cuales fueron precisados por Napoleón o por quienes teorizaron estudiando las tácticas del gran corso, como Antoine Henri Jomini, general que actuó en el estado mayor de Napoleón, y Clausewitz, y por otros comandantes exitosos. Ahora bien, el elemento fundamental que requiere el comandante en la guerra clásica es la Inteligencia de combate, cuyo problema permanente es establecer las condiciones del enemigo (qué fuerza tiene, dónde se ubica, de qué armamento dispone, dónde se encuentra su base logística, etc.), del terreno (por donde maniobrar) y de las condiciones meteorológicas, a fin de que las operaciones no sean perturbadas por el clima, principalmente. Sin Inteligencia de combate, el comandante está ciego y muy vulnerable frente a su enemigo y las sorpresas que este le puede deparar. La Inteligencia de combate la obtiene el comandante con sus propios recursos de Inteligencia, o mediante intercambio con fuerzas amigas que operan en su cercanía.

La guerra no convencional se llama así, justamente, porque no se ciñe al patrón clásico. Se empieza a hablar de este tipo de guerra después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se producen las llamadas guerras de li-

beración, cuando las colonias europeas luchan por independizarse en Asia y África. El patrón de estas guerras, sin embargo, es único: un ejército regular poderoso, el metropolitano, se enfrenta a fuerzas no regulares, unas guerrillas que actúan de manera extraña. Con el tiempo, las fuerzas regulares aprenden a combatir a las guerrillas, incluso utilizando sus mismas tácticas, y ese aprendizaje lo convierten en doctrina que se difunde en todo el mundo, porque si ha habido algo "globalizado", mucho antes de que se hable de este tema, es la doctrina militar. Ya se dijo que esta doctrina nos sirvió a los militares peruanos para anular la amenaza de De la Puente en muy poco tiempo.

Algunas características de la guerra no convencional, las principales, son:

—Requiere de gran apoyo popular: en las guerras de liberación el mero hecho de buscar la independencia es el mejor incentivo para lograr ese apoyo, pero sin descuidar la propaganda, que también resulta fundamental para ello.

—Gracias a ese apoyo, las guerrillas deben estar en constante crecimiento hasta lograr lo que Mao llama el equilibrio estratégico.

—En la contraparte, las fuerzas regulares, las del Estado, deben trabajar para conseguir, también, el apoyo del pueblo, o para legitimar su acción contrainsurgente, mediante la propaganda, en primer término.

—Las fuerzas subversivas requieren de una corriente de abastecimiento constante y abundante, es decir, de una buena logística, para lo que deben establecer las bases de apoyo, elemento fundamental de la estrategia maoísta de la guerra prolongada.

En cuanto a la Inteligencia, es más necesaria en es-

te tipo de guerra, pues las fuerzas insurgentes tienen elementos clandestinos, especialmente en los espacios urbanos, que le dan información y descubren objetivos para la acción terrorista a que también apelan. Y también se necesita la Inteligencia de combate de tipo clásico (enemigo, terreno y condiciones meteorológicas). En el primer caso actúan elementos de Inteligencia de niveles superiores del mando (en el Perú, los servicios de Inteligencia de los institutos y el CNI, que se ocupa de la Inteligencia estratégica).

El enemigo que encontró
la Segunda División de Infantería

Cuando llegó el Ejército a Ayacucho, según la metodología de operaciones que se ejecuta invariablemente, tuvo que hacer una apreciación de la situación, el estudio de la realidad en la SZSN 5 (sub zona de seguridad nacional). Sin ninguna duda, la apreciación de Inteligencia contó con el asesoramiento y la colaboración de, en primer lugar, la Policía, que tenía información de primera mano respecto a los puntos fuertes de Sendero en el terreno; de autoridades desplazadas a Huamanga; de colaboradores civiles voluntarios y de los primeros desplazados por la violencia, que se refugiaron en Huamanga. Desde luego, también de los servicios de Inteligencia, que ya venían trabajando en el campo, con agentes desplegados en él.

¿Qué enemigo encontró la Segunda División? Cuando Sendero inició su lucha armada en mayo de 1980 no contaba con formación guerrillera alguna. A fines de 1982 seguía sin contar significativamente con este elemento, de manera que era un enemigo que no podía ser ubicado en el terreno, y las fuerzas del orden

tuvieron que operar inicialmente en base a la Inteligencia disponible*. Sendero no era ubicable, en tanto enemigo concreto, pero estaba en todas partes. La primera conclusión del mando militar, entonces, fue: las tácticas de la contrainsurgencia tradicional no nos sirven para combatir a Sendero. Entonces, debieron idear procedimientos nuevos, sin el apoyo de ningún manual de operaciones.

La táctica del general Noel

Había que operar contra los bastiones senderistas más conocidos, pero, ¿con qué fuerza? Normalmente, una GU (gran unidad) de la magnitud de división actúa con todos sus elementos de combate y apoyo de combate, o dosifica esos elementos en función de la composición y fuerza del enemigo, pero evitando fragmentar sus fuerzas. Las fuerzas del orden en Ayacucho tuvieron que hacer esa fragmentación, y la forma de acción adoptada fue la ofensiva con fuerzas del valor de una patrulla (las patrullas pueden estar compuestas por un puñado de soldados o más, hasta alcanzar el valor de una compañía, mucho más de 100 hombres). Y así se hizo. La eficacia de esta forma de acción se hizo evidente, porque Noel dispuso que se consolidara el éxito obtenido, en la reducción de las fuerzas senderistas, mediante el establecimiento de bases en el terreno recuperado. Evitó cometer el error de los norteamericanos en Vietnam, que también operaban con fuerzas del valor de una patrulla, pero no retenían el terreno: atacaban, reducían la fuerza

* Inteligencia es la información procesada, las conclusiones de un proceso de análisis y síntesis de esa información, según los procedimientos de investigación que utilizan las Fuerzas Armadas.

del vietcong y volvían a su base. Las fuerzas del orden peruanas hicieron, como los norteamericanos, uso intensivo del helicóptero (operaciones aeromóviles), los que, luego de consolidados los objetivos, eran utilizados para llevar apoyo logístico a las comunidades liberadas, básicamente alimentos.

La táctica ideada por el general Noel y su estado mayor, en consecuencia, fue simple: la ocupación del territorio mediante bases contrasubversivas desde las que salían de continuo patrullas terrestres para evitar el movimiento de los senderistas. Con Noel aprendimos que, para los efectos prácticos de controlar la situación, era igual eliminar a los subversivos o evitar que se movieran, que actuaran contra los poblados serranos. En menos de seis meses, las bases (alrededor de 60), cubrieron la zona de emergencia, ocupando lo que en el nivel táctico se llaman puntos críticos. Operando desde las bases (también desde Huamanga), lograron expulsar a los senderistas de esa región.

Ya es hora de decir algo sobre la política de represión indiscriminada que, se dice, se practicaba en los momentos iniciales de la guerra interna. Debo decir que conversé sobre este problema de la represión indiscriminada con varios comandantes de patrulla y de otros niveles del mando, de manera que tengo algún conocimiento cercano del mismo. Cuando las fuerzas del orden empezaron a operar, ellas no tenían forma de saber quién era senderista y quien no lo era. En lo poblados a los que entraban sí había forma de discriminar, cuando los no senderistas daban un paso al costado pasivamente, mientras que los senderistas y la gente que los apoyaba o salían desbandados o se enfrentaban con sus armas a las tropas. Lo que no sucedió sistemáticamente fue

que las tropas dispararan contra todos (hay casos en que sí sucedió, pero por lo general son del dominio público). Cuando las tropas incursionaban en ciertos reductos senderistas y todo el mundo corría o se enfrentaba a las fuerzas del orden, había que disparar a todos, de donde resulta que muchos inocentes cayeron en el combate. Con el tiempo, cuando los pobladores llegaron a sentirse entre dos fuegos, muchos no senderistas corrían por temor a ser matados por la tropa y también cayeron. Ahora bien, es posible que mucha gente hubiera preferido que esas operaciones tuvieran el cariz de un operativo policial, cuando se detiene al delincuente y se le entrega a los estamentos judiciales; lamentablemente, los procedimientos policiales habían fracasado en la represión de Sendero y ahora se trataba de una guerra. Desde luego, en la guerra también se detiene al enemigo, se toman prisioneros y de hecho en la lucha contra Sendero así se actuó de contínuo (véase las estadísticas consignadas en la primera parte de este libro). Hay que decir, en todo caso, que el senderista no se rendía fácilmente, era un combatiente feroz, que en muchos casos moría dando vivas a la lucha armada y al camarada Gonzalo. En muchísimos casos eran un adversario de respeto. Seguramente a eso se refirió el presidente Alan García en su famosa charla en Ayacucho, cuando pidió a los apristas que imitaran a los combatientes senderistas y asumieran sus responsabilidades con valor y decisión, lo que casi le valió el calificativo de apologista de Sendero. Lo que aquí afirmo se basa en la verdad y, desde luego, desde una postura estrictamente de análisis de los problemas de la guerra interna. Después de todo, lo que decía Sun Tzu respecto a conocer al enemigo es una obligación de todo profesional de la guerra.

Que quede claro, entonces, que si la represión fue indiscriminada en muchos casos y, particularmente, en el inicio de la lucha contrasubversiva, ello no fue como consecuencia de una estrategia contra los DDHH, sino de la naturaleza del enemigo, de las circunstancias en que las fuerzas del orden tuvieron que combatirlo, en suma, de la naturaleza de la guerra no convencional, como ya se dijo.

En resumen, sobre la táctica contrasubversiva, destacaremos estos puntos:

—Establecimiento de bases contrasubversivas, para controlar las rutas y dar protección a los poblados y caseríos.

—Patrullaje intenso, para evitar la acción subversiva, pricipalmente contra las agrupaciones humanas; las patrullas salían de las bases o eran enviadas desde Huamanga, cuando, con los recursos de la Inteligencia, se ubicaba agrupamientos de senderistas.

—Desde las bases o desde Huamanga, apoyo de acción cívica, principalmente con alimentación, a los poblados protegidos por las tropas o a otros aislados, que sufrían de desabastecimiento, precisamente por la acción subversiva.

—En las poblaciones en las que se asentaban las bases, ejecución de acciones de ayuda a la comunidad, consistentes en la reparación de locales destruidos por Sendero, mejoramiento de las vías de acceso, y en algunos casos, cuando los jefes de bases eran oficiales con mayor sensibilidad social, la apertura de las escuelas y el dictado de clases a cargo de los oficiales y/o de los clases y soldados más preparados.

Debo decir que no leí este esquema en las órdenes de operaciones, a los que no tendré acceso mientras el

Ejército no abra sus archivos para la investigación histórica, pues son documentos clasificados, sino que lo establezco en base a lo que vi en las varias misiones periodísticas, para *Actualidad Militar*; que cumplí en la zona de emergencia inicial y en otros lugares, así como en las varias oportunidades que tuve de acompañar al ministro de Guerra en sus continuos viajes a dicha zona. Debo decir, además, que este esquema se mantuvo a lo largo de todo el conflicto, como lo constaté años después, cuando fui inspector.

El incentivo para la autodefensa de las poblaciones rurales

Hasta la llegada de las Fuerzas Armadas a la zona de emergencia inicial, Sendero tuvo grandes facilidades para extender su acción y dominio en los inmensos espacios, mayormente despoblados, de la sierra centro sur. Se sabe que tenía armas, explosivos, recursos de sanidad y víveres escondidos en cuevas y otros lugares fácilmente identificables por ellos, de manera que el desplazamiento de sus huestes hacia sus puntos de aplicación se hacía sin llamar la atención. Por lo demás, ese procedimiento permitía a Sendero superar el problema de su falta de movilidad vehicular. De otro lado, su política de amedrentamiento fue exitoso y los senderistas entraban a las poblaciones rurales sin oposición, y hacían lo que querían impunemente: juicios populares, cobro de cupos en dinero o especie, según fueran las posibilidades de los pobladores; reclutamiento compulsivo de jóvenes, y otras barbaridades. Por lo mismo, el incentivo para que los campesinos abandonaran su medrosa pasividad era un recurso que estaba cantado. En las bases había gran interés en ello,

y se buscaba el acercamiento con los licenciados del Ejército, a los que los oficiales inducían a tomar el mando de su gente para, de alguna manera, evitar los abusos senderistas. En las bases se daba instrucción militar elemental, particularmente en técnicas de patrullaje y vigilancia del terreno circundante, de manera que los campesinos, que no disponían de armas, tuvieran una alerta temprana para alejarse del poblado y salvar la vida.

Este incentivo para la autodefensa se convirtió en una norma, cuando el 21 de enero de 1983, la población de San José de Secce hizo frente a los senderistas y mató a siete de ellos con cuchillos y machetes. El hecho se convirtió en noticia de primera plana, pues era la primera vez que sucedía una reacción de esa naturaleza. El presidente Belaunde aplaudió públicamente esa actitud y pidió que fuera emulada en otros lugares, y dispuso que las fuerzas del orden entregaran víveres y otros recursos a esos valientes campesinos. Poco después, sin embargo, el incentivo a la autodefensa estalló en la cara al general Noel, quien tuvo sus primeros desencuentros con la prensa y el Congreso a raíz de esa política, precisamente. Sucedió que los medios limeños enviaron delegaciones de periodistas para informar sobre lo que había sucedido en San José de Secce. El comando militar de Ayacucho les negó la autorización para que se internaran en la zona de operaciones, habida cuenta que se estaba combatiendo en toda ella. Ocho periodistas capitalinos, por sus propios medios y sin protección militar, viajaron a San José de Secce y en el trayecto, el 26 del mismo mes, fueron masacrados por la comunidad de Uchuraccay, que los confundió con senderistas. Allí empezó la sa-

tanización del general Noel, a quien se le acusó de incentivar esa actitud de los campesinos. Cuando meses después la Comisión Vargas Llosa investigó lo sucedido y concluyó liberando de culpa al Ejército y poniendo las cosas en su sitio, hubo muchos que no le creyeron y a nuestro laureado escritor también le salpicó algún insulto.

Acción integral del Estado contra Sendero Luminoso

Dijimos que la insurgencia de Sendero le resultó sorpresiva al gobierno. Los organismos estatales en la región centro sur de la sierra abandonaron el campo y se refugiaron en Huamanga. El Estado dejó de tener presencia en los espacios rurales. Esta situación no varió durante el resto del gobierno de Belaunde.

El general Noel, en su papel de jefe político-militar, intentó revertir la situación mediante el comité de seguridad que organizó, con la presencia de las autoridades civiles, militares y policiales, que, por lo general, se reunían todos los días en la sede de su comando. Allí se informaba a todos los asistentes sobre el desarrollo del conflicto y todos los participantes podían aportar sugerencias para mejorarlo y ofrecer sus propios recursos para que el Ejército los utilizara. Lo menos que se logró, en todo caso, fue crear conciencia, en el aparato estatal (local), de que era necesaria una acción conjunta para enfrentar a Sendero.

La ciudad de Huamanga al finalizar el período de Belaunde

Cuando uno llegaba a Huamanga en esos días iniciales, tenía la impresión de que se internaba en territorio de guerra. El aeropuerto tenía la fisonomía de

una base norteamericana en Vietnam, que las películas de Hollywood empezaban a difundir. Los helicopteros entraban y salían, en muchos casos con soldados y campesinos muertos y heridos. Los controles eran estrictos. Había parapetos hechos con sacos terreros, detrás de los cuales estaban en posición ametralladoras y soldados. En la ciudad lo notable era la ausencia de turistas y los hoteles vacíos, las patrullas motorizadas del Ejército que entrecruzaban sus rutas en todo momento y la actitud desconfiada de los viandantes y automovilistas, como si estuvieran alertas ante un próximo atentado senderista.

También era notable el cambio de actitud de la población universitaria, que empezaba a repudiar el movimiento subversivo que había nacido en el campus de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. Sendero empezaba a perder su base inicial, tendencia que se concretó poco después.

Conclusión general sobre la estrategia contrasubversiva durante el gobierno acciopopulista

La conclusión más clara que se puede sacar del empleo de la estrategia durante el gobierno del Arquitecto, es que la dejó en manos de los militares. De manera general, el aparato estatal no contribuyó al esfuerzo de la lucha contrasubersiva. En estas condiciones, y negándose el gobierno a ampliar la zona de emergencia, cuando empezó el desplazamiento fuera de ella del elemento principal de Sendero, se facilitó la ofensiva senderista en todo el país y la organización y/o ampliación de su aparato clandestino.

El gobierno de Alan García Pérez

Relaciones del gobernante con las Fuerzas Armadas

Cuando Alan García asumió la presidencia de la república, lo hizo con gran estilo. En tanto jefe supremo de las Fuerzas Armadas se hizo dar insignia (para el saco) y bastón de mando, y se hizo reconocer como tal en el patio de honor de Palacio de Gobierno. Creo que en las Fuerzas Armadas sucedió lo que en el resto del país: se produjo una gran esperanza en el joven presidente, quien encarnaba, al parecer, al líder que el Perú esperaba. Alan García se relacionó muy bien con los altos mandos; se sentía cómodo con el generalato. De manera general, puede decirse que se sentía más cómodo con el Ejército que con los otros institutos, después de todo, él había postulado a la Escuela Militar dos veces, sin conseguir ingresar debido a que no pasó el primer escollo, el de la documentación y las pruebas iniciales. Gustaba alternar con los oficiales de su generación (mayores y tenientes coroneles en ese entonces) y más aún con la oficialidad más joven. Cuando estaba con ellos les decía, con gran sentido del humor, que la Escuela Militar le había hecho un gran favor al rechazarlo, pues en el mejor de los casos a la fecha hubiera sido teniente coronel, en cambio ya era el jefe supremo. Pidió que le enviaran como jefe de la Casa Militar de Palacio a edecanes y oficiales espadas de honor o números uno, y reemplazó al Regimiento Escolta con el Glorioso Regimiento de Caballería Húsares de Junín N° 1 (a propósito, ¿cuándo lo devuelven al Ejército?). Cuando asistía a eventos relacionados con el entrenamiento se hacía dar el uniforme correspondiente; en la Fuerza Aérea se vistió como "ca-

zador" y se dio el gusto de volar en un *Mirage 2000*, y en el Ejército fue tanquista. Para una ceremonia por el día del Ejército, se hizo confeccionar un uniforme N° 4 (el que usamos los oficiales a diario); en la secretaría general del ministerio corrían las apuestas respecto a si se animaría o no a vestirlo. Pero llegó de civil, y según un "trascendido" que circulaba por nuestras oficinas, ello se debió a que Luis Alberto Sánchez lo había disuadido de usarlo. Proclamaba su devoción por Andrés Avelino Cáceres y puso un monumento nada espectacular del héroe en el patio de honor de Palacio, donde se quedó. Le encantaba la sala de operaciones del CGE y varias veces nos puso en apuros a los encargados de protocolo, del ministerio y del Ejército, para preparar dicho ambiente en tiempo mínimo; allí hizo varias reuniones, incluso una con los "Doce apóstoles"*, según decían algunos amigos, aunque yo no lo vi. Cuando asistía a eventos en el cuartel general invariablemente llegaba temprano; en una ocasión un coronel que pasaba por el patio de honor lo acompañó hasta el despacho del ministro, pues este no tuvo tiempo de esperarlo, como correspondía, debido a su sorpresiva llegada.

El presidente García rompió la rutina de los Acuerdos que sostenía con sus ministros; dispuso que se realizarían a pedido de estos. Y reunió poco al CDN. Mantuvo un contacto frecuente con el comandante de la zona de emergencia, adonde viajó varias veces.

Posiblemente, debido a su estilo personal, el presidente García cometió algunos errores en su relación con las Fuerzas Armadas, el principal de los cuales fue la

* Se denominaba así a los 12 grandes grupos de poder económico.

vulneración del conducto regular, al tratar algunos asuntos, directamente con los altos mandos y mandos subordinados, sin utilizar el canal natural de los ministros castrenses, por lo menos así actuó en relación con el Ejército. Otro fue que, en ciertas oportunidades, sobre todo cuando estaba en la sede del comando de quien había sido jefe de la Casa Militar, actuó como líder político, dejándose halagar por algunos oficiales entusiastas y participando él, simpatiquísimo, en los rituales de la camaradería militar, particularmente, entonando los himnos y otras canciones militares. Siendo presidente de todos los peruanos, un acercamiento así no parece estar mal, al contrario. Resulta, sin embargo, que el primer mandatario, al relacionarse con los estamentos militares de todos los niveles, debe esforzarse por mantener la rigidez del protocolo castrense que regula las relaciones del personal militar con el mundo político y el mando supremo de la nación, y, sobre todo, debe evitar que los militares actúen, respecto a él, asumiendo ciertas actitudes emparentadas con los rituales políticos. Esto es conveniente, pues lo contrario puede incentivar una cierta politización del mundo militar. Actitudes de ese cariz, llevadas al extremo por Montesinos, terminaron por politizar definitivamente, si no a las Fuerzas Armadas como institución, sí a sus mandos.

La estrategia contrasubversiva

Ya se dijo que la estrategia militar y la táctica fueron básicamente las mismas hasta el relevo del presidente García por Alberto Fujimori. Lo que hizo el presidente aprista fue aplicar la estrategia, según los cánones doctrinarios, de manera integral, utilizando los recursos

no militares del Estado en medida importante. Alan García enseñó cómo el gobierno debía actuar en un conflicto interno, asumiendo el control general del problema, pero dejando que los militares hicieran lo que saben, que condujeran las operaciones de combate, sin interferencias políticas. Lamentablemente, cuando el país entró en crisis luego del intento de estatizar la banca, la estrategia dejó de ser integral, el presidente García, al parecer, se derrumbó anímicamente, y los militares volvieron a cargar sobre sus espaldas con todo el problema contrasubversivo. Veamos cómo encaró Alan García el problema estratégico en el inicio de su mandato.

En el campo político

El gobierno recuperó para el Estado la zona de emergencia, que ya estaba, en gran proporción, bajo control absoluto de las fuerzas del orden, al obligar a las autoridades y a los organismos estatales a regresar a los puestos que Sendero les había obligado a abandonar.

Amplió la zona de emergencia, aunque no en la medida necesaria para evitar el crecimiento del aparato clandestino de Sendero. De manera general, puede decirse que el gobierno aprista también fue cuidadoso en decretar los estados de excepción, pues los limitó a los departamentos de la sierra centro sur (Ayacucho, Huancavelica y Apurímac), Pasco, Junín, Huánuco y San Martín. A partir de febrero de 1986, Lima fue mantenida en emergencia (en 1984, el gobierno de Belaunde había puesto bajo control de las Fuerzas Armadas la capital, aunque por 60 días únicamente). Departamentos como Cusco y Puno, por ejemplo, donde Sendero tuvo gran actividad, mantuvieron su condición de normalidad jurídica, excepto cuando la situación de emergencia

alcanzaba dimensión nacional. Como sea, esta ampliación de la zona de emergencia inicial fue muy positiva para la continuación de las operaciones contrasubversivas. Al finalizar el gobierno aprista, la intensa actividad de las fuerzas del orden obligó a Sendero a "focalizar" su actividad militar en la zona cocalera del Alto Huallaga y la ceja de selva central.

En el campo económico

En este dominio, Alan García mostró, con mayor énfasis, la forma integral en que debía tratarse el problema estratégico de la contrasubversión. En su política general, dio prioridad al agro, lo que se tradujo en una importante cantidad de fondos, que llegaron al campo a través de las microrregiones y la banca de fomento. Los especialistas dicen que esta política, de tinte populista (crédito cero para el campesinado y entrega directa de cheques a las comunidades, que el presidente hacía en reuniones masivas en varios lugares del país), fue una de las causas principales de la debacle económica que se produjo en la segunda mitad del gobierno aprista. Seguramente es así, pero, desde el punto de vista de la contrasubversión, señaló la forma en que debían tratarse los problemas del agro y el campesinado para quitarle espacio a la subversión. Sin embargo, hay que decir que esa provisión de fondos no pasó de ser una buena intención fallida, pues faltó planeamiento para canalizar esos dineros de manera selectiva, entregándolos donde podían ser aplicados técnica y provechosamente. No se tuvo en cuenta dos cosas sustantivas: en gran parte del agro serrano no hay capacidad de gasto, se desconocen los rudimentos de la administración y control de los dineros del Estado, de manera que no se encontró la forma de

aplicar parte de esos fondos, importantes en muchos casos. Lo escuché de boca de las autoridades provincianas, cuando integré, varias veces, la comitiva del ministro de Guerra en sus visitas al interior del país, como ya fue dicho. Y, en segundo lugar, esos fondos llegaban a lugares donde la presencia de Sendero era importante y la de las fuerzas del orden, débil, de manera que Sendero presionaba a las autoridades para que no cobraran los cheques y no los utilizaran en ningún sentido.

Los fondos de defensa —los de emergencia, que debían aplicarse a la lucha contrasubversiva— fueron importantes durante el gobierno aprista, hasta la debacle económica. Posteriormente, ante la exiguidad de tales fondos de emergencia, que obligó a limitar la acción contrasubversiva, el ministerio de Defensa logró que el gobierno estableciera, mediante la entrega de un porcentaje de la recaudación de determinados impuestos, un nuevo fondo de defensa. Eso fue en los tramos finales del gobierno de García. Cuando asumió el gobierno el presidente Fujimori, acompañado de un equipo de neoliberales intransigentes, que vivían en las nubes de la macroeconomía, sin darse por enterados que enfrentábamos los problemas de una guerra interna, esos impuestos fueron anulados y a nadie se le ocurrió restablecer dicho fondo, así desaparecido.

En el campo sicosocial

Como le sucedió a Belaunde, según ya se dijo, García no pudo cumplir su ofrecimiento electoral de desactivar el SINACOSO y poco hizo —aparte de sus intervenciones personales— para levantar la moral del pueblo y las autoridades provinciales con miras a fortalecer al pueblo peruano contra las tácticas intimidantes de la

subversión. En este aspecto, la situación se hizo más dramática, pues Sendero incrementó su actividad dentro del llamado "terrorismo blanco" (amenazas, telefónicas inclusive, y otras formas de amedrentamiento) y los paros armados, que, como ya se dijo, resultaban espectaculares en la mayoría de los casos. Contra esas muestras de guerra sicológica, se requería una respuesta en el mismo plano. El Estado seguía sin contar con los recursos necesarios para dar esa respuesta. La situación era muy preocupante y en el ministerio de Defensa se trató de corregirla. Cuando era ministro el general Enrique López Albújar Trint, asesinado por el MRTA en enero de 1990, nos encargó a un pequeño grupo de oficiales la organización de un aparato propagandístico destinado a contrarrestar la acción sicológica de Sendero. Cuando solo faltaba la adquisición de los equipos, el general decidió renunciar al cargo. Su sucesor se desatendió de ese importante asunto.

El gobierno dictó una medida que resultó muy positiva para la lucha contrasubversiva, y fue la de ofrecer incentivos económicos para quienes dieran las pistas necesarias para la captura de los líderes senderistas. Se puso precio a la captura de los mismos, y los anuncios respectivos proliferaron en las emisiones diarias de la televisión.

La Iglesia Católica se mostró más decidida a condenar los actos violentos de Sendero, pero al mismo tiempo, los excesos de las fuerzas del orden. En algunas circunscripciones, como en Cusco, los sacerdotes asumieron una actitud enérgica para contrarrestar la política de amedrentamiento y de infiltración de la federación campesina, que puso en marcha Sendero (no logró esa infiltración).

Los medios de prensa siguieron actuando según sus propias ópticas o sus intereses políticos y económicos propios, en medio de la más irrestricta libertad de prensa. Sin una orientación firme del Estado (digo orientación, no censura ni control de los medios, que es lo que corresponde en el manejo de la estrategia sicosocial, a fin de lograr una postura única en defensa del Estado y la democracia, que es responsabilidad de todos los peruanos), algunos sesgaron sus interpretaciones de la noticia en función de su acercamiento o no al gobierno aprista, que es lo que sucede siempre, por más que algunos puristas no lo acepten atendiendo aquello de la objetividad como valor fundamental del periodismo. Como sea, los medios, en función de sus propias inclinaciones, valores, etc., cumplieron una labor importante en el manejo de las noticias relacionadas con el respeto a los DDHH en las acciones contrasubversivas. Sucesos como los de Accomarca, recién inaugurado el gobierno aprista, y Cayara, en su tramo final, obtuvieron una repercusión mediática enorme, tal vez excesiva, lo que sin duda creó conciencia en los mandos militares de la necesidad de dar a los DDHH un tratamiento más respetuoso, en definitiva, más democrático.

En el campo militar

Es en este dominio donde la acción gubernamental se mostró más eficiente y positiva para impulsar y sostener un esfuerzo contrasubversivo adecuado a las necesidades de la situación que se vivía en el segundo lustro de los 80. Insistimos que ello solo fue hasta el intento de estatizar la banca. Sus principales realizaciones fueron en el campo político. La ampliación de la zona de emergencia tuvo una saludable repercusión en el nivel

operativo, pues permitió combatir a Sendero, evitando que se hiciera fuerte en Pasco, Junín, Huánuco y San Martín, y en las serranías de Ancash y La Libertad, donde ya tenía presencia importante. El Ejército pudo instalar bases contrasubversivas en parte de esos lugares, especialmente en Pasco y Huánuco, y la Policía Nacional recuperó presencia en las serranías de La Libertad, que aunque no estaban en emergencia, su cercanía a la zona de emergencia de Huánuco y a las bases pertinentes le aseguraba un buen apoyo en caso de necesidad. Gracias a ese despliegue de bases, el componente operativo de Sendero terminó focalizado en la zona cocalera. La Fuerza Aérea instaló elementos del COMOP (Comando de Operaciones) en la región de Tingo María, lo que incrementó la eficiencia en el Alto Huallaga, particularmente con sus helicópteros y los del Ejército. Cuando Sendero, por propia iniciativa y, luego, siguiendo al narcotráfico, incursionó en la ceja de selva y en el departamento de Ucayali se establecieron las bases necesarias, particularmente en la región de Aguaytía, que fue puesta bajo responsabilidad de la Marina de Guerra, que antes ya había instalado una base en Huanta, en la zona de emergencia inicial. Esto significó:

—Renovación de equipos de combate, principalmente en la Policía, a la que dotó con helicópteros y armamento de combate. Al Ejército, que estaba bien armado para enfrentar a Sendero, se le dotó con equipos de comunicaciones.

—Se dio mayor importancia a la Inteligencia. Con asesoramiento del Servicio de Inteligencia del Ejército, se formó el GEIN (Grupo Especial de Inteligencia), antecedente de la DINCOTE, para hacer seguimiento, específicamente, de la cúpula subversiva.

—El presidente García (1988) se abocó personalmente a lograr una mayor eficiencia de los comités de autodefensa existentes por iniciativa de los jefes de base del Ejército o de los mismos campesinos, y a ampliarla, en lo que, en un primer momento, chocó con el Ejército, que no estaba de acuerdo con entregar armas a las rondas campesinas. El Ejército proponía que, en todo caso, se les entregara armas de caza, propuesta que fue aceptada por el gobierno. En el tramo final del gobierno aprista se empezó la implementación de dichas rondas, a las que se les daba la instrucción necesaria en las bases contrasubversivas. La medida fue fundamental para el triunfo de las fuerzas del orden en los espacios serranos, pues las rondas se revelaron como un elemento valiosísimo para contener a Sendero, y expulsarlo de sus zonas de acción, lo que se capitalizó en el gobierno siguiente.

El nivel táctico

Complejidades de la conducción de operaciones

En la guerra la principal responsabilidad del comandante es la conducción, es decir, llevar a su fuerza hasta el objetivo que se le ha asignado, hasta cumplir la misión. Para ello dispone de una doctrina táctica, una fuerza y los medios logísticos necesarios o adecuados a la misión recibida. Hemos visto con el general Noel, en los inicios de la lucha contrasubversiva, que la doctrina disponible no era la adecuada y que tuvo que improvisar. Reitero la idea de que esa carencia no era un problema del Ejército, que estaba al día con la doctrina contrainsurgente más exitosa y que él mismo la había

probado al vencer con facilidad a las guerrillas del 65. El problema fue la absurda forma en que Sendero se lanzó a la lucha, fuera de todo texto. La calidad de la tropa (la fuerza) resulta, también, un factor importante. Napoleón decía que el factor moral es superior (3 a 1) al factor material, es decir, el hombre vale más que la máquina y la tecnología en el combate. Inobjetable hasta el último tercio del siglo XX. Para no argumentar mucho, recuérdese que la Fuerza Aérea no pudo ser empleada a cabalidad en la guerra del Cenepa, por el simple detalle que la aviónica ecuatoriana era mejor, tenía mejor tecnología. Si alguien piensa que la cosa iba por otro lado, por ejemplo, por la mejor preparación de los pilotos ecuatorianos, está equivocado, pues nuestras Fuerzas Armadas son mucho mejores que las ecuatorianas, por donde se las evalúe, nadie lo dude. En el combate terrestre, la cosa no es tan drástica, al comandante le queda el recurso de la maniobra, que, como ya se explicó, puede suplir carencias, incluso las logísticas, en alguna medida. La maniobra (la buena conducción, en definitiva), ¿es indispensable? No. Cuando Chile invadió el Perú, luego del hundimiento del Huáscar, lo hizo bajo el comando del general Baquedano, pésimo conductor que solo atacaba de frente, a pesar de que su estado mayor le recomendaba las maniobras de ala, que son las que escogen los conductores que merecen el calificativo, porque son más económicas y garantizan el éxito. A Baquedano le bastó una mayor fuerza y una mejor logística para apoderarse del sur y de Lima. Los norteamericanos tampoco creen en la maniobra, no la necesitan. Cuando un comandante de fuerza se encuentra con un escollo táctico, una posición enemiga sólida, por ejemplo, que le obliga a maniobrar, se ahorra el esfuerzo: pi-

de apoyo aéreo y solo se mueve cuando el bombardeo apabullante de sus aviones y su artillería limpia la ruta. En su última guerra, la reciente de Irak, una vez traspuesta la frontera y cuando las condiciones se lo permitieron, se lanzaron de frente contra Bagdad, dejando que los ingleses se ocuparan de limpiar lo que ellos eludían. De hecho, el primer manual de táctica que tuvieron los norteamericanos, el *FM 100-5*, fue publicado en julio de 1976, cuando andaban preocupados por la enorme superioridad que, en fuerzas terrestres, tenían los soviéticos en Europa y ellos vieron que para enfrentar esa fuerza tendrían que maniobrar (su superioridad era evidente en el número de misiles y cabezas atómicas, por lo que su preocupación no era excesiva). El *FM 100-5* produjo uno de los debates más amplios e interesantes de la oficialidad norteamericana, que se vio enfrentada a conceptos que, en la práctica, no aplicaban. Véase la *Military Review*, esa excelente revista profesional, de los 70.

En la lucha contra Sendero estas consideraciones no tuvieron trascendencia, pues los subversivos no ofrecían a los comandantes la oportunidad de ejercitar sus conocimientos tácticos. Teóricamente puede decirse que las operaciones contra Sendero se redujeron a una ofensiva elemental contra precarias fuerzas militares, y ataques a la organización clandestina, cuando la Inteligencia la descubría. En la práctica, el asunto fue menos complicado, más elemental, pues Sendero no se enfrentó cara a cara a las fuerzas del orden. Preparó algunas emboscadas exitosas y tuvo que soportar el asedio de esas fuerzas, que produjo encuentros sorpresivos (se llaman ataque de encuentro, no previstos) en los que salía perdiendo, aunque llegó a causar más de mil bajas a los oficiales y soldados, la mayoría de las cuales pueden ca-

lificarse de bajas de no combate, según la jerga operativa. Causó la mayoría de esas bajas en atentados más que en operaciones tácticas.

Ahora bien, en la guerra no convencional, más que en la de tipo clásico, hay otro factor, tal vez más trascendente que los señalados, y es el de la personalidad del comandante. Esto es así porque los comandantes actúan aislados, con pocas oportunidades de coordinar operaciones con otros comandos, es decir, actúan libres de los parámetros de tiempo y espacio, que condicionan las operaciones clásicas. Su impronta en las operaciones de contrasubversión, es más profunda, establece el temperamento —por decirlo así— de la lucha con mayor libertad.

Cuando se inició el gobierno del doctor García, se encontraba al mando de la zona de emergencia el general de brigada Wilfredo Mori Orzo, quien, en agosto de 1984, había reemplazado al de igual grado Adrián Huamán Centeno, el que, a su vez, había relevado al general Noel Moral en enero de ese año. Noel, de excelente desempeño, cumplió al mando el acostumbrado período de dos años (uno de ellos en Huancayo), pero Huamán fue retirado del comando prematuramente, luego de ejercerlo solo ocho meses. Hemos visto que el general Noel había sido satanizado por la prensa y los organismos de DDHH: se le acusaba de ejecutar una guerra sucia. Tengo la impresión que el alto mando, sensible a esa crítica, había escogido al general Huamán, ayacuchano, por sus ideas y su especial sensibilidad frente a la tragedia que vivían sus codepartamentanos. Porque, en efecto, Huamán bajó el tono de la represión y se erigió ante los campesinos como su protector, a tenor de lo que la oficialidad de la zona de emergencia comentaba, co-

mentarios que yo pude recoger allí mismo. No es que el general Huamán hubiera descuidado el combate contra Sendero, pero se preocupaba de que la represión fuera más selectiva, lo que en alguna medida era posible por la situación que se vivía, con el buen control de la zona de emergencia que había conseguido el general Noel. En el fondo, el problema del general Huamán era su concepto sobre cómo hacer la guerra a Sendero. En muchas oportunidades opinó en público que lo que convenía era que el gobierno iniciara una política de desarrollo como principal herramienta para triunfar sobre la subversión. Esto, en plena lucha contrasubversiva, era un contrasentido a todas luces, pues el único argumento atendible, en ambos bandos, era el del fusil, y muchos comentaristas políticos lo hicieron notar a raíz del relevo de Huamán. En una oportunidad se excedió en sus comentarios, haciendo un pronunciamiento francamente político, lo que no le correspondía, y el gobierno dispuso su relevo. No le quedaba otra cosa por hacer.

He dicho en otros lugares que de una guerra no convencional —en realidad, de ninguna guerra— los ejércitos salen con las manos totalmente limpias. En el caso de Sendero, que no combatía ni con uniformes ni bajo una bandera, que más bien se escudaba en ciertas oportunidades detrás de las polleras de las campesinas y de la fragilidad de los niños, cómo discriminar, cómo saber quién era senderista y quién no lo era. En los encuentros contra Sendero, muchos militares se manchaban las manos, sin saberlo en la gran mayoría de casos. El problema era peliagudo, especialmente en los momentos iniciales de la guerra, pero sobre esto ya he argumentado lo suficiente. La disyuntiva de Huamán al respecto era difícil de manejar, sobre todo en el nivel de

las patrullas, cuyos integrantes salían con el ánimo de volver sanos y salvos, como es natural, para lo cual —sabían, intuían, ya tenían experiencia— debían disparar primero, porque los senderistas no eran mancos.

Resulta interesante acudir a las estadísticas para confirmar o desechar ciertas hipótesis, para lo cual lo mejor es apoyarse en el banco de datos de DESCO, sin duda, el mejor de la época. Allí puede verse que mientras en 1983 los atentados senderistas en Ayacucho fueron 323 y en Huancavelica, 78, en 1984 fueron 460 y 183, respectivamente. A nivel nacional, 1984, según todas las estadísticas, fue el año más violento del conflicto. Puede concluirse, entonces, que las previsiones del general Huamán para humanizar —por así decirlo— el trato a sus codepartamentanos, más bien incentivó en Sendero una mayor audacia y violencia.

Entiéndase que no estoy argumentando a favor de la guerra sucia para derrotar a Sendero. Tengo la absoluta convicción que las fuerzas del orden debían en todo momento marcar claras diferencias con Sendero, principalmente con un comportamiento disciplinado y respetuoso de la ley y los DDHH, como mejor herramienta para ganar la mente del pueblo, que es donde, en realidad, se libra la guerra no convencional. Lo que quiero decir es que hay momentos para todo y que una actitud contemplativa, de diálogo más que de disparos, de compasión más que de energía en el combate, aún no era posible ni conveniente en 1984. Después de todo, Sendero no solo había desafiado al Estado, sino que cada vez con más violencia y vesania atacaba al pueblo peruano, y sojuzgaba a los peruanos más débiles, por su ignorancia, su extrema pobreza, su falta de oportunidades.

Pues bien, el general Wilfredo Mori Orzo, espada de honor de su promoción, dueño de un don de mando notable, destacado comando y, muy posiblemente, destinado a ser comandante general del ejército en su momento, fue nombrado para reemplazar al general Huamán, cuando todavía era coronel. Lamentablemente, Mori tuvo que dejar su comando por el problema de Accomarca, como veremos luego, y más lamentable aún, pidió su pase al retiro, dando ejemplo de dignidad profesional, actitud que, lástima, no fue imitada por otros que debieron hacerlo. Después de todo, Wilfredo Mori Orzo fue, sin ninguna duda y en mi apreciación personal, el mejor oficial de mi generación. Si Mori, no el general Hermoza, que pertenecía a su promoción, hubiera llegado al comando del Ejército, la historia nacional sería otra, porque no se habría subordinado a Montesinos. Como este conocía el Ejército y había estudiado a sus más destacados oficiales, sin ninguna duda, lo más probable, en todo caso, es que el general Mori hubiera quedado en el camino, como los otros buenos oficiales que luego de él pudieron haber llegado al comando institucional y no lo hicieron, debido a que fueron pasados al retiro por decisión de Vladimiro Montesinos.

La matanza de Accomarca

Apenas asumió la presidencia Alan García, el 14 de agosto se produjo la matanza de Accomarca. Una patrulla del Ejército, al mando del subteniente Telmo Hurtado Hurtado, ingresó a ese poblado y asesinó a 40 comuneros, incluidos mujeres y niños. Luego de algunos vejámenes, los encerraron en una vivienda, dispararon contra ella durante un tiempo prolongado y luego lanzaron una granada al interior. El comando de Ayacucho

explicó que en la región de Vilcashuamán se habían producido, en los días previos, sucesivos enfrentamientos de las fuerzas del orden con Sendero, lo que había motivado el envío de varias patrullas a dicha zona. Una de ellas era la de Hurtado. Ante la trascendencia del hecho el gobierno actuó de inmediato: ordenó que el Comando Conjunto presentara un informe y el presidente García explicó que el hecho era consecuencia de la estrategia antisubversiva del gobierno anterior, que él se proponía cambiar. Dispuso el relevo del presidente del Comando Conjunto, y este organismo informó el 17 de setiembre que se había relevado al comandante de la Zona de Seguridad Nacional del Centro (Segunda Región Militar), general de división Sinesio Jarama Dávila, y al jefe de la Sub Zona 5, general de brigada Wilfredo Mori Orzo. Mori como ya se dijo, pidió su pase al retiro de inmediato.

Accomarca fue el más terrible exceso que cometieron las fuerzas del orden en todo el conflicto. No tuvo ninguna justificación. Lo que hay que decir es que si esa patrulla hubiera estado bajo el mando de otro oficial, muy posiblemente, no habría ocurrido la matanza. La misma fue decisión de Hurtado, es que cuando decimos que el comandante pone su impronta en cada operación, la apreciación vale para todos los comandantes, los más pequeños y los más encumbrados. En este sentido, la autoridad de un comandante solo está limitada por la amplitud de su mando (el escalón a que pertenece: sección o división de Infantería, por ejemplo) y las normas que regulan el ejercicio del mando. Es decir, tan comandante es un subteniente o alférez como un general de división. Desde luego, la responsabilidad por un hecho es mayor en el caso de los generales, por obvias razones.

Es interesante lo que sucedía con Telmo Hurtado: en ningún momento se sintió culpable y, como dijo a la comisión Valle Riestra del Senado, que fue a interrogarlo en Huamanga, creía haber cumplido su deber. Les dijo a los parlamentarios que lo que hizo "de repente" no le agradaba, pero que tuvo que hacerlo para "darles un mejor gobierno, estabilidad para ustedes y para que ustedes, en estos momentos, los parlamentarios estén en el Senado" [29]. Creo que era sincero, a pesar de su equivocada postura, pues me dijo lo mismo cuando se me acercó para gestionar una audiencia con el ministro de Guerra, general Jorge Flores Torres, quien en esos días se encontraba en Huamanga con una pequeña comitiva. Es que no todos los hombres tienen el mismo criterio para actuar en situaciones de crisis. Y lo que resulta de su actitud o su criterio es diferente en casi todos los casos, por lo menos en matices.

El centro de gravedad de la lucha pasa al Alto Huallaga

Entre 1985 y 1987, la lucha contrasubversiva mantuvo su fisonomía inicial, con su centro de gravedad, su principal escenario, en la zona de emergencia inicial. El comando de la Sub Zona 5 retomó el ritmo que había tenido la lucha en tiempos del general Noel, pero con un mayor cuidado en cuanto a la dureza de la represión. Las estadísticas mejoraron en todo sentido, fundamentalmente porque el patrullaje, desde las bases y desde Huamanga, con el uso intensivo de helicópteros, se intensificó. Las fuerzas del orden no descansaban y Sendero veía que su actividad cada vez era menor y más costosa en términos de pérdida de vidas y espacio. Las comunidades campesinas empezaron a organizar sus comités de autodefensa, lo que se concretó en 1988 con el

establecimiento de rondas campesinas. Esto terminó de asfixiar a Sendero en dicha región.

Hemos visto que Sendero desde el principio trató de incursionar en el Alto Huallaga, escenario más favorable para establecer una base de apoyo eficiente, que además tenía el incentivo de los dólares del narcotráfico. Pues bien, hasta 1997, se aplicó en una política de infiltración en las comunidades y en las organizaciones de narcotraficantes, lo que logró plenamente en dicho año y el siguiente. Expulsó a los sicarios colombianos, y asumió su papel de protección de las actividades del TID (tráfico ilícito de drogas). En 1988 empezó a intervenir directamente en el negocio de la droga.

El escenario principal de la actividad senderista se trasladó, definitivamente, al Alto Huallaga y el comité regional del Huallaga empezó a gravitar en la organización subversiva, relegando a un segundo plano al comité regional principal, el de Ayacucho. Ese comité se mantenía con cierta independencia, y se sabe que provocó algunas rabietas en la cúpula senderista, porque no soltaba los dólares que esta quería o que esta hubiera querido recibir.

El Alto Huallaga también se volvió interesante para el gobierno y el sistema financiero, debido a que por allí entraba la mayor cantidad de dólares al país, habida cuenta que el Perú, gracias a la política de García respecto al pago de la deuda, era un paria a nivel mundial y casi no había inversión extranjera. Los bancos principales abrieron agencias en Uchiza y allí recogí el rumor —difundido por la prensa, por lo demás— que hasta el Banco Central de Reserva "se recurseaba" en ese ámbito. Allí también se "recurseaban", los fines de semana, otras gentes, como el renglón femenino de

lo que hoy se llama Chollywood, donde los capos de la droga entraban en pugna en unas subastas (de leyenda) que ofrecían, nada menos, que una noche sabatina con algunas apetecibles vedetes capitalinas. Estos eran los chismes que circulaban por esas tierras y que amenizaban el parte, o el reporte, que me daba el jefe de la BCS las pocas veces que llegué a Uchiza en mis afanes investigadores.

Tal vez por estas especiales circunstancias de Uchiza y, en general de toda la zona cocalera, el ritmo del conflicto armado se mantuvo en tono bajo en el Alto Huallaga. Hasta 1977, Sendero hizo lo tradicional, atacando las pocas grandes empresas que habían en esa región y evitando que sus productos llegaran a Lima. Principalmente a las dos empresas de producción de palma aceitera: Endepalma, del gobierno, y Palma de Espino, de la empresa privada. A la primera la redujo a escombros, mientras que con la segunda, que tenía una especie de ejército particular y una base del Ejército, no pudo hacerlo, limitándose a atacar sus camiones cisterna con que enviaba el aceite hacia la capital. En 1988 vi los trabajos de ampliación de la pista de aterrizaje de esa empresa, destinada al traslado del aceite en aviones cisterna. No sé si ese proyecto se concretó. A partir de 1989, la actividad senderista adquirió un perfil más bajo aún, tal vez porque Sendero, sin posibilidades de actuar en la sierra de manera significativa, empezó su viraje hacia la capital y se orientó definitivamente por la ruta del terrorismo, según ya se explicó. Destinó el Alto Huallaga, al parecer, a dos fines bien definidos: la recaudación de los dólares del narcotráfico y sus escuelas populares, donde instruía a la gente que debía actuar en Lima y otros espacios urbanos. Se explica así la poca actividad

de tipo militar que desplegó Sendero en ese ámbito, pues le convenía no hacer muchas olas, para lograr los indicados fines.

En cuanto a las fuerzas del orden, ya vimos que había quedado en Tingo María —luego de la acción del destacamento que envió el Ejército, en 1984, para evitar que Sendero se apoderara del Alto Huallaga— un batallón contrasubversivo. Esta unidad estableció una red de 11 bases, lo que bastó para mantener la zona dentro de cierta tranquilidad. La zona de responsabilidad de dicho batallón llegaba en el norte a poco más del límite departamental con San Martín, que coincidía con el área de influencia de Sendero. Más al norte era zona de influencia del MRTA, de poquísima actividad, que era mantenida así por acción policial.

Hasta 1988, el Ejército combatía a Sendero únicamente, sin mostrar ningún interés por las actividades de los narcotraficantes. Muchas veces las patrullas chocaban con narcotraficantes en su actividad contra Sendero y los apresaban y conducían al puesto de comando del batallón. Sépase que mientras en el país todo el mundo se quejaba por la tradicional y proverbial lentitud de los jueces y fiscales, en Tingo María se encontraban los magistrados, posiblemente, más ágiles y rápidos del planeta. Apenas pasaban minutos de la llegada de los narcotraficantes con sus vehículos incautados (camionetas y botes deslizadores de aluminio, por lo general), se presentaba en el cuartel un magistrado que exigía se les entregara a los narcotraficantes sus pertenencias, porque las Fuerzas Armadas no tenían jurisdicción sobre ellos. No se les hacía fácil su "esforzada" labor, porque esas personas estaban detenidas por haber estado en actividades conjuntas con los senderistas (estos les daban pro-

tección en sus desplazamientos) y debían ser investigados por las fuerzas del orden. Con los narcotraficantes aislados, las patrullas nada tenían que ver, para eso estaban la policía antidrogas, que actuaba en conjunto con la DEA (la agencia norteamericana antinarcóticos), desde su base de Santa Lucía, y otros organismos de control. El Ejército era muy celoso en marcar distancias con el narcotráfico, actividad delincuencial ajena a sus altos fines de defensa —una de mis responsabilidades como inspector era instruir al personal de las bases sobre este tópico, y, desde luego, ejercer el control pertinente—, porque ya teníamos problemas con algunos oficiales que se habían dejado ganar por los dólares del narcotráfico. Sobre esto sé bastante, pero aquí lo dejo por la confidencialidad de mi actividad de control. Sí debo agregar que teníamos problemas de narcotráfico en el Alto Huallaga, negarlo sería ingenuo, pues se sabe que el narcotráfico es altamente corrosivo y no son muchos los que se libran de caer bajo sus garras corruptoras. Pero no es cierto lo que escribió ese despistado "senderólogo" inglés, Simon Strong [30], respecto a que el narcotráfico había copado el gobierno y las Fuerzas Armadas peruanas, audaz afirmación que ni siquiera los más acérrimos adversarios de esas fuerzas se han atrevido a afirmar. A Strong posiblemente se lo contaron, yo lo viví, y puedo afirmar que tuvimos ese problema, pero en dimensión local, no institucional. Strong, con su libro, hace una indignante caricatura del Perú y los peruanos, y levanta desmedidamente la imagen de Sendero.

En el Alto Huallaga existía la idea de que Sendero emboscaba a las patrullas del Ejército (lo hizo dos veces, como ya vimos) y a la Policía (el ataque al puesto policial de Uchiza, el 23 de marzo de 1988) por orden del

narcotráfico, rumor que era persistente entre los cocaleros. Con respecto a este último atentado, había otra versión que decía que el ataque fue en represalia por la dureza con que se comportó el DOES (Destacamento de Operaciones Especiales) de la PNP, que fue enviado, temporalmente, a esa zona. Como sea, es evidente que Sendero se preocupaba de mantener el conflicto en un nivel bajísimo, como ya se dijo, y que cuando tenía que actuar contra las fuerzas del orden era por factores ajenos a sus propios intereses.

El contacto del Ejército con los campesinos cocaleros se limitaba a darles protección en tanto grupo humano. No había ninguna política institucional sobre este tema. En 1988, los cocaleros hicieron campaña contra la política de sustitución de cultivos y pidieron autorización al jefe de la base de Uchiza (que también era jefe político-militar) para realizar una marcha motorizada; el oficial no solo se lo concedió, sino que los acompañó en la marcha. Desde luego, la Policía dio cuenta del hecho y ese oficial fue relevado y sancionado por intervenir en una actividad política.

Dada la importancia que adquirió el Alto Huallaga por la mayor presencia de Sendero allí, el Ejército estableció, en 1989, la sub zona de seguridad nacional del Norte 8, que abarcaba los departamentos de Huánuco, San Martín y Ucayali y dos provincias de Loreto, y puso a un general al mando de esa zona, Alberto Arciniega, el mismo que estableció su puesto de comando en Tarapoto. También jefe político-militar, el general Arciniega tenía una visión más amplia del problema del Alto Huallaga, dominado por la alianza del narcotráfico con Sendero, lo que complicaba la labor de las fuerzas del orden. Hemos visto que el Ejército se mantenía al mar-

gen, hasta el año anterior, del problema del narcotráfico, que quedaba en manos de la Policía Nacional y la DEA. También hemos visto que los campesinos cocaleros, como los campesinos de todas las zonas de emergencia, gozaban de la protección de las fuerzas del orden. Tal vez por esta visión institucional de los sectores involucrados en el problema de la "narcosubversión", Arciniega sostenía la tesis de que, en lo que respecta al narcotráfico (que no era su problema), había dos sectores que debían ser bien diferenciados, los cocaleros y los narcotraficantes, y que el trato que se les daba también debía ser diferente. Como quiera que eso venía sucediendo en la acción de las fuerzas del orden, evidentemente la tesis indicada se refería específicamente a la labor policial. Y, en efecto, Arciniega trató de imponer una mecánica que quedaba bajo su directo control, pues exigía que la Policía y la DEA actuaran con su autorización. Al mismo tiempo, se oponía a la utilización de sustancias químicas para erradicar las plantas de coca, que empezaba a practicarse. El asunto llegó a preocupar al gobierno norteamericano, que coincidía con la Policía y la DEA en su oposición a la tesis de Arciniega y a su intento de subordinar a ambas instituciones bajo su mando. El gobierno norteamericano sostenía la idea de que las fuerzas del orden debían subordinarse en el asunto del narcotráfico a la Policía, y comenzó a acusar a Arciniega de haberse coludido con el narcotráfico, pues, evidentemente, una tesis como la suya, dejaba en libertad de acción a los cocaleros, por lo menos hasta que se concretara la sustitución de cultivos, asunto bien difícil, como ya se ha constatado en la realidad [31].

Si los campesinos aseguraban un abundante cultivo, el negocio sería redondo para los narcotraficantes, que ya se veían en problemas para permanecer en el Alto

Huallaga y empezaban a emigrar hacia tierras menos protegidas por las fuerzas del orden y la DEA, en la ceja de selva. En el Ejército, que veía complicarse su problema en el Alto Huallaga y, sobre todo, que sabía que una diferenciación tan clara de los cocaleros y los narcotraficantes era ficticia, pues estos manejan a aquellos, no cayó bien la tesis de Arciniega y es que, de lograrse que los cocaleros no fueran hostigados por la Policía y la DEA, saltaba la idea de que ello implicaba la existencia de algún "arreglo" con los capos de la droga, lo que resultaba inaceptable para el Ejército. Y el Ejército no varió su política respecto a no involucrarse en los problemas del narcotráfico, aspecto delincuencial que, constitucionalmente, no le competía. Hay que decir, sin embargo, que, más adelante, el presidente Fujimori metió a las Fuerzas Armadas en la lucha contra el narcotráfico, pero tuvo que dar marcha atrás por la oposición de los militares y otros sectores. Lo que es incuestionable es que esa decisión de Fujimori facilitó que el narcotráfico lograra establecer canales de cooperación con Vladimiro Montesinos, quien utilizó a algunos mandos subordinados para poner en práctica esa colaboración, como es conocido y se ventila hoy en los juzgados. Lo que me interesa remarcar en este punto es que las tesis que, en base a la complicidad de Montesinos y los narcotraficantes, supone una colaboración amplia entre las Fuerzas Armadas y el narcotráfico está errada. Porque Montesinos habrá logrado manipular a los altos mandos, pero en ningún momento representó a los institutos de la defensa nacional.

En todo caso, hay que decir que la tesis del general Arciniega alcanzó el valor de política nacional con Fujimori. En mi concepto, el proceso que se produjo al respecto puede esquematizarse así: el economista Hernando

de Soto se interesó en el problema, viajó a la zona cocalera, estudió el asunto en el terreno y, en lo esencial, hizo suya la tesis del general Arciniega. Más adelante, cuando asesoró al presidente Fujimori, De Soto le dio lo que se conoció como la "Doctrina Fujimori", que justamente implicaba una clara diferenciación entre los cocaleros y el narcotráfico, como su aspecto más novedoso. Y que, antes que una política represiva en el trato de los cultivos de coca, había que impulsar el cultivo alternativo.

En el resto del país

—El 18 de junio de 1986, los senderistas encarcelados se amotinaron coordinadamente en los penales de El Frontón, Lurigancho y Santa Bárbara, mientras se celebraba en Lima el Congreso de la II Internacional Socialista. El presidente García ordenó que se restableciera el orden con intervención de las Fuerzas Armadas, desición a la que el ministro de Guerra se opuso, hasta donde sé, aduciendo que los militares no estaban preparados para lidiar con problemas carcelarios. En Lurigancho murieron 124 detenidos, absolutamente todos los allí encarcelados. Estuvo al mando del operativo, el coronel Rolando Cabezas Alarcón, de la Guardia Republicana. En El Frontón quedaron vivos 30 subversivos, luego de la operación a cargo de la Marina de Guerra, y en la prisión de Santa Bárbara, en el Callao, murieron tres internas [32].

—El 14 de setiembre de 1985 el gobierno creó la Comisión de Paz, organismo que pierde toda razón de ser poco después. Posteriormente, creó el CLAS (Comando de la Lucha Antisubversiva) que corrió la misma suerte.

—El 14 de mayo de 1988, una patrulla del Ejército incursionó en el poblado de Cayara y produjo la matanza de 29 comuneros, suceso que hasta ahora repercute fuertemente, igual que la matanza de Accomarca. Se dice que el suceso fue una represalia de las fuerzas del orden por la emboscada que habían sufrido en Etrusco (a 45 kms. de Cayara), el día anterior, donde murieron cuatro soldados del Ejército.

Hasta el fin del gobierno aprista y, como ya vimos, el conflicto mantuvo perfil bajo, con Sendero disminuído en su actividad militar en la sierra, en la ceja de selva y en el Alto Huallaga, e iniciando su viraje hacia el terrorismo urbano. Cuando se producía el relevo presidencial el 28 de julio de 1990, se ejecutó una invasión de terrenos en Raucana, en Ate-Vitarte, muy cerca de Lima. Fueron medio millar los invasores, entre los que Sendero había colocado a su gente. Luego de apoderarse de la dirigencia, Sendero hizo un experimento de control poblacional bastante exitoso, pero que solo le duró un año, como luego veremos. Raucana fue, posiblemente, el único éxito de Sendero en su afán de apoderarse de las organizaciones vecinales y populares en el cinturón de pobreza que rodea la capital.

El gobierno de Alberto Fujimori Fujimori

Relaciones del presidente con las Fuerzas Armadas

Ya dijimos que Fujimori dejó en manos de Montesinos sus relaciones con las Fuerzas Armadas, a tal punto que, en la práctica, el asesor fungía de jefe supremo

de las mismas, sitial indelegable del primer mandatario. Los contactos de Fujimori con los altos mandos se mantuvieron en el plano protocolar. Tal vez gente del entorno más íntimo de Montesinos sepa cuál era el trato que ambos poderosos personajes se daban. Lo que se sabe es que El Doc no le daba a Fujimori el tratamiento de "señor presidente", sino simplemente de "ingeniero", lo que revela una familiaridad un tanto íntima, tal vez de cercano asesor o de cómplice. Aquí podría quedarse este párrafo; sin embargo, conviene explorar la naturaleza de las relaciones de Montesinos con los altos mandos y en general con los institutos castrenses, pues ello puede dar muchas explicaciones, como el criterio estratégico que orientó el desarrollo de la contrasubversión a partir de 1990.

Antes de que Fujimori asumiera el gobierno o, tal vez, en los momentos iniciales de su presidencia, Montesinos vio la posibilidad de que el gobernante se quedara en el poder varios períodos, como se contemplaba en el llamado "Plan Verde" que, se dice, un grupo de militares había preparado para lograr un gobierno a lo Pinochet. ¿Existió ese plan? Al parecer, sí. Lo que es claro para mí es que si no hubiera sido porque sus previsiones coincidían con la apetencia de Montesinos, que también aspiraba a un gobierno prolongado, ese plan se habría quedado, simplemente, como un ejercicio de onanismo intelectual, pues no era una postura de las Fuerzas Armadas, sino solo de sus autores. Siendo así, Montesinos vio claro que lo que necesitaba era controlar las Fuerzas Armadas de manera absoluta. Se dice que Montesinos encargó a un coronel del sistema de Inteligencia que buscara un general capaz de subordinarse enteramente a él, de manera que pudiera manejar las Fuerzas Armadas

en el sentido de sus necesidades. Este coronel, se dice, exploró varias posibilidades, hasta que dio con el general Hermoza Ríos, a quien le planteó el problema crudamente. Hermoza aceptó sin condiciones y Montesinos adquirió la herramienta más adecuada para sojuzgar a las Fuerzas Armadas, particularmente al Ejército. Lo demás fue fácil: había un general más antiguo que Hermoza, pero estaba implicado en el problema de los penales y lo mandó a Washington. Para mantener a Hermoza sin problemas todo el tiempo que lo necesitara, limpió el camino, pasando al retiro a los generales Luis Palomino Rodríguez, Jaime Salinas Sedó y José Pastor Vives, quienes no solo tenían mejor imagen que Hermoza en su instituto, sino que eran buenos prospectos para asumir la comandancia general. Fujimori sacó un dispositivo legal que le facultaba quedarse con el comandante general de los institutos todo el tiempo que quisiera, incluso después de que la promoción de ellos hubiera pasado al retiro por tiempo cumplido (35 años de oficial), y Montesinos cuidó que Hermoza fuera el oficial más antiguo de las Fuerzas Armadas, para mantenerlo así en la presidencia del Comando Conjunto. En retribución por haberlo encumbrado tanto, Hermoza se portó bien con él: fue su más leal subordinado. Desde luego, y como ya sabemos, Hermoza tenía su propio juego, que nada tenía que ver con el mando de las Fuerzas Armadas, sino con sus propias apetencias de dinero: acumuló una fortuna, esos 13 o 20 millones de dólares que ofreció repatriar siempre que no lo implicaran en el delito de narcotráfico.

En unas Fuerzas Armadas tan profesionales y disciplinadas como las peruanas, para mantenerlas bajo férreo control basta tener bien controlados a los altos

mandos. Montesinos tenía al general Hermoza y a los mandos de la Marina de Guerra y la Fuerza Aérea (en esos institutos cambió la legislación para que oficiales de Inteligencia y de servicios pudieran llegar a la comandancia general, donde colocó a la gente de su entorno) en el bolsillo. Sus desiciones con respecto a las cuestiones militares o de la guerra interna, simplemente las comunicaba, como orden —telefónica, inclusive— a esos mandos y, listo, eso se cumplía. El asesor no solo buscaba el control del Ejército para facilitar el manejo de las cuestiones de gobierno y los suyos particulares, sino como una especie de revancha por la forma en que la institución lo había tratado en el pasado. Esa revancha no implicaba venganza contra el Ejército, sino al contrario, Montesinos buscaba que lo volviera a considerar como uno de los suyos y su jefe, además. Hermoza lo complació: lo condecoró, lo llevo a reuniones del alto mando y le hizo participar de ceremonias castrenses masivas. Cuando obtuvo el reconocimiento institucional, Montesinos se daba el lujo de convocar a los comandantes generales de los institutos a la sede de su mando, el SIN, y los tenía estudiando y discutiendo aspectos relacionados con los problemas de la guerra interna u otros, en la misma forma que reunía a parlamentarios y ministros, cada vez que lo creía conveniente. Debe haber sido divertido para El Doc ese jugar a dios de los ejércitos y a hombre providencial de los asuntos gubernamentales (cuando había aspectos de especial importancia, Fujimori decía a los que le llevaban proyectos u otras iniciativas: "Hable con el doctor Montesinos", de donde resulta que el SIN era como la casa del jabonero).

En su trato con el Ejército, Montesinos, cuando lo creía conveniente, prescindía totalmente del general

Hermoza y se comunicaba directamente con mandos u oficiales que le interesaban, lo que le facilitó la manipulación de ese instituto, pues así nadie sabía por donde le podía caer alguna sorpresa de su parte; con ese mismo fin manipulador, infiltró las escuelas y cuanto organismo existiera como foro para que los oficiales debatieran ciertas cuestiones, lo que es tradicional (lo comprobé personalmente cuando, en una conferencia que dictaba en el CAEN, yo hacía alguna crítica sobre el comportamiento de Montesinos con respecto al Ejército, y dos coroneles participantes se pusieron a discutir conmigo, tratando, evidentemente, de quitarme autoridad en el aula y poner en duda mis afirmaciones; esos coroneles eran conocidos montesinistas). En fin, Montesinos se comportaba como dueño de las Fuerzas Armadas, lo que no estaba muy lejos de la verdadera situación que se vivía en ellas. Y eso mantenía cómodo y confiado a Fujimori, quien secundaba, al parecer, todas las iniciativas de Vladimiro Montesinos.

El concepto de pacificación en la estrategia

Dijimos que la idea de pacificación daba forma a la estrategia que impuso el gobierno de Fujimori, pero interpretada al buen tuntún. Tal vez porque Sendero quemaba etapas con el equilibrio estratégico, el gobierno también decidió hacerlo y se lanzó de lleno a la intención de pacificar el país cuando todavía no había visos de que Sendero se sintiera derrotado; al contrario, hablaba del equilibrio estratégico, es decir de la etapa previa al derrocamiento del Estado.

El 12 de noviembre de 1991 el gobierno publicó en *El Peruano* la Ley del Sistema de Defensa Nacional,

que reemplazaba la que Alan García había promulgado hacía pocos años. Lo más novedoso de este dispositivo (Decreto Legislativo N° 743) es que crea en la estructura de la defensa nacional el Comando Unificado de Pacificación, al que se le encarga "asegurar la participación de todos los sectores de la ciudadanía en las actividades de Pacificación Nacional en el Frente Interno, ante el accionar de la subversión terrorista y el tráfico ilícito de drogas", y al que corresponde, entre otras tareas, "Orientar y coordinar el esfuerzo integral de la Nación para alcanzar la pacificación del país". Los integrantes de este Consejo son los mismos del CDN, con alguna variante, como la ausencia del jefe del SIN. El CDN sigue siendo "el más alto organo de decisión del Sistema de Defensa Nacional [...] que establece la política que orienta la conducción de la Defensa Nacional". Es decir, el CDN sigue haciendo lo que le es propio: establecer la estrategia de la lucha contrasubversiva. En la práctica, esa estrategia de Fujimori empleaba la escopeta de dos cañones (como haría después en la guerra del Cenepa): disparaba con una mano y, con la misma, hacía gestos propios de una política de pacificación. Porque la pacificación es una etapa contemplada en la estrategia de guerra no convencional, en su etapa final, y tiene por objeto, según significa la palabra aquietar las aguas, hacer las paces, limar asperezas, en fin, buscar la reconciliación de los actores en pugna. El problema se produjo porque la idea de pacificación se incluyó en el planeamiento operativo, es decir en la estrategia militar, lo que era un contrasentido, pues los organismos de pacificación se deben situar en línea paralela a la de las fuerzas operativas y su cometido busca que las operaciones faciliten, a futuro, el esta-

blecimiento de una paz menos traumática, por así decirlo. Así sucedió en Vietnam, aunque allí también se distorsionó la idea de pacificación, a la que se la convirtió en una búsqueda de la paz a cualquier precio, incluso sobre una montaña de cadáveres. Había, pues, en eso una evidente confusión de términos, y, en la práctica, la pacificación solo quedó en el título de la "nueva estrategia". Por lo demás, ese Comando Unificado de Pacificación, al parecer, nunca se reunió. En definitiva, la estrategia de la pacificación significaba que el gobierno haría lo necesario para triunfar sobre Sendero y, así, pacificar el país de una buena vez. Lo que, desde luego, es otra cosa.

Meses después, ya en 1992 y luego del golpe de estado o "disolución" del Congreso, el gobierno dio el marco legal para hacer más efectiva la represión contra Sendero y el MRTA. Promulgó los decretos legislativos 25474, *Definición y penalización del delito de terrorismo;* 25659, *Regulación del delito de traición a la patria*, y 25499, *Ley de Arrepentimiento*, ampliada poco después con el decreto ley 26220. Aquí el gobierno fue acertado, porque, aunque algunas acciones judiciales hoy deben corregirse por disposición del organismo judicial interamericano, en su momento fueron muy efectivos para obtener mejores resultados en la lucha contrasubversiva.

Mayor énfasis puesto en la Inteligencia

Muy positivo también fue el énfasis que puso el gobierno en las actividades de Inteligencia. El SIN y la Inteligencia policial se anotaron muy buenos puntos en el seguimiento, paso a paso, de Abimael Guzmán, a quien la DINCOTE terminó por capturar el 12 de setiembre. Se

produjo, entonces, la guerra de los egos, para sacar pecho por esa captura, en una pugna indigna de ese momento estelar. Como consecuencia de ese conflicto, los verdaderos héroes de la hazaña terminaron en destierros dorados en el extranjero, porque Montesinos no podía soportar que alguien le arrebatara ningún mérito.

En cuanto al SIN, es evidente que se empleó a fondo contra Sendero, pero, lamentablemente, descuidó el frente externo, de ahí la sorpresa que tuvimos con la infiltración de las tropas ecuatorianas en la región del Cenepa, y la sorpresa técnica que también tuvimos al toparnos con una mejor tecnología de sus equipos, aunque esto último es relativo, ya que algo se sabía del mejor equipamiento del adversario de entonces, y las Fuerzas Armadas venían pidiendo la actualización del material bélico del país, sin lograrlo. En esto, Fujimori y Montesinos decidieron escuchar a los neoliberales del equipo económico, como Carlos Boloña, ministro de Economía, quien respondió a ese pedido enviando una carta de antología al ministro de Defensa, en la que le decía, en otras palabras, que dejara de molestarlo pidiéndole dinero, porque las guerras ya eran cosa del pasado.

La politización de la estrategia operativa

En su campaña electoral, el presidente Fujimori había ofrecido, con admirable seguridad, que derrotaría al MRTA en tres años y a Sendero, en cinco. Al parecer, se sintió presionado por esa promesa y decidió cumplirla. Con respecto al MRTA, se le facilitó el problema cuando en el gobierno anterior se creó una SZSN en el Alto Huallaga y el PC del jefe político-militar correspondiente se instaló en Tarapoto. El centro de gravedad

de la lucha contrasubversiva, que hasta la llegada de su gobierno estaba en Tingo María, fue trasladado al norte y, verdaderamente, Fujimori cumplió su palabra. Lo malo es que ese énfasis puesto en la lucha contra el MRTA, que en realidad era la menor amenaza que confrontaba el Estado en esos momentos, descuidó la zona huanuqueña entre Tingo María y el sur del departamento de San Martín. Como ya fue dicho, en ese espacio cuyo control fue disminuido, Sendero fortaleció sus escuelas populares, que le proveían de terroristas para su acción en los espacios urbanos, que se amplió espectacularmente en Lima.

Cuando se capturó a Guzmán, si la estrategia hubiera mantenido su coherencia anterior, lo lógico era que las fuerzas del orden hubieran lanzado una ofensiva enérgica para aprovechar el desconcierto de dicha captura y convertir el triunfo táctico de la misma en una victoria estratégica definitiva. Fujimori, al parecer, angustiado por su promesa, optó por el diálogo con Guzmán, como única forma de cumplirla. Al hacerlo, le reconocía a este posibilidades con las que, en realidad, ya no contaba al estar capturado, como podía ser el control absoluto de su organización. Por eso, se produjo ese coqueteo con Abimael, esos diálogos con Merino Bartet y el mismo Montesinos, aderezados con las tortas y otros engreimientos, y la concesión de que pudiera reunirse, convivir dicen algunos entendidos, con su mujer, Elena Iparraguirre, camarada Miriam, también capturada. Como consecuencia de esa preferencia gubernamental por el diálogo, antes que por la represión, la lucha contrasubversiva decayó notablemente en todo el país, pues no era lógico que, si el jefe supremo había decidido conversar para lograr la paz —una paz de compromiso, en

el lenguaje de la guerra formal— las tropas se mantuvieran, con la energía cotidiana, en pie de guerra. En estas condiciones, las fuerzas del orden parecían solo responder a las acciones de Sendero, renunciando a su iniciativa táctica.

El caso del Perú en su lucha contrasubversiva es único en la experiencia histórica reciente a nivel mundial, pues desarticulada la cúpula subversiva, con muchos senderistas desconcertados por la captura de su mítico líder, se permitió a Sendero mantener vigencia, lo que no sucedió en otras experiencias. Ese compás de espera, mientras se dialogaba con Guzmán, sin duda sirvió para que se produjera el encumbramiento de "Feliciano", como nuevo líder de Sendero. Por eso decía que el gran mérito de Fujimori en su victoria sobre SL debía ser relativizado. El resultado que obtuvo con esa preferencia por el diálogo, tiene, más bien, el sabor de una derrota. Porque, quienes tenían la sartén por el mango, no leyeron bien el discurso de Guzmán, enjaulado con su traje a rayas. Dijo que su captura solo era "un recodo en el camino", frase que quitaba el sueño a muchos militares que la interpretaron en el sentido que el líder ordenaba a sus huestes superar el obstáculo y seguir luchando.

La distorsión de la estrategia o la "guerra de Inteligencia"

Dicen algunos, lo reitero, que Montesinos es una persona de inteligencia superior. Al parecer, es así, pero lo evidente es que su mente le funciona mejor en los asuntos del mal, en esos oscuros meandros de la intriga, la maledicencia, el crimen, en definitiva. Tal vez,

por eso, es que su postura preferida es en la sombra, como asesor, sin responsabilidad administrativa ni legal. El SIN era su reino y no le preocupaba que los honores se les rindieran a los jefes nominales de ese organismo. Su título allí solo era el de "Doctor", no necesitaba más. Pues bien, en algún momento, llegó al convencimiento de que para lograr éxitos en la lucha contra Sendero, era preciso utilizar los mismos procedimientos vesánicos de los llamados "delincuentes subversivos", como se les tildaba a los senderistas en la documentación de Inteligencia, las Fuerzas Armadas y la Policía.

Montesinos sabía que una guerra sucia no podía ser establecida formalmente, mediante una directiva de nivel estratégico, que debía emitir el gobierno (no hay otra forma de oficializar una estrategia capaz de ser cumplida por las Fuerzas Armadas). Una estrategia ilegal de tal naturaleza corría el riesgo de ser cuestionada por los elementos jurídicos del Comando Conjunto y los institutos militares, lo que impediría que los mandos la acataran. Por lo menos en el Ejército, toda orden del alto mando debía tener la conformidad del director de Economía y el asesor jurídico, a fin de que la actividad institucional estuviera enmarcada, siempre, dentro de la legalidad y el presupuesto. Desde luego, esta antigua práctica no funcionó bajo el comando del general Hermoza, pues de otra forma no se concibe tanta corrupción y manipulación montesinista, que existió en los siete años del comando de dicho general. A pesar de esto, siempre existía el peligro de un cuestionamiento del asesor jurídico del alto mando. Por lo demás, en la actualidad, hasta el más bisoño de los oficiales, exige cada vez que recibe una orden

que implica la posibilidad de disparar contra civiles, que esta le sea dada por escrito. Esto no funciona en situaciones de combate, pero sí podría funcionar en el caso de la represión contra grupos de senderistas aislados, como fueron los casos de Barrios Altos y La Cantuta.

Es de presumir que, sabiendo todo esto, Montesinos decidió que su guerra sucia solo podía ejecutarse con gente de entera confianza que, además, tuviera tendencias criminales y pudiera reaccionar positivamente ante la orden de eliminar a alguien. Al parecer, mucha gente cree que basta la disciplina para que el soldado dispare contra cualquiera ante el estímulo inequívoco de una orden. Esta idea, que ofende el sentimiento de honor del soldado peruano, no podía ser compartida por Montesinos, después de todo, él también había sido formado en la Escuela Militar de Chorrillos, "Templo del Honor", como también se le conoce en el Ejército. Y, entonces, decidió que debía ejecutar su guerra sucia con personal de Inteligencia, donde podía encontrar la gente *ad hoc* para sus fines. Debo aclarar que entre dicho personal también hay individuos de honor, como en cualquier Arma o Servicio. Así, Montesinos y su gente debían elegir, de entre el personal de Inteligencia, a los más adecuados para la tarea sucia que tenían entre manos. Lo que sucede es que ello resulta más fácil entre esa gente, acostumbrada a moverse en el filo de la ilegalidad o dentro de ella y que, además, podía garantizar la confidencialidad mejor que otro grupo de militares. De ese convencimiento nació el grupo Colina (título que mancilla el respetabilísimo apellido de un valiente oficial de Inteligencia que se infiltró en el aparato militar de Sende-

ro y que murió, tremenda ironía, en un enfrentamiento con una patrulla del Ejército que no lo reconoció, y, desde luego, también el de su padre, un dignísimo general del Ejército en la situación de retiro).

Como ya quedó explicado, Montesinos se apoderó de la idea del equilibrio estratégico, que difundía Sendero al final de los 80 y hasta la captura de Guzmán, para convencer a Fujimori de la necesidad de la guerra sucia. Al parecer, el sentido práctico del Presidente no necesitaba de mucha argumentación para aceptar la idea. De manera que el grupo Colina quedó instituído, y pudo ejecutarse la guerra sucia o guerra de la Inteligencia, a espaldas de las fuerzas del orden, que nada sabían de la existencia de ese grupo asesino. Este grupo, como queda bien documentado en las confesiones de los mayores Martín Rivas y Pichilingue Guevara al periodista Umberto Jara, fue utilizado para amedrentar a los grupos de agitación y propaganda armada de Sendero y actuaba bajo la idea bíblica del "ojo por ojo", expresión con que Jara tituló su libro, ya citado.

En conclusión, hay que aceptar que durante el gobierno de Fujimori, sí hubo terrorismo de estado, o guerra sucia, dirigido por Montesinos, cuyas órdenes debían, por fuerza, ser acatadas, en primer lugar, por el comandante general del ejército, teniendo en cuenta que en dicho grupo actuaban miembros del Servicio de Inteligencia de dicha institución. Si alguien insiste en que tal terrorismo de estado se inscribía dentro de la estrategia general que orientaba la lucha contrasubversiva, es su problema. Ya he argumentado insistentemente contra esa idea, incluso poniendo sobre el tapete mi propia experiencia en la guerra contrasubversiva.

La estrategia de pacificación en los niveles operativos

La estrategia de pacificación trajo importantes cambios en los mecanismos de mando y control de las fuerzas del orden. Antes de esos cambios, el Comando Conjunto tenía el mando y control de dichas fuerzas, y de las operaciones, desde luego. Con la estrategia de pacificación se creó el COFI (Comando Operativo del Frente Interno), con parte del mismo CCFFAA y bajo el mando del mismo presidente de esa institución. En la guerra interna, este tiene como elementos de maniobra, las ZSN, como ya se explicó; esto implica que las órdenes y las comunicaciones de abajo hacia arriba se canalizaban a través del comandante de esas zonas, que eran los comandantes generales de las regiones militares, es decir, generales de división. Las sub-zonas de seguridad nacional (SZSN) eran los ámbitos de las divisiones de infantería o caballería asignadas a cada RM (región militar) o ZSN. Pues bien, poco antes de establecerse la estrategia de pacificación se crearon los Frentes, en base a las sub-zonas, y los mismos dependían directamente del Comando Conjunto y después, del COFI, en aspectos operativos, manteniendo su dependencia de las ZSN para otros aspectos (logísticos, económicos, etc), lo que dejaba a los comandantes de zona o RM un tanto al margen del mando y control de sus divisiones empeñadas en operaciones contrasubversivas. Entonces, el problema del mando y control se complicó un poco. Como sea, cuando Montesinos y el general Hermoza entraron a tallar con fuerza en el manejo de las Fuerzas Armadas, especialmente del Ejército, pues esos cambios afectaban a las fuerzas terrestres,

los mismos favorecieron el incremento y consolidación de su poder, pues controlaban, absolutamente, el aspecto más importante de la actividad castrense, que era la guerra interna.

La estrategia de pacificación en los dominios no militares

No hay mucho que decir en torno a este tema. La estrategia, en la práctica, se centraba en el campo militar y bajo la dirección del presidente Fujimori. Sobre todo después de la captura de Guzmán, Fujimori se sentía el vencedor y dio por terminada la guerra, cuando logró la firma del acuerdo de paz con Guzmán y su cúpula. Cuando Feliciano mantuvo a Sendero en actividad, el gobierno se contentó con mantenerlo bajo cierto control, sin permitir que extendiera su campo de acción.

La estrategia de pacificación en el campo militar

Concretando lo que ya se dijo, la estrategia de pacificación en el campo militar fue la siguiente:

—Establecimiento de esta nueva estrategia.

—Mayor énfasis en las actividades de Inteligencia.

—Capturado Guzmán, Fujimori optó por el diálogo como forma de terminar el conflicto, lo que dio por resultado una menor actividad de las fuerzas del orden.

—Creación de grupos de acción para ejecutar una guerra clandestina, al margen de la actividad de las fuerzas del orden. Esta guerra quedó a cargo de Montesinos y se ejecutó en el ámbito clandestino de la Inteligencia. El principal protagonista de

esta guerra de la Inteligencia fue el grupo Colina, pero, al parecer, hubo otros de los que todavía no se sabe nada.

El nivel táctico

Al iniciarse el gobierno de Fujimori, la lucha armada fue llevada a Lima por Sendero, exacerbando sus procedimientos violentos. En el campo, las rondas campesinas y las fuerzas del orden mantenían bajo control a Sendero, que en el Alto Huallaga y la ceja de selva central había perdido iniciativa táctica, pues actuaba en función de los intereses del narcotráfico.

Sendero fracasó en su intento de apoderarse de las organizaciones sindicales y populares, por lo que decididamente se orientó por la ruta del terrorismo. En 1991, la estrategia gubernamental se bifurcó en una guerra abierta y otra clandestina. Esta última terminó por imponerse. Como, paralelamente, el gobierno apostó por el diálogo para lograr la pacificación del país, negociando con la cúpula senderista encarcelada, la lucha contrasubversiva decayó y solo reaccionaba en función de las acciones de Sendero. Solo en 1994 las fuerzas del orden parecen retomar la iniciativa, con la ejecución de la Operación Aries, que fracasó.

El gobierno, con la nueva legislación antiterrorista, adquirió eficacia en los siguientes aspectos que suponían un acoso un tanto asfixiante de las huestes urbanas de Sendero:

—Recuperó los penales, al desarticular la organización senderista que allí había y que, según todas las evidencias conducía la guerra en Lima. Con nuevas cárceles, reubicó a los jefes senderistas y emerretistas.

—Recuperó las universidades estatales que habían caído en manos de las fuerzas subversivas. Con esto, le quitó santuarios a Sendero, donde sus grupos violentos se refugiaban luego de sus acciones, pues allí habían obtenido alimentación y dormitorios. Con una excelente política de acercamiento con el estudiantado, las tropas de la Segunda Región Militar, primero lograron ser aceptados por el estudiantado y luego se dedicaron a cambiar la fisonomía del campus, derribando monumentos a líderes comunistas y limpiando toda la simbología revolucionaria que cubría las paredes. Devolvieron a las universidades estatales su fisonomía tradicional de claustro universitario. La gran mayoría de los estudiantes, aplaudió a las tropas y colaboró con ellas en la recuperación de su espacio estudiantil.

—Las fuerzas del orden ejecutaron las llamadas operaciones de "rastrillaje", destinadas a efectuar el control de la población y, al mismo tiempo, llevar ayuda de acción cívica a los pobladores de los barrios marginales, donde Sendero tenía presencia importante. Fueron operaciones exitosas y permitieron la captura de no pocos senderistas, al mismo tiempo que levantaron la moral de esos pobladores sojuzgados por el terror.

—La justicia militar y los jueces sin rostro agilizaron la administración de justicia y se volvieron muy eficaces en el juzgamiento de los senderistas, lo que, sumado a la colaboración de quienes se acogían a la ley de arrepentimiento, facilitó la desarticulación de parte del aparato clandestino de Sendero.

En 1991 las tropas de la Segunda Región Militar se presentaron en Raucana, el reducto senderista, amena-

zaron con ingresar a la fuerza si la dirigencia subversiva no se avenía al diálogo, y eso bastó para que se abrieran las puertas de dicho ambiente controlado férreamente por Sendero. Con una política de ayuda a la comunidad, lograron la expulsión de los líderes subversivos, produciendo el fracaso del único triunfo de la subversión en su intento de controlar las organizaciones populares.

En el campo, las fuerzas del orden condujeron una operación permanente de seguimiento y hostilización a la columna que lideraba Feliciano. Luego de cuatro años y en una coyuntura casual, la Policía capturó a este. Aquí también se produjo el show de los egos, que reclamaban el mérito de tal captura, pero al final quedó claro que fueron los policías los que obtuvieron ese triunfo. Luego de Feliciano se convirtieron en líderes varios cabecillas subversivos, que fueron capturados sucesivamente.

El grupo Colina produjo las matanzas de Barrios Altos y La Cantuta. Causa o efecto de acciones violentas de los senderistas, estas muestras del terrorismo de estado impuesto por Montesinos y Fujimori, terminaron por deteriorar la situación en la capital, al exacerbar la violencia.

Una conclusión, que salta a la vista, en lo que respecta a la respuesta del Estado durante el gobierno de Fujimori, es que la lucha contrasubversiva fue asumida férreamente por este, convertido en "director" de la guerra por la llamada estrategia de pacificación. Ello no estaba mal; lo malo fue que el gobierno, cuando puso en práctica esa estrategia, la hizo unidimensional, solo en el campo militar.

Conclusiones generales

La estrategia senderista

Resulta claro que la estrategia de guerra prolongada de Mao Tse Tung, que Sendero decía seguir, fue mal aplicada por Guzmán. Esto produjo malentendidos por todos lados y en todos los niveles. Y muchos de esos malentendidos, a pesar de los más de 20 años que duró el conflicto, todavía persisten. Por ejemplo, la idea de la eficacia de las fuerzas subversivas, cuya propaganda al respecto fue aceptada por muchos medios y algunos senderólogos. El colmo de esa actitud de aceptación fue cuando Sendero empezó a proclamar que había alcanzado el equilibrio estratégico, a fines de los 80, y muchos le creyeron.

También resulta claro que el escenario elegido por Sendero para empezar su lucha armada —la sierra centro sur— no era el más aparente para esa empresa. ¿Por qué lo eligió Sendero? Por comodidad: allí nació su movimiento, allí tenían predicamento, allí estaban ellos. Y punto. Desde luego, en eso también tuvo peso la impaciencia de Guzmán Reynoso, que en vez de trasladarse a la ceja de selva y preparar allí la ILA, decidió hacerlo en Ayacucho.

Si Sendero no tenía recursos para la lucha armada, si el terreno elegido no le favorecía, si el país no vivía ninguna situación revolucionaria en desarrollo, ¿cómo explicar la lucha armada? Hay una sola explicación: fue la decisión de un grupo de comunistas maoístas, quienes, simplemente, querían apoderarse del poder en el Perú e implantar el comunismo.

En cuanto a la misma estrategia senderista, tenía cierta lógica: como primer paso, apoderarse de la región centro sur, para lo que debía expulsar o eliminar a las autoridades y toda presencia del Estado. Al parecer, intentaba establecer allí una gran base de apoyo, desde donde podía apoderarse del resto del país. El problema es que Guzmán no analizó apropiadamente la situación de las Fuerzas Armadas, pues cuando estas entraron a la lucha, les bastó pocos meses para derrotar a sus huestes.

Esa estrategia, además, era consistente en algunos objetivos, los económicos, por ejemplo: desarticular la producción en la sierra, expulsar de ese ámbito a las ONGs y toda presencia de ayuda extranjera; deteriorar la infraestructura, principalmente la de trasmisión de energía eléctrica, en fin, incrementar los problemas del país, buscando debilitar al Estado y fomentar el caos social.

En lo que nunca estuvo acertado Sendero fue en su trato a la población civil, que debía conquistar para lograr su apoyo. No lograrlo, debido a sus prácticas de dominación e intimidación, fue su mayor fracaso.

El principal problema de Sendero fue Abimael Guzmán Reynoso, y su manera de conducir la guerra: planteando la estrategia "filosóficamente", no técnicamente. Su planeamiento fue siempre excesivo, nunca logró poner los pies bien firmemente en tierra. A la larga,

las acciones de Sendero no necesariamente debían responder al planeamiento de la cúpula, sino, al parecer, a la inspiración de sus líderes inmediatos. Cuando la situación se le volvió asfixiante en el campo, y cuando fracasó en su intento de infiltrar los sindicatos y los organismos populares en Lima, y cuando ya no le quedaba espacio para operar militarmente, se volcó hacia la capital y hacia el terrorismo. Guzmán, reblandecido en sus escondites limeños, ya no tenía recursos para conducir constructivamente —es una manera de decirlo— a su organización, y cayó en el despeñadero de la baja moral. Fue la segunda vez, en realidad: la primera fue cuando se alió con el narcotráfico, lo que quitó a su discurso todo viso de respetabilidad revolucionaria.

En fin, Sendero, en la actualidad y en un futuro cercano, podrá mantener cierta presencia mientras el Estado se lo permita, pero ni su discurso ni su praxis podrán considerarse amenazas para la vigencia del Estado, como en algún momento lo fueron. Quedará como una organización básicamente terrorista.

La estrategia del Estado

En los 23 años que ya dura el conflicto interno, el Estado peruano no logró emplear sus recursos en la medida necesaria y con eficacia. Los éxitos senderistas se debieron, más que a la excelencia de su acción, a las falencias del Estado. También a la falta de comprensión de los gobernantes, respecto a los ámbitos de la estrategia y de la forma como ella debe emplearse, de manera integral. Excepto en los tres años iniciales del gobierno

de Alan García, la estrategia estuvo enteramente en manos de los militares. Y los gobernantes no supieron mantenerla fuera de la influencia de los criterios políticos que, por lo general, sesgan las buenas intenciones de ellos. Fujimori llevó esto al extremo, tal vez porque, en el fondo, ahora ya lo sabemos, su principal interés en el gobierno tenía que ver con sus ambiciones personales más que con el interés nacional (ni siquiera en el caso de la construcción de colegios, que era una especie de marca personal de su paso por el gobierno, logró desprenderse de propósitos subalternos y exigir que se los contruyese bien).

La estrategia contrasubversiva fue establecida por las instancias superiores del gobierno, en teoría, por el CDN, aunque solo el presidente Belaunde lo reunía con cierta periodicidad. Las Fuerzas Armadas no tienen ninguna posibilidad de formular dicha estrategia, que es de responsabilidad de las instancias políticas. Excepto en el caso de la estrategia operativa en el campo militar, en el que los políticos no tienen cabida, por ser tema para especialistas. Con Fujimori esto no funcionó bien, pues vimos que sus decisiones también se planteaban en los predios de las ZSN, como cuando logró trasladar el centro de gravedad de la lucha contrasubversiva a Tarapoto, donde estaba el MRTA, no Sendero.

Esa estrategia no propiciaba las acciones contrarias a los DDHH, a pesar de lo cual se produjeron. Es que la guerra no convencional es de una naturaleza tal que se presta a los equívocos en cuanto a la identificación del enemigo. Este, por lo demás, no pudo separar a sus combatientes de quienes debieron ejecutar atentados, de donde resultó que las fuerzas del orden tuvieron que actuar de la misma forma represiva contra los elementos

que cumplían misiones de tipo militar y contra el aparato clandestino de Sendero. Para las tropas, las misiones de ambos tipos, eran de una sola naturaleza: operaciones de combate, pues los elementos clandestinos de Sendero respondían militarmente, con armas, explosivos y otros recursos.

La proclamada "guerra sucia" de las fuerzas del orden no existió, por más que se produjeron excesos en el ámbito táctico. Durante el gobierno de Fujimori se puso en marcha una política de terrorismo de estado, que supuso guerra sucia, pero solo en el ámbito en que se mueve la Inteligencia. La Inteligencia de combate, que saca conclusiones sobre el enemigo, el terreno y las condiciones meteorológicas, es de responsabilidad de las fuerzas operativas. Sin embargo, en las zonas de combate, dicha Inteligencia puede actuar paralelamente, a veces, sin coordinación previa, con elementos de Inteligencia de los institutos y con destacamentos o elementos aislados del SIN, hoy CNI.

La acción de las fuerzas del orden en las operaciones de combate se complementa con un esfuerzo de ayuda de tipo logístico a las poblaciones donde ellas operan. Esta ayuda es normal, tradicional en los procedimientos de los ejércitos en todas partes. No supuso, en el caso de la lucha contrasubversiva, una de las llamadas "operaciones sicosociales", cuyos fines son de dudosa naturaleza, tal como se trató de darle esa imagen: un incentivo para que los comuneros de Uchuraccay asesinaran a los periodistas que se internaron en la zona de emergencia inicial sin protección militar, en sus afanes de investigación periodística, en los días iniciales de la intervención de las Fuerzas Armadas en la lucha.

La estrategia militar se enriqueció con la actividad de autodefensa de las rondas campesinas, las que fueron un factor determinante para negar el espacio serrano a Sendero en los años finales de los años 80. Igualmente, la acción de los sindicatos del cinturón industrial que rodea Lima, y la de las organizaciones populares, todos los cuales impidieron que Sendero los infiltrara, supuso, también, una gran ayuda para limitar la acción senderista en los espacios urbanos. Debido a estos factores limitantes, Sendero se volcó definitivamente hacia el terrorismo, lo que incrementó los niveles de angustia y temor en la sociedad civil, pero quitó a la organización subversiva su calidad de amenaza de la existencia del Estado.

No es cierta la tesis que llevó a implantar el terrorismo de estado y la formación de grupos paramilitares, como el grupo Colina, respecto a que las Fuerzas Armadas se sintieron derrotadas y requerían el apoyo de esa guerra sucia. El equilibrio estratégico proclamado por Guzmán pudo impactar en algunos militares desubicados, pero, de manera general, no fue tomado en serio por las Fuerzas Armadas.

El Estado sigue sin hacer lo necesario para terminar el conflicto armado. De momento, la organización senderista que está actuando marginalmente no es una fuerza significativa. Pero no hay que perder de vista que la capacidad de recuperación de Sendero siempre ha sido notable, por lo que el gobierno de Alejandro Toledo Manrique debería, de una vez por todas, actuar militarmente contra esos elementos y poner punto final a la guerra interna. Sin decisión política —tal vez el factor que más se extrañó durante el conflicto— las fuerzas del orden nada pueden hacer.

El comportamiento de la sociedad civil

En el principio, la sociedad civil urbana miró desde el balcón o frente a las pantallas de televisión, mirando lo que sucedía en el campo, donde las fuerzas del orden combatían a Sendero. En esta actitud, los limeños fueron el caso más notable, su indiferencia era tal que podría decirse que la guerra no era con ellos. A lo más, participaban, con alguna opinión, alguna carta a los medios, en la otra guerra que se daba en estos, entre la gente de izquierda que no apoyaba directamente a Sendero, pero que estaba presta a saltar en los casos en que las fuerzas del orden violaban los DDHH de los senderistas, y algunos voceros de las Fuerzas Armadas. Desde el principio se actuó en esta guerra como si los militares y policías que luchaban en defensa de la sociedad y el Estado no fueron poseedores de DDHH. Los limeños empezaron a preocuparse cuando Sendero voló las torres de transmisión de energía eléctrica y la capital se volvió un lugar incómodo, debido a tantos apagones. Recién se dieron cuenta de que vivían en medio de una guerra interna, cuando con los coches bomba y otros recursos, los terroristas hacían de las suyas en la capital. Lima, entonces, se volvió una ciudad difícil, con sus barrios residenciales convertidos en bastiones de seguridad, sus calles llenas de rejas y vigilantes, y rompemuelles.

La sociedad civil, en consecuencia, no estuvo a la altura de las circunstancias. Influida por esa guerrita mediática, terminó viendo a las fuerzas del orden como un ejército de ocupación. Aquí, en verdad, había una posición hipócrita, pues muchos civiles, en privado, nos reclamaban a los militares actuar con mayor dureza. Como sea, eso de que veían a las fuerzas del orden

como un ejército de ocupación, era real y peocupante. Los medios, en la mayoría de los casos, desempolvaron su tradicional antimilitarismo, y, simplemente, negaron espacios a los militares que intentábamos responder acusaciones injustas o aclarar ciertas posturas que ellos adoptaban. Ni siquiera cuando se instituyó el Consejo de la Prensa Peruana, precisamente para evitar abusos o el maltrato de los medios a sus lectores, varió esa situación. Los militares, incluso ahora, no tenemos llegada en los medios, estos no nos dan cabida para nada, así de simple. Para no abusar de la primera persona, no consigno aquí mi propia lamentable experiencia en este aspecto.

La diferencia que existe entre un exceso táctico y una expresión de guerra sucia

En definitiva, ¿vale la pena hacer un distingo de ambos tipos de guerra ilegal? Desde luego que sí. Dijimos que en el primer caso, la comisión de delitos contra los DDHH respondía a la naturaleza de la guerra convencional más que a una orientación específica del comando. Y que, en el segundo caso, fue la expresión de la visión enfermiza que tenía Montesinos respecto a la guerra.

En cuanto a lo primero, hay que agregar que también influía la personalidad del comandante. Ya señalamos los matices que se descubren al analizar los comportamientos de los generales Noel y Huamán en el inicio de la guerra contrasubversiva. Estos matices dieron por resultado niveles de eficacia diferen-

tes, con mejores índices estadísticos durante el comando de Noel. La experiencia de Huamán pudo convencer a muchos comandantes de que mejor era no disminuir la energía en las acciones represivas. ¿Puede influir la personalidad del comandante en la comisión de los delitos de lesa humanidad? Claro que sí, hay experiencia histórica al respecto. En Vietnam había un comandante que estaba harto de constatar que en el parte de combate que le presentaban sus oficiales, luego de cumplir una misión, se inflaba el número de bajas del vietcong. Se le ocurrió la gran idea: ordenó que las cifras de esas bajas fueran sustentadas adjuntando, como prueba, las orejas de los vietcong muertos. Santo remedio, pero produjo una orgía de sangre digna de una antología del horror [33]. Es posible, pues, en el caso peruano, que algunos excesos fueran incentivados por los comandantes que misionaban a las patrullas. Cuando no era ese el caso, los excesos, desde luego, se producían por iniciativa de quienes los ejecutaban.

En cuanto a la naturaleza de la guerra no convencional como factor de distorsión del comportamiento del soldado, ello tiene que ver con lo difícil que resultaba distinguir a los senderistas de quienes no lo eran; con el clima de temor (todos los humanos sentimos temor; el valor es solo el vencimiento del temor para actuar con libertad) que invadía a las patrullas, las que salían a combatir a un enemigo oculto, que a veces parecía ubícuo; con la desconfianza que el soldado tenía de mujeres y niños, que en cualquier descuido podían producirle la muerte, pues Sendero los utilizaba de continuo. Todo esto predisponía al soldado a tener el dedo en el disparador y a accionar el mecanismo ante

cualquier comportamiento dudoso de los aparentes civiles que encontraban donde debían operar.

Hay además el cansancio que produce la tensión del combate, o el estrés del soldado, fenómeno que últimamente está siendo mejor investigado por psicólogos y otros científicos en el mundo desarrollado. Y el peso de los muertos que el soldado considera que son de su responsabilidad. En la guerra convencional el soldado encuentra más justificación en las muertes que produce en el campo enemigo, porque ellas le permiten coronar la conquista de su objetivo, además de que cada paso que da adelante es a riesgo de su propia vida, porque el enemigo le está disparando desde posiciones protegidas. En la guerra contrasubversiva, después de matar a los senderistas, ¿qué recompensa, tenía el soldado, si algunas de esas muertes podían crearle serias dudas sobre si estaban o no justificadas? Casi ninguna, lo que incrementaba su negativa carga sicológica. Desde luego, ha habido oportunidades, en las emboscadas de Sendero principalmente, en que hubo combate franco, pero fueron las menos. En esas ocasiones el soldado no tiene dudas ni las consecuentes cargas sicológicas. Pero, por lo general, las fuerzas del orden atacaban reductos de la parte clandestina de Sendero, sus escuelas populares, sus zonas de reunión donde preparaban sus siguientes atentados, y muchas veces Sendero respondía con propiedad, produciendo, también, muertes en las filas de las fuerzas del orden. En esos reductos podía haber civiles inocentes, mantenidos en ellos a la fuerza, pero cómo saberlo.

En el caso de la guerra sucia, se apelaba a ella para realizar matanzas, para enviar mensajes a Sendero,

según lo dijo Martín Rivas con absoluta frialdad, ocasión esta última en que los ejecutantes no pretendían pasar desapercibidos, sino, al contrario, hacían alarde de su condición de elementos gubernamentales para evitar equívocos en la recepción del mensaje. Ellos eran asesinos, no soldados que cumplían una misión en defensa de la sociedad y el Estado. Esta motivación también existía para el grupo Colina, por lo menos para alguno de sus integrantes, pero ella era, tal vez, el único nexo de parentezco que podía existir entre ambos tipos de ejecutantes. Había, pues, claras diferencias entre ambas clases de comportamiento ilegal, pero eso no justifica los excesos, desde luego.

A mucha gente lleva a la indignación el que se constate que las Fuerzas Armadas se muestren demasiado comprensivas con la tragedia de esos ejecutantes de acciones ilegales (no es el caso del grupo Colina) y que los protejan hasta cierto punto (en el Ejército, el caso Hurtado, a quien se le mantuvo en carrera y ascendió algunos grados) o les faciliten eludir la justicia (se dice que eso sucedió en la Marina de Guerra, con el comandante "Camión"). Eso tiene que ver con el deseo del comando de mantener en alto la moral de los combatientes, quienes son acosados por la prensa y las organizaciones de DDHH, que los acusan de criminales, y se convierten en presa deseable para jueces y fiscales, quienes deberían mostrar ese mismo celo, también, con respecto a los subversivos. La motivación es, ciertamente, equivocada, pero, hasta cierto punto, comprensible, pues esos jóvenes combatientes sienten que la sociedad, a la que defienden, les da la espalda. El mensaje que el comando les quiere dar es que su institución no les da la espalda.

Y así sucede en otras partes: en Estados Unidos, el capitán Medina y el teniente Calley, los responsables de la matanza de My Lai/4 fueron encausados por la justicia militar, atendiendo a una gran presión de la opinión pública, y condenados, pero algún tiempo después el gobierno los indultó.

Notas

1 CHANG RODRIGUEZ, Eugenio. *Opciones políticas peruanas. 1985.* Centro de Documentación Andina, CDA, Lima, 1985, pp. 395 y 396.

2 CHANG RODRÍGUEZ, Eugenio. Op. cit., pp. 396 y 397.

3 Toda la información sobre la teoría de la guerra prolongada contenida en este libro ha sido tomada de los escritos de Mao, publicados en *Obras escogidas*, Pekín, 1971. Fueron reimpresos en el Perú por el Fondo de Cultura Popular, DESA, en 4 tomos. Tomé información, principalmente, de los siguientes textos:

Del Tomo I: "Una sola chispa puede incendiar la pradera", pp. 125 a 138, y "Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria", pp. 139 a 274.

Del Tomo II: "Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas contra el Japón", pp. 75 a 112, y "Sobre la guerra prolongada", pp. 113 a 200.

4 CLAUSEWITZ, Karl von. *De la guerra.* Biblioteca Militar del Oficial, 4 tomos, N° 44 al 47, Lima, 1977.

5 TSE TUNG, Mao. *Obras escogidas*, Tomo I, p. 67.

6 SUN TZU. *El arte de la guerra.* Editorial Fundamentos, Madrid, España, 1974, pp. 58 y 59.

7 CHANG RODRÍGUEZ, Eugenio. Op. cit., p. 380.

8 CHANG RODRÍGUEZ, Eugenio. Op. cit., p. 403.

9 CHANG RODRÍGUEZ, Eugenio. Op. cit., p. 385.

10 DESCO. *Violencia Política en el Perú, 1980-1988.* Tomo I. Lima, setiembre de 1989. "Cronología de la violencia política", pp. 65 a 182.

11 DESCO. Op. cit., pp. 97 y 98.

12 DESCO. Op. cit., p. 99.

13 ALVARADO, María. "¿El Perú... o Sendero?". Diario *La República*, Lima, 6 de enero de 1991, p. 10.

14 DESCO. Op. cit., p. 28.

15 Para un conocimiento más amplio de estas circunstancias, ver el artículo "Qué pasa en Puno", de Raúl González, publicado en *Quehacer*, N° 43, octubre-noviembre de 1986.

16 Gorriti Ellenbogen, Gustavo. "La guerra de Mariano". *Caretas*, N° 1142, 14 de enero de 1991, pp. 40 a 48.

17 Stern, Orin. "Noche de ronda". *Quehacer*, N° 69, enero-febrero de 1991, pp. 76 a 92.

18 Desco. "El gran ensayo de Raucana". *Quehacer*, N° 73, setiembre-octubre de 1991, pp. 30 a 34.

19 *Caretas*, N° 1192, 30 de diciembre de 1991.

20 *Caretas*, N° 1084, 20 de noviembre de 1989.

21 *Caretas*, N° 1165, 24 de junio de 1991.

22 Desco. Op. cit., p. 50.

23 *La República*, 10 de junio de 1990. "Senderistas con cama adentro", pp. 20 a 23.

24 *El Comercio*, edición del 23 de julio de 1990.

25 *Caretas*, N° 1190, 18 de diciembre de 1991.

26 Beaufre, André. *Introducción a la estrategia*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1966.

27 Jara, Umberto. *Ojo por ojo*. Grupo Editorial Norma, Lima, setiembre de 2003.

28 *Actualidad Militar*, edición de mayo-junio de 1983.

29 Desco. *Violencia Política en el Perú. 1980-1988*, Tomo I, Lima, 1989, p. 128.

30 *Sendero Luminoso. El movimiento subversivo más letal del mundo*. Perú Reporting E.I.R.L., Lima, 1992.

31 Paez Warton, José. *La guerra incesante*. Segunda edición, Lima, 1994.

32 Desco. Op. cit., pp. 147 y 148.

33 Hersh, Seymour M. *My Lai/4. La guerra de Vietnam y la conciencia norteamericana*, premio Pulitzer 1970. Ediciones Grijalbo S.A., Barcelona, 1971.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Quebecor World Perú S. A.
Av. Los Frutales 344, Lima 3 (Perú)
en el mes de setiembre de 2004

Otros títulos

Hay algo que no es como me dicen
Juan José Millás

El Presente
Spencer Jhonson

Diario de Irak
Mario Vargas Llosa

Bin Laden: el hombre que declaró la guerra a Estados Unidos
Yossef Bodansky

Cartas a un joven periodista
Juan Luis Cebrián

El nuevo dardo en la palabra
Fernando Lázaro Carreter

Padre rico, padre pobre
Robert Kiyosaki / Sharon L. Lechter

Peregrinaje por la paz
Javier Pérez de Cuéllar

Me temo lo peor
Manuel Hidalgo

Coronel EP Teodoro Hidalgo Morey

Sendero Luminoso
Subversión y contrasubversión

El coronel Hidalgo, experto en estrategia, bucea y analiza minuciosamente al grupo terrorista Sendero Luminoso. Empieza en sus orígenes, recorre el proceso de formación, las bases y el inicio de la guerra popular. Así, el autor revela los pocos puntos de contacto que en verdad hubo entre la guerra prolongada de Mao Tse Tung y la de Sendero; habla sobre el liderazgo de Abimael Guzmán, para descubrirnos que era "un líder con muchas limitaciones y poco conocimiento de las cuestiones operativas".

A través de las páginas conoceremos, paso a paso, cómo se desarrolló la lucha armada, tanto en los factores militares como en los no militares de la estrategia senderista.

El autor tampoco deja de lado el tema de los derechos humanos. Expone su versión y la defiende. ¿Y respecto al Estado? También aquí se expone la estrategia anti[illegible]rsiva del gobierno de Fernando Belaun[illegible]ía y Alberto Fujimori, con miras a que [illegible]metiendo los mismos errores que tanto [illegible] nos causaron a todos los peruan[illegible]

AGUILAR

9 789972 848056